Norman G. Finkelstein

La industria del Holocausto

Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío



Lectulandia

La industria del Holocausto, un libro vehemente, iconoclasta y polémico, es la denuncia de dolorida voz que alza el hijo de unos supervivientes contra la explotación del sufrimiento de las víctimas del Holocausto. En esta obra fundamental, el eminente politólogo Norman G. Finkelstein expone la tesis de que la memoria del Holocausto no comenzó a adquirir la importancia de la que goza hoy día hasta después de la guerra árabe-israelí de 1967. Esta guerra demostró la fuerza militar de Israel y consiguió que Estados Unidos lo considerara un importante aliado en Oriente Próximo. Esta nueva situación estratégica de Israel sirvió a los líderes de la comunidad judía estadounidense para explotar el Holocausto con el fin de promover su nueva situación privilegiada, y para inmunizar a la política de Israel contra toda crítica. Así, Finkelstein sostiene que uno de los mayores peligros para la memoria de las víctimas del nazismo procede precisamente de aquellos que se erigen en sus guardianes.

Basándose en una gran cantidad de fuentes hasta ahora no estudiadas, Finkelstein descubre la doble extorsión a la que los grupos de presión judíos han sometido a Suiza y Alemania y a los legítimos reclamantes judíos del Holocausto y denuncia que los fondos de indemnización no han sido utilizados en su mayor parte para ayudar a los supervivientes del Holocausto, sino para mantener en funcionamiento «la industria del Holocausto».

Lectulandia

Norman G. Finkelstein

La industria del Holocausto

Reflexiones sobre la explotación del sufrimiento judío

ePub r1.1
marianico_elcorto 29.07.14

Título original: *The Holocaust Industry. Reflections on the Exploitation of Jewish Suffering*
Norman G. Finkelstein, 2000
Traducción: María Corniero Fernández
Diseño de cubierta: RAG

Editor digital: marianico_elcorto
ePub base r1.1

«Me da la impresión de que, en lugar de dar clases sobre el Holocausto, lo que se hace es venderlo»

Rabino ARNOLD JACOB WOLF,
Director de la Fundación Académica Hillel de la Universidad de Yale[1].

Agradecimientos

Colin Robinson, de la editorial Verso, concibió la idea de escribir este libro. Roane Carey modeló mis reflexiones para convertirlas en una exposición coherente. Noam Chomsky y Shifra Stern me han proporcionado ayuda en todas las etapas de la creación de la obra. Jennifer Loewenstein y Eva Schweitzer leyeron y criticaron varios borradores. Rudolph Baldeo me alentó y me prestó su apoyo personal. Estoy en deuda con todos ellos. En estas páginas he tratado de reflejar el legado que me dejaron mis padres. Por eso, el libro va dedicado a mis dos hermanos, Richard y Henry, y a mi sobrino, David.

Prefacio a la primera edición en rústica

La publicación de *La industria del Holocausto*, en junio de 2000, suscitó una reacción internacional considerable. Dio lugar a debates de ámbito nacional y se situó a la cabeza de la lista de libros más vendidos en países muy diversos, incluidos Brasil, Bélgica, Holanda, Austria, Alemania y Suiza. Todas las publicaciones británicas de importancia le dedicaron al menos una página, en tanto que, en Francia, *Le Monde* le consagraba dos páginas enteras y un editorial. Fue el tema de numerosos programas radiofónicos y televisivos y de varios documentales. La reacción más intensa se produjo en Alemania. Casi doscientos periodistas atestaron la conferencia de prensa en la que se presentó la traducción alemana del ensayo y mil personas abarrotaron la sala berlinesa donde se celebró un caldeado debate sobre la obra (mientras otras quinientas se quedaban fuera por falta de espacio). La edición alemana vendió 130.000 ejemplares en unas semanas y en pocos meses se publicaron tres libros basados en ella[1]. Ahora mismo, *La industria del Holocausto* está pendiente de ser traducida a dieciséis idiomas.

En contraste con la estridente polémica internacional, en Estados Unidos, la reacción inicial fue un silencio sepulcral. Ninguno de los medios de comunicación de primera fila quiso saber nada del libro[2]. Los Estados Unidos son la sede central de la industria del Holocausto. Es de suponer que un estudio donde se explicara que el chocolate provoca cáncer suscitaría una reacción similar en Suiza. Cuando resultó imposible seguir haciendo oídos sordos al clamoreo internacional, una serie de comentarios históricos lanzados en foros selectos sirvieron para sepultar eficazmente el ensayo. Dos de ellos merecen especial atención.

The New York Times hace las veces de principal vehículo publicitario de la industria del Holocausto. En su haber se incluye la promoción de figuras como Jerzy Kosinski, Daniel Goldhagen y Elie Wiesel. El volumen de información que se ofrece del Holocausto en sus páginas solo es superado por el de las previsiones meteorológicas. En el *Índice del New York Times* de 1999, las entradas correspondientes al Holocausto sumaban 273. En comparación, solo había 32 entradas relacionadas con el continente africano[3]. El suplemento literario del *New York Times* de 6 de agosto de 2000 publicaba una larga reseña de *La industria del Holocausto* («Historia de dos Holocaustos») escrita por Omer Bartov, un historiador militar israelí convertido en especialista en el Holocausto. Bartov ridiculizaba la idea de que existieran explotadores del Holocausto diciendo que se trataba de «una nueva versión de "Los protocolos de los ancianos de Sión"», y descargaba una andanada de invectivas: «extravagante», «absurdo», «paranoico», «chirriante», «estridente», «indecente», «juvenil», «condescendiente», «arrogante», «estúpido», «pagado de sí mismo», «fanático», etcétera[4]. Unos meses más tarde, en un artículo increíble,

Bartov adoptó de pronto la posición contraria. Arremetió contra la «lista cada vez más nutrida de explotadores del Holocausto», y puso como ejemplo máximo «“La industria del Holocausto” de Norman Finkelstein»[5].

En septiembre de 2000, el redactor de *Commentary* Gabriel Schoenfeld publicó un hiriente ataque titulado «Las indemnizaciones por el Holocausto. Un escándalo creciente». Rehaciendo el camino trazado en el tercer capítulo de este libro, Schoenfeld denunciaba a los explotadores del Holocausto, entre otras cosas, por «valerse sin escrúpulos de cualquier método, aunque sea indecoroso o incluso deshonroso», «arroparse en la retórica de la causa sagrada» y «avivar las llamas del antisemitismo». Pese a que en sus acusaciones se hacía eco de *La industria del Holocausto*, esto no impidió que Schoenfeld denigrase esta obra y a su autor en este artículo y en otro sobre el mismo tema, también publicado en *Commentary*[6], utilizando adjetivos como «extremista», «lunático» y «grotesco». En un artículo posterior publicado en el *Wall Street Journal*, Schoenfeld condenaba a «Los nuevos explotadores del Holocausto» (11 de abril de 2001) y llegaba a la conclusión de que, «en estos tiempos, una de las peores agresiones contra la memoria es la que procede no de los negacionistas del Holocausto […], sino de quienes se suben al carro de los beneficios literarios y legales». Esta denuncia reflejaba asimismo lo expuesto en *La industria del Holocausto*. A modo de gentil agradecimiento, Schoenfeld me metió en el saco de los negacionistas del Holocausto tildándome de «chiflado manifiesto».

Apropiarse de los hallazgos de un libro y, a la vez, denigrarlos no es tarea sencilla. La actuación de Bartov y de Schoenfeld me trae a la memoria una sentencia pronunciada por mi difunta madre: «No es casualidad que sean los judíos quienes hayan inventado la palabra *chutzpá*[7]». En un terreno totalmente distinto, he tenido la buena fortuna de que el indiscutible decano de los estudiosos del holocausto nazi, Raul Hilberg, haya apoyado pública y reiteradamente diversas argumentaciones controvertidas de *La industria del Holocausto*[8]. La integridad de Hilberg tan solo es parangonable a su erudición. Tal vez tampoco sea una casualidad que los judíos hayan inventado la palabra *mensch*[9].

NORMAN G. FINKELSTEIN
Junio de 2001
Nueva York

Prefacio a la segunda edición en rústica

Estas páginas serán casi con plena seguridad lo último que diga sobre la industria del Holocausto. En las ediciones anteriores de esta obra dije prácticamente todo lo que quería decir desde hacía años y, disculpen la expresión trillada, no me dejaba dormir tranquilo. Por otra parte, a petición mía, mis editores convinieron generosamente en publicar una segunda edición en rústica centrada en el caso de los bancos suizos. Mi interés principal es dotar a los lectores y, en especial, a los investigadores futuros de una visión clara de lo que sucedió y de una guía que les oriente en su búsqueda entre las montañas y montañas de desinformación. Es de lamentar que el sumario del juicio no sea plenamente fiable. El juez que instruyó el proceso decidió —por motivos no divulgados pero muy fáciles de deducir— no incluir documentos cruciales en el registro del sumario. Y, para colmo, el Tribunal de Resolución de Reclamaciones (TRR), que podría haber proporcionado una valoración objetiva de las acusaciones contra los bancos suizos, ha dejado de ser una fuente fiable. Mediada su labor, ya encaminada a exculpar a los bancos suizos, el TRR fue reestructurado a fondo por figuras clave de la industria del Holocausto. Actualmente, su única función es proteger la reputación de los chantajistas. En el nuevo epílogo a esta edición se documentan copiosamente estos acontecimientos. Blandiendo el arma de una exposición bien fundada de la campaña en pro de la compensación por el Holocausto, presento en el nuevo apéndice una exhaustiva panorámica de esta «doble extorsión» de la que han sido víctimas los países europeos y los supervivientes del holocausto nazi. Sería francamente interesante leer una refutación de mis conclusiones salida de la pluma de algún miembro de la industria del Holocausto, pero sospecho —también en este caso, por motivos fáciles de conjeturar— que no se presentará la ocasión de hacerlo. Y, como decía mi difunta madre, el silencio también es una respuesta.

Sin contar con la profusión de calumnias *ad hominem*, la gran mayoría de las críticas a mi libro pueden subdividirse en dos categorías. Los críticos de la corriente de pensamiento dominante alegan que me he sacado de la manga una «teoría de la conspiración», mientras que los izquierdistas ridiculizan mi libro diciendo que es una defensa de «los bancos». Pero nadie, que yo sepa, ha puesto en cuestión mis conclusiones. El valor explicativo de las teorías de la conspiración es muy relativo, lo cual no significa que los individuos e instituciones del mundo real no urdan estrategias y maquinaciones. Quien opine lo contrario incurre en la misma ingenuidad que quien cree que una vasta conspiración manipula el funcionamiento de nuestro mundo. En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith señala que los capitalistas «rara vez se reúnen, ni siquiera para solazarse y divertirse, pero la conversación concluye en una conspiración contra el pueblo o en algún ardid para subir los precios»[1]. ¿Convierte esto a la obra clásica de Smith en una «teoría de la conspiración»? En

realidad, «teoría de la conspiración» ha llegado a ser poco más que un término peyorativo para desacreditar una forma políticamente incorrecta de presentar los hechos. Por lo tanto, sostener que poderosas organizaciones, instituciones e individuos judíos de Estados Unidos, aliados con la Administración Clinton, coordinaron un ataque contra los bancos suizos se considera a primera vista una teoría de la conspiración (y no digamos ya antisemita); mientras que mantener que los bancos suizos coordinaron un ataque contra las víctimas judías del holocausto nazi y sus herederos no puede incluirse entre las teorías de la conspiración.

Se han hecho muchas especulaciones sobre por qué una persona de izquierdas como yo defiende a los banqueros suizos. Lo cierto es que suscribo el credo de Bertolt Brecht: «¿Qué supone atracar un banco si se compara con tener un banco en propiedad?» Ahora bien, mi preocupación al escribir este libro no han sido los banqueros suizos, ni tampoco los empresarios alemanes. Lo que me interesa en realidad es restablecer la integridad del registro histórico y la inviolabilidad del martirio del pueblo judío. Lamento profundamente que la industria del Holocausto haya corrompido la historia y la memoria para ponerlas al servicio de una estafa. Los críticos izquierdistas aseguran que he hecho causa común con la Derecha. Por lo visto, no se han dado cuenta de con quiénes se asocian ellos: una banda repelente de rufianes y mercachifles forrados de pasta y de notorios apologistas de la violencia norteamericana e israelí. En lugar de contribuir a ponerlos en evidencia, mis críticos de la izquierda despotrican contra «los bancos» sin tomar en consideración los hechos. Es una muestra deplorable (y reveladora) de lo poco que cuenta en sus cálculos morales el respeto a la verdad y a los muertos.

Aparte de los agradecimientos expresados en las ediciones anteriores de este libro, quiero dar las gracias a Michael Álvarez, Camille Goodison, Maren Hackmann y Jason Coronel por la ayuda que me han prestado.

NORMAN G. FINKELSTEIN
Abril de 2003
Chicago

Introducción

Este libro es tanto una anatomía como una denuncia de la industria del Holocausto. En las páginas que vienen a continuación, argumentaré que «el Holocausto» es una representación ideológica del holocausto nazi[1]. Como la mayoría de las ideologías, posee cierta relación con la realidad, aunque sea tenue. El Holocausto no es un constructo arbitrario, está dotado de coherencia interna. Sus dogmas fundamentales respaldan importantes intereses políticos y de clase. De hecho, el Holocausto ha demostrado ser un arma ideológica indispensable. El despliegue del Holocausto ha permitido que una de las potencias militares más temibles del mundo, con un espantoso historial en el campo de los derechos humanos, se haya convertido a sí misma en Estado «víctima», y que el grupo étnico más poderoso de los Estados Unidos también haya adquirido el estatus de víctima. Esta engañosa victimización produce considerables dividendos; en concreto, la inmunidad a la crítica, aun cuando esté más que justificada. Debo añadir que quienes disfrutan de dicha inmunidad no están libres de la corrupción moral que suele irle aparejada. Desde esta perspectiva, la actuación de Elie Wiesel como intérprete oficial del Holocausto no es casual. Es obvio que no fue encumbrado a esta posición por su compromiso humanitario ni por su talento literario[2]. La razón de que Wiesel desempeñe este papel es que enuncia con toda corrección los dogmas del Holocausto y, en consecuencia, fomenta los intereses que lo sustentan.

El estímulo inicial para escribir este libro me lo dio el estudio pionero de Peter Novick, *The Holocaust in American Life*, sobre el que publiqué una reseña en una revista literaria británica[3]. En estas páginas se amplía el diálogo crítico que entablé con Novick; de ahí las numerosas referencias a su estudio. La obra de Novick, más que una crítica fundada, es un conjunto de ideas provocadoras y pertenece a la venerable tradición estadounidense de la denuncia de escándalos. Mas, a semejanza de la mayoría de los denunciantes de escándalos, Novick se centra exclusivamente en los abusos más notorios. *The Holocaust in American Life* es, en general, una obra interesante y cáustica, pero no constituye una crítica radical. No pone en cuestión premisas básicas. Sin ser banal ni herético, el libro se sitúa en el extremo más crítico del espectro de las opiniones mayoritariamente aceptadas. Como era de prever, los medios de comunicación estadounidenses le concedieron gran atención y los elogios abundaron tanto como las críticas.

La categoría analítica básica de Novick es «la memoria». De los conceptos que están de moda en la torre de marfil del mundo académico, «memoria» es sin duda el más endeble que se ha generado en mucho tiempo. Sin olvidarse de la obligada mención a Maurice Halbwachs, Novick se propone demostrar cómo «la problemática actual» da forma a «la memoria del Holocausto». Hubo un tiempo en que los

intelectuales disidentes esgrimían categorías políticas potentes tales como «poder» e «intereses», por un lado, e «ideología», por otro. Hoy día solo nos queda el lenguaje anodino y despolitizado de «la problemática» y «la memoria». Ahora bien, a la luz de los datos aportados por Novick, la memoria del Holocausto *es* un constructo ideológico de intereses concretos. Según Novick, la memoria del Holocausto, aun cuando se elija, es «a menudo» arbitraria. La elección, argumenta Novick, no se realiza en función de «un cálculo de ventajas e inconvenientes», sino más bien «sin pensar mucho […] en las consecuencias»[4]. Sin embargo, la evidencia parece indicar lo contrario.

Mi interés en el holocausto nazi fue en un principio personal. Mi padre y mi madre eran supervivientes del gueto de Varsovia y de los campos de concentración nazis. Aparte de mis padres, el resto de mis parientes por líneas tanto materna como paterna fueron exterminados por los nazis. Se podría decir que mi primer recuerdo del holocausto nazi es el de encontrarme a mi madre pegada a la televisión viendo el juicio de Adolf Eichmann (1961) cuando regresé una tarde del colegio. Aunque mis padres habían sido liberados de los campos de concentración tan solo dieciséis años antes del juicio, un abismo insalvable separó siempre en mi mente a los padres que yo conocía de *eso*. De la pared del cuarto de estar de nuestra casa colgaban fotografías de los parientes de mi madre. (Ningún miembro de la familia de mi padre sobrevivió a la guerra.) Nunca conseguí hacerme una idea clara de mi relación con ellos, y mucho menos imaginar lo que había sucedido. Para mí, eran las hermanas, el hermano y los padres de mi madre, y no mis tías, mi tío y mis abuelos. Recuerdo que de niño leí *The Wall*, de John Hersey, y *Mila 18*, de Leon Uris, ambos relatos novelados sobre el gueto de Varsovia. (Todavía recuerdo a mi madre quejándose de que, enfrascada en *The Wall*, se le pasó la estación de metro desde donde iba al trabajo.) Por mucho que lo intenté, nunca conseguí ni por un instante dar el salto imaginario que podría haber vinculado a mis padres, tan normales como los veía, con aquel pasado. Y, francamente, sigo sin conseguirlo.

Pero es en lo que diré a continuación donde quiero hacer hincapié. Aparte de la presencia fantasmal ya mencionada, no recuerdo que el holocausto nazi se inmiscuyera en absoluto en mi infancia. La razón principal fue que a nadie de fuera de mi familia parecía importarle lo que había sucedido. En mi círculo de amigos de aquella época se leía mucho y se debatían apasionadamente los asuntos del día. Pero he de decir con toda sinceridad que no recuerdo que un solo amigo (o el padre de algún amigo) me preguntara ni una sola vez sobre lo que habían soportado mi madre y mi padre. No era un silencio respetuoso. Era simple indiferencia. Teniendo esto en cuenta, resulta difícil no ver con escepticismo el derroche de angustia que empezó a hacerse decenios después, una vez que la industria del Holocausto estuvo firmemente establecida.

A veces pienso que habría sido mejor que la comunidad judía estadounidense hubiera seguido olvidándose del holocausto nazi en lugar de «descubrirlo». Cierto es que mis padres sufrían en la intimidad; los padecimientos que habían soportado no contaban con el menor reconocimiento público. Pero ¿no era eso preferible a la burda explotación del martirio judío que se hace hoy día? Antes de que el holocausto nazi se convirtiera en el Holocausto, se publicaron pocos estudios serios sobre el tema; podrían mencionarse *The Destruction of the European Jews*, de Raul Hilberg, y libros de memorias como *Man's Search for Meaning*, de Viktor Frankl, y *Prisoners of Fear*, de Ella Lingens-Reiner[5]. Pero esta pequeña muestra de joyas es mejor que la bazofia que atesta actualmente los estantes de bibliotecas y librerías.

Mis padres revivieron día a día ese pasado hasta el momento de su muerte, y, sin embargo, hacia el final de sus vidas perdieron todo interés en el espectáculo público del Holocausto. Mi padre tenía un amigo de toda la vida que había sido prisionero con él en Auschwitz, un idealista de izquierdas aparentemente incorruptible que, por cuestión de principios, rechazó una indemnización alemana después de la guerra. Con el tiempo se convirtió en director del Yad Vashem, el museo israelí del Holocausto. Con auténtico desengaño y muy a su pesar, mi padre hubo de reconocer finalmente que incluso este hombre se había dejado corromper por la industria del Holocausto y había adaptado sus creencias al poder y al beneficio. A medida que las interpretaciones del Holocausto se volvían más y más absurdas, mi madre se aficionó a citar (con intencionada ironía) esta frase de Henry Ford: «La historia es pura palabrería». Los relatos de «los supervivientes del Holocausto» —todos habían estado presos en los campos de concentración y habían sido héroes de la resistencia— eran especial motivo de guasa en mi familia. Hace ya mucho tiempo, John Stuart Mill señaló que las verdades que no se someten a una revisión continua terminan por «dejar de tener el efecto de la verdad al convertirse en falsedades a través de la exageración».

A mis padres les extrañaba que me enfurecieran tanto la falsificación y la explotación del genocidio nazi. El motivo más evidente de mi ira es que esta manipulación se haya empleado para justificar la política criminal del Estado de Israel y el apoyo estadounidense a la misma. Pero también tengo un motivo personal. El recuerdo de la persecución de mi familia no me es en absoluto indiferente. La actual campaña lanzada por la industria del Holocausto para obtener dinero de Europa mediante un chantaje realizado en nombre de «las víctimas del Holocausto necesitadas» ha rebajado la categoría moral del martirio de mis padres a la de un casino de Monte Carlo. Preocupaciones aparte, estoy convencido de que es importante conservar la exactitud del registro histórico y luchar por ella. En las últimas páginas de este libro indicaré que el estudio del holocausto nazi no solo puede enseñarnos mucho sobre «los alemanes» o «los gentiles», sino sobre todos

nosotros. Ahora bien, creo que para que eso sea posible, para que realmente podamos *aprender* del holocausto nazi, es necesario reducir su dimensión física y aumentar su dimensión moral. Se han invertido demasiados recursos públicos y privados en recordar el genocidio nazi. Y, en general, estos esfuerzos han sido inútiles, pues, en lugar de ser un tributo al sufrimiento judío, lo han sido al engrandecimiento de los judíos. Ya va siendo hora de que abramos nuestros corazones al sufrimiento del resto de la humanidad. Esta fue la lección principal que me enseñó mi madre. Ni una sola vez le oí decir: «No comparéis». Mi madre *siempre* comparaba. Hay que establecer distinciones históricas, de eso no cabe duda. Pero crear distinciones *morales* entre «nuestro» sufrimiento y «su» sufrimiento es una parodia moral. «No se puede comparar a dos pueblos desgraciados —señalaba humanamente Platón— y decir que uno es más feliz que el otro». A la vista de los sufrimientos de los afroamericanos, los vietnamitas y los palestinos, el credo de mi madre siempre fue: «Todos somos víctimas del holocausto».

NORMAN G. FINKELSTEIN
Abril de 2000
Nueva York

I. Holocausto empieza a escribirse con mayúsculas

Hace unos años, en un memorable debate, Gore Vidal acusó a Norman Podhoretz, a la sazón editor de la publicación *Commentary*, del Comité Judío Americano, de ser antiestadounidense[1]. Las pruebas que aportaba en contra de él eran que Podhoretz concedía menor importancia a la guerra de secesión —«el único gran acontecimiento trágico que continúa dando resonancia a nuestra República»— que a los problemas judíos. Y, sin embargo, tal vez Podhoretz fuera más genuinamente estadounidense que su acusador. Pues, en aquel entonces, la «guerra contra los judíos» ocupaba un lugar más destacado en la vida cultural de los Estados Unidos que la «guerra entre los Estados». Muchos profesores universitarios podrán dar testimonio de que abundan mucho más los estudiantes que ubican el holocausto nazi en el siglo correcto y citan el saldo de víctimas que dejó que quienes hacen lo propio con respecto a la guerra de secesión. Las encuestas demuestran que el porcentaje de estadounidenses que identifican el Holocausto es mucho mayor que el correspondiente a quienes identifican Pearl Harbor o el bombardeo atómico del Japón.

Ahora bien, hasta hace poco, el holocausto nazi apenas si ocupaba un lugar en la vida estadounidense. En el periodo que medió entre la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y el final de la década de los sesenta, tan solo un puñado de libros y películas abordaron este tema. En todo Estados Unidos se ofrecía un único curso universitario sobre el holocausto[2]. Cuando, en 1963, Hannah Arendt publicó *Eichmann in Jerusalem*, solo encontró dos estudios académicos en lengua inglesa en los que apoyarse: *The Final Solution*, de Gerald Reitlinger, y *The Destruction of the European Jews*, de Raul Hilberg[3]. Y esta obra maestra de Hilberg llegó a ver la luz con grandes dificultades. El teórico social judeo-alemán Franz Neumann, que fue su director de tesis en la Universidad de Columbia, trató de disuadirle por todos los medios de que investigase ese asunto («Será enterrarte en vida».), y ninguna universidad o editor bien establecido estuvieron dispuestos a tocar el manuscrito. Cuando al fin se publicó, *The Destruction of the European Jews* recabó muy escasa atención, y la mayoría de las reseñas fueron críticas[4].

El hábito de prestar escasa atención al holocausto nazi no era exclusivo de los estadounidenses en general, ya que también lo compartían los judíos estadounidenses, incluidos los intelectuales. En una bien fundada investigación llevada a cabo en 1957, el sociólogo Nathan Glazer concluía que la solución final nazi «tuvo unos efectos asombrosamente leves en la vida interna de la comunidad judía estadounidense» (tan leves como los de Israel). En un simposio organizado por *Commentary* en 1961 sobre «La condición judía y los jóvenes intelectuales», solo dos de los 31 ponentes hicieron hincapié en las consecuencias del Holocausto. Del mismo modo, en una mesa redonda sobre «La afirmación de mi ser judío» convocada por el periódico *Judaism*,

en la que participaron veintiún judíos estadounidenses practicantes, ni siquiera se aludió al tema[5]. Ni monumentos ni homenajes rememoraban en los Estados Unidos el holocausto nazi. Muy al contrario, las grandes organizaciones judías se opusieron a que se conmemorase ese acontecimiento. Y hay que preguntarse por qué.

La explicación que suele aducirse es que los judíos estaban traumatizados por el holocausto nazi y reprimían su recuerdo. Mas lo cierto es que no hay pruebas que respalden esta conclusión. Sin duda, algunos de los supervivientes no querían entonces, ni quieren hoy, hablar de lo sucedido. Ahora bien, otros muchos tenían un vivísimo deseo de comentarlo y, cuando se les presentaba la ocasión de hacerlo, no había quién les hiciese callar[6]. El problema era que los estadounidenses no querían escucharles.

Los verdaderos motivos del silencio público con respecto al exterminio nazi fueron la política conformista de los líderes judíos estadounidenses y el clima político de los Estados Unidos de posguerra. Las elites judías de Estados Unidos[7] se atuvieron estrictamente a la política oficial de EEUU. Con tal proceder facilitaban su tradicional objetivo de promover la asimilación y el acceso al poder. Al iniciarse la guerra fría, las grandes organizaciones judías se lanzaron al combate. Las elites judeo-estadounidenses «olvidaron» el holocausto nazi porque Alemania —República Federal Alemana a partir de 1949— se convirtió en un aliado clave de Estados Unidos en la confrontación de posguerra contra la Unión Soviética. Remover el pasado no cumplía ningún objetivo práctico; de hecho, solo valía para complicar la situación.

Con escasas reservas (que no tardaron en descartarse), las principales organizaciones judías de EEUU se apresuraron a expresar su conformidad con el apoyo prestado por los Estados Unidos a una Alemania donde, tras una superficial depuración del nazismo, se reiniciaba el rearme. El Comité Judío Americano (CJA), temeroso de que «cualquier tipo de oposición organizada de los judíos estadounidenses a la política internacional y el enfoque estratégico nuevos pudiera aislarlos ante la mayoría no judía y poner en peligro los avances logrados en la escena nacional durante la posguerra», fue el primero en cantar las alabanzas de la nueva alineación de fuerzas. El prosionista Congreso Judío Mundial (CJM) y su filial estadounidense renunciaron a ejercer cualquier oposición una vez suscritos los acuerdos de indemnización con Alemania a comienzos de los años cincuenta, en tanto que la Liga Anti-Difamación (LAD) fue la primera de las grandes organizaciones judías que envió una delegación oficial a Alemania (1954). Todas estas organizaciones colaboraron con el gobierno de Bonn para contener la «oleada antialemana» que agitaba el sentir popular judío[8].

Aún había otra razón que daba cuenta de que la solución final era un asunto tabú para las elites judeo-estadounidenses: que era uno de los temas favoritos de los judíos

izquierdistas, que se oponían a la alineación de posguerra con Alemania y en contra de la Unión Soviética. Así pues, el afán de recordar el holocausto nazi se tildó de causa comunista. Amordazadas por el estereotipo que asociaba a los judíos con la izquierda —de hecho, los votos judíos sumaron un tercio de los conseguidos en 1948 por el candidato presidencial progresista Henry Wallace—, las elites judeo-estadounidenses no vacilaron a la hora de sacrificar a compañeros judíos en el altar del anticomunismo. El CJA y la LAD colaboraron activamente en la caza de brujas de la era de McCarthy ofreciendo a los organismos gubernamentales sus archivos sobre los presuntos elementos subversivos judíos. El CJA dio el visto bueno a la condena a muerte de los Rosenberg, en tanto que su publicación mensual, *Commentary*, argumentaba en un editorial que no eran *verdaderos* judíos.

Temerosas de que se las relacionara con la izquierda política extranjera o del país, las principales organizaciones judías se opusieron a la cooperación con los socialdemócratas alemanes antinazis, así como al boicot a los productos alemanes y a las manifestaciones contra los antiguos nazis de viaje por Estados Unidos. Por otro lado, los disidentes alemanes de renombre que visitaban el país, como el pastor protestante Martin Niemöller, quien, tras ocho años pasados en campos de concentración nazis, adoptó postura en contra de la cruzada anticomunista, eran escarnecidos por los líderes judeo-estadounidenses. Deseosas de dar lustre a sus credenciales anticomunistas, las elites judías llegaron incluso a respaldar económicamente y a alistarse en organizaciones de extrema derecha como la Conferencia Panamericana para Combatir el Comunismo, y hacían la vista gorda cuando los veteranos de las SS nacionalsocialistas entraban en los Estados Unidos[9].

Siempre anhelando congraciarse con las elites dominantes de EEUU y distanciarse de la izquierda judía, la comunidad judía estadounidense organizada sí hacía referencia al holocausto nazi en un contexto determinado: cuando se trataba de denunciar a la URSS. «La política soviética [antijudía] crea nuevas y nada desdeñables oportunidades —señalaba con optimismo un memorándum interno del CJA citado por Novick— de reforzar determinados aspectos del programa interior del CJA». Lo que, como ya era habitual, significaba meter en el mismo saco la solución final nazi y el antisemitismo ruso. «Stalin vencerá donde Hitler fracasó —auguraba siniestramente *Commentary*—. Acabará por eliminar a los judíos de Europa Central y del Este […]. El paralelismo con la política de exterminio nazi es casi absoluto». Las principales organizaciones judías de EEUU denunciaron en 1956 la invasión soviética de Hungría porque laconsideraban «el primer paso en el camino hacia un Auschwitz ruso»[10].

* * *

La guerra árabe-israelí de junio de 1967 modificó radicalmente el panorama. Todas las fuentes coinciden en señalar que el Holocausto no se incorporó a la vida judía estadounidense hasta después de este conflicto[11]. La explicación que suele darse a este cambio es que la vulnerabilidad y el aislamiento extremos de Israel durante la guerra de los Seis Días reavivaron el recuerdo del exterminio nazi. Mas lo cierto es que este análisis falsea tanto la realidad del equilibrio de poderes existente a la sazón en Oriente Medio, como la manera en que evolucionó la relación entre las elites judeo-estadounidenses e Israel.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, las principales organizaciones judías de EEUU restaron importancia al holocausto nazi con objeto de adaptarse a las prioridades señaladas para la guerra fría por el gobierno estadounidense, y también su actitud hacia Israel estuvo a tono con la política de EEUU. Las elites judías de EEUU albergaban desde tiempo atrás profundos recelos con respecto a la existencia de un Estado judío. Esto se debía, por encima de todo, al miedo a que dicho Estado prestara credibilidad a la acusación que se les hacía de mantener una «doble lealtad». Estas inquietudes fueron cobrando mayor peso a medida que se intensificaba la guerra fría. Ya antes de que se fundara el Estado de Israel, los líderes judeo-estadounidenses dieron voz a la preocupación de que los dirigentes, mayoritariamente izquierdistas y originarios de Europa del Este, que regirían los destinos de Israel sumaran fuerzas con el bando soviético. Las organizaciones judías de EEUU acabaron por apoyar la campaña en pro de la creación de un Estado judío dirigida por el sionismo, pero no dejaron de prestar atención a las señales emitidas desde Washington para amoldarse a ellas. De hecho, el CJA respaldó la fundación de Israel movido sobre todo por el miedo a que sobreviniera un movimiento de reacción en contra de los judíos estadounidenses si los judíos apátridas que había en Europa no lograban establecerse definitivamente en un plazo breve[12]. Israel se alineó con Occidente poco después de empezar a existir como Estado, pero muchos israelíes, con cargos políticos o sin ellos, conservaron una gran estima por la Unión Soviética; y, como era de prever, los líderes judeo-estadounidenses marcaron sus distancias con respecto a Israel.

Desde su fundación, en 1948, hasta la guerra de junio de 1967, Israel no fue un interés prioritario en la planificación estratégica de Estados Unidos. Mientras los líderes judíos de Palestina se preparaban para la proclamación del Estado, el presidente Truman vacilaba al sopesar los intereses de su política interior (el voto judío) y las inquietudes del Departamento de Estado (el respaldo a un Estado judío distanciaría a EEUU del mundo árabe). Alentada por el propósito de asegurar los intereses estadounidenses en Oriente Medio, la Administración Eisenhower trató de equilibrar el apoyo a Israel y a los países árabes, aunque favoreciendo a estos últimos.

Una serie de conflictos intermitentes entre Israel y Estados Unidos en torno a

diversas cuestiones políticas culminó con la crisis de Suez de 1956, cuando Israel, en connivencia con Gran Bretaña y Francia, atacó al dirigente nacionalista de Egipto, Gamal Abdel Nasser. Aunque la meteórica victoria de Israel y la conquista de la península del Sinaí pusieron de manifiesto ante el mundo su gran potencial estratégico, para los Estados Unidos continuó siendo tan solo uno más de los países que le interesaban en la región. Por consiguiente, el presidente Eisenhower forzó a Israel a hacer una retirada absoluta y prácticamente incondicional del Sinaí. Durante la crisis, los líderes judeo-estadounidenses respaldaron brevemente los esfuerzos israelíes por arrancar concesiones a Estados Unidos, pero a la hora de la verdad, como señala Arthur Hertzberg, «prefirieron aconsejar a Israel que se aviniera [a las pretensiones de Eisenhower] en lugar de oponerse a los deseos del dirigente de los Estados Unidos»[13].

Poco después de su proclamación como Estado, Israel prácticamente dejó de suscitar la atención de la comunidad judía estadounidense, salvo como ocasional objeto de ayudas benéficas. Israel no era importante para los judíos de Estados Unidos. En su investigación de 1957, Nathan Glazer concluía que Israel tenía «un efecto asombrosamente leve en la vida interna de la comunidad judía estadounidense»[14]. Los afiliados a la Organización Sionista de América pasaron de ser centenares de miles en 1948 a ser solo decenas de miles en los años sesenta. Antes de junio de 1967, solo uno de cada veinte judíos estadounidenses se molestó en visitar Israel. El ya de por sí considerable apoyo judío a Eisenhower se hizo aún mayor en su reelección de 1956, que tuvo lugar inmediatamente después de que forzara la humillante retirada israelí del Sinaí. A comienzos de la década de 1960, Israel hubo de soportar un varapalo de algunas secciones de la elite de la opinión judía con respecto al secuestro de Eichmann; entre las voces críticas figuraron Joseph Proskauer, expresidente del CJA, el historiador de Harvard Oscar Handlin y el *Washington Post*, rotativo que estaba en manos judías. «El secuestro de Eichmann —opinaba Erich Fromm— es un acto ilegal del mismo tipo que aquellos de los que son culpables los nazis»[15].

Los intelectuales judeo-estadounidenses de todo el espectro político demostraron una notoria indiferencia por el destino de Israel. En exhaustivos estudios sobre la escena intelectual judía neoyorquina de tendencia liberal-izquierdista durante los años sesenta apenas si se menciona a Israel[16]. Justo antes de que estallara la guerra de junio, el CJA patrocinó un simposio sobre «La identidad judía aquí y ahora». Solo tres de los 31 «mejores cerebros de la comunidad judía» aludieron a Israel; y dos de ellos lo hicieron con objeto de negarle toda importancia[17]. Una paradoja reveladora: Hannah Arendt y Noam Chomsky fueron prácticamente los dos únicos intelectuales judíos de renombre que forjaron un vínculo con Israel antes de junio de 1967[18].

Luego estalló la guerra de junio. Impresionados por la apabullante demostración

de fuerza de Israel, los Estados Unidos decidieron incorporarla como valor estratégico. (Estados Unidos había iniciado una cauta aproximación a Israel desde antes de la guerra de junio, cuando, a mediados de los sesenta, los regímenes egipcio y sirio empezaron a trazarse un curso cada vez más independiente.) Sobre Israel comenzó a volcarse todo tipo de ayuda militar y económica, a la vez que se iba convirtiendo en delegada del poder estadounidense en Oriente Medio.

La subordinación de Israel al poderío estadounidense fue un regalo caído del cielo para las elites judías de EEUU. El sionismo había surgido de la premisa de que pensar en la asimilación era levantar castillos en el aire, y de que los judíos siempre serían percibidos como extranjeros potencialmente desleales. Para resolver este dilema, los sionistas aspiraban a crear una patria judía. Sin embargo, la proclamación del Estado de Israel vino a exacerbar el problema, al menos para los judíos de la diáspora, pues dio expresión institucional a la acusación de la doble lealtad. Paradójicamente, a partir de junio de 1967, Israel *facilitó* la asimilación en Estados Unidos: desde entonces, los judíos pasaron a formar parte de la vanguardia defensiva de EEUU —e incluso de la «civilización Occidental»— en contra de las retrógradas hordas árabes. Así como antes de 1967 hablar de Israel era invocar al fantasma de la doble lealtad, después de la guerra de los Seis Días, Israel pasó a significar lealtad máxima. A fin de cuentas, eran los israelíes, y no los estadounidenses, quienes combatían y morían para proteger los intereses de EEUU. Y, a diferencia de los reclutas de la guerra de Vietnam, los combatientes israelíes no fueron humillados por advenedizos tercermundistas[19].

Por todo esto, las elites judeo-estadounidenses descubrieron repentinamente a Israel. Después de la guerra de los Seis Días, ya se podía celebrar la pujanza militar de Israel, pues sus armas apuntaban en la dirección correcta, es decir, en contra de los enemigos de EEUU. Tal vez, la destreza marcial israelí podría incluso facilitar el acceso a los sanctasanctora del poderío estadounidense. Hasta entonces, la única baza de las elites judías había sido ofrecer listas de judíos subversivos; ahora podían presentarse como el interlocutor natural del valor estratégico más recientemente adquirido por Estados Unidos. Quienes fueran actores de segunda fila habían saltado a la letra grande de las carteleras del drama de la guerra fría. Así pues, Israel se convirtió en un valor estratégico no solo para Estados Unidos, sino también para la comunidad judía estadounidense.

En unas memorias publicadas justo antes de la guerra de los Seis Días, Norman Podhoretz rememoraba frívolamente su asistencia a una cena oficial en la Casa Blanca donde «no había una sola persona que no estuviera visible y absolutamente loca de contenta por estar allí»[20]. En esas memorias tan solo hay una fugaz alusión a Israel, pese a que Podhoretz ya era el director de la publicación judeo-americana de mayor prestigio, *Commentary*. ¿Qué podía ofrecer Israel a un ambicioso judío

estadounidense? En unas memorias posteriores, Podhoretz comenta que, tras la guerra de los Seis Días, Israel devino en «la religión de los judíos estadounidenses»[21]. Convertido en ilustre adalid de Israel, Podhoretz ya no solo podía alardear de haber asistido a una cena en la Casa Blanca, sino también de haber tenido un *tête-à-tête* con el presidente para deliberar sobre los Intereses de la Nación.

A partir de la guerra de los Seis Días, las principales organizaciones judías de EEUU se consagraron en cuerpo y alma a consolidar la alianza estadounidense-israelí. Para la LAD esto supuso poner en marcha una amplia operación de vigilancia interna vinculada a los Servicios de Inteligencia de Israel y de Sudáfrica[22]. El espacio informativo concedido a Israel en *The New York Times* aumentó espectacularmente a partir de junio de 1967. En el índice de este periódico se ve que en 1955 y 1965 los asuntos israelíes ocuparon columnas de 60 pulgadas. En 1975, ese espacio había aumentado a 260 pulgadas. «Cuando quiero sentirme mejor —reflexionaba Wiesel en 1973—, leo las noticias sobre Israel en *The New York Times*»[23]. Al igual que Podhoretz, muchos intelectuales judeo-estadounidenses destacados se «convirtieron» súbitamente tras la guerra de los Seis Días. Novick nos indica que Lucy Dawidowicz, decana de literatura sobre el Holocausto, fue en su día «una mordaz crítica de Israel». En 1953, Dawidowicz denostaba a Israel diciendo que no podía exigir una indemnización a Alemania a la vez que evadía toda responsabilidad con respecto a los palestinos desplazados: «La moralidad no puede ser tan flexible». Sin embargo, inmediatamente después de la guerra de los Seis Días, Dawidowicz se convirtió en «ferviente defensora de Israel» y aclamó su existencia como «paradigma colectivo de la imagen ideal del judío en el mundo moderno»[24].

La postura que tendían a adoptar los sionistas renacidos después de 1967 era contraponer tácitamente su explícito apoyo a una Israel presuntamente acosada a la cobardía demostrada por la comunidad judía estadounidense durante el Holocausto. En realidad, con esa postura no hacían sino repetir el comportamiento que siempre habían tenido las elites judías de EEUU: marchar al paso que les marcaban los dirigentes estadounidenses. Los estamentos cultos mostraron una particular afición a adoptar poses heroicas. Pensemos en el célebre crítico social Irving Howe, de ideología liberal izquierdista. En 1956, la revista *Dissent*, dirigida por Howe, condenaba el «ataque conjunto a Egipto» por considerarlo «inmoral». Y, aunque lo cierto era que Israel estaba aislada, también se la censuraba por su «chovinismo cultural», su «concepción casi mesiánica de un destino manifiesto» y su «expansionismo encubierto»[25]. Después del conflicto bélico de junio de 1973, momento en que el apoyo estadounidense a Israel alcanzó su punto álgido, Howe publicó un manifiesto personal, «cargado de intensa inquietud», en defensa de la aislada Israel. El mundo gentil, como se lamentaba Howe haciendo una parodia al estilo de Woody Allen, estaba a merced del antisemitismo. Y se quejaba de que Israel

había dejado de considerarse «chic» incluso en el alto Manhattan; todos, salvo él, habían sido supuestamente esclavizados por Mao, Fanon y Guevara[26].

Israel era el gran valor estratégico de EEUU, pero también suscitaba críticas. Su negativa a negociar los asentamientos territoriales con los árabes, de acuerdo con las resoluciones adoptadas por la ONU, y su truculento apoyo a las ambiciones imperialistas estadounidenses habían generado una censura internacional creciente[27], y, además, Israel debía soportar las críticas de los disidentes estadounidenses. En los círculos gobernantes de EEUU, los llamados «arabistas» sostenían que apostarlo todo por Israel y volver la espalda a las elites árabes iba en contra de los intereses nacionales estadounidenses.

Había quien argumentaba que la subordinación de Israel al gobierno estadounidense y la ocupación de los Estados árabes vecinos no solo eran negativas en sí mismas, sino también perjudiciales para sus propios intereses. Israel se militarizaría cada vez más y aumentaría gradualmente su distanciamiento del mundo árabe. Para los nuevos «defensores» judeo-estadounidenses de Israel, estos argumentos rayaban en la herejía: una Israel independiente en paz con sus vecinos no tendría ningún valor; y una Israel alineada con las corrientes del mundo árabe que pugnaban por la independencia con respecto a Estados Unidos sería un desastre. Solo les parecía interesante una Esparta israelí en deuda con sus benefactores estadounidenses, pues solo esa modalidad permitía a los líderes judíos de EEUU actuar como portavoces de las ambiciones imperialistas estadounidenses. Noam Chomsky ha sugerido que a estos «defensores de Israel» sería más adecuado llamarlos «defensores de la degeneración moral y la destrucción definitiva de Israel»[28].

Las elites judeo-estadounidenses «recordaron» el Holocausto con objeto de proteger el nuevo valor estratégico de Israel[29]. Convencionalmente, suele decirse que obraron así porque, en la época de la guerra de los Seis Días, creían que Israel se encontraba en peligro mortal y tenían muchísimo miedo a que se produjera un «segundo Holocausto». Pero basta analizar mínimamente esta explicación para desmontarla.

Pensemos en la primera guerra árabe-israelí. Corría el año 1948 y la amenaza que se cernía entonces sobre los judíos palestinos, en vísperas de su independencia, parecía mucho más ominosa. David Ben Gurion declaró que «700.000» judíos debían «medir sus fuerzas con 27 millones de árabes, uno contra cuarenta». Estados Unidos se sumó al embargo armamentístico al que la ONU decidió someter a la región, y consolidó la clara ventaja de la que disfrutaban los ejércitos árabes en ese terreno. El miedo a otra solución final nazi obsesionaba a la comunidad judía de EEUU. El CJA deploraba que los Estados árabes estuvieran «armando al secuaz de Hitler, el Muftí, a la vez que Estados Unidos obligaba a que se cumpliera el embargo de armamento» y

preveía un «suicidio en masa y un holocausto absoluto en Palestina». Incluso George Marshall, a la sazón Secretario de Estado, y la CIA predijeron explícitamente que Israel sería con toda certeza derrotada en caso de que se produjera una guerra[30]. Aunque, «de hecho, venció el bando más poderoso» (en palabras del historiador Benny Morris), para Israel no fue un desfile triunfal. Durante los primeros meses del conflicto, a principios de 1948, y, sobre todo, cuando se declaró la independencia, en mayo, el jefe de operaciones de la Haganá, Yigael Yadin, estimaba que las posibilidades de supervivencia de Israel eran de un «cincuenta por ciento». Si no hubiera sido por un pacto secreto para recibir armas de los checos, Israel probablemente no habría sobrevivido[31]. Transcurrido un año, la guerra dejó un saldo de 6.000 israelíes muertos, un uno por ciento de la población. ¿Por qué, entonces, el Holocausto no se convirtió en foco de la vida judeo-estadounidense después de la guerra de 1948?

En 1967, Israel demostró rápidamente que ya era mucho menos vulnerable que durante su guerra de independencia. Los dirigentes israelíes y estadounidenses sabían de antemano que Israel lograría imponerse con facilidad en un conflicto armado con los Estados árabes. Lo cual se hizo patente cuando, en pocos días, Israel puso en desbandada a sus vecinos árabes. Tal como dice Novick, «durante la movilización de los judíos estadounidenses para apoyar a Israel antes de la guerra, las referencias al Holocausto fueron sorprendentemente escasas»[32]. La industria del Holocausto brotó *después* de la apabullante exhibición del predominio militar de Israel y floreció en una época de extremo triunfalismo israelí[33]. El marco interpretativo convencional no sirve para dar cuenta de estas anomalías.

Las explicaciones al uso sostienen que los terribles reveses iniciales sufridos por Israel en la guerra árabe-israelí de octubre de 1973, el gran número de víctimas que esta dejó y el creciente aislamiento internacional de Israel en la posguerra exacerbaron los miedos que la vulnerabilidad israelí inspiraba a los judíos estadounidenses. En consecuencia, el recuerdo del Holocausto pasó a un primer plano. En esta línea argumentativa, Novick afirma: «Los judíos estadounidenses […] empezaron a considerar que la situación de una Israel vulnerable y aislada era terroríficamente similar a la de la comunidad judía europea treinta años atrás […]. Los comentarios sobre el Holocausto «despegaron» en EEUU y, no solo eso, se fueron institucionalizando»[34]. Y, sin embargo, Israel se había aproximado mucho más al precipicio y había tenido más víctimas de guerra, en términos tanto relativos como absolutos, en el conflicto de 1948 que en el de 1973.

Cierto es que, con la salvedad de su alianza con EEUU, Israel cayó en desgracia internacionalmente después de la guerra de octubre de 1973. Ahora bien, comparemos la situación con la que se produjo a raíz de la guerra del Canal de Suez. Israel y la comunidad judeo-estadounidense organizada alegaban que, en vísperas de

la invasión del Sinaí, Egipto amenazaba la existencia misma de Israel y que una retirada completa del Sinaí socavaría fatalmente «los intereses vitales de Israel: su supervivencia como Estado»[35]. A pesar de todo, la comunidad internacional se mantuvo firme. Al recordar su brillante actuación ante la Asamblea General de la ONU, Abba Eban se lamentaba, no obstante, de que, «después de aclamar el discurso con un prolongado y vigoroso aplauso, la Asamblea pasó a votar en contra de nosotros por una aplastante mayoría»[36]. Los Estados Unidos figuraron destacadamente en ese consenso. Eisenhower forzó la retirada israelí y, además, el apoyo público a Israel sufrió un «alarmante bajón» en EEUU (en palabras del historiador Peter Grose)[37]. Por el contrario, justo después de la guerra de 1973, Estados Unidos proporcionó a Israel una ayuda militar enorme, mucho mayor que toda la que le había prestado durante los cuatro años previos, y la opinión pública estadounidense tomó firme partido en favor de Israel[38]. Y fue en estas circunstancias cuando «los comentarios sobre el Holocausto "despegaron" en Estados Unidos», en un momento en que Israel estaba menos aislada de lo que lo había estado en 1956.

De hecho, la industria del Holocausto no pasó a desempeñar un papel estelar porque los inesperados reveses de Israel en el conflicto bélico de octubre de 1973, y la posición desventajosa en que quedara después, despertaran el recuerdo de la solución final. Más bien, habría que decir que el impresionante despliegue militar de Sadat en la guerra de octubre convenció a las elites políticas de EEUU y de Israel de que no se podía seguir eludiendo un acuerdo diplomático con Egipto que incluyera la devolución de los territorios egipcios arrebatados en junio de 1967. Así pues, la industria del Holocausto redobló su actividad productiva con objeto de aumentar la fuerza negociadora de Israel. El hecho crucial es que Israel no quedó aislada de los Estados Unidos después de la guerra de 1973: todos estos sucesos se desarrollaron en el marco de la alianza estadounidense-israelí, que permaneció intacta[39]. Del registro histórico se desprende que, si Israel se hubiera quedado realmente aislada después de la guerra de octubre, las elites judeo-estadounidenses no habrían tenido mayor interés en recordar el holocausto nazi del que ya habían demostrado tras los conflictos bélicos de 1948 y de 1956.

Novick da una serie de explicaciones complementarias que distan mucho de ser convincentes. Citando a estudiosos judíos religiosos, sugiere, por ejemplo, que «la guerra de los Seis Días ofrecía una teología popular del "Holocausto y la Redención"». La «luz» de la victoria de junio de 1967 redimió la «oscuridad» del genocidio nazi: «Dio una segunda oportunidad a Dios». El Holocausto solo pudo llegar a aflorar en la vida estadounidense después de junio de 1967 porque «el exterminio de la comunidad judía europea alcanzó un final, si no feliz, al menos viable». Sin embargo, las explicaciones judías al uso no señalan la guerra de junio como el momento de la redención judía, sino que lo sitúan en la fundación del Estado

de Israel. ¿Por qué el Holocausto hubo de esperar a que se produjera una*segunda* redención? Novick sostiene que la «imagen de los judíos como héroes militares» en la guerra de junio «sirvió para borrar el estereotipo que los representaba como víctimas débiles y pasivas y que […] previamente había inhibido a los judíos para hablar del Holocausto»[40]. Mas, si se trataba de demostrar valor, los israelíes lo demostraron como nunca en la guerra de 1948. Y la «osada» y «brillante» campaña del Sinaí de cien horas lanzada por Moshe Dayan en 1956 fue un anticipo de la meteórica victoria de junio de 1967. Así pues, ¿por qué la comunidad judía estadounidense necesitaba que la guerra de junio «borrara el estereotipo»?

La descripción de Novick de cómo las elites judeo-estadounidenses llegaron a instrumentalizar el holocausto nazi no es muy persuasiva. Veamos algunos pasajes:

> Los líderes judíos de EEUU trataban de comprender los motivos del aislamiento y la vulnerabilidad de Israel —motivos que pudieran indicar un remedio—, y la explicación que suscitó mayores apoyos fue que la difuminación del recuerdo de los crímenes nazis contra los judíos y la entrada en escena de una generación desconocedora del Holocausto habían tenido como consecuencia que Israel perdiera los respaldos de los que disfrutara antaño.

Si bien las organizaciones judías estadounidenses nada podían hacer por alterar el pasado reciente de Oriente Medio, y bien poco por influir sobre su futuro, *sí* podían trabajar para reavivar el recuerdo del Holocausto. La explicación de «la difuminación del recuerdo» ofrecía un programa de acción [cursiva en el original][41].

¿Por qué la explicación de «la difuminación del recuerdo» fue la que «suscitó mayores apoyos» para la apurada situación de Israel después de la guerra de 1967? Ciertamente, no parece una explicación muy bien fundada. Como el propio Novick documenta copiosamente, el respaldo que Israel consiguió en un primer momento poco tenía que ver con «el recuerdo de los crímenes nazis»[42], y, por otra parte, ese recuerdo se había difuminado mucho antes de que Israel perdiera el apoyo internacional. ¿Por qué era «bien poco» lo que las elites judías podían hacer por «influir» sobre el futuro de Israel? El hecho es que controlaban una red organizativa formidable. ¿Por qué «reavivar el recuerdo del Holocausto» era el único posible programa de acción? ¿Por qué no sumarse, en cambio, al consenso internacional que exigía la retirada de Israel de los territorios ocupados en la guerra de los Seis Días, *además de* «una paz justa y duradera» entre Israel y sus vecinos árabes (Resolución 242 de la ONU)?

Una explicación más coherente, aunque menos caritativa, es que, antes de junio de 1967, las elites judeo-estadounidenses solo recordaban el holocausto nazi cuando les resultaba políticamente conveniente. Israel, su nueva patrona, había sacado provecho del holocausto nazi durante el juicio de Eichmann[43]. Demostrada así su utilidad, la comunidad judeo-estadounidense organizada se lanzó a explotar el holocausto nazi después de la guerra de los Seis Días. Una vez remodelado

ideológicamente, el Holocausto (con mayúscula, como ya he señalado antes) resultó ser el escudo defensivo perfecto para desviar las críticas dirigidas a Israel. Enseguida pasaré a ilustrar esta afirmación. Ahora bien, llegados a este punto, conviene poner de relieve que el Holocausto desempeñaba la misma función que Israel para las elites judías de EEUU: era una valiosísima baza en un juego de poder en el que se apostaba fuerte. La supuesta preocupación por el recuerdo del Holocausto era tan artificial como la supuesta preocupación por el destino de Israel[44]. Por ello, la comunidad judía organizada de EEUU se apresuró a perdonar y a olvidar la desquiciada declaración que Ronald Reagan hizo en 1985 en el cementerio de Bitburg, en la que afirmó que los soldados alemanes allí enterrados (algunos de ellos, miembros de las SS de Waffen) eran «víctimas de los nazis en la misma medida que las víctimas de los campos de concentración». El Centro Simon Wiesenthal, una de las instituciones del Holocausto de mayor renombre, concedió a Reagan el premio Humanitario del Año en 1988 por su «firme apoyo a Israel», y en 1994 la pro-israelí LAD le otorgó la Antorcha de la Libertad[45].

Sin embargo, la salida de tono que el reverendo Jesse Jackson había tenido anteriormente, en 1979, al decir que estaba «más que harto de oír hablar del Holocausto», no se perdonó ni olvidó tan deprisa. Las elites judeo-estadounidenses nunca dejaron de atacar a Jackson, aunque no tanto por sus «comentarios antisemitas» como por el hecho de que «abrazara la causa palestina» (Seymour Martin Lipset y Earl Raab)[46]. En el caso de Jackson, influía un factor adicional, dado que representaba a sectores electorales con los que la comunidad judeo-estadounidense organizada había tenido disputas desde finales de los sesenta. Y también en estos conflictos, el Holocausto demostró ser un arma ideológica potente.

No fueron el aislamiento y la debilidad supuestos de Israel, ni tampoco el miedo a un «segundo Holocausto», los que decidieron a las elites judías a poner en marcha la industria del Holocausto después de junio de 1967, sino, por el contrario, el poderío demostrado por Israel y su alianza estratégica con los Estados Unidos. Es Novick quien, sin proponérselo, proporciona la mejor evidencia para respaldar esta conclusión. Queriendo demostrar que eran las consideraciones relativas al poder, y no la solución final nazi, las que determinaban la política estadounidense hacia Israel, Novick afirma: «Cuando el Holocausto estaba más vivo en la mente de los dirigentes estadounidenses —durante los primeros veinticinco años que siguieron a la guerra—, fue precisamente cuando Estados Unidos apoyó *menos* a Israel […]. No fue cuando se consideraba que Israel era débil y vulnerable cuando el apoyo estadounidense a Israel dejó de ser un goteo para convertirse en un torrente, sino después de que Israel demostrara su fuerza en la guerra de los Seis Días» (cursiva en el original)[47]. Este argumento es igualmente aplicable a las elites judías de EEUU.

* * *

La industria del Holocausto también se vio promovida por factores internos. Las interpretaciones al uso ponen de relieve la recién surgida «política de la identidad», por un lado, y la «cultura de la victimización», por otro. En efecto, todas las identidades se enraizaban en una historia de opresión particular; y, consecuentemente, los judíos buscaron su identidad étnica en el Holocausto.

Ahora bien, de todos los grupos que se quejaban de haber sido convertidos en víctimas, como los negros, los latinoamericanos, los nativos de América del Norte, las mujeres, los *gays* y las lesbianas, solo los judíos no ocupaban una situación desfavorecida en la sociedad estadounidense. De hecho, la política de la identidad y el Holocausto han echado raíces en la comunidad de los judíos estadounidenses no porque a estos les corresponda el estatus de víctimas, sino porque *no* son víctimas.

A la vez que las barreras antisemitas se desplomaban después de la Segunda Guerra Mundial, los judíos se fueron elevando a una situación prominente en los Estados Unidos. Según Lipset y Raab, la renta per cápita judía casi duplica la de los no judíos; dieciséis de las cuarenta principales fortunas estadounidenses están en manos judías; el cuarenta por ciento de los estadounidenses galardonados con el Premio Nobel en las áreas científica y económica son judíos, como también lo son el veinte por ciento de los catedráticos de las grandes universidades y el cuarenta por ciento de los socios de los despachos de abogados punteros de Nueva York y Washington. La lista no se termina aquí[48]. Lejos de constituir un obstáculo para el éxito, la identidad judía sirve para coronar el éxito. Si muchos judíos mantuvieron un prudente alejamiento con respecto a Israel cuando este país estaba mal visto y luego, cuando Israel pasó a convertirse en un valor en alza, se convirtieron en sionistas renacidos, del mismo modo se mantuvieron a distancia prudente de su identidad étnica mientras esta constituía una carga y se convirtieron en judíos renacidos cuando les convino.

En efecto, la historia del éxito mundano de la comunidad judía estadounidense valida el dogma básico —tal vez el único— de la nueva identidad adquirida por los judíos. ¿Quién podría seguir poniendo en entredicho que los judíos eran el pueblo «elegido»? En *A Certain People: American Jews and Their Lives Today*, Charles Silberman, uno más de los judíos renacidos, comenta con exagerada y característica efusividad: «Si hubieran eludido todo sentimiento de superioridad, los judíos ni siquiera habrían sido considerados seres humanos», y «Para los judíos estadounidenses es extraordinariamente difícil erradicar el sentimiento de superioridad, por mucho que traten de reprimirlo». Según el novelista Philip Roth, lo que hereda un niño judío estadounidense no es «un *corpus* legislativo, ni un *corpus*

de conocimientos, ni un lenguaje, ni tampoco un Dios…, sino un tipo de psicología: y esa psicología puede traducirse en cuatro palabras: «Los judíos son mejores»[49]. Como veremos a continuación, el Holocausto era la versión negativa del jactancioso éxito mundano: servía para validar la condición de pueblo elegido de los judíos.

Llegada la década de 1970, el antisemitismo había dejado de ser un rasgo sobresaliente de la vida estadounidense. Sin embargo, los líderes judíos hicieron sonar las alarmas por la supuesta amenaza de un brote de virulento y «nuevo antisemitismo»[50]. Entre las principales pruebas que aportaba un importante estudio de la LAD («dedicado a aquellos que han muerto por ser judíos») figuraban el musical de Broadway *Jesucristo Superstar* y un tabloide contracultural que «retrataba a Kissinger como a un servil adulador, cobarde, pendenciero, camelador, tirano, arribista, malvado manipulador, esnob inseguro, cortejador del poder sin escrúpulos»…, lo que, en todo caso, era un retrato eufemístico[51].

Esta histeria artificialmente creada con respecto a un nuevo antisemitismo cumplía una serie de objetivos que interesaban a la comunidad judía organizada de EEUU. Fomentaba el valor de Israel en cuanto refugio al que podría acudirse como último recurso llegado el caso de que los judíos estadounidenses lo necesitaran. Por otra parte, los llamamientos para recaudar fondos lanzados por las organizaciones judías en supuesto apoyo del antisemitismo caían en oídos más receptivos. «El antisemita se encuentra en la desafortunada situación —observó Sartre en cierta ocasión— de tener una necesidad vital del enemigo a quien desea destruir»[52]. Y lo contrario es aplicable a las organizaciones judías a las que nos referimos. En los últimos años, dada la escasa oferta de antisemitismo, se ha declarado una enconada rivalidad entre las principales organizaciones judías «defensivas»; en particular, entre la LAD y el Centro Simon Wiesenthal[53]. Cuando se trata de recaudar fondos, las supuestas amenazas contra Israel cumplen una función similar. Al regresar de un viaje a los Estados Unidos, el respetado periodista israelí Danny Rubinstein informaba: «En opinión de los miembros del sistema establecido judío, lo más importante es poner de relieve una y otra vez los peligros externos a los que se enfrenta Israel […]. El sistema establecido judío de EEUU necesita a Israel solo en su estatus de víctima de los crueles ataques árabes. Para una Israel así se pueden conseguir apoyo, donantes, dinero […]. Todo el mundo está al tanto de cómo se llevan las cuentas de las contribuciones recibidas por el Llamamiento Judío Unido de EEUU, en el que se utiliza el nombre de Israel, pero la mitad de los fondos no se destinan a Israel, sino a instituciones judías de Estados Unidos. ¿Puede concebirse mayor cinismo?». Como veremos, en la industria del Holocausto, la explotación de las «víctimas del Holocausto necesitadas» es la última de las manifestaciones, y podría decirse que la más deplorable, de este cinismo[54].

Ahora bien, el principal motivo de que se hicieran sonar las alarmas del

antisemitismo fue otro. Los judíos estadounidenses fueron desplazándose gradualmente hacia posiciones políticas de derecha a la vez que iban alcanzando mayores éxitos mundanos. En las cuestiones culturales, como la moralidad sexual y el aborto, continuaron manteniendo posturas de izquierda moderada, pero, en cuanto a la política y a la economía, cada vez eran más conservadores[55]. El giro a la derecha se vio complementado por un repliegue hacia dentro, pues los judíos, a quienes ya no interesaban sus antiguas alianzas con otros grupos desfavorecidos, empezaron a reservar cada vez más sus recursos para asuntos de interés exclusivamente judío. Esta reorientación de la comunidad judía estadounidense[56] se hizo patente en las crecientes tensiones entre judíos y negros. Aunque tradicionalmente habían estado alineados con el pueblo negro contra la discriminación étnica en los Estados Unidos, a finales de los años sesenta muchos judíos rompieron con la alianza en pro de los Derechos Civiles, pues, tal como afirma Jonathan Kaufman, «los objetivos del movimiento en pro de los derechos civiles estaban cambiando (de exigencias de igualdad política y legal a exigencias de igualdad económica)». «Cuando el movimiento en pro de los derechos civiles se trasladó al norte y fue incorporado por los vecinos de estos judíos liberales —rememora Cheryl Greenberg en una línea similar—, la cuestión de la integración adquirió un matiz diferente. Y cuando las preocupaciones se expresaban en términos de clase más que de raza, los judíos huyeron a los barrios residenciales periféricos tan apresuradamente como los cristianos blancos, con objeto de evitar lo que percibían como el deterioro de sus colegios y barrios». El memorable clímax de este proceso fue la prolongada huelga en la que se embarcó el profesorado de Nueva York en 1968, y que enfrentó a un sindicato profesional mayoritariamente judío con los activistas de la comunidad negra que luchaban por el control de un sistema escolar en quiebra. Lo que no se recuerda con tanta frecuencia es la erupción del racismo judío, que ya había ascendido hasta cerca de la superficie antes de la huelga. En tiempos más recientes, las organizaciones y los propagandistas judíos han jugado un papel destacado en los esfuerzos por desmantelar los programas de acción afirmativa. En los importantes casos que llegaron hasta el Tribunal Supremo —*DeFunis* (1974) y *Bakke* (1978)—, el CJA, la LAD y el Congreso Judío Americano presentaron alegaciones en contra de la acción afirmativa, lo que al parecer reflejaba el sentir judío general[57].

Las elites judías adoptaron una agresiva postura de defensa de sus intereses comunitarios y de clase y comenzaron a tildar de antisemita toda tendencia que se opusiera a su nueva política conservadora. De suerte que el dirigente de la LAD Nathan Perlmutter sostenía que el «verdadero antisemitismo» existente en EEUU consistía en las iniciativas políticas que «socavaban los intereses judíos», tales como la acción afirmativa, los recortes del presupuesto de defensa y el neo-aislacionismo,

así como la oposición al poder nuclear e incluso la reforma del Colegio Electoral[58].

El Holocausto pasó a desempeñar una función fundamental en esta ofensiva ideológica. Es evidente que evocar la persecución histórica de los judíos servía para desviar toda crítica presente. Además, los judíos podían utilizar el «sistema de cuotas» al que se habían visto sometidos en el pasado como pretexto para oponerse a los programas de acción afirmativa. Mas la cuestión fundamental era que en el marco de referencia del Holocausto se representaba al antisemitismo como un odio gentil a los judíos estrictamente irracional. Se rechazaba la posibilidad de que el talante con que se veía a los judíos pudiera basarse en conflictos de intereses reales (abundaremos en este punto más adelante). Así pues, invocar el Holocausto era una estratagema para deslegitimar toda crítica a los judíos, puesto que dicha crítica solo podía derivar de un odio patológico.

La comunidad judía organizada recordó el Holocausto cuando Israel estaba en la cima de su poderío y volvió a acordarse de él cuando el poder de los judíos estadounidenses alcanzó su cenit. Sin embargo, se recurría al subterfugio de que los judíos estaban amenazados por la inminencia de un «segundo Holocausto». De ese modo, las elites judeo-estadounidenses podían adoptar poses heroicas a la vez que se permitían entregarse a un cobarde ejercicio de intimidación. Norman Podhoretz, por ejemplo, hacía hincapié en que, después de la guerra de junio de 1967, los judíos habían tomado la decisión de «resistir ante todo aquel que, de cualquier manera, en cualquier medida o por cualquier motivo, trate de perjudicarnos […]. A partir de ahora vamos a defender lo que es nuestro»[59]. Así como los israelíes, armados hasta los dientes por los Estados Unidos, tuvieron el valor de poner en su sitio a los levantiscos palestinos, también los judíos estadounidenses tuvieron la valentía de poner en su lugar a los revoltosos negros.

Tratar despóticamente a quienes están peor preparados para defenderse: tal es el auténtico significado del supuesto coraje de la comunidad judía organizada de EEUU.

II. Embaucadores, mercachifles y un poco de historia

«La conciencia del Holocausto», como señala el reputado escritor israelí Boas Evron, es en realidad «un adoctrinamiento propagandístico oficial, una producción masiva de consignas y falsas visiones del mundo, cuyo verdadero objetivo no es en absoluto la comprensión del pasado, sino la manipulación del presente». En sí mismo, el holocausto nazi no promueve ningún programa político concreto. Puede, con la misma facilidad, motivar la oposición o el apoyo a la política israelí. Pero, refractada a través de un prisma ideológico, «la memoria del exterminio nazi» llegó a convertirse, en palabras de Evron, «en poderosa herramienta en manos de los dirigentes israelíes y los judíos del extranjero»[1]. El holocausto nazi se convirtió en el Holocausto.

Dos son los dogmas fundamentales que sustentan la estructura del Holocausto: (1) el Holocausto constituye un acontecimiento histórico categóricamente singular; (2) el Holocausto marca el clímax del eterno e irracional odio gentil a los judíos. En el discurso público previo a la guerra de junio de 1967, no se encuentra ni rastro de estos dogmas, y, aunque luego llegaron a convertirse en pilares de la literatura sobre el Holocausto, tampoco se encuentra rastro de ellos en los estudios serios sobre el holocausto nazi[2]. Por otra parte, ambos dogmas se basan en tendencias importantes del judaísmo y del sionismo.

En la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, el holocausto nazi no se categorizó como fenómeno singularmente judío, y mucho menos como una singularidad histórica. La comunidad judía organizada de EEUU, en concreto, hizo lo imposible por enmarcarlo en un contexto universalista. Pero, después de la guerra de junio, la solución final nazi se situó en un marco radicalmente distinto. «La idea principal y primera que surgió de la guerra de 1967, y que llegaría a ser emblemática, del judaísmo estadounidense», según rememora Jacob Neusner, fue que «el Holocausto […] era algo único, sin parangón en la historia de la humanidad»[3]. En un ensayo revelador, el historiador David Stannard ridiculiza la «pequeña industria de los hagiógrafos del Holocausto que argumentan con toda la energía y la ingenuidad de los fanáticos religiosos que la experiencia judía fue única»[4]. A fin de cuentas, no es difícil demostrar que el dogma de la singularidad es absurdo.

En un nivel básico de análisis, todo acontecimiento histórico es único, aunque solo sea en virtud de sus coordenadas espacio-temporales, y, a la vez, todo acontecimiento histórico posee rasgos distintivos y rasgos compartidos con otros hechos históricos. La anomalía del Holocausto es que su singularidad se considere absoluta. ¿Qué otro hecho histórico, cabría preguntar, se clasifica básicamente en función de su categórica singularidad? La estrategia utilizada es aislar los rasgos

distintivos del Holocausto con objeto de situarlo en una categoría exclusiva. Lo que queda por esclarecer es por qué muchos de los rasgos que tiene en común con otros acontecimientos se consideran triviales en comparación con los que lo singularizan.

Todos los teóricos del Holocausto están de acuerdo en señalar que el Holocausto es algo único, pero pocos, si es que hay alguno, se ponen de acuerdo al explicar los motivos de que así sea. Cada vez que un argumento en pro de la singularidad del Holocausto es refutado, enseguida se aduce otro nuevo para sustituirlo. Y el resultado de esto es, según Jean-Michel Chaumont, que hay múltiples argumentos contradictorios que se anulan entre sí: «El conocimiento no se acumula. Por el contrario, el argumento nuevo que trata de superar al anterior siempre parte de cero»[5]. Dicho de otro modo: la singularidad es una premisa básica de la estructura del Holocausto; la tarea que debe realizarse es demostrar su veracidad, en tanto que demostrar su falsedad equivale a negar el propio Holocausto. Tal vez el problema radica en la premisa, y no en las pruebas. Aun cuando el Holocausto no fuera un fenómeno único, ¿qué más daría? Si el holocausto nazi no fuese el primer acontecimiento de su categoría, sino el cuarto o el quinto en una serie de catástrofes comparables, ¿cómo se modificaría nuestra visión del mismo?

La última adición a los alegatos en favor de la singularidad del Holocausto es *The Holocaust in Historical Context*, de Steven Katz. Citando casi cinco mil títulos en el primero de los tres volúmenes proyectados para su estudio, Katz da un repaso a toda la historia humana con objeto de demostrar que «el Holocausto es fenomenológicamente único en virtud del hecho de que nunca antes había sucedido que un Estado se propusiera, tanto en el plano de los principios intencionales como en el de la política práctica, aniquilar físicamente a todo hombre, mujer y niño pertenecientes a un pueblo concreto». Con objeto de clarificar su tesis, Katz explica: «∫ es singularmente C. ∫ puede compartir A, B, D… X con ▲, pero no puede compartir C. Y, además, ∫ puede compartir A, B, D… X con todos los ▲, pero no puede compartir C. Todo lo esencial depende, por así decirlo, de que ∫ sea singularmente C […]. Si a π le falta C, ya no es ∫ […]. Por definición, no se permiten excepciones a esta regla. Al compartir A, B, D… X con ∫, ▲ puede ser como ∫ en estos y otros aspectos […], pero, en lo que concierne a nuestra definición de *singularidad*, cualesquiera ▲ a los que les falte C no son ∫ […]. Como es lógico, ∫ en su totalidad es algo más que C, pero nunca será ∫ si le falta C». Traducción: un hecho histórico que contiene un rasgo distintivo es un hecho histórico distinto. Para evitar toda confusión, Katz pasa luego a explicar que emplea el término *fenomenológicamente* «en un sentido que no es husserliano, ni shutzeano, ni scheleriano, ni heideggeriano, ni merleau-pontyano». Traducción: el estudio de Katz es un sin sentido fenomenal[6]. Aun cuando la evidencia sustentara la tesis fundamental de Katz, y no es así, eso solo demostraría que el Holocausto contiene un

rasgo distintivo. Y lo verdaderamente raro sería que no fuera así. Chaumont deduce que el estudio de Katz no es más que «ideología» disfrazada de «ciencia», y de esto vamos a hablar más a continuación[7].

De afirmar que el Holocausto es algo único a aseverar que no se puede comprender racionalmente apenas hay un paso. Si el Holocausto carece de precedentes históricos, habrá que colocarlo por encima de la historia y no podrá ser explicado con la lógica histórica. De hecho, el Holocausto es único porque es inexplicable, y es inexplicable porque es único.

Estas mistificaciones, denominadas por Novick «la sacralización del Holocausto», tienen a su mejor representante en Elie Wiesel. Tal como observa Novick con acierto, para Wiesel, el Holocausto es, efectivamente, una religión mistérica. Wiesel salmodia que el Holocausto «conduce a la oscuridad», «niega todas las preguntas», «se sitúa fuera, si no más allá, de la historia», «es imposible tanto de comprender como de describir», «no puede ser explicado ni visualizado», nunca será «comprendido ni transmitido», marca la «destrucción de la historia» y una «mutación de escala cósmica». Solo el sacerdote-superviviente (léase: solo Wiesel) está capacitado para desentrañar su misterio. Y, aun así, reconoce Wiesel, el misterio del Holocausto es «incomunicable»; «ni siquiera podemos hablar de él». Por tanto, a cambio de una tarifa de 25.000 dólares (más una limusina con chófer), Wiesel da conferencias en las que desvela que el «secreto de la verdad» de Auschwitz «radica en el silencio»[8].

Según esta interpretación, comprender racionalmente el Holocausto equivaldría a negarlo. Pues la racionalidad refuta la singularidad y el misterio del Holocausto. Y comparar el Holocausto con los sufrimientos de otros grupos es, en opinión de Wiesel, una «traición absoluta a la historia judía»[9]. Hace unos años, la parodia de un tabloide de Nueva York llevaba el siguiente titular: «Michael Jackson y sesenta millones más mueren en holocausto nuclear». En la sección de cartas al director se publicó una airada protesta de Wiesel: «¿Cómo se atreven a llamar Holocausto a lo que sucedió ayer? Solo ha habido un Holocausto […]». En sus nuevas memorias, Wiesel demuestra que la realidad puede imitar la parodia al reconvenir a Simón Peres por hablar «sin la menor vacilación de "los dos holocaustos" del siglo XX: Auschwitz e Hiroshima. No debería haberlo dicho»[10]. Una de las frases favoritas acuñadas por Wiesel dice así: «La universalidad del Holocausto radica en su singularidad»[11]. Mas, si el Holocausto es incomparable e inexplicablemente único, ¿cómo puede tener una dimensión universal?

El debate sobre la singularidad del Holocausto es estéril. Los razonamientos a favor de la singularidad del Holocausto han llegado a constituir una especie de «terrorismo intelectual» (Chaumont). Quienes ponen en práctica los procedimientos comparativos al uso en la investigación académica deben, como medida previa, hacer

infinidad de advertencias para evitar que les acusen de «trivializar el Holocausto»[12].

La premisa de que la maldad del Holocausto no tiene parangón es un subapartado de la argumentación que sostiene que el Holocausto es un fenómeno único. Por muy terribles que hayan sido los sufrimientos de otros, sencillamente no son comparables. Claro está que los defensores de la singularidad del Holocausto siempre niegan esta implicación, mas sus refutaciones no son sinceras[13].

Las argumentaciones que defienden la singularidad del Holocausto son insostenibles desde el punto de vista intelectual, y deshonrosas desde el punto de vista moral, mas, a pesar de todo, perduran. Y hay que preguntarse por qué. En primer lugar, un sufrimiento especial confiere unos derechos especiales. En opinión de Jacob Neusner, la maldad incomparable del Holocausto no solo sitúa a los judíos como un grupo aparte, sino que también les otorga «derechos sobre los demás». Para Edward Alexander, la singularidad del Holocausto es un «capital moral»; los judíos deben «reclamar su soberanía» sobre esta «valiosa propiedad»[14].

La singularidad del Holocausto —este «derecho» sobre los demás, este «capital moral»— es, en efecto, la mejor coartada de Israel. «La singularidad del sufrimiento judío —arguye el historiador Peter Baldwin— refuerza las exigencias morales y emocionales que Israel puede hacer […] a otras naciones»[15]. Así pues, según Nathan Glazer, el Holocausto, al poner de manifiesto la «peculiar *singularidad* de los judíos», les otorgó el «derecho a considerarse especialmente amenazados y particularmente merecedores de cualesquiera esfuerzos necesarios para la supervivencia»[16] (cursiva en el original). Por citar un ejemplo típico: siempre que se explica la decisión de Israel de crear armas nucleares, se evoca el fantasma del Holocausto[17]. Como si fuera el único motivo de que Israel quisiera convertirse en potencia nuclear.

Hay un factor más en juego. Afirmar la singularidad del Holocausto es como declarar que los judíos son especiales. No es el sufrimiento de los judíos el que concede su condición única al Holocausto, sino el hecho de que los *judíos* sufrieran. Dicho de otro modo: el Holocausto es especial porque los judíos son especiales. En este sentido, Ismar Schorsch, rector del Seminario Teológico Judío, ridiculiza el alegato en favor de la singularidad del Holocausto diciendo que es «una desagradable versión profana de la condición de pueblo elegido»[18]. Elie Wiesel derrocha vehemencia para defender la excepcionalidad del Holocausto, y tampoco la escatima a la hora de hablar de la excepcionalidad de los judíos. «En nosotros, todo es diferente». Los judíos son «ontológicamente» especiales[19]. Como hito que señala el clímax del odio gentil milenario hacia los judíos, el Holocausto dio testimonio no solo del sufrimiento singular de los judíos, sino también de la singularidad judía.

Durante la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra, como nos informa Novick, «la expresión “abandono de los judíos” no habría sido comprendida prácticamente

por ningún miembro del gobierno [de EEUU], ni tampoco por nadie de fuera del gobierno, judío o gentil». Las tornas se volvieron después de junio de 1967. «El silencio del mundo», «la indiferencia del mundo», «el abandono de los judíos»: todos estos temas se incorporaron al núcleo del «discurso sobre el Holocausto»[20].

Apropiándose de un principio básico del sionismo, la estructura del Holocausto presenta la solución final de Hitler como el clímax del milenario odio gentil a los judíos. Los judíos perecieron porque todos los gentiles, ya fueran perpetradores o colaboradores pasivos, deseaban que murieran. Según Wiesel, «el mundo libre y "civilizado"» puso a los judíos en manos «del verdugo. Hubo quien actuó como asesino y quien guardó silencio»[21]. No hay la menor evidencia histórica que respalde la existencia de ese impulso asesino de los gentiles. El laborioso esfuerzo de Daniel Goldhagen por demostrar una variante de esta argumentación en *Hitler's Willing Executioners* puede considerarse como mucho literatura cómica[22]. Lo cual no impide que la utilidad política de esta línea de argumentación sea considerable. Podría señalarse, de paso, que la teoría del «eterno antisemitismo» en realidad resulta práctica para los antisemitas. Como comenta Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, «el que esta doctrina fuera adoptada por los antisemitas profesionales es absolutamente lógico; proporciona la mejor coartada posible para todo tipo de atrocidades. Si es cierto que la humanidad lleva más de dos mil años empeñada en asesinar a los judíos, matar a los judíos debe de ser una ocupación normal, e incluso humana, y el odio a los judíos queda justificado sin necesidad de recurrir a argumentación alguna. Lo más sorprendente con respecto a esta explicación es que haya sido adoptada por muchísimos historiadores objetivos y por un número de judíos aún mayor»[23].

El dogma del Holocausto del eterno odio gentil ha valido tanto para justificar la necesidad de un Estado judío como para dar cuenta de la hostilidad dirigida contra Israel. El Estado judío es la única salvaguarda posible contra el próximo (e inevitable) estallido de antisemitismo homicida; y, a la inversa, el antisemitismo homicida está detrás de todo ataque e incluso detrás de toda maniobra defensiva en contra del Estado judío. La novelista Cynthia Ozick dio una explicación sencilla de las críticas a Israel: «El mundo quiere eliminar a los judíos […], el mundo siempre ha querido eliminar a los judíos»[24]. Si todo el mundo desea que los judíos desaparezcan, lo realmente extraño es que sigan vivos… y que, a diferencia de buena parte de la humanidad, no estén precisamente muriéndose de hambre.

Por otra parte, este dogma ha conferido a Israel licencia absoluta para obrar a su antojo: puesto que los gentiles siempre están empeñados en asesinar a los judíos, estos tienen todo el derecho a protegerse comoquiera que lo estimen conveniente. Sean cuales fueren los métodos a que recurran los judíos más expeditivos, incluidas la agresión y la tortura, todo constituye una legítima defensa. Deplorando la

«lección» del eterno odio gentil que se ha extraído del Holocausto, Boas Evron observa que «es a todas luces equivalente a cultivar deliberadamente la paranoia […]. Esta mentalidad […] perdona de antemano cualquier trato inhumano que se inflija a los no judíos, ya que la mitología dominante sostiene que "todo el mundo colaboró con los nazis para destruir a la comunidad judía", y, en consecuencia, los judíos lo tienen todo permitido en su relación con otros pueblos»[25].

Según la estructura ideológica del Holocausto, el antisemitismo gentil, además de ser imposible de erradicar, siempre es irracional. Sobrepasando con mucho los análisis del sionismo clásico, y no digamos ya los estudios académicos al uso, Goldhagen argumenta que el antisemitismo está «divorciado de la realidad de los judíos», «*no* es fundamentalmente una respuesta nacida de una evaluación objetiva de los actos judíos» y es «independiente de la condición y de los actos de los judíos». Así pues, es una patología psicológica de los gentiles, y el «ámbito donde reside» es «la mente» (comillas en el original). Movidos por «argumentos irracionales», los antisemitas, según Wiesel, «sencillamente se sienten agraviados por la existencia de los judíos»[26]. «Sin contar con que lo que los judíos hagan o dejen de hacer nada tiene que ver con el antisemitismo —observa críticamente el sociólogo John Murray Cuddihy—, ¡cualquier *intento* de explicar el antisemitismo refiriéndose a la contribución judía al antisemitismo es en sí mismo un ejemplo de antisemitismo!» (cursiva en el original)[27]. La cuestión no es, evidentemente, que el antisemitismo sea justificable, ni tampoco que haya que culpar a los judíos de los crímenes cometidos contra ellos, sino que el antisemitismo se desarrolla en un contexto histórico específico en el que existe un juego de intereses concomitante. «Una minoría de talento, bien organizada y mayoritariamente exitosa puede inspirar conflictos que derivan de tensiones intergrupales objetivas», señala Ismar Schorsch, aunque dichos conflictos «frecuentemente se presenten bajo la forma de estereotipos antisemitas»[28].

La esencia irracional del antisemitismo gentil se infiere de manera inductiva de la esencia irracional del Holocausto. A saber: la solución final de Hitler estuvo excepcionalmente falta de racionalidad; fue «la maldad por la maldad», un asesinato de masas «sin sentido»; la solución final hitleriana representó el momento culminante del antisemitismo gentil; en consecuencia, el antisemitismo gentil es esencialmente irracional. Juntas o por separado, estas proposiciones no resisten siquiera un escrutinio superficial[29]. Pero, eso sí, políticamente resultan muy útiles.

Al eximir a los judíos de toda culpa, el dogma del Holocausto inmuniza a Israel y a la comunidad judía estadounidense contra la censura legítima. La hostilidad árabe o la afroamericana «*no* son fundamentalmente una respuesta nacida de una evaluación objetiva de la actuación de los judíos» (Goldhagen)[30]. Veamos lo que dice Wiesel sobre la persecución de los judíos: «Durante dos mil años […] siempre estuvimos

amenazados […]. ¿Por qué? Por ningún motivo». O sobre la hostilidad árabe hacia Israel: «Debido a que somos quienes somos y a lo que nuestra patria, Israel, representa (el corazón de nuestras vidas, el sueño de nuestros sueños), cuando nuestros enemigos traten de destruirnos, lo harán tratando de destruir Israel». O de la hostilidad que el pueblo negro siente hacia los judíos estadounidenses: «El pueblo que obtuvo en nosotros su inspiración no nos lo agradece, sino que nos ataca. Nos encontramos en una situación muy peligrosa. Volvemos a ser el chivo expiatorio en todos los frentes […]. Ayudamos a los negros; siempre les ayudamos […]. Los negros me dan lástima. Hay algo que deberían aprender de nosotros: la gratitud. No hay pueblo en el mundo que conozca tan bien la gratitud como nosotros; estamos eternamente agradecidos»[31]. Siempre castigado, siempre inocente: tal es la carga de ser judío[32].

En el marco de referencia del Holocausto, el dogma del eterno odio gentil valida asimismo el dogma complementario de la singularidad. Si el Holocausto señaló el clímax del milenario odio gentil a los judíos, la persecución de los no judíos durante el Holocausto fue algo meramente accidental, y la persecución de los no judíos a lo largo de la historia no pasa de ser episódica. Se mire por donde se mire, el sufrimiento judío durante el Holocausto fue excepcional.

El sufrimiento judío fue único porque los judíos también lo son. El Holocausto fue único porque no fue racional. En el fondo, su ímpetu derivó de una pasión absolutamente irracional, aunque a la vez muy humana. El motivo del odio que los judíos inspiraban al mundo gentil era la envidia, los celos: el *resentimiento*. Según Nathan y Ruth Ann Perlmutter, el antisemitismo surgió de «los celos y el resentimiento que sentían los gentiles porque los judíos superasen a los cristianos en el mundo mercantil […]. Los judíos, mejor dotados y en inferioridad numérica, inspiraban rencor a los gentiles, peor dotados y mucho más numerosos»[33]. Así pues, aunque fuera de una manera negativa, el Holocausto vino a confirmar la condición de pueblo elegido de los judíos. Como los judíos son mejores, o tienen más éxito, sufrieron la ira de los gentiles, que luego los asesinaron.

En un breve aparte, Novick se pregunta: «¿Qué se diría del Holocausto en Estados Unidos» si Elie Wiesel no fuera su «principal intérprete?»[34]. No es difícil dar con la respuesta: antes de la guerra de junio de 1967, el mensaje universalista de Bruno Bettelheim, superviviente de los campos de concentración, tenía gran resonancia entre los judíos estadounidenses. Después de la guerra de junio, se arrinconó a Bettelheim para entronizar a Wiesel. La preeminencia de Wiesel está en función de su utilidad ideológica. Singularidad del sufrimiento judío/singularidad de los judíos, gentiles siempre culpables/judíos siempre inocentes, defensa incondicional de Israel/defensa incondicional de los intereses judíos: Elie Wiesel *es* el Holocausto.

* * *

Buena parte de las obras sobre la solución final de Hitler, donde se exponen los dogmas clave del Holocausto, carecen de todo valor desde el punto de vista del saber académico. De hecho, el campo de los estudios del Holocausto está repleto de disparates, cuando no de simples falacias. El medio cultural que alimenta la literatura sobre el Holocausto resulta muy revelador.

El primer fraude importante sobre el Holocausto fue *The Painted Bird*, del exiliado polaco Jerzy Kosinski[35]. El libro «se escribió en inglés», explicaba Kosinski, porque eso le permitió «escribir desapasionadamente, sin las connotaciones emocionales que siempre posee la lengua nativa». En realidad, las partes del libro que Kosinski escribió personalmente —cuáles son es una cuestión que queda por dilucidar— estaban en polaco. *The Painted Bird* era supuestamente un relato autobiográfico del vagabundeo de un solitario Kosinski niño por la Polonia rural durante la Segunda Guerra Mundial. Lo cierto es que Kosinski vivió con sus padres durante toda la guerra. El motivo de la obra son las sádicas torturas sexuales perpetradas por los campesinos polacos. Los lectores escarnecieron las prepublicaciones del libro, viendo en ellas una «pornografía de la violencia» y «el producto de una mente obsesionada con la violencia sadomasoquista». En realidad, casi todos los episodios patológicos narrados por Kosinski son fruto de su imaginación. Los campesinos polacos con los que trató quedan retratados como virulentos antisemitas. «¡Machaquemos a los judíos! —gritan—. ¡Machaquemos a esos cerdos!» En realidad, la familia Kosinski fue acogida por unos campesinos polacos, pese a que sabían muy bien que eran judíos y a lo que se arriesgaban si los descubrían.

En la *New York Times Book Review*, Elie Wiesel elogiaba *The Painted Bird* diciendo que era «una de las mejores» denuncias de la era nacionalsocialista, «escrita con profunda sinceridad y sensibilidad». Cynthia Ozick alardeaba tiempo después de haber reconocido «de inmediato» la autenticidad de Kosinski en cuanto «judío testigo y superviviente del Holocausto». Y, mucho después de que quedara en evidencia que Kosinski era un consumado timador, Wiesel continuaba prodigando halagos al «notable conjunto de su obra»[36].

The Painted Bird se convirtió en texto básico del Holocausto. Fue un *best-seller* galardonado con premios y traducido a numerosas lenguas, y lectura obligatoria en institutos y universidades. Una vez incorporado al circuito del Holocausto, Kosinski adoptó como sobrenombre el «Elie Wiesel a precio reducido». (Quienes no podían pagar la tarifa de conferenciante de Wiesel —el «silencio» sale caro— recurrían a él.) Cuando, finalmente, un semanario de investigación puso al descubierto a Kosinski, el

New York Times continuó defendiéndole contra viento y marea alegando que era víctima de una conspiración comunista[37].

Fragments[38], de Binjamin Wilkomirski, un fraude más reciente, se inspira sin el menor recato en el *kitsch* del Holocausto de *The Painted Bird*. A semejanza de Kosinski, Wilkomirski se retrata como un niño superviviente solitario que se vuelve mudo, termina en un orfanato y solo más adelante descubre que es judío. Como en *The Painted Bird*, el principal recurso narrativo de *Fragments* es la voz simple y esquemática de un ingenuo niño, y, a la vez, se mantiene un tono vago con respecto al marco temporal y a los nombres de los lugares. Al igual que en *The Painted Bird*, todos los capítulos de *Fragments* alcanzan su punto culminante con una orgía de violencia. Kosinski dijo que *The Painted Bird* era «una lenta descongelación de la mente»; en tanto que Wilkomirski dijo de *Fragments* que era la «memoria recuperada»[39].

Aunque sea un burdo fraude, *Fragments* constituye el arquetipo de memorias del Holocausto. La acción se sitúa, en primer lugar, en los campos de concentración, donde todos y cada uno de los guardianes son monstruos dementes y sádicos que se complacen en machacar los cráneos de los recién nacidos judíos. Sin embargo, las memorias clásicas de los campos de concentración nazis concuerdan con la apreciación de la doctora Ella Lingens-Reiner, superviviente de Auschwitz: «Había pocos sádicos. No más de un cinco o un diez por ciento»[40]. Ahora bien, el omnipresente sadismo alemán es un rasgo destacado de la literatura del Holocausto. Cumple una función doble: «documenta» la irracionalidad excepcional del Holocausto y, a la vez, el antisemitismo fanático de sus perpetradores.

Lo que singulariza a *Fragments* no es la descripción de la vida durante el Holocausto, sino después de él. Adoptado por una familia suiza, el pequeño Binjamin debe soportar nuevos tormentos. Está atrapado en un mundo donde todos niegan el Holocausto. «Olvídalo…, es un mal sueño» —chilla su madre—. No es más que un mal sueño… No debes pensar más en eso». «Aquí, en este país —se queja Binjamin —, todos repiten continuamente que tengo que olvidarlo, que no ha sucedido, que lo he soñado. ¡Pero todos saben muy bien lo que pasó!»

Incluso en el colegio, «los niños me señalan, cierran el puño y gritan: “Está delirando, no ha pasado nada de eso. ¡Embustero! Está loco, pirado, es un imbécil”». (En esto, dicho sea de paso, tenían razón.) Todos los niños gentiles cierran filas contra el pobre Binjamin, golpeándolo a la vez que entonan cantinelas antisemitas, y entretanto los adultos no cesan de burlarse de él: «¡Te lo estás inventando!».

Sumido en la más abyecta desesperación, Binjamin llega a tener una revelación sobre el Holocausto. «El campo de concentración sigue ahí, escondido y bien disfrazado. Se han quitado los uniformes y se han puesto ropa bonita para que no se les reconozca […]. Hazles la más leve insinuación de que quizá, posiblemente, eres

judío, y te darás cuenta: son las mismas personas, estoy convencido. Todavía pueden matar, aunque no lleven uniforme». Más que un homenaje al dogma del Holocausto, *Fragments* es un rifle humeante: incluso en Suiza, en la neutral Suiza, todos los gentiles quieren asesinar a los judíos.

Fragments fue ampliamente aclamado como un clásico de la literatura del Holocausto. Se tradujo a una docena de idiomas y fue galardonado con el Premio Nacional Judío de Literatura, el Premio del *Jewish Quarterly* y el Prix de Mémoire de la Shoha. Convertido en estrella de documentales, principal orador de congresos y seminarios sobre el Holocausto y reclamo para recaudar fondos para el Museo Conmemorativo del Holocausto de EEUU, Wilkomirski pasó rápidamente a ser una figura emblemática del Holocausto.

Daniel Goldhagen, que calificó *Fragments* de «pequeña obra maestra», se erigió en defensor a ultranza de Wilkomirski en el mundo académico. Pero algunos reputados historiadores, como Raul Hilberg, denunciaron que la obra de Wilkomirski era un fraude. Más adelante, cuando se descubrió que en efecto lo era, Hilberg planteó las preguntas correctas: «¿Cómo es posible que esta obra fuera aceptada como libro de memorias por varias editoriales? ¿Cómo han podido abrirle a Wilkomirski las puertas del Museo Conmemorativo del Holocausto de EEUU y las de diversas universidades de prestigio? ¿Cómo se explica que carezcamos de un control de calidad decente cuando se trata de evaluar el material sobre el Holocausto que va a publicarse?»[41].

Wilkomirski, a medias chiflado, a medias charlatán de feria, en realidad había pasado toda la guerra en Suiza. Y ni siquiera es judío. Veamos, no obstante, algunas notas póstumas de la industria del Holocausto:

> Arthur Samuelson (editor): *Fragments* «es un libro audaz […]. Solo es un fraude si no se considera una obra de ficción. Así pues, lo reeditaré en la categoría de ficción. Tal vez no es cierto, ¡pero entonces su calidad como escritor es aún mayor!».
>
> Carol Brown Janeway (editora y traductora): «Si las acusaciones […] resultan ser correctas, lo que está en tela de juicio no son una serie de hechos empíricos que pueden comprobarse, sino unos hechos espirituales que invitan a la reflexión. Habría que fiscalizar un espíritu, y eso es imposible».

Y eso no es todo. Israel Gutman es director del Yad Vashem y especialista en el Holocausto de la Universidad Hebrea. Además, estuvo prisionero en Auschwitz. Según Gutman, «no tiene tanta importancia» que *Fragments* fuera o no fuera un fraude. «Wilkomirski ha escrito una historia que él vivió profundamente; de eso no cabe duda […]. No es un impostor. Es alguien que ha vivido una historia en lo más hondo de su espíritu. El dolor es auténtico». Así que es indiferente que Wilkomirski pasara la guerra en un campo de concentración o en un chalet suizo; no es un impostor porque su «dolor es auténtico»; así habla un superviviente de Auschwitz convertido en experto del Holocausto. Mientras las opiniones de otros inducen al

desdén, Gutman solo inspira lástima.

El artículo de *The New Yorker* donde se ponía en evidencia a Wilkomirski llevaba por título «Robar el Holocausto». Antes se festejaba a Wilkomirski por sus historias sobre la maldad gentil; hoy se le censura por ser un gentil malvado. La culpa *siempre* la tienen los gentiles. Wilkomirski inventó su pasado como víctima del Holocausto, cierto es; pero también es cierto y más importante que la industria del Holocausto, levantada sobre una apropiación fraudulenta de la historia con propósitos ideológicos, se lanzó a celebrar la invención de Wilkomirski. Era un «superviviente» del Holocausto a la espera de ser descubierto.

En octubre de 1999, a la vez que retiraba *Fragments* de las librerías, el editor alemán de Wilkomirski reconoció al fin que el autor no era un huérfano judío, sino un hombre nacido en Suiza, llamado Bruno Doessekker. Cuando le informaron de que se le había terminado el juego, Wilkomirski tronó desafiante: «¡Soy Binjamin Wilkomirski!». Hubo de pasar un mes más para que Schocken, el editor estadounidense, descatalogara *Fragments*[42].

Pasemos ahora a considerar la literatura menor sobre el Holocausto. Un rasgo revelador de dicha literatura es el espacio que concede a la «conexión árabe». Pese a que el muftí de Jerusalén no desempeñó «ningún papel importante en el Holocausto», según afirma Novick, la *Enciclopedia del Holocausto*, de cuatro volúmenes, preparada por Israel Gutman le asignó un «papel estelar». El Muftí también es uno de los principales protagonistas en el Yad Vashem: «El visitante llega a la conclusión —afirma Tom Segev— de que los planes nazis para destruir a los judíos y la animosidad árabe contra Israel tienen mucho en común». Con ocasión de un acto conmemorativo de Auschwitz oficiado por clérigos de todas las denominaciones religiosas, Wiesel *solo* puso objeciones a la presencia de un cadí musulmán: «¿No estamos olvidándonos […] del muftí Hajj Amin el-Husseini de Jerusalén, el amigo de Heinrich Himmler?». Si el Muftí, dicho sea de paso, figuró tan destacadamente en la solución final hitleriana, no deja de ser extraño que Israel no tratara de llevarlo a los tribunales como a Eichmann. Habría sido lo más natural, dado que se instaló para vivir tranquilamente en el vecino Líbano después de la guerra[43].

Los apologistas de Israel trataron por todos los medios de estigmatizar a los árabes tachándolos de nazis después de la desafortunada invasión israelí del Líbano de 1982, en los tiempos en que la propaganda oficial israelí comenzaba a ser desacreditada por los ataques de los «nuevos historiadores» de Israel. El afamado historiador Bernard Lewis logró consagrar al nazismo árabe todo un capítulo de su compendio del antisemitismo y tres páginas completas de su «breve historia de los últimos 2.000 años» de Oriente Medio. Michael Berenbaum, del Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington, representante del extremo liberal del espectro de teóricos del Holocausto, reconocía generosamente que «las piedras que

arrojan los jóvenes palestinos enfurecidos por la presencia israelí […] no son equiparables a los ataques nazis contra los indefensos civiles judíos»[44].

La última farsa sobre el Holocausto ha sido *Hitler's Willing Executioners*, de Daniel Jonah Goldhagen. Ninguna de las revistas de pensamiento importantes olvidó publicar al menos una reseña sobre esta obra durante las semanas siguientes a su aparición. *The New York Times* publicó varios comentarios sobre el libro, en uno de los cuales se decía que era uno de «los trabajos recientes» que merecían «excepcionalmente el calificativo de memorable» (Richard Bernstein). Con unas ventas de medio millón de ejemplares y traducciones al menos a trece lenguas, *Hitler's Willing Executioners* fue aclamado en la revista *Time* como el segundo mejor ensayo del año y el que «más había dado que hablar»[45].

Tras hacer resaltar la «admirable labor de investigación» y la «riqueza de pruebas […] con una apabullante aportación de datos y documentación», Elie Wiesel proclamaba que *Hitler's Willing Executioners* era una «formidable contribución a la comprensión y el estudio del Holocausto». Por su parte, Israel Gutman alababa la obra porque volvía a «plantear con claridad las preguntas fundamentales» que «el cuerpo principal de estudios sobre el Holocausto» había pasado por alto. Propuesto para ocupar la cátedra dedicada al Holocausto de la Universidad de Harvard y equiparado a Wiesel en los medios de comunicación nacionales, Goldhagen no tardó en convertirse en figura ubicua en el circuito del Holocausto.

La tesis central del libro de Goldhagen no aporta nada nuevo al dogma establecido sobre el Holocausto: movido por un odio patológico, el pueblo alemán se lanzó sobre la oportunidad de asesinar a los judíos que le ofrecía Hitler. Incluso el destacado teórico del Holocausto Yehuda Bauer, profesor de la Universidad Hebrea y director del Yad Vashem, ha abrazado este dogma en algunas ocasiones. Reflexionando sobre la mentalidad de los perpetradores, Bauer escribió hace algunos años: «Los judíos fueron asesinados por personas que, en general, no los odiaban […]. Para asesinar a los judíos, los alemanes no necesitaban odiarlos». Sin embargo, en una reseña reciente sobre la obra de Goldhagen, Bauer sostenía exactamente lo contrario: «A partir de finales de los años treinta se impusieron las actitudes asesinas de signo más radical […]. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, una aplastante mayoría de alemanes se había identificado hasta tal punto con el régimen y con su política antisemita que reclutar a los asesinos fue sencillo». Cuando se le interrogó sobre esta incongruencia, Bauer respondió: «No me parece que haya ninguna contradicción entre ambas afirmaciones»[46].

Aunque presenta todo el aparato propio de un estudio académico, *Hitler's Willing Executioners* es poco más que un compendio de actos sádicos de violencia. No es de extrañar que Goldhagen defendiera a capa y espada a Wilkomirski: *Hitler's Willing Executioners* es *Fragments* con un añadido de notas a pie de página. Repleto de

burdos errores interpretativos de los datos que presenta, así como de contradicciones internas, *Hitler's Willing Executioners* carece de todo valor académico. En *A Nation on Trial*, Ruth Bettina Birn y el autor de estas líneas analizamos a fondo la chapucera obra de Goldhagen. La controversia que nuestra crítica desencadenó ilustra instructivamente los tejemanejes de la industria del Holocausto.

Birn, la autoridad mundial más prestigiosa en los archivos consultados por Goldhagen, publicó por primera vez sus conclusiones críticas en la *Historical Journal* de Cambridge. Después de rechazar la invitación que dicha revista le hizo para que refutara las críticas de Birn, Goldhagen recurrió a los servicios de un poderoso despacho de abogados londinense para demandar a Birn y a la Cambridge University Press por «numerosos y graves libelos». Los abogados de Goldhagen exigieron a Birn que se disculpara, se retractara y prometiera no repetir sus críticas, y a continuación le lanzaron la siguiente amenaza: «La utilización de esta carta para generar cualquier tipo de publicidad equivaldría a agravar aún más los perjuicios causados»[47].

Poco después de que las conclusiones críticas del autor de estas líneas se publicasen en la *New Left Review*, Metropolitan, una editorial de Henry Holt, decidió recopilar ambos ensayos y publicarlos en un solo volumen. En un artículo de primera página, *Forward* comunicó entonces que Metropolitan estaba «preparándose para sacar un libro de Norman Finkelstein, notorio oponente ideológico del Estado de Israel». *Forward* actúa en los Estados Unidos como principal defensor de lo «políticamente correcto» con respecto al Holocausto.

Alegando que «la descarada tendenciosidad y las audaces afirmaciones de Finkelstein […] están irreversiblemente contaminadas por su postura antisionista», Abraham Foxman, que dirige la LAD, apelaba a Holt para que renunciase a publicar el libro: «La cuestión […] no es si la tesis de Goldhagen es correcta o incorrecta, sino qué se puede considerar una "crítica legítima" y qué rebasa los límites». «Saber si la tesis de Goldhagen es correcta o incorrecta —le respondió la codirectora de Metropolitan, Sara Bershtel— es precisamente la cuestión».

Leon Wieseltier, editor literario de la publicación proisraelí *The New Republic*, se dirigió personalmente al presidente de la empresa de Holt, Michael Naumann. «No sabe usted cómo es Finkelstein. Es veneno puro, es uno de esos repugnantes judíos que se odian a sí mismos, un auténtico bicho». Tras declarar que la decisión de Holt era una vergüenza, Elan Steinberg, director ejecutivo del Congreso Judío Mundial, opinó: «Si quieren dedicarse a la recogida de basuras, deberían protegerse con uniformes especiales».

«Era la primera vez que experimentaba —rememoraría más adelante Naumann— un intento semejante, por parte de terceros interesados, de desprestigiar públicamente una obra a punto de ver la luz». El destacado historiador y periodista israelí Tom

Segev observó en *Haaretz* que la campaña de desprestigio rayaba en «el terrorismo cultural».

En su calidad de historiadora jefe de la Sección de Crímenes de Guerra y Crímenes contra la Humanidad del Departamento de Justicia canadiense, Birn empezó a recibir ataques lanzados por las organizaciones judías canadienses. Alegando que yo era un «indeseable para la gran mayoría de los judíos del continente», el Congreso Judío Canadiense censuró la colaboración de Birn en el libro. Con objeto de presionarla laboralmente, el CJC presentó una denuncia al Departamento de Justicia. Dicha denuncia, sumada a un informe respaldado por el CJC en el que se decía que Birn pertenecía a «la raza perpetradora» (puesto que es alemana de nacimiento), desencadenó una investigación oficial sobre su persona.

Los ataques personales no cesaron con la publicación del libro. Goldhagen aseveró que Birn, que ha consagrado su vida a llevar ante la justicia a los criminales de guerra nazis, se dedicaba a alimentar el antisemitismo, y que yo era de la opinión de que las víctimas del nazismo, incluidos mis propios parientes, merecían la muerte[48]. Stanley Hoffmann y Charles Maier, colegas de Goldhagen del Centro de Estudios Europeos de Harvard, lo respaldaron públicamente[49].

The New Republic afirmó que las acusaciones de censura eran una «patraña» y sostuvo que «no es lo mismo censurar que defender los niveles de calidad». *A Nation on Trial* fue bien recibido por los principales historiadores del holocausto nazi, incluidos Raul Hilberg, Christopher Browning e Ian Kershaw. Estos mismos estudiosos rechazaron unánimemente la obra de Goldhagen; Hilberg consideró que no tenía «ningún valor». ¡Niveles de calidad!

Observemos, por último, la pauta que se establece: Wiesel y Gutman dieron su apoyo a Goldhagen; Wiesel respaldó a Kosinski; Gutman y Goldhagen apoyaron a Wilkomirski. Busquemos la relación que hay entre los participantes: así es la literatura del Holocausto.

Exageraciones aparte, nada demuestra que la corriente negacionista del Holocausto tenga más influencia en Estados Unidos de la que pueda tener la asociación de defensores de que la tierra es plana. Considerando la cantidad de disparates que produce diariamente la industria del Holocausto, lo extraño es que haya tan *pocos* escépticos. No es difícil descubrir los intereses a los que obedece la propagación de la idea de que quienes niegan la existencia del Holocausto son una legión. En una sociedad saturada de Holocausto, ¿cómo se podría justificar la aparición de más museos, libros, planes de estudios, películas y programas dedicados a él si no fuera invocando el fantasma de la negación del Holocausto? Así, por ejemplo, el Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington abrió sus puertas a la vez que se publicaba el celebrado libro de Deborah Lipstadt, *Denying the Holocaust*[50], y también los resultados de una encuesta, ineptamente redactada, del

CJA, según los cuales la negación del Holocausto es un fenómeno muy extendido[51].

Denying the Holocaust es una versión actualizada de los opúsculos sobre el «nuevo antisemitismo». Con objeto de documentar la negación generalizada del Holocausto, Lipstadt cita una serie de extravagantes publicaciones. Su *pièce de résistance* es Arthur Butz, un don nadie que da clases de ingeniería eléctrica en la Northwestern University y que ha publicado un libro titulado *The Hoax of the Twentieth Century* en una editorial desconocida. Lipstadt titula el capítulo dedicado a tal personaje así: «Adentrándonos en las principales corrientes de opinión». Si no fuera por Lipstadt y otros como ella, nadie habría llegado a tener noticia de la existencia de Arthur Butz.

Ahora bien, a Bernard Lewis sí puede considerársele un destacado representante de la corriente negacionista del Holocausto. Hasta el punto de que un tribunal francés le declaró culpable de negarse a aceptar que se había producido un genocidio. Mas el genocidio cuya existencia negaba Lewis era el de los armenios cometido por los turcos durante la Primera Guerra Mundial, y no el genocidio nazi de los judíos; además, Lewis es partidario del Estado de Israel[52]. Este tipo de negación del holocausto no despierta ninguna animosidad en los Estados Unidos. Turquía es aliada de Israel, y eso atenúa aún más cualquier cargo en su contra. Por lo tanto, mencionar el genocidio armenio es tabú. Elie Wiesel y el rabino Arthur Hertzberg, así como el CJA y el Yad Vashem, se retiraron de una conferencia internacional sobre el genocidio celebrada en Tel Aviv porque sus organizadores incluyeron en el programa sesiones sobre el caso armenio. Wiesel llegó incluso a tratar de boicotear la conferencia por su cuenta y riesgo y, según Yehuda Bauer, intentó convencer a otras personas para que no asistieran[53]. Actuando a instancias de Israel, el Consejo del Holocausto de EEUU eliminó prácticamente toda referencia a los armenios en el Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington, y los grupos de presión judíos del Congreso impidieron que se celebrara una jornada en recuerdo del genocidio armenio[54].

Poner en tela de juicio el testimonio de un superviviente, denunciar el papel jugado por los colaboradores judíos, insinuar que los alemanes sufrieron durante el bombardeo de Dresde o que algún Estado que no fuera el alemán cometió crímenes durante la Segunda Guerra Mundial son, en opinión de Lipstadt, pruebas que demuestran la fuerza de la corriente negacionista del Holocausto[55]. E insinuar que Wiesel se ha beneficiado de la industria del Holocausto, o incluso ponerlo en entredicho, equivale a negar la existencia del Holocausto[56].

Las variantes más «insidiosas» de la negación del Holocausto, indica Lipstadt, son las «equivalencias morales»; es decir, la negación de la singularidad del Holocausto[57]. Las simplificaciones de este razonamiento no dejan de ser inquietantes. Daniel Goldhagen argumenta que los actos cometidos por los serbios en

Kosovo «en esencia solo se diferencian de los de la Alemania nazi por sus dimensiones»[58]. Este comentario haría que, «en esencia», Goldhagen se sumara a las filas de quienes niegan el Holocausto. Es más: los comentaristas israelíes de todo el espectro político compararon los actos cometidos por los serbios en Kosovo con los ataques dirigidos por los israelíes contra los palestinos en 1948[59]. Así pues, de acuerdo con la lógica de Lipstadt, Israel cometió un Holocausto. Ni siquiera los palestinos mantienen esa acusación.

No toda la literatura revisionista carece de valor, aun cuando la ideología o los motivos de quienes la practican sean denigrantes. Lipstadt acusa a David Irving de ser «uno de los portavoces más peligrosos del negacionismo del Holocausto» (por esta y otras afirmaciones, Lipstadt ha perdido recientemente en Inglaterra un juicio entablado contra ella por difamación). Ahora bien, Irving, notorio admirador de Hitler y simpatizante del nacionalsocialismo alemán, ha hecho, no obstante, tal como señala Gordon Craig, una contribución «indispensable» a nuestro conocimiento de la Segunda Guerra Mundial. Tanto Arno Mayer, en su importante estudio sobre el holocausto nazi, como Raul Hilberg citan publicaciones donde se niega la existencia del Holocausto. «Si estas personas quieren hablar, dejémosles que hablen —observa Hilberg—. Es un acicate para aquellos que investigamos con objeto de analizar de nuevo lo que podríamos haber dado por sentado. Y eso nos resulta útil»[60].

* * *

El Día Conmemorativo del Holocausto, que se celebra todos los años, es un acontecimiento nacional. Los cincuenta estados patrocinan actos conmemorativos, cuya planificación se hace a menudo en las cámaras legislativas estatales. La Asociación de Organizaciones del Holocausto cuenta con más de cien miembros en los Estados Unidos. Siete grandes museos del Holocausto salpican la geografía estadounidense. La pieza clave de esta actividad rememorativa es el Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, ubicado en Washington.

Lo primero que debemos preguntarnos es por qué tenemos un museo del Holocausto, creado por iniciativa federal y financiado públicamente, en el centro neurálgico de la nación. Su presencia en el Washington Mall resulta particularmente incongruente, dado que allí no existe ningún museo que conmemore los crímenes cometidos a lo largo de la historia estadounidense. Imaginemos las lamentaciones y acusaciones que aquí se entonarían si Alemania construyese un museo nacional en Berlín para conmemorar no el genocidio nazi, sino la esclavitud estadounidense o el exterminio de los nativos de América del Norte[61].

«El museo pretende por todos los medios evitar cualquier intento de adoctrinamiento —escribió el proyectista del museo del Holocausto—, toda

manipulación de las impresiones y las emociones», y, sin embargo, el museo se vio inmerso en la política desde su concepción hasta su culminación[62]. En vísperas de una campaña de reelección, Jimmy Carter puso en marcha el proyecto con el objetivo de aplacar a los contribuyentes y votantes judíos, exasperados porque el presidente hubiese reconocido los «derechos legítimos» de los palestinos. El presidente de la Conferencia de Presidentes de las Grandes Organizaciones Judías Estadounidenses, el rabino Alexander Schindler, estimó que el reconocimiento de los derechos humanos de los palestinos por parte de Carter era una iniciativa «escandalosa». Carter anunció el proyecto del museo mientras el primer ministro Menachem Begin estaba en visita oficial en Washington y a la vez que en el Congreso se libraba una encarnizada batalla sobre la propuesta de la Administración de vender armas a Arabia Saudí. En el propio museo afloran otras cuestiones políticas. Con objeto de no ofender a un poderoso grupo de votantes, el museo pasa por alto los orígenes cristianos del antisemitismo europeo. Resta importancia a las discriminatorias cuotas de inmigración que se aplicaban en EEUU antes de la guerra, exagera el papel desempeñado por los estadounidenses en la liberación de los campos de concentración y silencia por completo el nutrido reclutamiento de criminales de guerra nazis que EEUU llevó a cabo cuando terminó la guerra. El mensaje básico que el museo transmite es que «nosotros» no podríamos haber concebido, y mucho menos cometido, actos tan malvados. El Holocausto «va en contra del carácter estadounidense», observa Michael Berenbaum en la guía del museo. «En su perpetración, vemos una violación de todos los valores estadounidenses esenciales». Al concluir su exposición permanente con escenas de supervivientes judíos esforzándose por entrar en Palestina, el museo difunde la consigna sionista según la cual Israel era la «respuesta adecuada al nazismo»[63].

La politización comienza aun antes de que se traspase el umbral del museo. El edificio está ubicado en la Plaza de Raoul Wallenberg, un diplomático sueco a quien se rinden honores porque rescató a millares de judíos y al final fue a parar a una cárcel soviética. Pero al conde Folke Bernadotte, compatriota de Wallenberg, no se le recuerda porque, aunque también él rescató a millares de judíos, el exprimer ministro israelí Isaac Shamir ordenó que se le asesinara por ser «pro-árabe»[64].

El punto crítico de la orientación política del museo del Holocausto radica en *quiénes* son los conmemorados. ¿Fueron los judíos las únicas víctimas del Holocausto?, ¿o cuentan también como víctimas otros que perecieron en la persecución nazi?[65]. Durante las diversas fases de planificación del museo, Elie Wiesel (junto con Yehuda Bauer, del Yad Vashem) lideró la ofensiva en pro de conmemorar exclusivamente a los judíos. Wiesel, considerado como el «experto indiscutible en el periodo del Holocausto», batalló tenazmente para que se tuviera en cuenta la preeminencia de los padecimientos judíos. «Como siempre, comenzaron por

los judíos —salmodiaba en su línea característica—. Como siempre, no se contentaron con los judíos»[66]. Y, sin embargo, la realidad es que las primeras víctimas políticas del nazismo no fueron los judíos, sino los comunistas, y las primeras víctimas del genocidio nazi tampoco fueron los judíos, sino los discapacitados[67].

Justificar la exclusión del genocidio gitano fue el mayor reto que hubo de afrontar el museo del Holocausto. Los nazis asesinaron sistemáticamente ni más ni menos que a medio millón de gitanos, con lo que las pérdidas proporcionales son aproximadamente equivalentes a las del genocidio judío[68]. Yehuda Bauer y otros escritores del Holocausto sostenían que los gitanos no cayeron víctimas de la misma masacre genocida que los judíos. Por otra parte, respetados historiadores del holocausto, como Henry Friedländer y Raul Hilberg, han argumentado lo contrario[69].

Los motivos ocultos que explican que el museo marginara el genocidio gitano son muy diversos. En primer lugar: la pérdida de una vida gitana y de una vida judía eran sencillamente incomparables. A la vez que calificaba de «quijotada» la pretensión de que en el Consejo Conmemorativo del Holocausto de EEUU se incluyera una representación gitana, su director ejecutivo, el rabino Seymour Siegel, ponía en duda que los gitanos «existieran» en cuanto pueblo: «Debería otorgarse algún tipo de reconocimiento al pueblo gitano… si es que tal cosa existe». Luego reconocía, no obstante, que para ellos «hubo un factor de sufrimiento bajo el dominio nazi». Edward Linenthal rememora la «profunda desconfianza» que los representantes gitanos sentían hacia el Consejo, desconfianza «alimentada por la clara evidencia de que algunos miembros del Consejo encaraban la participación gitana en el museo igual que una familia se enfrenta a unos parientes inoportunos y embarazosos»[70].

En segundo lugar, reconocer el genocidio gitano supondría que los judíos perderían sus derechos exclusivos sobre el Holocausto, con la consiguiente pérdida de «capital moral». En tercer lugar, si los nazis habían perseguido por igual a gitanos y a judíos, el dogma de que el Holocausto señalaba el clímax de un milenio de odio gentil contra los judíos dejaría de ser defendible. Asimismo, si la envidia gentil espoleó el genocidio judío, ¿fue también la envidia la que provocó el genocidio gitano? En la exposición permanente del museo, las víctimas no judías del nazismo reciben una atención meramente simbólica[71].

Por último, la trayectoria política del museo del Holocausto también ha sufrido la influencia del conflicto entre israelíes y palestinos. Antes de ser director del museo, Walter Reich escribió un panegírico sobre la fraudulenta obra de Joan Peters *From Time Immemorial*, donde se asegura que Palestina estaba literalmente desierta antes de la colonización sionista[72]. Presionado por el Departamento de Estado, Reich se vio forzado a dimitir después de negarse a invitar a Yasser Arafat, convertido en

condescendiente aliado estadounidense, a visitar el museo. Al teólogo del Holocausto John Roth se le ofreció el cargo de subdirector y posteriormente se le obligó a presentar la dimisión debido a las críticas que había emitido contra Israel en otros tiempos. Al rechazar un libro al que el museo había dado en un principio su visto bueno y explicar el cambio de opinión en razón de que incluía un capítulo escrito por Benny Morris, destacado historiador israelí crítico con Israel, Miles Lerman, presidente del museo, reconoció: «Sería inconcebible colocar al museo en el bando opuesto a Israel»[73].

Después de los terribles ataques lanzados por Israel contra el Líbano en 1996, que culminaron con la masacre de más de un centenar de civiles en Qana, el columnista de *Haaretz* Ari Shavit comentaba que Israel había podido actuar con impunidad porque tienen «la Liga Anti-Difamación […] y el Yad Vashem y el museo del Holocausto»[74].

III. La doble extorsión

La expresión «superviviente del Holocausto» designaba originariamente a aquellos que habían pasado por el excepcional trauma de soportar los guetos judíos, los campos de concentración y los campos de trabajos forzados, muchas veces por este orden. El número de personas que encajaban en esta definición de supervivientes del Holocausto cuando terminó la guerra suele situarse en torno a 100.000[1]. Hoy día, la cifra de supervivientes que siguen con vida no puede superar la cuarta parte de la original. Haber sufrido los campos de concentración se convirtió en el martirio por excelencia y, por ello, muchos judíos que habían vivido en otros lugares durante la guerra se hicieron pasar por supervivientes de los campos. Esta superchería tuvo además otro motivo de índole material. El gobierno alemán de posguerra indemnizó a los judíos que habían vivido en guetos o en campos de concentración. Numerosos judíos reinventaron su pasado con objeto de satisfacer ese requisito para recibir una indemnización[2]. «Si todos los que hoy día aseguran ser supervivientes, lo son —solía exclamar mi madre—, ¿a quién mató Hitler?»

Muchos estudiosos han puesto en duda la fiabilidad de los testimonios de los supervivientes. «Un elevado porcentaje de los errores que descubrí en mi propio trabajo —comenta Hilberg— podía atribuirse a los testimonios». La desconfianza se halla incluso dentro de la industria del Holocausto, y, así, por ejemplo, Deborah Lipstadt observa con ironía que los supervivientes del Holocausto aseveran frecuentemente que fueron interrogados personalmente por Josef Mengele en Auschwitz[3].

Fallos de la memoria aparte, los testimonios de algunos supervivientes del Holocausto pueden ponerse en tela de juicio por otros motivos. Como a los supervivientes se les reverencia hoy día como si fueran santos profanos, nadie se atreve a poner en entredicho lo que dicen. Afirmaciones disparatadas se dan por buenas sin ningún comentario. Elie Wiesel recuerda en sus aclamadas memorias que, recién liberado de Buchenwald, cuando solo contaba dieciocho años, leyó «*La crítica de la razón pura*…, ¡no vayan a reírse!, en yidish». Aun sin tener en cuenta que el propio Wiesel confiesa que en aquella época «no tenía ni idea de gramática yídica», hay que decir que *La crítica de la razón pura* nunca se ha traducido al yidish. Wiesel también recuerda con toda suerte de intrincados pormenores a un «misterioso estudioso del Talmud» que «llegó a dominar el húngaro en dos semanas», solo para sorprenderle. Wiesel declara a un semanario judío que «muchas veces se queda ronco o pierde la voz» mientras lee en silencio libros, porque los lee «interiormente en voz alta». Y, ante un reportero del *New York Times*, rememora la ocasión en que le atropelló un taxi en Times Square. «Recorrí volando toda una manzana. El taxi me golpeó en la esquina de la Calle 45 con Broadway y la ambulancia me recogió en la

Calle 44». «La verdad que ofrezco carece de adornos —dice Wiesel con un suspiro —, no sé hacerlo de otra forma»[4].

En los últimos tiempos, la expresión «superviviente del Holocausto» se ha redefinido y ha pasado a designar no solo a quienes sufrieron a los nazis, sino también a quienes lograron huir de ellos. Lo que da cabida, por ejemplo, a más de 100.000 judíos polacos que encontraron refugio en la Unión Soviética tras la invasión nazi de Polonia. Sin embargo, «quienes vivieron en Rusia no recibieron un trato distinto del de los ciudadanos de ese país», observa el historiador Leonard Dinnerstein, mientras que «los supervivientes de los campos de concentración parecían muertos vivientes»[5]. Un participante de una web sobre el Holocausto afirmaba que, pese a que había pasado la guerra en Tel Aviv, era un superviviente del Holocausto porque su abuela murió en Auschwitz. A juzgar por los criterios de Israel Gutman, Wilkomirski es un superviviente del Holocausto porque su «dolor es auténtico». El departamento del Primer Ministro israelí ha situado recientemente la cifra de «supervivientes vivos del Holocausto» en cerca del millón. El motivo básico de esta revisión inflacionaria tampoco es difícil de hallar. Sería complicado apoyar la avalancha de nuevas solicitudes de indemnizaciones si solo siguieran con vida un puñado de supervivientes del Holocausto. De hecho, los principales cómplices de Wilkomirski estaban conectados de una manera u otra con la red de indemnizaciones del Holocausto. Su amiga de la infancia de Auschwitz, «la pequeña Laura», recibió dinero de un fondo suizo para las víctimas del Holocausto pese a que en realidad era una estadounidense asidua de los cultos satánicos. Los principales promotores israelíes de Wilkomirski participaban activamente en organizaciones relacionadas con las indemnizaciones por el Holocausto o estaban patrocinados por ellas[6].

La cuestión de las indemnizaciones nos ofrece una visión singular de la industria del Holocausto. Como hemos visto, al ponerse de parte de los Estados Unidos en la guerra fría, Alemania fue rápidamente rehabilitada y el holocausto nazi se olvidó. A pesar de todo, a comienzos de los años cincuenta, Alemania entabló negociaciones con las instituciones judías y suscribió diversos convenios de indemnización. Prácticamente sin presiones externas, Alemania ha pagado hasta el momento unos 60.000 millones de dólares en concepto de indemnización.

En primer lugar, compararemos este comportamiento con el de los Estados Unidos. Entre cuatro y cinco millones de hombres, mujeres y niños murieron como resultado de las guerras de EEUU en Indochina. Tras la retirada estadounidense, rememora un historiador, Vietnam tenía una desesperada necesidad de ayuda. «En el Sur quedaron destruidas 9.000 de las 15.000 aldeas, veinticinco millones de hectáreas de tierras de cultivo y doce millones de hectáreas de bosque, y murieron millón y medio de animales de granja; se calcula que había 200.000 prostitutas, 879.000 huérfanos, 181.000 discapacitados y un millón de viudas; las seis ciudades

industriales del Norte estaban muy deterioradas, igual que las ciudades y capitales de provincia y que 4.000 de las 5.800 comunidades agrícolas». Sin embargo, el presidente Carter se negó a pagar ninguna indemnización y adujo que «la destrucción era recíproca». El secretario de defensa de Clinton, William Cohen, declaró que no veía la necesidad de «disculparse, ciertamente, por la guerra en sí», y opinó: «Ambas naciones han quedado heridas. Las dos tienen sus cicatrices de guerra. Nosotros, desde luego, tenemos las nuestras»[7].

El gobierno alemán se propuso indemnizar a las víctimas judías mediante tres convenios diferentes suscritos en 1952. Los particulares que lo solicitaron recibieron pagos establecidos según lo dispuesto en la Ley de Indemnización *(Bundesentschädigungsgesetz)*. Otro acuerdo independiente suscrito con Israel pretendía subvencionar la absorción y rehabilitación de varios centenares de miles de refugiados judíos. Al mismo tiempo, el gobierno alemán negoció un acuerdo económico con la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías contra Alemania, donde se habían unido las principales organizaciones judías, incluidos el Comité Judío Americano, el Congreso Judío Americano, el Bnai Brith, el Comité Conjunto de Distribución y otros. El objetivo era que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales asignase el dinero recibido —diez millones de dólares anuales durante doce años, o alrededor de mil millones de dólares según el cambio actual— a las víctimas judías de la persecución nazi que no se habían beneficiado debidamente del proceso de indemnización[8]. Mi madre fue una de ellas. Pese a ser una superviviente del gueto de Varsovia, del campo de concentración de Majdanek y de los campos de trabajos forzados de Czestochowa y Skarszysko-Kamiena, mi madre solo recibió 3.500 dólares del gobierno alemán. Otras víctimas judías (muchas de las cuales no lo eran en realidad) recibieron pensiones vitalicias de Alemania, con lo que las cantidades totales que percibieron algunas de estas personas ascendían a cientos de millares de dólares. El dinero entregado a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales iba destinado a las víctimas judías que habían recibido una indemnización mínima.

El gobierno alemán trató de establecer explícitamente en el convenio suscrito con la Conferencia sobre Solicitudes Materiales que los fondos solo se podrían destinar a los supervivientes judíos, definidos estrictamente, que habían sido injusta o inadecuadamente indemnizados por los tribunales alemanes. La Conferencia manifestó que consideraba una afrenta que se pusiera en duda su buena fe. Una vez culminado el acuerdo, la Conferencia sacó una nota de prensa en la que se ponía de relieve que el dinero se emplearía para «los judíos perseguidos por el régimen nazi a quienes la legislación vigente o en proyecto» no podía «proporcionar un remedio». Los términos definitivos del acuerdo exigían que la Conferencia emplease el dinero «para aliviar, rehabilitar y realojar a las víctimas judías».

La Conferencia sobre Solicitudes Materiales no tardó en anular el acuerdo.

Incurriendo en una flagrante violación de la letra y del espíritu del mismo, la Conferencia destinó el dinero a la rehabilitación de las *comunidades* judías en lugar de a la rehabilitación de las víctimas judías. Hasta tal punto que una de las directrices que estableció prohibía que el dinero «se asignara directamente a individuos». Ahora bien, siempre barriendo para casa, la Conferencia eximió del cumplimiento de esta norma a dos categorías de víctimas: los rabinos y los «líderes judíos destacados» recibieron pagos individuales. Las organizaciones que componían la Conferencia sobre Solicitudes Materiales emplearon la mayor parte del dinero en financiar sus proyectos favoritos. Los beneficios que llegaron a recibir las verdaderas víctimas judías fueron indirectos o accidentales en el mejor de los casos[9]. Sustanciosas cantidades de dinero se desviaron hacia las comunidades judías del mundo árabe y facilitaron la emigración judía desde Europa del Este[10]. Sirvieron asimismo para subvencionar actividades culturales como museos del Holocausto y cátedras universitarias para el estudio del Holocausto, y también un buque teatro del Yad Vashem donde se acogía a los «gentiles justos».

Más recientemente, la Conferencia sobre Solicitudes Materiales trató de adueñarse de las propiedades judías desnacionalizadas en la antigua República Democrática Alemana, cuyo valor asciende a centenares de millones de dólares y que, en justicia, corresponderían a los herederos judíos. Cuando los judíos defraudados por este y otros abusos comenzaron a atacar a la Conferencia, el rabino Arthur Hertzberg lanzó maldiciones a diestro y siniestro y se burló del asunto diciendo que no era una «cuestión de justicia», sino una «pelea por dinero»[11]. Cuando los alemanes o los suizos se niegan a pagar una indemnización, el cielo no es suficientemente grande para abarcar la justa indignación de la comunidad judía estadounidense organizada. Pero, cuando las elites judías roban a los supervivientes judíos, no se trata de un problema ético: es una simple cuestión de dinero.

Mi difunta madre solo recibió una indemnización de 3.500 dólares, pero otras personas han sacado pingües beneficios del proceso de indemnización. El sueldo anual declarado de Saul Kagan, secretario ejecutivo de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales desde hace largo tiempo, es de 105.000 dólares. A la vez que atendía sus obligaciones en la Conferencia, Kagan fue declarado culpable de 33 cargos relacionados con la disposición ilícita de fondos y créditos cuando dirigía un banco neoyorquino. (La sentencia fue revocada tras múltiples apelaciones.) Alfonse D’Amato, exsenador de Nueva York, actúa de mediador entre los demandantes judíos y los bancos alemanes y austriacos y cobra sus servicios a razón de 350 dólares la hora más gastos. Durante los primeros seis meses dedicados a esta labor, D’Amato ganó 103.000 dólares. Anteriormente, Wiesel había alabado a D’Amato por su «sensibilidad hacia el sufrimiento judío». Lawrence Eagleburger, que fue secretario de Estado del presidente Bush, tiene un sueldo anual de 300.000 dólares en calidad de

presidente de la Comisión Internacional de Seguros de la Era del Holocausto. «Se le pague lo que se le pague —opinó Elan Steinberg, del Consejo Judío Mundial—, es una verdadera ganga». Kagan se embolsa en doce días, Eagleburger en cuatro días y D'Amato en diez horas todo el dinero que mi madre recibió por haber sufrido seis años de persecución nazi[12].

Ahora bien, si se concedieran premios a los mercachifles del Holocausto más emprendedores, el primero se lo llevaría sin duda Kenneth Bialkin. Célebre líder de los judíos estadounidenses durante varios decenios, Bialkin dirigió la LAD y presidió la Conferencia de Presidentes de Grandes Organizaciones Judías Estadounidenses. Actualmente, representa a la compañía aseguradora Generali *en contra* de la Comisión Eagleburger a cambio de una «sustanciosa cantidad de dinero»[13].

* * *

En los últimos años, la industria del Holocausto se ha convertido lisa y llanamente en una red de extorsión. En supuesta representación del mundo judío al completo, incluidos muertos y vivos, está reclamando los activos judíos de la era del Holocausto en Europa entera. Esta doble extorsión de los países europeos y de los legítimos reclamantes judíos, que ha sido adecuadamente denominada «el último capítulo del Holocausto», se marcó como primer objetivo Suiza. En primer lugar, pasaré revista a las alegaciones en contra de los suizos. A continuación, me remitiré a las pruebas que demuestran que buena parte de las acusaciones se basan en engaños y, además, podrían dirigirse más ajustadamente contra quienes las lanzan que contra quienes las reciben.

En mayo de 1995, con ocasión de la celebración del cincuentenario del final de la Segunda Guerra Mundial, el presidente de Suiza presentó formalmente disculpas porque su país hubiera negado refugio a los judíos durante el holocausto nazi[14]. Más o menos en la misma época, volvió a plantearse la cuestión conflictiva latente desde hace largo tiempo del capital judío depositado en cuentas corrientes suizas antes y durante la guerra. En un reportaje ampliamente difundido, un periodista israelí citaba un documento —erróneamente interpretado, como luego se descubriría— donde se demostraba que los bancos suizos todavía tenían en depósito miles de millones de dólares ingresados por judíos en la era del Holocausto[15].

El Congreso Judío Mundial, organización moribunda hasta que lanzó una campaña denunciando como criminal de guerra a Kurt Waldheim, cogió al vuelo esta nueva oportunidad de revitalizarse. Suiza era una presa fácil, eso se había comprendido desde el principio. Serían pocos quienes simpatizarían con los ricos banqueros suizos enfrentados a los «supervivientes del Holocausto necesitados». Y, lo que era aún más importante, los bancos suizos eran altamente vulnerables a las

presiones económicas de los Estados Unidos[16].

Edgar Bronfman, presidente del CJM e hijo de un miembro de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías, y el rabino Israel Singer, secretario general del CJM y magnate de los negocios inmobiliarios, se reunieron con los banqueros suizos a finales de 1995[17]. Más adelante, Bronfman, heredero de la fortuna de la alcoholera Seagram (se calcula que su capital personal asciende a 3.000 millones de dólares), informaría modestamente a la Comisión de Banca del Senado de que hablaba «en nombre del pueblo judío», así como de «los seis millones, quienes no pueden hablar por sí mismos»[18]. Los banqueros suizos declararon que solo habían podido localizar 775 cuentas inactivas no reclamadas, que en conjunto sumaban 32 millones de dólares. Ofrecieron esta cantidad como base de las negociaciones con el CJM, que la rechazó por estimarla inadecuada. En diciembre de 1995, Bronfman hizo frente común con el senador D'Amato. Este último se encontraba en el peor momento de su popularidad, según las encuestas, y con una campaña electoral para el Senado a la vista, por lo que recibió con los brazos abiertos esta oportunidad de mejorar su posición en la comunidad judía, crucial por sus votos y llena de acaudalados donantes. Antes de conseguir que los suizos se dieran por vencidos, el CJM, trabajando con toda la gama de instituciones del Holocausto (incluidos el Museo Conmemorativo del Holocausto de EEUU y el Centro Simon Wiesenthal), movilizó a la clase política estadounidense al completo. El presidente Clinton, que enterró el hacha de guerra ante D'Amato (aún estaban celebrándose las audiencias sobre el caso Whitewater) para prestar su apoyo, once organismos del Gobierno Federal, así como el Congreso y el Senado, y también numerosos gobiernos estatales y locales del país, todos ellos recibieron presiones de ambos partidos mayoritarios hasta que, uno tras otro, los cargos públicos se prestaron a denunciar a los pérfidos suizos.

Empleando como trampolín las Comisiones de Banca de la Cámara y del Senado, la industria del Holocausto orquestó una desvergonzada campaña de difamación. La prensa, infinitamente complaciente y crédula, estaba dispuesta a ponerle titulares gigantes a cualquier noticia relacionada con el Holocausto, por muy disparatada que fuera, y, gracias a ello, la campaña de denigración resultó imparable. Gregg Rickman, principal asesor legislativo de D'Amato, se jacta en un libro que escribió al respecto de que a los banqueros suizos se les obligó a comparecer «ante el tribunal de la opinión pública, donde nosotros controlábamos el orden del día. Los banqueros estaban en nuestro terreno y, convenientemente, éramos juez, jurado y ejecutor». Tom Bower, importante investigador de la campaña contra los suizos, comenta que la solicitud de D'Amato de que se celebrasen audiencias fue «un eufemismo para designar un juicio público o un tribunal de pacotilla»[19].

El «portavoz» del ciclón antisuizo fue el director ejecutivo del CJM, Elan Steinberg. Su función principal consistía en difundir desinformación. «El terror

mediante la vergüenza —en palabras de Bower— fue el arma de Steinberg, ya que lanzó toda una ristra de acusaciones orientadas a provocar incomodidad y escándalo. Informes de la Oficina de Servicios Estratégicos, muchas veces basados en rumores o en fuentes sin corroborar y que los historiadores habían menospreciado durante largos años por considerarlos meras habladurías, adquirieron de pronto una credibilidad acrítica y una amplia publicidad». «Lo que menos conviene a los bancos es una publicidad negativa —explicaba el rabino Singer—. Seguiremos en esta línea hasta que los bancos digan: "Ya basta. Queremos llegar a un compromiso"». Deseoso de estar también en el candelero, el rabino Marvin Hier, director administrativo del Centro Simon Wiesenthal, hizo la espectacular afirmación de que los suizos habían encarcelado a refugiados judíos en «campos de trabajos forzados». (Hier dirige el Centro Simon Wiesenthal como un negocio familiar y tiene en plantilla a su mujer y a su hijo; en conjunto, los Hier cobraron en 1995 un sueldo de 520.000 dólares. El centro se ha hecho célebre por sus exposiciones permanentes de estilo «Dachau a la Disneylandia» y por «recurrir con éxito a tácticas sensacionalistas y alarmantes para recaudar fondos».) «A la luz del bombardeo informativo en el que se mezclaron verdades y conjeturas, hechos y ficciones —concluye Itamar Levin—, resulta fácil comprender por qué muchos suizos creen que su país fue víctima de algún tipo de conspiración internacional»[20].

La campaña degeneró rápidamente hasta convertirse en una difamación del pueblo suizo. En un estudio financiado por la secretaría de D'Amato y por el Centro Simon Wiesenthal, Bower señala en su tono característico que «un país cuyos ciudadanos […] se ufanaban ante sus vecinos de su envidiable riqueza estaba beneficiándose a sabiendas de un dinero bañado en sangre»; que «los ciudadanos aparentemente respetables de una de las naciones más pacíficas del mundo […] cometieron un robo sin precedentes»; que «la falta de honradez era un código cultural que los individuos suizos habían llegado a dominar con objeto de proteger la imagen y la prosperidad de su nación»; que los suizos se sentían «instintivamente atraídos por las ganancias abundantes» (¿solo los suizos?); que «el interés propio era la directriz suprema de todos los bancos suizos» (¿solo de los bancos suizos?); que «la subespecie de los banqueros suizos se había vuelto más codiciosa y más inmoral que la mayoría»; que «la ocultación y el engaño eran artes practicadas por los diplomáticos suizos» (¿solo por los diplomáticos suizos?); que «las disculpas y las dimisiones no eran algo común en la tradición política suiza» (¿es distinta la nuestra a ese respecto?); que «la codicia suiza era única»; que el «carácter suizo» combinaba «la simplicidad y la duplicidad», y que, «detrás de una apariencia de civismo, se ocultaba una capa de obstinación y, detrás de ella, una firme incomprensión egocéntrica de cualquier opinión ajena»; que, «además de ser un pueblo particularmente privado de encanto, que no había producido artistas, ni héroes desde

Guillermo Tell, ni hombres de Estado, [los suizos] eran traidores colaboradores de los nazis que se habían beneficiado del genocidio, y así interminablemente. Rickman señala esta «realidad profunda» con respecto a los suizos: «Muy en el fondo, quizá más al fondo de lo que imaginaban, en su modo de ser hay una arrogancia latente con respecto a sí mismos y contra los demás. Por mucho que lo intentaron, no lograron ocultar la educación recibida»[21]. Buena parte de estas calumnias son notablemente similares a las que lanzan los antisemitas contra los judíos.

La acusación principal es, en palabras de Bower, que había existido «una conspiración de suizos y nazis que, durante cincuenta años, sirvió para robar miles de millones a los judíos europeos y a los supervivientes del Holocausto». Y esto, según la expresión convertida en mantra por la red de extorsión montada en torno a las indemnizaciones por el Holocausto, era «el mayor robo de la historia de la humanidad». Para la industria del Holocausto, todas las cuestiones judías corresponden a una categoría especial y superlativa…, todo es *lo* peor, *lo* más importante…

La industria del Holocausto alegó en un primer momento que los bancos suizos habían negado sistemáticamente el acceso a las cuentas inactivas, que en conjunto sumaban un valor de entre 7.000 y 20.000 millones de dólares, a los herederos de las víctimas del Holocausto. «Durante los últimos cincuenta años», según informaba *Time* en un amplio reportaje, los bancos suizos habían seguido la «norma establecida» de «dar largas y recurrir a prácticas obstruccionistas cuando los supervivientes del Holocausto solicitaban información sobre las cuentas de sus parientes fallecidos». Recordando la legislación del mantenimiento del secreto aplicada por los bancos suizos en 1934 en parte para evitar que los nazis retirasen indebidamente los fondos de los cuentacorrentistas judíos, D'Amato sermoneó así a la Comisión de Banca de la Cámara: «¿No es una ironía que el secretismo, el sistema que animó a la gente a abrir cuentas, se utilizara posteriormente para negarles sus derechos, sus herencias, a esas mismas personas y a sus herederos? Fue algo perverso, siniestro, retorcido».

Bower relata con trepidación el descubrimiento de una prueba clave de la perfidia con que los suizos trataron a las víctimas del Holocausto: «La suerte y la diligencia hicieron aflorar un tesoro que confirmó la validez de las acusaciones de Bronfman. Un informe confidencial realizado en Suiza en julio de 1945 afirmaba que Jacques Salmanovitz, propietario de la Société Générale de Surveillance, una compañía de notaría y administración de bienes de Ginebra relacionada con los países de los Balcanes, poseía una lista de 182 clientes judíos que habían confiado 8,4 millones de francos suizos y unos 90.000 dólares a la compañía hasta el momento en que llegaran de los Balcanes. El informe añadía que los judíos todavía no habían reclamado su capital. Rickman y D'Amato estaban jubilosos». Rickman también esgrime en su obra esta «prueba de las actividades delictivas suizas». Pero ni Bower ni Rickman

mencionan en este contexto específico que Salmanovitz era judío. (La validez real de estas alegaciones se analizará más adelante)[22].

A finales de 1996, todo un desfile de ancianas judías y un solo hombre prestaron un conmovedor testimonio de las fechorías de los banqueros suizos ante las Comisiones de Banca del Congreso. Sin embargo, según Itamar Levin, del principal diario financiero de Israel, ninguno de estos testigos «tenía pruebas reales de la existencia de activos en los bancos suizos». Para realzar el efecto teatral de estos testimonios, D'Amato llamó como testigo a Elie Wiesel. En un testimonio que luego sería ampliamente citado, Wiesel se declaró escandalizado —¡escandalizado!— por la revelación de que los perpetradores del Holocausto trataron de extorsionar a los judíos antes de asesinarlos: «En un principio creíamos que la solución final estuvo meramente motivada por una ideología emponzoñada. Ahora sabemos que no solamente querían matar a los judíos, pues, aunque parezca espeluznante, querían el dinero judío. Día a día nos vamos enterando de más detalles sobre la tragedia. ¿No tiene un límite el dolor? ¿No tiene un límite el ultraje?». La extorsión de los judíos perpetrada por los nazis no es ninguna novedad; buena parte del estudio pionero de Raul Hilberg publicado en 1961, *The Destruction of the European Jews*, está consagrado a las incautaciones que los nazis practicaron con los judíos[23].

También se decía que los banqueros suizos robaron los depósitos de las víctimas del Holocausto y destruyeron metódicamente la documentación clave para ocultar sus huellas, y que solo los judíos padecieron estos execrables abusos. La senadora Barbara Boxer acorraló a los suizos durante una comparecencia y declaró: «Esta comisión no aceptará ninguna duplicidad por parte de los bancos suizos. No digan al mundo que están buscando documentos cuando lo que hacen es romperlos en pedazos»[24].

Pero ¡ay!, el «valor propagandístico» (Bower) de las ancianas demandantes judías que dieron testimonio de la perfidia suiza no tardó en agotarse. Por consiguiente, la industria del Holocausto buscó un nuevo escándalo. El frenesí de los medios de comunicación se centró en el oro que los nazis habían desvalijado de los tesoros nacionales europeos durante la guerra y que luego vendieron a los suizos. Este hecho, anunciado como una inaudita revelación, en realidad era de sobra conocido. El autor de un estudio de autoridad reconocida sobre este asunto, Arthur Smith, dijo en la comparecencia ante la Cámara: «He estado toda la mañana y toda la tarde escuchando cosas que, en buena medida, en líneas generales, se sabían desde hacía años; y me sorprende que gran parte de ello se presente como si fuera nuevo y sensacional». Ahora bien, el objetivo de las comparecencias no era informar, sino, en palabras de la periodista Isabel Vincent, «crear noticias sensacionalistas». Se partía de la premisa razonable de que, si se sacaban suficientes trapos sucios, Suiza acabaría por rendirse[25].

La única alegación verdaderamente novedosa fue que los suizos habían traficado a sabiendas con «oro de las víctimas». Es decir, que habían comprado grandes cantidades de oro que los nazis habían fundido en lingotes tras arrebatárselo a las víctimas de los campos de concentración y exterminio. El CJM, informa Bower, «necesitaba un asunto emotivo para relacionar a Suiza con el Holocausto». En consecuencia, esta nueva revelación de la traición suiza fue recibida como un regalo del cielo. «Pocas imágenes —continúa Bower— resultaban más lacerantes que la metódica extracción de los empastes de oro de las bocas de los cadáveres judíos sacados a rastras de las cámaras de gas de los campos de concentración». «Los hechos son muy, muy inquietantes —entonó pesarosamente D'Amato en la audiencia de la Cámara—, porque nos hablan del saqueo y pillaje de las propiedades de los hogares, de los bancos nacionales, de los campos de exterminio, relojes y pulseras de oro, monturas de gafas y empastes de los dientes de la gente»[26].

Contra los suizos no solo pesaban las acusaciones de haber bloqueado el acceso a las cuentas de las víctimas del Holocausto y de haber comprado oro procedente del pillaje nazi, también se les acusaba de conspirar con Polonia y Hungría para estafar a los judíos. El cargo que se les imputaba era que el dinero no reclamado de las cuentas suizas pertenecientes a ciudadanos polacos y húngaros (muchos de los cuales, aunque no todos, eran judíos) fue utilizado por Suiza como compensación por las propiedades suizas nacionalizadas por los gobiernos de Polonia y Hungría. Rickman dice que esto es «una revelación asombrosa que dejará en evidencia a los suizos y desencadenará un terremoto». Mas lo cierto es que estos hechos ya eran ampliamente conocidos y que las revistas jurídicas estadounidenses habían informado sobre ellos a comienzos de los años cincuenta. Además, pese al bombo y platillo que les dieron los medios, las cantidades totales no llegaron a sumar ni un millón de dólares al cambio actual[27].

Ya antes de que, en abril de 1996, se celebrara la primera comparecencia ante el Senado sobre las cuentas inactivas, los bancos suizos convinieron en que se constituyera un comité de investigación, a cuyas conclusiones se atendrían. Compuesto por seis miembros, tres de la Organización Judía Mundial para la Restitución y tres de la Asociación de Banqueros Suizos, y dirigido por Paul Volcker, expresidente del Banco de la Reserva Federal de EEUU, el «comité independiente de personas eminentes» recibió formalmente sus atribuciones en un «Memorándum de Conciliación» de mayo de 1996. Además, el gobierno suizo designó en diciembre de 1996 una «comisión independiente de expertos» cuyo cometido era investigar los intercambios comerciales de oro entre Suiza y Alemania durante la Segunda Guerra Mundial; la dirigía el profesor Jean-François Bergier, y el destacado estudioso israelí del holocausto Saul Friedländer era uno de sus miembros.

Pero, antes de que estas comisiones pudieran siquiera ponerse a trabajar, la

industria del Holocausto ejerció presiones para que se llegara a un acuerdo económico con Suiza. Los suizos protestaron alegando que las conclusiones a que llegaran las comisiones debían conocerse antes del establecimiento de ningún acuerdo; lo contrario constituiría «una extorsión y un chantaje». Jugando una baza siempre ganadora, el CJM manifestó la angustia que le producía la terrible situación de «los supervivientes del Holocausto necesitados». «Mi problema es el tiempo —declaró Bronfman ante la Comisión de Banca de la Cámara en diciembre de 1996— y tengo bajo mi responsabilidad a muchos supervivientes del Holocausto que me preocupan». Uno se pregunta por qué el angustiado millonario no podía aliviar temporalmente las necesidades de los supervivientes con su propio dinero. Al rechazar una oferta de 250 millones de dólares con la que los suizos pretendían liquidar su deuda, Bronfman dijo con desdén: «No nos hagan favores. Yo mismo pondré el dinero». Pero no lo puso. A pesar de todo, en febrero de 1997, Suiza se avino a constituir un «Fondo Especial para las Víctimas del Holocausto Necesitadas»: 200 millones de dólares destinados a sacar de apuros a «las personas necesitadas de ayuda o apoyo especiales» mientras las comisiones finalizaban su trabajo. (El fondo aún no se había agotado cuando las comisiones Bergier y Volcker emitieron sus informes.) Aun así, la industria del Holocausto no cedió en sus presiones para que se llegara a un acuerdo definitivo; por el contrario, las presiones se redoblaron. Los renovados alegatos de los suizos en pro de que se esperase a los dictámenes de las comisiones antes de llegar a un convenio —a fin de cuentas, había sido el CJM el que primero había solicitado esta valoración moral— continuaron cayendo en oídos sordos. En realidad, la industria del Holocausto no podía esperar más que perjuicios de dichos dictámenes: si al final se demostraba que tan solo algunas reclamaciones eran legítimas, la acusación contra los bancos suizos perdería credibilidad; y si se identificaba a los legítimos reclamantes, aun cuando fueran muchos, los suizos se verían obligados a indemnizarlos exclusivamente a ellos y no a las organizaciones judías. Otro de los mantras de la industria del Holocausto es que lo que está en juego con las indemnizaciones «no es el dinero, sino la verdad y la justicia». «No es el dinero lo que está en juego —se burlaban ahora los suizos—, sino que sea más dinero»[28].

Además de atizar la histeria pública, la industria del Holocausto coordinó una estrategia biaxial para «aterrorizar» (Bower) a los suizos y lograr su sometimiento: demandas interpuestas por múltiples interesados bajo una sola dirección procesal y un boicot económico. La primera demanda colectiva, en la que se reclamaba un total de 20.000 millones de dólares, fue presentada a principios de octubre de 1996 por Edward Fagan y Robert Swift en nombre de Gizella Weisshaus (antes de morir en Auschwitz, su padre había hablado de que tenía dinero depositado en Suiza, pero los bancos lo negaron cuando Gizella Weisshaus hizo indagaciones después de la guerra)

y de «otros que se encontraban en una situación similar». Unas semanas después, el Centro Simon Wiesenthal presentó la segunda demanda múltiple a través de los abogados Michael Hausfeld y Melvyn Weiss, y, en enero de 1997, el Consejo Mundial de Comunidades Judías Ortodoxas puso en marcha la tercera. Las tres demandas se presentaron ante el juez Edward Korman, un juez de distrito de Brooklyn, que las admitió a trámite. Al menos una de las partes implicadas, un abogado establecido en Toronto y llamado Sergio Karas, deploró esta táctica: «Las demandas colectivas solo han servido para provocar la histeria de masas y pegar un varapalo a los suizos. Con esto solo se consigue perpetuar el mito de que a los abogados judíos no les interesa más que el dinero». Paul Volcker atacó las demandas colectivas alegando: «Perjudicarán nuestro trabajo, potencialmente hasta el punto de restarle toda efectividad»; lo cual poco podía importar a la industria del Holocausto, si es que no era un incentivo añadido[29].

Ahora bien, el arma principal para socavar la resistencia suiza fue el boicot económico. «Ahora la batalla va a ser mucho más sucia —advirtió en enero de 1997 Avraham Burg, presidente de la Agencia Judía y hombre clave de Israel en el conflicto con la banca suiza—; hasta ahora hemos contenido la presión judía internacional». El CJM había comenzado a urdir el boicot ya en enero de 1996. Bronfman y Singer se pusieron en contacto con Alan Hevesi, interventor jefe de la ciudad de Nueva York, cuyo padre había tenido un cargo importante en el CJA, y con Carl McCall, interventor jefe del Estado de Nueva York. Entre ambos, estos interventores invierten miles de millones de dólares en fondos de pensiones. Además, Hevesi presidió la Asociación de Interventores de EEUU, que invirtió 30.000 millones de dólares en fondos de pensiones. A finales de enero, Singer aprovechó la boda de su hija para diseñar su estrategia con el gobernador de Nueva York, George Pataki, y con D’Amato y Bronfman. «Menuda clase de hombre soy —reflexionaba el rabino—, haciendo negocios en la boda de mi hija»[30].

En febrero de 1996, Hevesi y McCall escribieron a los bancos suizos amenazándolos con imponerles sanciones. A lo largo de los siguientes meses, los gobiernos municipales y estatales de Nueva York, Nueva Jersey, Rhode Island e Illinois presentaron resoluciones en las que se amenazaba con un boicot económico a los bancos suizos a no ser que se demostrase su inocencia. En mayo de 1997, el municipio de Los Ángeles impuso las primeras sanciones al retirar millones de dólares invertidos en fondos de pensiones en un banco suizo. Hevesi se apresuró a imitar esta iniciativa imponiendo sanciones en Nueva York. California, Massachusetts e Illinois se sumaron al boicot durante los siguientes días.

«Para dar carpetazo a todo, a las demandas colectivas, al proceso Volcker y a lo demás, quiero como poco 3.000 millones de dólares», proclamó Bronfman en diciembre de 1997. Entretanto, D’Amato y los representantes de la banca del Estado

de Nueva York se proponían evitar que la recién formada Unión de la Banca Suiza (una fusión de grandes bancos suizos) operase en Estados Unidos. «Si los suizos continúan poniendo obstáculos, tendré que pedir a los accionistas estadounidenses que suspendan sus tratos con los suizos —advertía Bronfman en marzo de 1998—. La situación está llegando a un punto en el que o se resuelve o se declara una guerra sin cuartel». En abril, los suizos comenzaron a dar muestras de debilidad, pero siguieron resistiéndose a una rendición abyecta. (Se sabe que en 1997 los suizos gastaron al menos 500 millones de dólares con objeto de repeler los ataques de la industria del Holocausto.) «Un cáncer virulento corroe a toda la sociedad suiza —se lamentaba Melvyn Weiss, uno de los abogados de las demandas colectivas—. Les hemos dado la oportunidad de librarse de él pagando un precio mínimo por una dosis masiva de radiaciones y la han rechazado». En junio, los bancos suizos lanzaron una «oferta definitiva» de 600 millones de dólares. El director de la LAD, Abraham Foxman, escandalizado por la arrogancia *suiza*, apenas pudo contener su rabia: «Este ultimátum es una afrenta para el recuerdo de las víctimas, para quienes les han sobrevivido y para aquellas personas de la comunidad judía que se han ofrecido de buena fe a los suizos para trabajar juntos en la resolución de este espinoso asunto»[31].

En julio de 1998, Hevesi y McCall amenazaron con nuevas y rigurosas sanciones. A lo largo de los siguientes días, Nueva Jersey, Pensilvania, Connecticut, Florida, Michigan y California hicieron lo propio. Los suizos se dieron al fin por vencidos a mediados de agosto. Mediante un acuerdo de liquidación entre las partes litigantes en la demanda colectiva, arbitrado por el juez Korman, los suizos se avinieron a pagar 1.250 millones de dólares. «El objetivo del pago adicional —decía una nota de prensa suiza— es evitar la amenaza de otras sanciones, así como los largos y costosos procedimientos judiciales»[32].

«Se ha portado como un auténtico pionero en esta epopeya —felicitó el primer ministro israelí Benjamín Netanyahu a D'Amato—. El resultado no solo ha sido un éxito en términos materiales, sino también una victoria moral y un triunfo del espíritu»[33]. Lástima que no dijera «de la perseverancia».

El acuerdo de los 1.250 millones de dólares con Suiza iba dirigido a indemnizar básicamente a tres grupos de personas: los reclamantes de las cuentas inactivas domiciliadas en Suiza, los refugiados a los que Suiza había negado asilo y las víctimas del régimen de trabajo esclavista del que se había beneficiado Suiza[34]. Pese a la indignación con los «pérfidos suizos» de que se hizo gala, lo cierto es que el historial estadounidense en este terreno es igual de malo, si no peor. Enseguida volveré al tema de las cuentas inactivas estadounidenses. Igual que Suiza, EEUU negó la entrada a refugiados judíos que huyeron del nazismo antes de la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra. Sin embargo, el gobierno estadounidense no ha

estimado adecuado compensar, pongamos por caso, a los refugiados judíos que había a bordo del malhadado navío St. Louis. Imaginemos qué reacción se desencadenaría si los millares de refugiados centroamericanos y haitianos a quienes se les negó asilo después de que huyeran de los escuadrones de la muerte financiados por los Estados Unidos reclamaran indemnizaciones al gobierno estadounidense. Por otro lado, Suiza, un país mucho más pequeño y con muchos menos recursos que los Estados Unidos, acogió a tantos refugiados judíos como EEUU (unos 20.000) durante el holocausto nazi[35].

Los políticos estadounidenses sermoneaban a Suiza diciendo que la única manera de expiar las culpas pasadas era proporcionar una compensación material. Stuart Eizenstat, subsecretario de Comercio y enviado especial para la Restitución de Propiedades de Clinton, consideraba que las indemnizaciones que los suizos dieran a los judíos serían «una prueba contundente de la voluntad que tiene esta generación para enfrentarse al pasado y rectificar los errores del pasado». A los suizos de hoy día no podía «considerárseles responsables de lo que ocurrió hace años», reconoció D’Amato durante la misma comparecencia ante el Senado, pero, aun así, tenían «el deber de rendir cuentas y de tratar de hacer lo correcto en este momento». El presidente Clinton respaldó públicamente la solicitud de indemnizaciones del CJM e hizo esta reflexión: «Debemos hacer frente a la terrible injusticia del pasado y enmendarla en la medida de nuestras posibilidades». «La historia no tiene un estatuto que reglamente las prescripciones —dijo durante las comparecencias James Leach, presidente de la Comisión de Banca de la Cámara—, y nunca se debe olvidar el pasado». En una carta dirigida a la secretaria de Estado por los líderes parlamentarios de ambos partidos mayoritarios, se afirmaba: «Hay que dejar claro que la respuesta que se dé al asunto de la restitución se considerará una prueba de respeto a los derechos humanos fundamentales y al imperio de la ley». Y en una alocución ante el Parlamento suizo, la secretaria de Estado Madeleine Albright explicó que los beneficios económicos que habían acumulado los suizos gracias a las cuentas suizas retenidas «se han transmitido a las nuevas generaciones y, por ello, el mundo apela hoy al pueblo de Suiza, no para que asuma la responsabilidad de los actos cometidos por sus antepasados, sino para que sea generoso al hacer lo que en estos momentos pueda hacerse para corregir los errores del pasado»[36]. Sentimientos muy nobles todos ellos, pero que jamás se escuchan —si no es para ridiculizarlos— cuando se habla de indemnizar a los afroamericanos por la esclavitud[37].

Queda por ver qué suerte correrán en el acuerdo final los «supervivientes del Holocausto necesitados». Gizella Weisshaus, la primera reclamante de una cuenta inactiva domiciliada en Suiza que presentó una demanda, ha despedido a su abogado, Edward Fagan, acusándolo amargamente de haberla utilizado. No obstante, los honorarios de Fagan han sumado cuatro millones de dólares. En total, las minutas de

los abogados a cargo de las demandas han ascendido a quince millones de dólares, y «muchos» cobraban a razón de 600 dólares la hora. Un abogado ha solicitado 2.400 dólares por leer el libro de Tom Bower *Nazi Gold*. «Los grupos y supervivientes judíos —informaba la publicación neoyorquina *Jewish Week*— se andan cada vez con menos miramientos en la pelea por sacar tajada de los 1.250 millones de dólares que los bancos suizos ofrecen como compensación por la época del Holocausto». Los demandantes y los supervivientes sostienen que el dinero debe ir directamente a sus manos. Por su lado, las organizaciones judías reclaman su parte. Greta Beer, una de las principales testigos contra los bancos suizos en la comparecencia ante el Congreso, clamó ante el tribunal del juez Korman que no quería que la «aplastaran con el pie como a un insecto». El CJM, pese a su solicitud hacia los «supervivientes del Holocausto necesitados», quiere embolsarse la mitad del dinero suizo reservado para las organizaciones judías y para «la enseñanza sobre el Holocausto». El Centro Simon Wiesenthal mantiene que, si las organizaciones judías «respetables» reciben dinero, «una parte debe dirigirse a los centros educativos judíos». Mientras «maniobran» para hacerse con una parte mayor del botín, tanto las organizaciones reformistas como las ortodoxas aseguran que los seis millones de muertos habrían preferido que fuera su rama del judaísmo la que resultase beneficiada económicamente. Entretanto, la industria del Holocausto forzó a los suizos a llegar a un acuerdo alegando que el factor tiempo era fundamental: «Todos los días mueren supervivientes del Holocausto necesitados». Pero, una vez que los suizos hubieron firmado el acuerdo económico, la urgencia se desvaneció milagrosamente. Un año después de que se suscribiera el acuerdo, aún no se había preparado ningún plan de distribución. Cuando al fin se llegue a dividir el dinero, todos los «supervivientes del Holocausto necesitados» estarán probablemente muertos. Y en lo que respecta a los 200 millones de dólares del «Fondo Especial para las Víctimas del Holocausto Necesitadas», constituido en febrero de 1997, en diciembre de 1999 aún no se había distribuido ni la mitad a las víctimas reales. Cuando se hayan pagado los honorarios de los abogados, el dinero suizo irá a engrosar las arcas de las organizaciones judías «respetables»[38].

«No se puede defender ningún acuerdo —escribía en el *New York Times* Burt Neuborne, catedrático de Derecho de la Universidad de Nueva York y miembro del equipo de las demandas colectivas— que permita que el Holocausto se mantenga como una empresa rentable para los bancos suizos». Edgar Bronfman dijo conmovedoramente en su testimonio ante la Comisión de Banca que a los suizos no había que «permitirles sacar provecho de las cenizas del Holocausto». Por otra parte, Bronfman reconoció recientemente que en las arcas del CJM han ingresado no menos de «unos 7.000 millones de dólares» gracias a los fondos de indemnización[39].

Entretanto, se han publicado los informes autorizados sobre los bancos suizos. Ya

es posible formarse una opinión fundada sobre si, de hecho, como afirma Bower, hubo «una conspiración de suizos y nazis que, durante cincuenta años, sirvió para robar miles de millones a los judíos europeos y a los supervivientes del Holocausto».

La Comisión (Bergier) Independiente de Expertos emitió su informe, *Suiza y las transacciones de oro durante la Segunda Guerra Mundial*, en julio de 1998[40]. La Comisión confirmó que los bancos suizos compraron oro a la Alemania nazi, por valor de unos 4.000 millones de dólares al cambio actual, a sabiendas de que el oro procedía del pillaje de los bancos nacionales de Europa ocupada. En las audiencias celebradas en la Colina del Capitolio, los congresistas se mostraron escandalizados porque los bancos suizos hubieran traficado con activos procedentes del pillaje y, lo que era aún peor, porque continuaran permitiéndose esas atroces prácticas. Un congresista deploró el hecho de que los políticos corruptos depositen sus ganancias mal adquiridas en los bancos suizos y apeló a Suiza para que promulgase de una vez por todas leyes contra «estos movimientos secretos de dinero realizados por […] personas con preeminencia o liderazgo políticos, personas que desvalijan el erario». Lamentando el «gran número de dirigentes gubernamentales y hombres de negocios notoriamente corruptos del mundo entero que han encontrado un refugio para sus considerables riquezas en los bancos suizos», otro congresista se preguntaba si el sistema bancario suizo no estaría «acogiendo a los criminales de esta generación, y a los países que representan, de […] la misma manera que se dio asilo al régimen nazi hace 55 años»[41]. El problema es preocupante, de eso no cabe duda. Se estima que, año tras año, entre 100.000 y 200.000 millones de dólares derivados de la corrupción política cruzan las fronteras internacionales y son depositados en bancos privados. Ahora bien, las reprimendas de la Comisión de Banca habrían tenido más peso si la mitad del dinero procedente de esta «fuga ilegal de capitales» no estuviera depositada en bancos estadounidenses con la plena sanción de la legislación de EEUU[42]. Entre quienes se han beneficiado recientemente del «refugio» estadounidense se cuentan Raúl Salinas de Gortari, hermano del expresidente de México, y la familia del general Sani Abacha, antiguo dictador de Nigeria. «El oro saqueado por Adolf Hitler y sus secuaces —señala Jean Ziegler, parlamentario suizo acerbamente crítico con los bancos suizos— no se diferencia esencialmente en nada del dinero bañado en sangre» que hoy día está depositado en las cuentas bancarias suizas de los dictadores del Tercer Mundo. «Los ladrones con licencia de Hitler llevaron a la muerte a millones de hombres, mujeres y niños», y «centenares de miles de niños mueren todos los años de enfermedad y desnutrición» en el Tercer Mundo porque «los tiranos saquean sus países con la ayuda de los tiburones suizos de las finanzas»[43]. Y también con la ayuda de los tiburones estadounidenses de la finanzas. No abundaré en otra cuestión aún más importante: muchos de estos tiranos fueron instalados y mantenidos en su puesto por los gobiernos estadounidenses, que además les dieron carta blanca para

saquear sus países.

En lo que concierne específicamente al holocausto nazi, la Comisión Independiente llegó a la conclusión de que los bancos suizos sí compraron «lingotes que contenían oro arrebatado por los criminales nazis a las víctimas de los campos de trabajo y de los campos de exterminio». Ahora bien, no lo hicieron a sabiendas: «Nada indica que los responsables del banco central suizo supieran que los lingotes que contenían ese tipo de oro estaban siendo enviados a Suiza por el Reichsbank». La Comisión valoró el «oro de las víctimas» comprado inocentemente por Suiza en 134.428 dólares, lo que equivale aproximadamente a un millón de dólares al cambio actual. En esta cifra se incluye el «oro de las víctimas» del que se despojó a los prisioneros de los campos tanto judíos como no judíos[44].

En diciembre de 1999, el Comité Independiente (Volcker) de Personas Eminentes emitió su *Informe sobre las cuentas inactivas de las víctimas de la persecución nazi domiciliadas en bancos suizos*[45]. El *Informe* documenta las conclusiones de una auditoría exhaustiva que duró tres años y costó no menos de 500 millones de dólares[46]. La conclusión fundamental sobre «el tratamiento de las cuentas inactivas de las víctimas de la persecución nazi» merece citarse extensamente:

> Con respecto a las víctimas de la persecución nazi, no se hallaron pruebas de que se hubiera incurrido sistemáticamente en la discriminación, la obstrucción del acceso a las cuentas, la malversación o la violación de lo dispuesto por la legislación suiza para la conservación de documentos. Ahora bien, el Informe también critica el comportamiento de algunos bancos en el tratamiento de las cuentas de las víctimas de la persecución nazi. Es necesario hacer hincapié en el término *algunos* de la frase precedente, ya que el comportamiento criticado se refiere principalmente al de algunos bancos concretos en su manera de gestionar cuentas personales de víctimas de la persecución nazi en el contexto de una investigación de 254 bancos que abarcó un periodo de unos sesenta años. Con respecto al comportamiento criticado, el Informe reconoce asimismo que había circunstancias atenuantes para la conducta de los bancos implicados en estas actividades. Es más, el Informe confirma que una amplia evidencia demuestra que en muchos casos los bancos buscaron activamente a los cuentacorrentistas desaparecidos o a sus herederos, incluidas las víctimas del Holocausto, y liquidaron las cuentas inactivas a quienes correspondía.

Este párrafo concluye afirmando benévolamente: «El Comité cree que el comportamiento criticado posee suficiente importancia como para que sea aconsejable documentar en esta sección los asuntos que se trataron erróneamente con objeto de que sea posible aprender del pasado en lugar de repetir los mismos errores»[47].

El *Informe* revela asimismo que, aunque el Comité no había podido consultar todos los registros bancarios del «Periodo pertinente» (1933-1945), destruir los registros sin que se detectara esa destrucción «sería difícil, si no imposible», y que, «de hecho, no se han encontrado pruebas de la destrucción sistemática de los históricos de las cuentas con el propósito de ocultar lo que se hizo en el pasado». Y concluye diciendo que el porcentaje de registros recuperados (el sesenta por ciento) es «verdaderamente extraordinario» y «verdaderamente admirable», sobre todo

teniendo en cuenta que la legislación suiza no estipula que se deban conservar los registros más de diez años[48].

Veamos ahora la interpretación que hizo el *New York Times* de las conclusiones del Comité Volcker. En un editorial titulado «Las trapacerías de los bancos suizos»[49], el *Times* informaba de que el Comité no había encontrado «pruebas concluyentes» de que los bancos suizos hubieran gestionado irregularmente las cuentas inactivas judías. Adviértase que en el *Informe* se afirma categóricamente que no se habían encontrado «pruebas». El *Times* proseguía diciendo que el Comité «descubrió que los bancos suizos se las habían arreglado para perder la pista de un número alarmantemente elevado de dichas cuentas». Sin embargo, en el *Informe* se opina que los suizos conservaban un número de registros «verdaderamente extraordinario» y «verdaderamente admirable». Por último, el *Times* informaba de que, según el Comité, «muchos bancos habían rechazado con crueldad y malas artes a familiares que trataban de recuperar los activos perdidos». En realidad, el *Informe* hace hincapié en que solo «algunos» bancos se comportaron mal y en que, incluso en estos casos, había «circunstancias atenuantes» y, además, señala que hubo «muchos casos» en que los bancos buscaron activamente a los legítimos reclamantes.

El *Informe* sí reprocha a los bancos suizos que no hubieran sido «claros y directos» en auditorías previas de las cuentas inactivas de la época del Holocausto. Ahora bien, parece atribuir los fallos de dichas auditorías más bien a factores técnicos que a la mala fe[50]. El *Informe* identifica 54.000 cuentas con una «relación probable o posible con las víctimas de la persecución nazi». Pero estima que solo en la mitad de estos casos —25.000— la probabilidad es suficientemente significativa como para que se autorice la publicación de los nombres de los titulares de las cuentas. El valor actual estimado de 10.000 de estas cuentas, de las que se disponía de información, se sitúa entre los 170 y los 260 millones de dólares. Realizar una estimación del valor actual de las demás cuentas resultó imposible[51]. El valor total de las cuentas inactivas del Holocausto que hay en la actualidad ascendería probablemente a un valor muy superior a los 32 millones de dólares de la estimación inicial realizada por los bancos suizos, pero quedaría a años luz de los 7.000-20.000 de millones de dólares en que lo sitúa el CJM. En un testimonio posterior ante el Congreso, Volcker señaló que el número de cuentas suizas «probable o posiblemente» relacionadas con las víctimas del Holocausto era «muchas veces superior al que había resultado de las investigaciones suizas previas». Sin embargo, prosiguió Volcker: «Hago hincapié en las palabras “probable o posiblemente” porque, salvo en relativamente pocos casos, habiendo transcurrido más de medio siglo, no pudimos identificar con seguridad una relación irrefutable entre las víctimas y los cuentacorrentistas»[52].

El hallazgo más explosivo del Comité Volcker no se cubrió en los medios de comunicación estadounidenses. Además de Suiza, señala la Comisión, los Estados

Unidos *también* fueron un refugio seguro para los capitales judíos de Europa susceptibles de ser transferidos:

> En previsión de una guerra y de dificultades económicas, así como a causa de la persecución de los judíos y otras minorías por parte de los nazis antes de la Segunda Guerra Mundial y durante la misma, muchas personas, incluidas las víctimas de esta persecución, trasladaron su capital a países donde se juzgaba que estaría a salvo (hay que destacar que entre ellos se encontraban los Estados Unidos y el Reino Unido) […]. Dada la neutralidad de las fronteras suizas tanto con los países del Eje como con los países ocupados por el Eje, los bancos y otros intermediarios financieros suizos también recibieron una porción de los capitales que buscaban seguridad.

En un importante apéndice se hace una lista de los «destinos preferidos» para los capitales judíos de Europa susceptibles de ser transferidos. Los destinos principales declarados eran Estados Unidos y Suiza. (A notable distancia, Gran Bretaña ocupaba el tercer puesto como destino declarado)[53].

La pregunta que resulta inevitable plantearse es: ¿qué pasó con las cuentas inactivas del Holocausto de los bancos *estadounidenses*? La Comisión de Banca citó a un especialista para que testificara sobre este asunto. Seymour Rubin, actualmente catedrático de la Universidad Americana, fue subdirector de la delegación estadounidense en las negociaciones que se desarrollaron con Suiza después de la Segunda Guerra Mundial. Bajo los auspicios de las organizaciones judías de EEUU, Rubin trabajó asimismo en los años cincuenta con un «grupo de expertos en la vida comunitaria de los judíos de Europa» para identificar las cuentas inactivas de la época del Holocausto que había en los bancos de EEUU. En su testimonio ante la Cámara, Rubin aseguró que, tras una auditoría muy superficial y rudimentaria de los bancos neoyorquinos y ninguno más, se calculaba que el valor de estas cuentas era de seis millones de dólares. Las organizaciones judías solicitaron este dinero al Congreso para los «supervivientes necesitados» (en EEUU, las cuentas inactivas abandonadas se transfieren al Estado de acuerdo con la doctrina de la reversión). Después, Rubin rememoró:

> La estimación inicial de seis millones de dólares fue rechazada por los miembros del Congreso, que eran los defensores potenciales de la legislación necesaria, y en el borrador original de la ley se estableció un límite de tres millones de dólares […]. Llegado el momento, en las audiencias de la Comisión la cifra de tres millones de dólares se redujo a un millón de dólares. Nuevas acciones legislativas la recortaron dejándola en 500.000 dólares. Pero el Departamento Presupuestario se opuso incluso a esta última cifra y propuso un límite de 250.000 dólares. No obstante, al final fueron 500.000 dólares los que estableció la ley.

«Estados Unidos —concluyó Rubin— adoptó unas medidas muy limitadas para identificar los activos sin herederos que había en EEUU, y aportaron […] tan solo 500.000 dólares, en contraste con los 32 millones de dólares reconocidos por los bancos suizos aun antes de la investigación Volcker»[54]. Dicho de otro modo, *Estados Unidos se portó mucho peor que los suizos*. Conviene subrayar que, salvo

por un comentario hecho de pasada por Eizenstat, las cuentas inactivas de EEUU no se mencionaron en absoluto durante las comparecencias ante las Comisiones de Banca de la Cámara de Representantes y del Senado consagradas a los bancos suizos. Es más, Rubin desempeña un papel clave en muchos textos sobre el problema de la banca suiza —Bower dedica montones de páginas a este «cruzado del Departamento de Estado»—, pero en ninguno de ellos se alude a su testimonio ante la Cámara. Por otro lado, Rubin expresó asimismo en la audiencia parlamentaria «un cierto grado de escepticismo con respecto a las grandes cantidades de dinero [de las cuentas inactivas suizas] de las que se está hablando». Ni que decir tiene que también se puso gran cuidado en hacer caso omiso de la fundada opinión de Rubin sobre este punto.

¿Hubo algún clamor parlamentario contra los «pérfidos» banqueros estadounidenses? Uno tras otro, todos los miembros de las Comisiones de Banca del Senado y de la Cámara exigieron que los suizos «saldaran de una vez por todas sus cuentas». Pero ninguno requirió que EEUU hiciera lo propio. Por el contrario, un miembro de la Comisión de Banca de la Cámara declaró descaradamente, con el beneplácito de Bronfman, que «solo» Suiza «no había demostrado la valentía de enfrentarse a su propia historia»[55]. Como era de esperar, la industria del Holocausto no puso en marcha ninguna campaña para que se investigase a los bancos estadounidenses. Una auditoría de nuestros bancos de las proporciones de la que se hizo en Suiza costaría a los contribuyentes de EEUU no ya millones, sino miles de millones de dólares[56]. Cuando se llegara a terminar, los judíos estadounidenses ya estarían buscando refugio en Múnich. La valentía tiene sus límites.

A finales de la década de 1940, cuando EEUU estaba presionando a Suiza para que identificara las cuentas inactivas pertenecientes a judíos, los suizos se defendieron diciendo ya desde entonces que, en primer lugar, los estadounidenses deberían barrer su propia casa[57]. A mediados de 1997, Pataki, el gobernador de Nueva York, anunció la creación de una Comisión Estatal para la Recuperación de los Activos de las Víctimas del Holocausto que se ocuparía de gestionar las demandas contra los bancos suizos. Sin dejarse amilanar, los suizos sugirieron que sería más provechoso que la Comisión gestionase las demandas contra los bancos estadounidenses e israelíes[58]. En este sentido, Bower recuerda que, después de la guerra de 1948, los banqueros israelíes se «negaron a hacer públicas las listas de cuentas inactivas de judíos», y hace poco se ha sabido que, «a diferencia de los países europeos, los bancos y las organizaciones sionistas de Israel están resistiendo a las presiones en pro de que se constituyan comisiones independientes que determinen cuántas propiedades y cuántas cuentas inactivas pertenecían a los supervivientes del Holocausto, y cómo puede localizarse a los propietarios» *(Financial Times)*. (Los judíos europeos compraron terrenos y abrieron cuentas bancarias en Palestina durante el mandato británico para apoyar al movimiento sionista o para preparar su futura

inmigración.) En octubre de 1998, el CJM y la OJMR «llegaron a la decisión de evitar en principio ocuparse del asunto de los activos que las víctimas del Holocausto tenían en Israel fundándose en que era responsabilidad del gobierno israelí» *(Haaretz)*. Por lo visto, estas organizaciones tienen jurisdicción en Suiza, pero no en el Estado de Israel. La acusación más espectacular lanzada contra los bancos suizos fue que habían exigido a los herederos de las víctimas del holocausto nazi que presentasen certificados de defunción. Los bancos israelíes también exigieron ese tipo de documentación. Ahora bien, tratar de encontrar denuncias contra los «pérfidos israelíes» es un empeño inútil. Para demostrar que «no se puede establecer una equivalencia moral entre los bancos de Israel y los de Suiza», el *New York Times* citaba a un exlegislador israelí: «Aquí fue como mucho cuestión de negligencia; en Suiza fue un delito»[59]. Huelgan los comentarios.

En mayo de 1998, el Congreso encargó a una Comisión Presidencial de Asesoramiento sobre los Activos del Holocausto en los Estados Unidos que «realizara una investigación original sobre el destino de los recursos económicos arrebatados a las víctimas del Holocausto que habían llegado a obrar en poder del Gobierno Federal de EEUU» y «asesorase al presidente sobre la política que había de adoptarse para restituir las propiedades robadas a sus legítimos propietarios o a sus herederos». «El trabajo de la Comisión demuestra irrefutablemente —declaró Bronfman, presidente de la misma— que en los Estados Unidos estamos dispuestos a atenernos a los elevados niveles de veracidad que hemos exigido a otros países con respecto a los activos del Holocausto». Sin embargo, una comisión asesora presidencial con un presupuesto total de seis millones de dólares es bastante diferente de una exhaustiva auditoría externa del sistema bancario de todo un país que costó 500 millones de dólares y tuvo acceso ilimitado a todos los registros bancarios[60]. Para disipar cualquier duda que pudiese quedar sobre la voluntad de EEUU de hacer los máximos esfuerzos para restituir los activos judíos robados en la época del Holocausto, James Leach, presidente de la Comisión de Banca de la Cámara, anunció orgullosamente en febrero de 2000 que un museo de Carolina del Norte había devuelto un cuadro a una familia austriaca. «Esto pone de relieve la fiabilidad de los Estados Unidos […] y opino que es algo en lo que debe hacer hincapié esta Comisión»[61].

Para la industria del Holocausto, el problema con los bancos suizos —como los tormentos sufridos en la posguerra por el «superviviente» suizo del Holocausto Binjamin Wilkomirski— fue una prueba más de la indestructible e irracional malicia gentil. El problema ponía en evidencia la burda insensibilidad de que daba muestras incluso un «país europeo, demócrata-liberal», concluye Itamar Levin, hacia «aquellos que estaban marcados por las cicatrices físicas y emocionales del peor crimen de la historia». Un estudio realizado por la Universidad de Tel Aviv en abril de 1997 daba

cuenta de «un inequívoco aumento» del antisemitismo suizo. Ahora bien, esta nefasta evolución no podía tener nada que ver con la extorsión a la que la industria del Holocausto había sometido a Suiza. «No son los judíos los que crean el antisemitismo —se burlaba Bronfman—. Quienes lo crean son los antisemitas»[62].

Las compensaciones materiales por el Holocausto «son la mayor prueba ética a la que se enfrenta Europa a finales del siglo XX», sostiene Itamar Levin. «Esta será la prueba de fuego del trato que el continente europeo da al pueblo judío»[63]. Tanto es así que, animada por su éxito en la extorsión de los suizos, la industria del Holocausto enseguida pasó a «poner a prueba» al resto de Europa. El siguiente objetivo fue Alemania.

Una vez que hubo ajustado las cuentas con Suiza en agosto de 1998, la industria del Holocausto desplegó la misma estrategia ganadora contra Alemania en septiembre. Los tres mismos equipos legales (Hausfeld-Weiss, Fagan-Swift y el Consejo Mundial de Comunidades Judías Ortodoxas) interpusieron demandas colectivas contra la industria privada alemana, y reclamaron no menos de 20.000 millones de dólares en indemnizaciones. Blandiendo la amenaza de un boicot económico, Hevesi, interventor jefe de la Ciudad de Nueva York, comenzó a «controlar» las negociaciones en abril de 1999. La Comisión de Banca de la Cámara celebró audiencias en septiembre. La congresista Carolyn Maloney declaró que «el transcurso del tiempo no debe ser una excusa para el enriquecimiento injusto» (al menos, a costa de la esclavización de los judíos; la esclavización de los afroamericanos es otra historia), en tanto que Leach, que presidía la Comisión, salmodió leyendo el mismo y rancio guión: «La historia no tiene un estatuto que reglamente las prescripciones». Las empresas alemanas que operan en Estados Unidos, según dijo Stuart Eizenstat a la Comisión, «valoran la buena voluntad con que funcionan aquí y quieren mantener la buena ciudadanía que siempre han demostrado en EEUU y en Alemania». Prescindiendo de sutilezas diplomáticas, el congresista Rick Lazio instó directamente a la Comisión a que «se centrara en las empresas alemanas del sector privado y, en particular, en las que operan en EEUU»[64]. Con objeto de atizar la histeria pública contra Alemania, la industria del Holocausto sacó en la prensa de octubre múltiples anuncios a toda página. La abominable verdad no bastaba; se tocaron todos los puntos sensibles del Holocausto. Un anuncio que denunciaba a la corporación farmacéutica alemana Bayer mencionaba sin venir a cuento a Josef Mengele, pese a que no había la menor evidencia de que la Bayer hubiese «dirigido» sus sanguinarios experimentos. Al comprender que era imposible resistir ante el ciclón del Holocausto, antes de que acabara el año los alemanes convinieron en pagar una sustanciosa indemnización. El *Times* de Londres atribuía el éxito de esta capitulación a la campaña estadounidense del *Holocash*[65]. «No habríamos podido llegar a un acuerdo —declaró más adelante

Eizenstat ante la Comisión de Banca de la Cámara— sin la intervención personal y el liderazgo del presidente Clinton […], así como de otros cargos importantes» del gobierno de EEUU[66].

La industria del Holocausto alegaba que Alemania tenía la «obligación moral y legal» de indemnizar a los judíos esclavizados en el pasado. «Estos trabajadores en régimen de esclavitud merecen que se les trate con un mínimo de justicia —argumentó Eizenstat— durante los pocos años que les quedan de vida». Sin embargo, como ya se ha indicado antes, no es cierto que no hubieran recibido ninguna indemnización. Los judíos esclavizados se acogieron a los acuerdos originales suscritos con Alemania para indemnizar a los reclusos de los campos de concentración. El gobierno alemán indemnizó a la mano de obra esclavizada por «la privación de la libertad» y por los «daños físicos». Únicamente no hubo compensación alguna por los sueldos retenidos. Quienes habían sufrido lesiones permanentes recibieron una sustanciosa pensión vitalicia[67]. Asimismo, Alemania entregó a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías aproximadamente mil millones de dólares al cambio actual para los judíos que habían estado encerrados en campos de concentración y solo habían recibido una indemnización mínima. Como ya se señaló antes, la Conferencia sobre Solicitudes Materiales violó los términos del acuerdo con Alemania y dedicó los fondos a varios proyectos que le interesaban. Justificó este (ab)uso del dinero alemán argumentando que «antes de que los fondos de Alemania estuvieran disponibles […] las necesidades de las víctimas del nazismo "necesitadas" ya se habían satisfecho en gran medida»[68]. Lo que no fue óbice para que, cincuenta años más tarde, la industria del Holocausto reclamase dinero para las «víctimas del Holocausto necesitadas» que habían vivido en la pobreza porque, supuestamente, los alemanes nunca les habían compensado.

Cuál sería la indemnización «justa» para los judíos esclavizados por los nazis es a todas luces una pregunta imposible de responder. Pero sí es posible afirmar lo siguiente: según los términos del nuevo acuerdo, cada uno de los judíos que fueron esclavizados por los nazis debería recibir unos 7.500 dólares. Si la Conferencia sobre Solicitudes Materiales hubiese distribuido adecuadamente los fondos alemanes originales, muchos más judíos esclavizados por los nazis habrían recibido mucho más dinero mucho antes.

Cabe preguntarse si las «víctimas del Holocausto necesitadas» llegarán a disfrutar alguna vez de los fondos aportados nuevamente por Alemania. La Conferencia sobre Solicitudes Materiales aspira a reservarse una buena porción para su «fondo especial». Según el *Jerusalem Report*, la Conferencia tiene «mucho que ganar si logra que los supervivientes se queden sin nada». El miembro de la Kneset israelí Michael Kleiner (Herut) censuró duramente a la Conferencia diciendo que era un «*Judenrat* [69] que prosigue la obra nazi de una manera distinta». Y continuó en estos

términos: es una «organización deshonesta que mantiene el secreto profesional y está infectada por una abominable corrupción pública y moral», «una organización tenebrosa que está maltratando a los judíos supervivientes del Holocausto y a sus herederos, y, mientras reposa sobre una montaña de dinero perteneciente a personas privadas, hace todo lo posible por heredar [el dinero] aunque ellas continúen en vida»[70]. Entretanto, en su testimonio ante la Comisión de Banca, Stuart Eizenstat continuó prodigando halagos a «la transparencia de la actuación de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías durante los últimos cuarenta y tantos años». Pero, a la hora de ser cínico, no hay quien gane al rabino Israel Singer. Además de detentar el cargo de secretario general del Congreso Judío Mundial, Singer ha sido vicepresidente de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales y negociador clave en las conversaciones sobre la mano de obra esclavizada mantenidas con los alemanes. Después de los acuerdos con Suiza y Alemania, Singer reiteró virtuosamente ante la Comisión de Banca que «sería una pena» que los fondos de indemnización por el Holocausto fueran «entregados a los herederos en lugar de a los supervivientes». «No queremos que el dinero se entregue a los herederos. Queremos que el dinero sea para las víctimas». Sin embargo, *Haaretz* informa de que Singer fue el principal impulsor de la idea de que los fondos de indemnización por el Holocausto se empleasen «para cubrir las necesidades de todo el pueblo judío, y no solo de los judíos que tuvieron la fortuna de sobrevivir al Holocausto y vivir hasta una edad avanzada»[71].

En una publicación del Museo Conmemorativo del Holocausto de EEUU, Henry Friedländer, respetado historiador del holocausto nazi y antiguo recluso de Auschwitz, trazaba el siguiente panorama numérico de los tiempos en que finalizó la guerra:

> Si a principios de 1945 había unos 715.000 prisioneros en los campos de concentración, y al menos una tercera parte —es decir, alrededor de 238.000— perecieron durante la primavera de 1945, podemos suponer que como mucho sobrevivieron 475.000 prisioneros. Teniendo en cuenta que los judíos habían sido asesinados sistemáticamente, y que solo aquellos elegidos para trabajar —en Auschwitz, alrededor de un quince por ciento— tuvieron siquiera la posibilidad de sobrevivir, debemos suponer que los judíos no constituían más de un veinte por ciento de la población de los campos de concentración.

«Por consiguiente, podemos calcular —concluía Friedlander— que el número de judíos supervivientes no ascendía a más de 100.000». La cifra de judíos que, según Friedländer, sobrevivieron a la esclavización al final de la guerra es, dicho sea de paso, una de las más altas que manejan los estudiosos. Leonard Dinnerstein afirmaba en un estudio de autoridad reconocida: «60.000 judíos […] salieron de los campos de concentración. Al cabo de una semana, más de 20.000 habían muerto»[72].

En una sesión informativa celebrada por el Departamento de Estado en mayo de 1999, Stuart Eizenstat, citando la cifra de los «grupos que los representan», dijo que el número total de trabajadores esclavizados, judíos y no judíos, que seguían vivos

era «tal vez de 70.000-90.000»[73]. Eizenstat fue el jefe de la representación estadounidense en las negociaciones mantenidas con Alemania sobre los trabajadores en régimen de esclavitud y colaboró estrechamente con la Conferencia sobre Solicitudes Materiales[74]. Esto situaría el número total de judíos esclavizados que siguen vivos en 14.000-18.000 (un veinte por ciento de 70.000-90.000). Sin embargo, al entablar negociaciones con Alemania, la industria del Holocausto solicitó indemnizaciones para 135.000 judíos esclavizados todavía vivos. La cifra global de trabajadores esclavizados aún con vida, tanto judíos como no judíos, se situó en 250.000[75]. En otras palabras, el número de antiguos trabajadores judíos en régimen de esclavitud que seguían vivos se había multiplicado casi por diez desde mayo de 1999, en tanto que la relación porcentual entre judíos y no judíos también se había modificado sustancialmente. Tanto es así que, de creer a la industria del Holocausto, hoy día habría en vida más judíos esclavizados por los nazis que hace medio siglo. «Qué red tan enmarañada urdimos —escribió Sir Walter Scott— cuando practicamos por primera vez el arte del engaño».

Mientras la industria del Holocausto juega con los números para elevar las reclamaciones pecuniarias, los antisemitas se burlan alegremente de los «embusteros judíos», que hasta «regatean» con sus muertos. Con sus juegos malabares numéricos, la industria del Holocausto está mejorando sin darse cuenta la imagen del nazismo. Raul Hilberg, autoridad máxima sobre el holocausto nazi, sitúa la cifra de judíos asesinados en 5,1 millones[76]. Ahora bien, si hoy siguen con vida 135.000 judíos esclavizados por los nazis, los que sobrevivieron a la guerra debieron de ser unos 600.000. Esta cifra supera al menos en medio millón las estimaciones normalmente aceptadas. Si se da por buena, habría que deducir este medio millón de los 5,1 millones de asesinados. Así, la cifra de «seis millones» se vuelve más insostenible y, no solo eso, los cálculos de la industria del Holocausto se aproximan cada vez más a los de quienes niegan el Holocausto. Pensemos en que el dirigente nazi Heinrich Himmler afirmaba que la población total de los campos de concentración superaba escasamente los 700.000 presos en enero de 1945 y que, según Friedländer, alrededor de un tercio de estos presos fueron asesinados antes de mayo. Ahora bien, si los judíos tan solo constituían un veinte por ciento de los presos supervivientes y, tal como da a entender la industria del Holocausto, 600.000 presos judíos sobrevivieron a la guerra, el número total de supervivientes de los campos de concentración debió de ser de tres millones. De las estimaciones de la industria del Holocausto solo cabe deducir que las condiciones de vida no eran en absoluto duras en los campos de concentración; de hecho, hay que suponer que la fertilidad era significativamente elevada y la tasa de mortalidad, notablemente baja[77].

Suele decirse que la solución final fue un exterminio industrial en cadena de eficacia única[78]. Pero si, tal como lo afirma la industria del Holocausto, cientos de

miles de judíos sobrevivieron, la solución final no pudo ser ni mucho menos tan eficaz. Debió de ser más bien una actividad chapucera, como lo argumentan quienes niegan el Holocausto. «Los extremos se tocan».

En una entrevista reciente, Raul Hilberg hizo hincapié en que las cifras son importantes para comprender el holocausto nazi. En este sentido, las cifras revisadas de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales ponen radicalmente en cuestión su propia interpretación. Según el «documento base» sobre la mano de obra en régimen de esclavitud que empleó la Conferencia sobre Solicitudes Materiales en las negociaciones con Alemania: «La esclavización de la mano de obra fue uno de los tres métodos principales empleados por los nazis para asesinar a los judíos; siendo los otros dos el fusilamiento y las cámaras de gas. Uno de los propósitos de la esclavización de la mano de obra era matar a los individuos a fuerza de trabajar […]. El término *esclavo* es un vocablo impreciso en este contexto. En general, los amos de los esclavos están interesados en preservar la vida y la condición física de sus esclavos. Sin embargo, el plan nazi para los "esclavos" era utilizar su potencial laboral y luego exterminarlos». Aparte de quienes niegan el Holocausto, nadie ha discutido de momento que el nazismo reservase este espeluznante destino a la mano de obra esclavizada. Ahora bien, ¿cómo pueden compaginarse estos hechos establecidos con la afirmación de que muchos centenares de miles de judíos esclavizados sobrevivieron a los campos de concentración? ¿No se ha saltado la Conferencia sobre Solicitudes Materiales el muro que separa la espantosa verdad sobre el holocausto nazi de la corriente negacionista del Holocausto?[79].

En un anuncio a toda página publicado en el *New York Times*, varias lumbreras de la industria del Holocausto como Elie Wiesel, el rabino Marvin Hier y Steven T. Katz condenaban «la negación del Holocausto por parte de Siria». El texto censuraba un editorial de un periódico oficial del gobierno sirio donde se afirmaba que Israel «inventa historias sobre el Holocausto» con objeto de «recibir más dinero de Alemania y de otras instituciones occidentales». Desafortunadamente, lo que decían los sirios es cierto. La paradoja en la que no han reparado ni el gobierno sirio ni los firmantes del anuncio es que esas historias que hablan de muchos centenares de miles de supervivientes constituyen en sí mismas una forma de negar el Holocausto[80].

La extorsión de Suiza y Alemania no fue más que un preludio de la gran escena final: la extorsión de Europa del Este. Con el hundimiento del bloque soviético se abrieron atractivas perspectivas en el antiguo centro de la comunidad judía europea. Virtuosamente arropada con la bandera de «las víctimas del Holocausto necesitadas», la industria del Holocausto se propuso extorsionar miles de millones de dólares a estos países ya de por sí empobrecidos. Y, al empeñarse en lograr este propósito con un entusiasmo tan temerario como despiadado, se ha convertido en la principal impulsora del antisemitismo en Europa.

La industria del Holocausto se ha erigido en única reclamante legítima de todas las propiedades comunitarias o privadas de quienes perecieron durante el holocausto nazi. «Se ha acordado con el gobierno de Israel —comunicó Edgar Bronfman a la Comisión de Banca— que los activos sin herederos revertirán a la Organización Judía Mundial para la Restitución». En virtud de este «mandato», la industria del Holocausto ha requerido a los países del antiguo bloque soviético que entreguen las propiedades de preguerra de los judíos o, en su defecto, las sustituyan por una indemnización pecuniaria[81]. A diferencia de su actuación con los suizos y los alemanes, la industria del Holocausto ha optado en este caso por presentar sus exigencias evitando toda publicidad. La opinión pública no se ha mostrado hasta el momento contraria a que se chantajee a los banqueros suizos y a los industriales alemanes, pero tal vez no vería con tan buenos ojos un chantaje a los campesinos polacos, medio muertos de hambre. Por otra parte, las maquinaciones de la OJMR podrían despertar la envidia de los judíos que perdieron a sus familiares durante el holocausto nazi. Al presentarse como legítima heredera de quienes perecieron con el fin de recibir sus propiedades, la OJMR bien podría dar lugar a equívocos y a que sus actividades se tomaran por un saqueo de sepulturas. Por otra parte, la industria del Holocausto no necesita a una opinión pública movilizada. Con el apoyo de una serie de dirigentes estadounidenses importantes, no le será difícil quebrantar la débil resistencia de unas naciones que ya están postradas.

«Es importante comprender que nuestros esfuerzos para lograr la restitución de las propiedades comunitarias —dijo Stuart Eizenstat ante una comisión— son esenciales para el renacimiento y la renovación de la vida judía» en Europa del Este. Con la supuesta intención de «promover la reanimación» de la vida judía en Polonia, la Organización Judía Mundial para la Restitución está reclamando los derechos de propiedad de las 6.000 propiedades comunitarias judías de preguerra, incluidas aquellas que hoy día se utilizan como hospitales y colegios. La población judía de Polonia ascendía a 3,5 millones de habitantes antes de la guerra; la población judía actual suma unos cuantos millares de personas. ¿Es realmente necesario que, para reanimar la vida judía, haya una sinagoga y un edificio escolar por cada judío polaco? La organización reclama asimismo centenares de miles de parcelas de terreno de Polonia valoradas en muchas decenas de miles de millones de dólares. «Los dirigentes polacos temen», según informa *Jewish Week*, que la reclamación «pueda provocar la bancarrota nacional». Cuando el Parlamento polaco propuso establecer unos límites a las indemnizaciones con objeto de prevenir la insolvencia, Elan Steinberg, del CJM, denunció esa medida legislativa como «una ley fundamentalmente antiestadounidense»[82].

Para apretarle las tuercas a Polonia, los abogados de la industria del Holocausto interpusieron una demanda colectiva ante el tribunal del juez Korman en la que se

exigía que se compensara a «los supervivientes del Holocausto ancianos y moribundos». Los cargos que se presentaban eran que los gobiernos polacos de posguerra habían «continuado aplicando durante los últimos 54 años» una política genocida contra los judíos de «expulsión hasta el extremo de la extinción». Los miembros del Ayuntamiento de la Ciudad de Nueva York se lanzaron al ruedo con una resolución unánime en la que se exhortaba a Polonia a «promulgar una amplia legislación» que garantizase «la total restitución de los activos del Holocausto», en tanto que 57 congresistas (liderados por Anthony Weiner, de Nueva York) enviaron una carta al Parlamento polaco solicitando «una amplia legislación» que devolviese «el cien por cien de las propiedades y los capitales incautados durante el Holocausto». «Las personas implicadas se van haciendo más mayores día a día —decía la carta—, con lo que el tiempo para compensar a los damnificados se está agotando»[83].

En su testimonio ante la Comisión de Banca del Senado, Stuart Eizenstat deploró la demora con que estaban efectuándose los desahucios en Europa del Este: «En la devolución de las propiedades ha surgido toda una variedad de problemas. Por ejemplo, en algunos países se ha pedido, y a veces exigido, a las personas o comunidades que han tratado de reclamar propiedades […] que permitan a los actuales inquilinos permanecer en la propiedad durante un periodo prolongado de tiempo pagando un alquiler de tipo renta controlada»[84]. La morosidad de Bielorrusia exasperaba particularmente a Eizenstat. Este dijo ante la CRI que Bielorrusia estaba «muy, muy retrasada» en la devolución de las propiedades judías de antes de la guerra[85]. La renta mensual media de un bielorruso es de cien dólares.

La industria del Holocausto maneja el arma de las sanciones de EEUU con objeto de lograr la sumisión de los gobiernos recalcitrantes. Eizenstat instó al Congreso a «elevar» las indemnizaciones por el Holocausto y situarlas «en los primeros puestos de la lista» de requisitos que han de cumplir los países de Europa del Este que pretenden incorporarse a la OCDE, la OMT, la Unión Europea, la OTAN y el Consejo de Europa: «Si el Congreso de EEUU habla, le escucharán […]. Se darán por aludidos». Israel Singer, del CJM, exhortó al Congreso a «continuar revisando la lista» para «comprobar» que todos los países saldaban sus deudas. «Es de extrema importancia que los países implicados en esta cuestión comprendan —declaró el congresista Benjamin Gilman, de la Comisión de Relaciones Internacionales— que su respuesta […] es uno de los baremos con los que los Estados Unidos evalúan sus relaciones bilaterales». Avraham Hirschson, presidente de la Comisión de Restitución de la Kneset israelí y representante de Israel en la Organización Judía Mundial para la Restitución, mostró su agradecimiento por la complicidad del Congreso en la extorsión. Rememorando sus «peleas» con el primer ministro rumano, Hirschson testificó: «Pero le pregunté una cosa, en medio de la pelea, y eso cambió el ambiente.

Le dije: "¿Sabe que dentro de dos días voy a ir a comparecer ante el Congreso? ¿Quiere que cuente esto en la audiencia?". Y el ambiente cambió por completo». El Congreso Judío Mundial ha «creado una auténtica industria del Holocausto —advierte uno de los abogados de los supervivientes— y es culpable de promover […] un deplorable resurgimiento del antisemitismo en Europa»[86].

«Si no fuera por los Estados Unidos de América —señaló acertadamente Eizenstat en su recitación triunfal ante el Congreso—, muy pocas o ninguna de estas actividades estarían desarrollándose hoy día». Para justificar las presiones ejercidas sobre Europa del Este, Eizenstat explicó que uno de los sellos distintivos de la moralidad «occidental» es «devolver las propiedades comunitarias o privadas ilegítimamente adquiridas o pagar una indemnización por ellas». Cumplir esta norma sería para las «nuevas democracias» del Este de Europa una «prueba de su transición del totalitarismo al Estado democrático». Eizenstat es un funcionario estatal estadounidense de alto rango y un destacado defensor de Israel. Sin embargo, a juzgar por las respectivas reclamaciones de los nativos norteamericanos y de los palestinos, ni EEUU ni Israel han efectuado todavía esa transición[87].

En su testimonio ante el Congreso, Hirschson evocó el triste espectáculo de las «víctimas del Holocausto necesitadas» y entradas en años de Polonia que acuden todos los días a su «despacho de la Kneset […] suplicando que se les devuelva lo que les pertenece […], que se les devuelvan las casas que abandonaron, que se les devuelvan los locales que dejaron». Entretanto, la industria del Holocausto libra sus batallas en un segundo frente. Las comunidades judías de Europa del Este han rechazado el engañoso mandato de la Organización Judía Mundial para la Restitución y han delimitado sus propias reclamaciones de los activos judíos sin herederos. Ahora bien, para beneficiarse de una reclamación de este tipo, un judío debe adherirse formalmente a la comunidad judía del lugar donde reside. Así pues, el esperado renacimiento de la vida judía está teniendo lugar gracias a que los judíos de Europa del Este emplean sus recién redescubiertos orígenes para sacar tajada del botín del Holocausto[88].

La industria del Holocausto se precia de reservar los fondos de indemnización para causas de beneficencia judías. «La beneficencia es una causa noble —señala un abogado que representa a las víctimas—, pero no está bien practicarla con el dinero ajeno». Una de las causas favoritas es «la educación sobre el Holocausto», el «mayor legado de nuestros esfuerzos», según Eizenstat. Hirschson ha fundado una organización llamada La Marcha de los Vivos, pieza clave de la educación sobre el Holocausto e importante beneficiaria de los fondos de indemnización. Se podría describir como un espectáculo de inspiración sionista, con un reparto de millares de personas, en el que jóvenes judíos de todo el mundo convergen en los campos de exterminio de Polonia para recibir lecciones sobre la maldad de los gentiles en sus

mismas fuentes y luego ser enviados a Israel a obtener la salvación. El *Jerusalem Report* captó un momento típico del *kitsch* del Holocausto en una de estas marchas: «“Estoy asustadísima, no puedo continuar, querría estar ya en Israel”, repite una joven de Connecticut una y otra vez. Su cuerpo se estremece […]. De pronto, su amiga saca una enorme bandera israelí. Las dos se envuelven en ella y siguen adelante». Una bandera israelí; es fundamental no olvidársela al salir de viaje[89].

Durante su alocución en la Conferencia de Washington sobre los Activos de la Era del Holocausto, David Harris, del CJA, derrochó elocuencia sobre el «profundo impacto» que tenían en la juventud judía las peregrinaciones a los campos de exterminio nazis. El *Forward* tomó nota de un episodio particularmente cargado de emoción. Bajo el titular «Adolescentes israelíes se divierten con un espectáculo de *striptease* después de visitar Auschwitz», el rotativo explicaba que, según los expertos, los estudiantes de los *kibbutzim* habían «contratado un espectáculo de *striptease* para liberar las emociones conflictivas despertadas por el viaje». Por lo visto, los jóvenes judíos en viaje de estudios al Museo Conmemorativo del Holocausto de EEUU fueron presa de los mismos tormentos ya que, según el*Forward*, «correteaban por todos lados y disfrutaban a tope, acariciándose unos a otros y ese tipo de cosas»[90]. ¿Quién puede poner en duda la sabiduría de la decisión de la industria del Holocausto de destinar los fondos de indemnización para la educación sobre el Holocausto en lugar de «malgastar los fondos» (Nahum Goldmann) en los supervivientes de los campos de exterminio nazis?[91].

En enero de 2000, representantes oficiales de cerca de cincuenta Estados, incluido el primer ministro israelí Ehud Barak, asistieron a una gran conferencia celebrada en Estocolmo acerca de la educación sobre el Holocausto. La declaración final de la conferencia ponía de relieve la «solemne responsabilidad» de la comunidad internacional con respecto a la lucha contra las maldades del genocidio, la limpieza étnica, el racismo y la xenofobia. A continuación, una periodista suiza hizo a Barak una pregunta sobre los refugiados palestinos. Barak replicó que, en principio, estaba en contra de que un solo refugiado entrara en Israel: «No podemos aceptar responsabilidades morales, legales ni de otro tipo con respecto a los refugiados». Es evidente que la conferencia fue un gran éxito[92].

En la *Guía de Indemnizaciones y Restituciones para los Supervivientes del Holocausto*, publicación oficial de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías, se enumeran muchísimas organizaciones afiliadas. Ha surgido una enorme burocracia bien provista de fondos. La industria del Holocausto tiene en su punto de mira compañías aseguradoras, bancos, museos de arte, industrias privadas, arrendatarios y campesinos de casi todos los países europeos. Pero las «víctimas del Holocausto necesitadas», en cuyo nombre actúa la industria del Holocausto, se quejan de que esta se limita a «perpetuar la expropiación». Muchas de las víctimas han

entablado pleitos contra la Conferencia sobre Solicitudes Materiales. Aún es posible que el Holocausto resulte ser el «mayor robo de la historia de la humanidad»[93].

Cuando Israel entabló por primera vez negociaciones con Alemania sobre las indemnizaciones por la guerra, según nos informa el historiador Ilan Pappe, el ministro de Asuntos Exteriores Moshe Sharett propuso transferir una parte a los refugiados palestinos, «con objeto de rectificar lo que se ha denominado una pequeña injusticia (la tragedia palestina) provocada por otra injusticia más aterradora (el Holocausto)»[94]. La propuesta no llegó a rendir ningún fruto. Un destacado estudioso israelí ha sugerido que parte de los fondos procedentes de los bancos suizos y las empresas alemanas podrían emplearse para «compensar a los refugiados árabe-palestinos»[95]. Considerando que casi todos los supervivientes del holocausto nazi ya han pasado a mejor vida, esta idea parece bastante razonable.

En el estilo característico del CJM, el 13 de marzo de 2000, Israel Singer hizo pública la «asombrosa revelación» de que, según un documento estadounidense recién desclasificado, Austria continuaba reteniendo activos judíos sin herederos de la era del Holocausto cuyo valor ascendía a otros 10.000 millones de dólares. Asimismo, Singer lanzó la acusación de que «el cincuenta por ciento de las obras de arte de Estados Unidos proceden del pillaje a los judíos»[96]. Es evidente que la industria del Holocausto ha perdido el Norte.

Conclusión

Quedan por considerar los efectos del Holocausto en los Estados Unidos. Para esta labor, haré uso una vez más de los comentarios críticos de Peter Novick sobre este asunto.

Sin contar con los monumentos conmemorativos del Holocausto, hay que decir que diecisiete estados imponen o recomiendan programas de estudios sobre el Holocausto en sus colegios, y que muchas universidades han creado cátedras de estudios sobre el Holocausto. Apenas pasa una semana sin que aparezca en el *New York Times* alguna noticia importante relacionada con el Holocausto. El número de estudios académicos consagrados a la solución final nazi puede situarse, con una estimación moderada, en más de 10.000. Comparemos esta cifra con los estudios que motivó la hecatombe del Congo. Entre 1891 y 1911, unos diez millones de africanos perecieron durante la explotación europea del marfil y el caucho congoleños. Sin embargo, el primero y único libro inglés dedicado directamente a esta cuestión se publicó hace dos años[1].

Gracias al gran número de instituciones y profesionales dedicados a conservar su recuerdo, el Holocausto ha llegado a estar sólidamente establecido en la vida estadounidense. Novick expresa sus dudas con respecto a que esto sea positivo. En primer lugar, cita numerosos ejemplos de burda vulgarización. En efecto, es difícil nombrar una sola causa política, ya sean los movimientos a favor o en contra del aborto, en pro de los derechos de los animales o de los derechos de los Estados, que no se haya valido del Holocausto. Criticando los groseros fines a cuyo servicio se pone el Holocausto, Elie Wiesel declaró: «Juro eludir […] los espectáculos vulgares»[2]. Sin embargo, Novick nos informa de que «la maniobra propagandística del Holocausto más imaginativa y sutil tuvo lugar cuando, en 1996, Hillary Clinton, a la sazón sometida a un fuerte bombardeo crítico a causa de una serie de actos deshonestos que se le imputaban, apareció en la galería de la Cámara durante el *Discurso del Estado de la Unión* de su marido (con gran cobertura televisiva), flanqueada por su hija, Chelsea, y por Elie Wiesel»[3]. En opinión de Hillary Clinton, la imagen de los refugiados kosovares puestos en fuga por Serbia durante los bombardeos de la OTAN recordaba escenas del Holocausto de *La lista de Schindler*. «Las personas que aprenden historia en las películas de Spielberg —replicó ásperamente un disidente serbio— no deberían decirnos cómo tenemos que vivir»[4].

La «idea engañosa de que el Holocausto es un recuerdo estadounidense» constituye, en opinión de Novick, un subterfugio. «Sirve para eludir las responsabilidades que *sí* corresponden a los estadounidenses a la hora de afrontar su pasado, su presente y su futuro» (cursiva en el original)[5]. Esta observación de Novick es de suma importancia. Resulta mucho más fácil deplorar los crímenes

cometidos por otros que mirarnos a nosotros mismos. No obstante, también es cierto que, si pusiéramos en ello nuestra voluntad, la experiencia nazi nos podría enseñar muchas cosas sobre nosotros mismos. El Destino Manifiesto fue un anticipo de casi todos los elementos ideológicos y programáticos de la política del *Lebensraum*, o espacio vital, hitleriana. De hecho, Hitler se inspiró para su conquista del Este en la conquista del Oeste realizada por los estadounidenses[6]. Durante la primera mitad de este siglo, la mayoría de los estados de EEUU promulgaron leyes de esterilización y decenas de miles de estadounidenses fueron esterilizados a la fuerza. Los nazis invocaron explícitamente el precedente estadounidense cuando promulgaron sus propias leyes de esterilización[7]. Las tristemente célebres Leyes de Núremberg de 1935 privaron a los judíos del derecho de voto y prohibieron el mestizaje entre judíos y no judíos. Los negros de los estados del Sur sufrieron el mismo tipo de inferioridad ante la ley y, además, fueron objeto de muchos más actos de violencia popular espontánea y sancionada que los judíos de la Alemania de preguerra[8].

Estados Unidos suele acudir al recuerdo del Holocausto para poner de relieve los crímenes que se perpetran en el extranjero. Pero lo más revelador es *en qué momentos* invoca Estados Unidos el Holocausto. Los crímenes de los enemigos oficiales de EEUU, tales como el baño de sangre provocado por los jemeres rojos en Camboya, la invasión soviética de Afganistán, la invasión iraquí de Kuwait o la limpieza étnica realizada por los serbios en Kosovo, despiertan la memoria del Holocausto; no así los crímenes que cuentan con la complicidad de EEUU.

Mientras los jemeres rojos cometían atrocidades en Camboya, el gobierno indonesio, que contaba con el respaldo de EEUU, asesinaba a un tercio de la población de Timor Oriental. Pero, a diferencia de Camboya, el genocidio de Timor Oriental no daba la talla para ser comparado con el Holocausto; ni siquiera daba la talla para aparecer en los periódicos[9]. A la vez que la Unión Soviética cometía en Afganistán lo que el Centro Simon Wiesenthal denominó «otro genocidio», el régimen de Guatemala, respaldado por EEUU, perpetraba lo que la Comisión de la Verdad guatemalteca ha denominado recientemente un «genocidio» de la población indígena maya. El presidente Reagan restó importancia a los cargos contra el gobierno guatemalteco diciendo que eran «falsas acusaciones». El Centro Simon Wiesenthal galardonó a Jeane Kirkpatrick con el Premio Humanitario del Año para celebrar sus logros como principal defensora de la Administración Reagan de los crímenes que estaban cometiéndose en Centroamérica[10]. Antes de la ceremonia de la entrega de premios, se instó en privado a Simon Wiesenthal a que reconsiderase la decisión. Wiesenthal se negó a reconsiderarla. A Elie Wiesel se le pidió en privado que intercediera ante el gobierno israelí, principal proveedor de armas de los asesinos guatemaltecos. Wiesel se negó a interceder. La Administración Carter invocó el recuerdo del Holocausto cuando buscaba asilo para los vietnamitas que huían en

barco del régimen comunista. La Administración Clinton se olvidó del Holocausto cuando obligó a dar media vuelta a los haitianos que huían por mar de los escuadrones de la muerte patrocinados por EEUU[11].

El recuerdo del Holocausto se infló cuando la OTAN, dirigida por EEUU, comenzó a bombardear Serbia en la primavera de 1999. Como hemos visto, Daniel Goldhagen comparó los crímenes serbios contra Kosovo con la solución final y, a instancias del presidente Clinton, Elie Wiesel fue a visitar los campos de refugiados kosovares de Macedonia y Albania. Ahora bien, antes de que Wiesel derramase lágrimas programadas por los kosovares, el régimen indonesio, respaldado por EEUU, había reanudado las actividades abandonadas a finales de los setenta reiniciando las masacres en Timor Oriental. Pero el Holocausto se desvaneció de la memoria cuando la Administración Clinton consintió los derramamientos de sangre. «Indonesia tiene importancia —explicó un diplomático occidental— y Timor Oriental no la tiene»[12].

Novick pone de relieve la complicidad pasiva de EEUU en catástrofes humanas equiparables por sus dimensiones con el exterminio perpetrado por los nazis, aunque diferentes en otros aspectos. Recordando, por ejemplo, el millón de niños asesinados durante la solución final, Novick señala que los presidentes estadounidenses se limitan a poco más que expresar su condolencia mientras, año tras año, en el mundo entero muchos millones de niños «mueren a causa de la desnutrición y de enfermedades que podrían prevenirse»[13]. También cabría examinar la complicidad *activa* de EEUU en un caso pertinente. Después de que la coalición liderada por los Estados Unidos devastase Irak en 1991 con objeto de dar un escarmiento a «Sadam-Hitler», EEUU y el Reino Unido obligaron a la ONU a imponer sanciones mortíferas a ese desventurado país en un intento de deponer a Sadam Hussein. Es muy probable que en Irak, al igual que en el holocausto nazi, hayan perecido un millón de niños[14]. Cuando en la televisión nacional le pidieron su opinión sobre la espeluznante cifra de víctimas iraquíes, la secretaria de Estado Madeleine Albright replicó: «El precio merece la pena».

«El carácter extremo del Holocausto —argumenta Novick— limita mucho su capacidad para proporcionar lecciones aplicables a nuestro mundo cotidiano». En su calidad de «hito de la opresión y de la atrocidad», tiende a «trivializar los crímenes de menor magnitud»[15]. No obstante, el holocausto nazi también tiene la capacidad de volvernos más sensibles a estas injusticias. Visto a través del prisma de Auschwitz, lo que antes se aceptaba como un hecho consumado —el fanatismo, por ejemplo— deja de resultar tolerable[16]. Y, en efecto, fue el holocausto nazi el que desacreditó el racismo científico que fuera un rasgo dominante de la vida intelectual estadounidense antes de la Segunda Guerra Mundial[17].

Una piedra de toque de la maldad no impide establecer comparaciones a quienes

están comprometidos con la mejora de la raza humana, sino más bien todo lo contrario. La esclavitud ocupaba en el universo moral de finales del siglo pasado aproximadamente el mismo lugar que hoy ocupa el holocausto nazi. En consecuencia, se aludía a ella a menudo para esclarecer hechos malignos que no habían llegado a comprenderse en toda su magnitud. John Stuart Mill comparó con la esclavitud la condición de la mujer en la familia, la más reverenciada de las instituciones victorianas. Incluso llegó a decir que en algunos aspectos cruciales la situación de la mujer era peor. «No pretendo ni mucho menos afirmar que las esposas reciban por lo general un trato peor que los esclavos; pero ningún esclavo sufre una esclavitud tan extrema, en el sentido más amplio de la palabra, como una esposa»[18]. Este tipo de analogías solo repugnan a quienes emplean los hitos de la maldad como arma ideológica y no como brújula de la moralidad. «No comparemos» es el mantra de los aficionados a los chantajes morales[19].

La comunidad judía estadounidense organizada ha explotado el holocausto nazi para desviar las críticas a Israel y a su propia política, moralmente indefendible. La aplicación de esta política ha colocado a Israel y a la comunidad judía estadounidense en una posición estructural afín: el destino de ambas pende de un fino hilo cuyo extremo es sujetado por las elites dominantes de EEUU. Si estas elites llegaran algún día a la decisión de que Israel es un obstáculo o de que pueden prescindir de los judíos estadounidenses, el hilo podría cortarse. Esto no es más que una especulación… tal vez excesivamente alarmista, tal vez no.

Predecir la postura que adoptarían las elites judías estadounidenses si llegara a producirse dicha situación es un juego de niños. Si Israel perdiera el favor de los Estados Unidos, muchos de los líderes judíos que hoy defienden a capa y espada a Israel se apresurarían a divulgar valerosamente su desafección con respecto al Estado judío y cubrirían de improperios a los judíos estadounidenses por haber convertido Israel en una religión. Y, si los círculos dirigentes de EEUU decidieran usar a los judíos como chivos expiatorios, no debería sorprendernos que los líderes judíos estadounidenses actuaran exactamente igual que lo hicieron sus predecesores durante el holocausto nazi. «Nunca imaginamos que los alemanes iban a considerar que estaba en el carácter judío que los judíos llevaran a la muerte a los judíos», rememoraba Yitzhak Zuckerman, uno de los organizadores del levantamiento del gueto de Varsovia[20].

* * *

Durante una serie de debates públicos mantenidos en los años ochenta, muchos destacados estudiosos alemanes y de otros países adujeron razones en contra de la «normalización» de las infamias del nazismo. Su miedo era que la normalización

llevara a la aceptación moral[21]. Puede que este argumento haya sido válido en su momento, pero ahora ya no convence. Las inconcebibles dimensiones de la solución final hitleriana han llegado a conocerse bien. ¿Y no está repleta la historia «normal» de la humanidad de espantosos capítulos de inhumanidad? Para justificar la reparación de un crimen, no es necesario que sea aberrante. El reto que se nos plantea hoy día es volver a convertir el holocausto nazi en un objeto racional de investigación. Solo entonces podremos aprender de él. La anormalidad del holocausto nazi no deriva del hecho en sí mismo, sino de la industria que se ha montado a su alrededor para explotarlo. La industria del Holocausto siempre ha estado en bancarrota. Lo que queda de ella así lo atestigua. Hace mucho que debió dar el cerrojazo. El gesto más noble que puede hacerse por aquellos que perecieron es conservar su recuerdo, aprender de su sufrimiento y permitirles, de una vez por todas, descansar en paz.

Epílogo a la primera edición en rústica

I

En el capítulo tercero de este libro documenté la «doble extorsión» de los países europeos y de los judíos supervivientes del genocidio nazi cometida por la industria del Holocausto. Los acontecimientos de los últimos tiempos confirman este análisis. De hecho, para confirmar mi argumentación, basta con someter a un escrutinio detallado y crítico la documentación que es de dominio público.

A finales de agosto de 2000, el Congreso Judío Mundial (CJM) anunció que se proponía recabar un total de 9.000 millones de dólares en concepto de compensaciones por el Holocausto[1]. Los reclamaron en nombre de «las víctimas del Holocausto necesitadas», pero, ahora, el CJM sostiene que el dinero pertenece al «conjunto del pueblo judío» (director ejecutivo del CJM, Elan Steinberg). Convenientemente, el CJM es el representante autoinvestido del «conjunto del pueblo judío». Un banquete de gala patrocinado por Edgar Bronfman, presidente del CJM, y celebrado con motivo de las indemnizaciones por el Holocausto en el Hotel Pierre de Nueva York, festejó la creación de la Fundación del Pueblo Judío, cuyo objetivo era subvencionar las organizaciones judías y «la educación sobre el Holocausto». (Un judío crítico con la «cena temática del Holocausto» evocó la siguiente escena: «Asesinato de masas. Espantoso expolio. Mano de obra esclavizada. Comamos».) La dotación de la fundación provendría de los fondos de compensación «residuales» y ascendería «probablemente a miles de millones de dólares» (Steinberg). Queda por despejar la incógnita de cómo el CJM ya sabía que «probablemente» sobrarían «miles de millones» cuando aún no se habían empezado a distribuir las indemnizaciones entre las víctimas del Holocausto. De hecho, aún no se sabía cuántos serían los damnificados con derecho a ser indemnizados. ¿O es que, quizá, la industria del Holocausto obtuvo los fondos de indemnización en nombre de las «víctimas del Holocausto necesitadas» sabiendo de antemano que «probablemente» sobrarían «miles de millones»? La industria del Holocausto se quejaba amargamente de que los acuerdos con los alemanes y los suizos habían proporcionado un dinero muy escaso para los supervivientes. Habría que esclarecer por qué los presuntos «miles de millones» no podían emplearse para complementar esas asignaciones.

Como era de prever, los supervivientes del Holocausto reaccionaron airadamente. (Ninguno de ellos estuvo presente en la creación de la fundación.) En el editorial de un boletín informativo de los supervivientes se comentaba con rabia: «¿Quién ha autorizado a estas organizaciones a decidir que “los remanentes” (que ascienden a miles de millones), obtenidos en nombre de las víctimas de la Shoá, se destinen a sus

proyectos favoritos en lugar de a ayudar a TODOS los supervivientes del Holocausto a cubrir unos gastos médicos cada vez más gravosos?». Enfrentado a una avalancha de publicidad negativa, el CJM dio un brusco viraje. La cifra de 9.000 millones de dólares era, a decir de Steinberg, «un tanto engañosa». El director ejecutivo del CJM aseguró asimismo que la fundación no disponía «de dinero en efectivo ni de planes para distribuir sus fondos», y que el propósito del banquete del Holocausto no había sido celebrar la dotación conseguida para la fundación a partir de las indemnizaciones por el Holocausto, sino, por el contrario, recaudar fondos. Los ancianos supervivientes judíos, a quienes nada se había consultado y mucho menos se había invitado a la «celebración tachonada de estrellas» del Hotel Pierre, se manifestaron a las puertas de este.

Entre los invitados de honor estuvo el presidente Clinton, quien en una alocución conmovedora recordó que EEUU se encontraba en la vanguardia de la «confrontación con un pasado desagradable»: «He estado en las reservas de nativos americanos y he reconocido que los tratados que firmamos no eran justos ni, en muchos casos, se habían cumplido honorablemente. Fui a África […] y reconocí la responsabilidad estadounidense en la compra de esclavos. Es una tarea ardua esta de batallar para descubrir la esencia de nuestro humanismo». Las compensaciones monetarias brillaron por su ausencia en los ejemplos con que se ilustró esta «tarea ardua»[2].

El 11 de septiembre de 2000 se publicó al fin el «Plan Propuesto por el Asesor Especial para la Asignación y Distribución del Fondo de Liquidación», resultante de los litigios contra los bancos suizos (a partir de ahora: Plan Gribetz)[3]. La publicación del plan, cuya elaboración había durado más de dos años, se hizo coincidir con la fiesta temática del Holocausto, sin tener en cuenta la premura que debiera haberse derivado de las privaciones de las «víctimas del Holocausto necesitadas, que iban muriendo día a día». Esto no fue óbice para que Neuborne, principal asesor de la industria del Holocausto en la disputa con los bancos suizos y «el gran defensor del plan de distribución» *(New York Times)*, elogiara el documento calificándolo de «fundado en una meticulosa investigación […], concienzudo y de gran sensibilidad»[4]. En efecto, el plan parecía disipar el temor generalizado a que las organizaciones judías se apropiaran indebidamente de los fondos de indemnización. Muy en su línea, *Forward* informó: «El plan de distribución […] propone que más del noventa por ciento del dinero suizo se entregue directamente a los supervivientes y a sus herederos». Después de alegar que «el Congreso Judío Mundial nunca ha pedido un solo centavo, nunca se apropiará de un solo centavo y no acepta fondos de indemnización», Elan Steinberg alababa mojigatamente el Plan Gribetz por ser un «documento extraordinariamente inteligente y compasivo»[5]. Inteligente era, desde luego, pero su aspecto compasivo ya es mucho más difícil de apreciar. En la letra pequeña del Plan Gribetz se oculta la perversa realidad de que

probablemente los supervivientes del Holocausto y sus herederos solo llegarán a cobrar una pequeña fracción de los fondos suizos. Antes de pasar a analizar esta cuestión, es preciso señalar que, sin quererlo, el plan demuestra concluyentemente que la industria del Holocausto chantajeó a Suiza[6].

Los lectores recordarán que, en mayo de 1996, los bancos suizos dieron su consentimiento formal a la realización de una auditoría externa y exhaustiva —«la auditoría más amplia de la historia» (juez Korman)— con objeto de resolver las reclamaciones pendientes de los supervivientes del Holocausto y sus herederos[7]. Pero, antes de que el comité auditor (presidido por Paul Volcker) tuviese siquiera la oportunidad de reunirse, la industria del Holocausto presionó para que se llegara a un acuerdo económico. Los dos pretextos aducidos para adelantarse a las decisiones del Comité Volcker fueron: (1) que no se podía confiar en el Comité; (2) que las víctimas del Holocausto necesitadas no podían esperar a que el Comité llegara a emitir sus conclusiones. El Plan Gribetz echa por tierra ambos pretextos.

En junio de 1997, Burt Neuborne presentó un «Memorándum de Ley» donde se justificaba la suplantación de las funciones del Comité Volcker. Contra toda evidencia y con increíble desfachatez, Neuborne aseguraba que el Comité se había creado a instancias de los *suizos* en un intento de desviar las críticas mediante «un esfuerzo privado de mediación que está financiado, pagado y diseñado por los acusados»[8]. Cabe destacar que Neuborne esgrimió en contra de los suizos el hecho de que hubieran corrido con los gastos de la auditoría sin precedentes que se les había impuesto, que ascendieron a 500 millones de dólares. En agosto de 1998, antes de que el Comité Volcker concluyera su trabajo, la industria del Holocausto obligó a los bancos suizos a aceptar un acuerdo por el que se comprometieron a pagar 1.250 millones de dólares no recuperables[9]. El pretexto para este acuerdo fue que el Comité Volcker no era de fiar, y, sin embargo, el Plan Gribetz estaba plagado de elogios al Comité y hacía hincapié en que las conclusiones del Comité y su mecanismo para tramitar las reclamaciones («Tribunal de Resolución de Reclamaciones» - «TRR») habían sido y seguían siendo de «vital importancia» para la distribución de los fondos suizos[10]. La entusiasta confianza depositada por la industria del Holocausto en el Comité a la hora de distribuir los fondos refuta el pretexto básico para suplantar las funciones del Comité y forzar un acuerdo de liquidación no recuperable.

Mediante el acuerdo suscrito con la industria del Holocausto, los suizos se comprometieron no solo a devolver los capitales de las cuentas judías inactivas de la época del Holocausto, sino también a «restituir los beneficios» que habían obtenido «a sabiendas» gracias a los activos judíos procedentes de la extorsión nazi y a la explotación de la mano de obra judía esclavizada por los nazis[11]. El Plan Gribetz pone al descubierto asimismo la inconsistencia de estas acusaciones. Reconoce que,

«en el mejor de los casos», solo se podían establecer «muy escasos» vínculos directos entre los suizos y los activos judíos incautados o la mano de obra judía esclavizada; de lo que se deduce que los vínculos directos «conscientes» o «lucrativos» eran aún mucho más indemostrables. En efecto, en el plan se dice con toda claridad que estas acusaciones se fundaban en hechos «probables», «presuntos» o «potenciales»[12]. Por último, el acuerdo obligaba a Suiza a indemnizar a los judíos a quienes se había negado asilo cuando huyeron del nazismo. El Plan Gribetz reconoce explícitamente —aunque solo en una nota a pie de página— la «validez legal cuestionable» de esta reclamación[13]. Mas, a pesar de reconocer todos estos extremos, el plan cita en tono aprobatorio la afirmación de que, «en un mundo verdaderamente justo, los reclamantes habrían recibido una cantidad mucho mayor» que los 1.250 millones de dólares extraídos a los suizos[14].

Además de la supuesta falta de imparcialidad del Comité Volcker, la industria del Holocausto esgrimió la mortalidad de los supervivientes del Holocausto como motivo para que los suizos hicieran una liquidación no recuperable. Se alegaba que el tiempo era un factor clave dado que a «las víctimas del Holocausto necesitadas» no les quedaba mucha vida por delante. Mas, una vez que se ha embolsado el dinero, la industria del Holocausto ha descubierto de pronto que «las víctimas del Holocausto necesitadas» no están muriendo tan deprisa como se suponía. Citando un estudio encargado por la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías, el Plan Gribetz informa de que «el colectivo de las víctimas de los nazis está disminuyendo más despacio de lo que se creía». Y, en efecto, en el plan se afirma que «un número considerable de víctimas judías del nazismo puede vivir al menos veinte años más, y es probable que dentro de 30-35 años [es decir, unos *noventa* años después del final de la Segunda Guerra Mundial] sigan con vida decenas de miles de víctimas judías del nazismo»[15]. Conociendo el historial de la industria del Holocausto, no sería de extrañar que esta revelación llegara algún día a utilizarse para reclamar nuevas indemnizaciones a los países europeos. De momento, está sirviendo de excusa para ralentizar el proceso de asignación del fondo de liquidación. Así pues, el Plan Gribetz recomienda que el dinero se distribuya aplicando una escala gradual de incrementos, puesto que «crear expectativas a los supervivientes necesitados y luego retirarles las ayudas por falta de fondos sería prestarles un flaco servicio»[16].

En sus negociaciones con los bancos suizos, la industria del Holocausto mantuvo que el promedio de edad de los supervivientes era de 73 años en Israel y de 80 en el resto del mundo. En los tres países donde actualmente residen más supervivientes del Holocausto, la esperanza de vida oscila entre los 60 (la antigua Unión Soviética) y los 77 años (Estados Unidos e Israel)[17]. Sería, por tanto, muy comprensible que cualquiera se preguntase cómo es posible que «decenas de millares» de supervivientes del Holocausto sigan con vida dentro de 35 años. Parte de la respuesta

reside en el hecho de que la industria del Holocausto ha vuelto a revisar la definición de superviviente del Holocausto. «Una de las razones de la disminución relativamente más lenta del tamaño de la población —informa el estudio de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales anteriormente mencionado— es el descubrimiento de que, *empleando la definición más amplia*, hay muchas más víctimas de los nazis relativamente más jóvenes de lo que previamente se creía» (cursiva añadida)[18]. En efecto, aplicando una inflación equiparable a la de la Weimar, el Plan Gribetz sitúa el número de supervivientes del Holocausto vivos cerca del millón, multiplicando por cuatro la cifra ya de por sí extraordinaria de 250.000 que se manejó para extorsionar a los suizos[19].

Para realizar esta proeza matemática y demográfica, el Plan Gribetz considera que todos los judíos rusos que sobrevivieron a la Segunda Guerra Mundial son supervivientes del Holocausto[20]. De suerte que los judíos rusos que huyeron antes de la invasión nazi y los que sirvieron en el Ejército Rojo se incluyen hoy en la categoría de supervivientes del Holocausto porque la tortura y la muerte eran el destino que les aguardaba de ser capturados[21]. Por otro lado, el plan informa de que un soldado judeo-estadounidense capturado por los nazis fue internado en un campo de concentración[22]. ¿Habría que considerar, por tanto, que todos los soldados judeo-estadounidenses que combatieron en la Segunda Guerra Mundial son supervivientes del Holocausto? Se puede recurrir a todo tipo de criterios. En defensa de las proyecciones de la tasa de mortalidad correspondiente a los supervivientes del Holocausto, un historiador de la sección del Holocausto del Museo Imperial Británico de la Guerra explicaba que «en un sentido aún más amplio […] puede considerarse que la segunda e incluso la tercera generación» son víctimas del Holocausto porque «están expuestas a sufrir trastornos psicológicos»[23]. Tan solo es cuestión de tiempo que la industria del Holocausto restablezca la condición de superviviente del Holocausto de Wilkomirski, dado que, en palabras de Israel Gutman, director del Yad Vashem, su «dolor es auténtico».

Esta redefinición conceptual y la revisión al alza de la cifra de supervivientes del Holocausto sirve a la industria del Holocausto para cumplir diversos objetivos. Justifica la extorsión de los países europeos, y, al mismo tiempo, la de las propias víctimas del Holocausto. Estas llevan muchos años suplicando a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales que asigne parte de los fondos de indemnización a un programa de seguros sanitarios. El Plan Gribetz alude a esta «sensata» propuesta en una nota a pie de página y lamenta que el dinero proporcionado por los suizos «sería insuficiente» para proveer de seguros médicos a los «muchos más de 800.000» supervivientes del Holocausto[24].

* * *

Salvo por una parte desdeñable, el destino señalado por el Plan Gribetz para los fondos suizos son exclusivamente las víctimas judías del holocausto nazi. En el acuerdo se incluyó a toda «víctima u objetivo de la persecución nazi». Pero esta definición aparentemente amplia y «políticamente correcta» no es más que un subterfugio lingüístico para *excluir* a la mayoría de las víctimas no judías. Se define arbitrariamente la condición de «víctima u objetivo de la persecución nazi» de manera que solo incluya a los judíos, los gitanos, los testigos de Jehová, los homosexuales y los discapacitados o minusválidos. Por razones nunca explicadas, los perseguidos de otros grupos políticos (como los comunistas y los socialistas) y étnicos (los polacos y los bielorrusos, por ejemplo) quedan excluidos. Y estos grupos son precisamente los más numerosos; excepción hecha de los judíos, los grupos designados «víctimas u objetivos de la persecución nazi» en el Plan Gribetz tienen un peso numérico mucho menor. El resultado práctico es que casi todos los fondos de indemnización irán a parar a los judíos. El plan ofrece cobertura a 170.000 trabajadores esclavizados judíos; no obstante, del millón de trabajadores esclavizados no judíos, solo 30.000 se incluyen en la categoría de «víctimas u objetivos de la persecución nazi». Con el mismo espíritu, el plan destina 90 millones de dólares a las víctimas judías del saqueo nazi y solo diez millones a las víctimas no judías. Esta repartición se justifica en alguna medida por el hecho de que en los acuerdos de indemnización previos se estableció esta misma proporción. Sin embargo, el plan indica que, en el pasado, las víctimas no judías recibieron una parte desproporcionadamente pequeña de los fondos de indemnización. ¿No se debería tratar de corregir los errores del pasado en lugar de perpetuarlos?[25].

El Plan Gribetz reserva 800 millones de los 1.250 millones de dólares del acuerdo suizo para responder a las reclamaciones válidas relativas a las cuentas inactivas de la época del Holocausto. El texto del plan, incluidos anexos y tablas, asciende a centenares de páginas, incluidas más de mil notas a pie de página. *La singularidad más peculiar del Plan es que no intenta en absoluto ofrecer una justificación creíble de esta crucial asignación de fondos*. Se limita a afirmar: «Basándose en el análisis del Informe Volcker y en la Orden de Aprobación Definitiva, así como en la consulta a los representantes del Comité Volcker, el asesor especial estima que el valor de las cuentas bancarias que se reembolsarán se sitúa en torno a los 800 millones de dólares»[26]. En realidad, esta cifra parece una gran sobrestimación. Probablemente, el reembolso de las cuentas inactivas se saldará con una mínima fracción de esos 800 millones[27]. Los fondos «residuales», es decir, lo que reste de los 800 millones una vez que se hayan procesado todas las reclamaciones legítimas, supuestamente se

distribuirán directamente a los supervivientes del Holocausto *o a las organizaciones judías* que se dedican a actividades relacionadas con el Holocausto[28]. De hecho, casi se puede dar por seguro que el dinero restante se entregará a organizaciones judías, no solo porque será la industria del Holocausto quien tendrá la última palabra, sino porque no se distribuirá hasta dentro de muchos años, cuando ya sean muy pocos los supervivientes del Holocausto que sigan con vida[29].

Además de los 800 millones de dólares asignados a la devolución del capital depositado en las cuentas de la era del Holocausto, el Plan Gribetz asigna unos 400 millones a otras categorías; principalmente, a los «activos incautados», los «trabajadores en régimen de esclavitud» y los «refugiados». El plan incluye una advertencia crucial: que ninguna de estas asignaciones se hará efectiva hasta que «se hayan agotado todos los recursos interpuestos en este litigio». Reconociendo que «es posible que pase algún tiempo antes de que comiencen a realizarse los pagos propuestos», el plan cita un precedente fundamental en el que los recursos tardaron en resolverse tres años y medio[30]. Tal como está planteada la situación, los ancianos supervivientes del Holocausto tienen perdida de antemano una batalla en la que solo puede salir ganando la industria del Holocausto. Consternados por el Plan Gribetz, muchos supervivientes del Holocausto querrán recurrir contra él, pero, al hacerlo, la mayoría de ellos perderán la oportunidad de beneficiarse, aunque los recursos se resuelvan a su favor. La industria del Holocausto, que ya es la principal beneficiaria del Plan Gribetz, verá cómo sus arcas se van llenando a medida que los supervivientes mueran en espera de que termine la fase de resolución de los recursos.

Una vez concluida esta fase, el Plan Gribetz dispone que los 400 millones de dólares se repartan como sigue:

1. En la categoría de «activos incautados», 90 millones se destinarán no a los supervivientes individuales del Holocausto, sino a las organizaciones judías que prestan servicios a las comunidades del Holocausto «definidas en sentido amplio». La mayor asignación será la correspondiente a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales, aclamada reiteradamente en el Plan Gribetz por su «incomparable pericia para atender a las necesidades de las víctimas de los nazis»[31]. El plan reserva diez millones de dólares para una «fundación para la catalogación de las víctimas, cuyo objetivo es compilar y hacer muy accesibles, para la investigación y el recuerdo, los nombres de todas las víctimas u objetivos de la persecución nazi». Recomienda que la fundación comience trabajando con «los inestimables datos contenidos en los Cuestionarios Iniciales» respondidos por las víctimas del Holocausto. Una información prototípica de estos «inestimables datos» es que una de cada seis víctimas judías (71.000/430.000) declaró tener una cuenta abierta en un banco suizo antes de la Segunda Guerra

Mundial. ¿Será igual la proporción de víctimas que poseen un Mercedes y un chalet en Suiza?[32].

2. En la categoría de «trabajadores en régimen de esclavitud», se establece que cada uno de los 170.000 trabajadores esclavizados que supuestamente siguen vivos reciba una indemnización simbólica en dos entregas: 500 dólares una vez que se hayan resuelto todos los recursos, y «hasta» 500 dólares adicionales después de que se hayan procesado todas las reclamaciones relativas a las cuentas inactivas[33]. En realidad, la cifra de 170.000 está muy inflada y es bastante improbable que haya muchos judíos esclavizados vivos cuando se entregue el primer pago simbólico, y aún menos cuando se entregue el segundo. La Conferencia sobre Solicitudes Materiales se encargará de procesar estas y, en su calidad de principal beneficiaria de los fondos de liquidación residuales, saldrá ganando con cada rechazo.
3. En la categoría de «refugiados», los solicitantes legítimos recibirán indemnizaciones de entre 250 y 2.500 dólares en dos entregas, tal como los trabajadores esclavizados[34]. Fundándose en «los inestimables datos contenidos en el Cuestionario Inicial», unos 17.000 judíos han solicitado que se les incluya en esta categoría. Es probable que solo una pequeña proporción de estos 17.000 solicitantes pueda demostrar la validez de su solicitud (la Conferencia es la encargada de procesarlas) y aún serán menos los que sigan con vida en el momento de cobrar.

Así pues, un análisis minucioso del Plan Gribetz confirma los principales argumentos expuestos en el capítulo 3 de este libro. Demuestra que los pretextos alegados por la industria del Holocausto para forzar a los bancos suizos a llegar a un acuerdo de liquidación no recuperable eran falsos, así como que serán pocos los verdaderos supervivientes del Holocausto que llegarán a beneficiarse directamente, o incluso indirectamente, de los fondos suizos. Un análisis similar de otros acuerdos suscritos por la industria del Holocausto llegaría presumiblemente a resultados parecidos. En la letra pequeña del Plan Gribetz se esconde la gallina de los huevos de oro de la industria del Holocausto. La mayor parte de los fondos suizos se distribuirán cuando probablemente solo queden en vida un puñado de supervivientes. En esta situación, los fondos afluirán a las arcas de las organizaciones judías. No es de extrañar que la industria del Holocausto aclamara unánimemente el Plan Gribetz.

* * *

Poco después de que se publicara el Plan de Asignación y Distribución, me sumé al debate con Burt Neuborne abierto en las páginas de la revista *Nation*. Deplorando el

cinismo de la industria del Holocausto, denuncié específicamente la falsedad de la cifra de casi un millón de judíos supervivientes del holocausto nazi que según el Plan siguen con vida hoy día[35]. En su réplica, Neuborne negó categóricamente que hubiera usado dicha cifra (pese a que fuera el «gran defensor del plan de distribución» *[New York Times]* y a que en su declaración oficial, que figura como apéndice del Plan Gribetz, elogie las conclusiones de este calificándolas de «fundadas en una meticulosa investigación»). Por el contrario, afirmaba que la cifra de casi un millón «pretendía incluir a todas las víctimas supervivientes, no solo a los supervivientes judíos», y que, de acuerdo con el desglose que había empleado, siguen vivos «alrededor de 130.000 supervivientes judíos y unos 900.000 supervivientes no judíos»[36]. En las páginas 144-145 reproduzco la página del plan pertinente (recuadro añadido por mí). ¿Puede haber alguna duda con respecto a que Neuborne citase la cifra con toda precisión?

Burt Neuborne fue quien, en su calidad de principal asesor de la industria del Holocausto, inventó las «teorías legales» empleadas para extorsionar a los bancos suizos. Figuró como autor principal del Plan de Asignación y Distribución, utilizado para extorsionar a las víctimas de la persecución nazi. Ha cometido una flagrante distorsión de un documento clave en una correspondencia publicada. Imaginemos qué sucedería si los abogados defensores de los bancos suizos incurrieran en faltas de tal calibre. ¿No sería Neuborne el primero que exigiría que se les inhabilitase profesionalmente?[37].

II

En mayo de 1998, el Congreso encargó a una Comisión Presidencial de Asesoramiento sobre los Activos del Holocausto que «realizara una investigación original sobre el destino de los activos arrebatados a las víctimas del Holocausto que habían llegado a obrar en posesión del Gobierno Federal de EEUU» y «asesorase al presidente sobre la política que había de adoptarse para restituir las propiedades robadas a sus legítimos propietarios o a sus herederos»[38]. La Comisión, presidida por Edgar Bronfman (que orquestó el asalto a la banca suiza), publicó en diciembre de 2000 su informe, largamente esperado. Con el título de *Expoliación y restitución: EEUU y los activos de las víctimas del Holocausto*[39], el informe pretende demostrar que «Estados Unidos no se ha exigido a sí mismo menos de lo que ha exigido a la comunidad internacional»[40]. En realidad, de una lectura detenida del documento se extrae la conclusión opuesta: *pese a que Estados Unidos es culpable de todas las faltas imputadas a los suizos, no se le ha impuesto unas exigencias comparables con respecto a las indemnizaciones por el Holocausto*[41].

La Comisión Presidencial compara la «intransigencia de los bancos suizos» con los «extraordinarios esfuerzos» de los Estados Unidos por devolver los activos de la era del Holocausto[42]. A continuación compararé las acusaciones lanzadas contra los suizos con el historial estadounidense que revela el informe de la Comisión.

Gribetz Plan, Annex C, C–8

C. Jewish Survivors of Nazi Persecution

The Special Master has considered a variety of information concerning the population of surviving Jewish Nazi victims, including estimates of the current Jewish survivor population, their geographic distribution, their average ages and expected mortality rates, and the number of Jewish survivors who have received payments from the Swiss Fund for Needy Victims of the Holocaust/Shoa (the "Swiss Humanitarian Fund").[14]

1. Number of Jewish Survivors

As stated by Ukeles, "[t]here are no reliable, agreed-upon, statistics on the number of Jewish Nazi victims living in the world today."[15] The statistics reviewed by the Special Master are estimates, based on the best available information. The estimates range from a low of 832,000 Jewish survivors to a high of 960,000.

According to a report prepared by the Spanic Committee[16] and cited by the Notice

[14] The Swiss Humanitarian Fund was established in March 1997 as a humanitarian gesture wholly separate from the settlement of this action in order to provide assistance to "needy" victims of Nazi persecution. Although the number of survivors who received payments from the Swiss Humanitarian Fund is instructive to a demographic analysis, the number of survivors qualifying for Swiss Humanitarian Fund payments may differ materially from the number of survivors qualifying for benefits under the Settlement Agreement in this case because, among other reasons, (1) the Swiss Humanitarian Fund used a narrower definition of "survivor" than that proposed herein; and (2) certain groups targeted by the Nazis, such as Jehovah's Witnesses and other victims of political persecution, could only qualify for the Swiss Humanitarian Fund if they had been interned in "internationally recognized concentration camps" and had been born in 1921 or earlier. *See* Annex K ("The Swiss Humanitarian Fund") for a more detailed discussion of the Swiss Humanitarian Fund.

[15] Ukeles, at 2-2.

[16] The Spanic Committee was organized by the Israeli Prime Minister's Office and consisted of E. Spanic, Chair; H. Factor; and W. Struminsky. The Committee undertook a comprehensive effort to estimate the number of surviving Jewish Nazi victims by geographic area between May and July 1997. These estimates were revised slightly in May 1998 by H. Factor and W. Struminsky. *See* Ukeles, Appendix 1.1, at 2-13.

Plan Gribetz, Anexo C, C-8

C. Supervivientes judíos de la persecución nazi

El Asesor Especial ha estudiado múltiples fuentes de información relativas al colectivo de víctimas judías de los nazis supervivientes, en las que se incluían estimaciones de la actual población de supervivientes judíos, su distribución geográfica, sus promedios de edad y las tasas de mortalidad previstas, así como el número de supervivientes judíos que han recibido pagos del Fondo Suizo para las Víctimas del Holocausto/la Shoá Necesitadas (el «Fondo Humanitario Suizo»)[14].

1. Número de supervivientes judíos

Tal como ha afirmado Ukeles, «no hay estadísticas fiables ni generalmente aceptadas sobre el número de las víctimas judías de los nazis que viven actualmente en el mundo»[15]. Las estadísticas consultadas por el Asesor Especial son estimaciones basadas en la mejor información disponible. Las estimaciones oscilan desde un mínimo de 832.000 supervivientes judíos hasta un máximo de 960.000.

Según un informe preparado por el Comité Spanic[16] y citado en la Notificación…

---

[14] El Fondo Humanitario Suizo se constituyó en marzo de 1997, en un gesto humanitario totalmente independiente de este proceso, con objeto de socorrer a las víctimas «necesitadas» de la persecución nazi. Aunque el número de supervivientes que recibieron pagos del Fondo Humanitario Suizo resulta instructivo para el análisis demográfico, el número de supervivientes que cumplen los requisitos para recibir pagos del Fondo Humanitario Suizo puede diferir del número de supervivientes con derecho a beneficiarse en este caso en conformidad con el Acuerdo de Liquidación, puesto que, entre otros motivos, (1) el Fondo Humanitario Suizo empleó una definición más restringida de «superviviente» de la que aquí se propone; y (2) determinados grupos que fueron objetivos de los nazis, como los testigos de Jehová y otras víctimas de la persecución política, debían cumplir otros requisitos para beneficiarse del Fondo Humanitario Suizo: haber sido internados en «campos de concentración reconocidos internacionalmente» y haber nacido en 1921 o antes. *Véase* en el Anexo K («EL Fondo Humanitario Suizo») una exposición más detallada sobre el Fondo Humanitario Suizo.

[15] Ukeles, 2-2.

[16] El Comité Spanic fue organizado por la Secretaría del Primer Ministro Israelí y estaba compuesto por E. Spanic, presidente; H. Factor; y W. Struminsky. De mayo a julio de 1997, el Comité llevó a cabo un amplio esfuerzo para estimar el número de víctimas judías de los nazis supervivientes en función de las áreas geográficas. Estas estimaciones fueron levemente modificadas en mayo de 1998 por H. Factor y W. Struminsky. *Véase* Ukeles, Apéndice 1.1, 2-13.

Negación de acceso a los activos de la era del Holocausto

La industria del Holocausto alegó que los bancos suizos negaron sistemáticamente el acceso a las cuentas bancarias a los supervivientes del Holocausto y a sus herederos después de la Segunda Guerra Mundial. El Comité Volcker llegó a la conclusión de que, salvo por algunas excepciones marginales, esta acusación carecía de fundamento[43]. Por otra parte, la Comisión Presidencial descubrió que, una vez finalizada la guerra, «muchos» de los supervivientes del Holocausto y de sus herederos no pudieron recuperar los activos que tenían en Estados Unidos debido a «los gastos y las dificultades de presentar» una reclamación. (A partir de 1941, el Gobierno Federal bloqueó los activos de todos los ciudadanos de los países ocupados por los nazis o tomó posesión de ellos)[44]. Al igual que los bancos suizos, el Gobierno Federal buscó activamente a los propietarios legítimos «en algunos casos»[45].

Destrucción de los registros de los activos de la era del Holocausto

La industria del Holocausto alegó que, con objeto de borrar su rastro, los bancos suizos habían destruido sistemáticamente los registros más importantes. El Comité Volcker llegó a la conclusión de que esta acusación carecía de fundamento[46].

Por otra parte, es un hecho que Estados Unidos destruyó «datos en bruto» cruciales. Después de que EEUU se sumara a la contienda, el Departamento del Tesoro requirió a las instituciones financieras estadounidenses que presentaran descripciones detalladas de los activos propiedad de extranjeros que tenían en depósito. La Comisión informa de que estos documentos, que en total sumaban 565.000, «han sido destruidos y las investigaciones internas no han descubierto ningún duplicado. Por consiguiente, no es posible calcular a cuánto ascendían los activos que las víctimas tenían depositados en Estados Unidos en 1941». La Comisión guarda un extraño silencio con respecto a cuándo y a por qué se destruyó esta documentación[47].

Apropiación indebida de los activos de la era del Holocausto

La industria del Holocausto acusó en justicia a Suiza de haber empleado el dinero de las víctimas polacas y húngaras del Holocausto a modo de compensación por las propiedades suizas nacionalizadas por los gobiernos de Polonia y Hungría[48]. No obstante, la Comisión Presidencial informa de que esto también sucedió en Estados Unidos: «La restitución de los activos estadounidenses perdidos en Europa tuvo prioridad sobre la restitución de los activos de propiedad extranjera inmovilizados en Estados Unidos. El Congreso consideró los activos alemanes inmovilizados como una fuente con la que cubrir las reclamaciones de las empresas y particulares

estadounidenses damnificados […]. Así pues, las reclamaciones de guerra estadounidenses se cubrieron en parte con activos alemanes en los que probablemente estaban incluidos activos de las víctimas»[49].

Comercio con el oro del saqueo nazi

La industria del Holocausto acusó en justicia a los suizos de comprar a los nazis oro procedente del saqueo de los tesoros nacionales europeos[50]. No obstante, la Comisión Presidencial informa de que Estados Unidos hizo lo mismo. De hecho, comerciar con el oro saqueado por los nazis formó parte de la política *oficial* estadounidense hasta que la declaración de guerra de Alemania impidió seguir haciéndolo. Merece la pena citar extensamente el pasaje del informe de la Comisión referido a estos asuntos:

> La invasión alemana de Francia, Bélgica y Holanda, en mayo de 1940, impulsó al señor Pinsent, asesor financiero de la Embajada Británica, a enviar una nota al Departamento del Tesoro para preguntar al señor Morgenthau [secretario del Tesoro] «si estaría dispuesto a investigar las importaciones de oro con vistas a rechazar aquellas de las que se sospechara que eran de origen alemán», ya que Pinsent expresaba explícitamente el miedo de que las reservas de oro particulares de holandeses y belgas cayeran en manos alemanas. En un memorándum de 4 de junio de 1940, Harry Dexter White [jefe de la División de Investigaciones Monetarias] explicaba por qué el Tesoro estadounidense no había planteado preguntas sobre el origen del oro «alemán» […]. La contribución más eficaz que podía hacer Estados Unidos para conservar el oro como un medio de cambio internacional, según argumentaba White, era «mantener su inviolabilidad y la aceptación incondicional del oro como medio de ajustar la balanza de pagos internacional». En efecto, seis meses más tarde White escribía en términos desdeñosos sobre su «inflexible oposición a tener siquiera en cuenta las propuestas de quienes, con escasos conocimientos sobre la cuestión», pretendían que dejaran de comprar oro, o que dejaran de comprar oro de un país concreto, por el motivo que fuera. A comienzos de 1941, se requirió una vez más de White, mediante un memorándum interno del Tesoro, que considerase la cuestión de qué oro estaban comprando, pero de sus memorandos se desprende con claridad que la respuesta fue dar una «aceptación incondicional al oro»[51].

La industria del Holocausto también alegó en justicia que los suizos habían comprado oro robado a las víctimas del Holocausto. (Ahora bien, no había pruebas de que los suizos hubiesen comprado el «oro de las víctimas» *a sabiendas;* se calcula que se compró oro por un valor total aproximado de un millón de dólares al cambio actual)[52]. En esta misma línea, la Comisión Presidencial informa de que «es posible que los lingotes y monedas de oro comprados durante la guerra y después de ella por el Departamento del Tesoro a través de los Bancos de la Reserva Federal de Nueva York contuvieran pequeñas cantidades de oro procedentes de los objetos robados a las víctimas del nazismo»[53].

En resumen, el informe de la Comisión Presidencial demuestra que Estados Unidos fue culpable de todos los cargos lanzados contra Suiza por la industria del Holocausto.

* * *

La industria del Holocausto obligó a los bancos suizos a realizar una exhaustiva auditoría externa, que costó 500 millones de dólares, con objeto de localizar todos los activos no reclamados de la era del Holocausto. Pero, aun antes de que se concluyera la auditoría, la industria del Holocausto extrajo a los suizos un acuerdo por el que se comprometieron a entregar 1.250 millones de dólares[54]. Sin embargo, el Comité Volcker informó de que Estados Unidos también había sido uno de los principales refugios de los activos judíos de Europa[55]. Examinemos ahora las exigencias hechas a Estados Unidos.

Como se ha señalado anteriormente, la Comisión Presidencial aseguró que «su trabajo» demostraba que Estados Unidos no se había exigido a sí mismo menos de lo que había exigido a la comunidad internacional. Ahora bien, la Comisión no llevó a cabo una contabilidad global y detallada de los activos no reclamados de la era del Holocausto depositados en Estados Unidos. El informe sostiene que en el cometido de la Comisión no se incluía «la cuantificación mecánica ni la asignación de valores en dólares a las imperfecciones históricas» que se habían apreciado «en la planificación y las actuaciones políticas de EEUU»[56]. Y, en efecto, la Comisión supuestamente no pudo hacerlo debido al «compromiso necesario entre los objetivos de la investigación y el tiempo y los recursos disponibles para cumplirlos» y a «la escasez y la calidad desigual de la documentación con la que contaba»[57]. Inexplicablemente, Suiza se las arregló para superar estos obstáculos, pero Estados Unidos no lo consiguió. (¿Qué impedía asignar más «tiempo y recursos» a la labor o suplir la falta de documentación mediante una auditoría al estilo suizo?)[58]. Asimismo, realizar un cálculo preciso de los activos de la era del Holocausto devueltos habría requerido «investigaciones sistemáticas que excedían la capacidad»[59] de la Comisión, aunque no la capacidad de los bancos suizos.

La Comisión informa de que la Organización Sucesora de Restitución a los Judíos (OSRJ) «aceptó con renuencia» la indemnización de 500.000 dólares que ofreció el gobierno estadounidense por los activos no reclamados de la era del Holocausto[60]. Aunque las conclusiones del informe confirman la afirmación de Seymour Rubin de que la cifra de 500.000 dólares era «muy baja»[61], la Comisión llega a la previsible conclusión de que la parquedad de la indemnización no era «atribuible a la mala voluntad de ninguna autoridad, funcionario o institución de Estados Unidos»[62]. El informe no propone en ningún momento que Estados Unidos aumente la indemnización concedida, y mucho menos que lo haga en una proporción equiparable a los 1.250 millones de dólares extraídos a Suiza.

La Comisión Presidencial incluye en su informe una lista de magnánimas recomendaciones[63]. Al terminar la guerra, los soldados estadounidenses destacados en Europa se dieron en masa al pillaje[64]. Una recomendación propone al Gobierno Federal que «desarrolle, en concierto con las organizaciones de veteranos de guerra, un programa para promover la devolución voluntaria de los activos de las víctimas que puedan haberse llevado los exmiembros de las Fuerzas Armadas a modo de recuerdos». Sin duda, los veteranos ya deben de estar haciendo cola para devolver su botín. La última recomendación insta a Estados Unidos a «mantener su liderazgo en la labor de fomentar el compromiso de la comunidad internacional para abordar el problema de la restitución de propiedades». Después de leer este informe, ¿quién puede poner en entredicho el liderazgo estadounidense?

NORMAN G. FINKELSTEIN
Junio de 2001
Nueva York

Epílogo a la segunda edición en rústica

Desde la publicación de la primera edición en rústica de *La industria del Holocausto* se han producido varios hechos claves en el desarrollo de la causa contra la banca suiza: (1) el Tribunal de Resolución de Reclamaciones-I (TRR-I) ha terminado de tramitar las demandas, (2) se ha creado y posteriormente reestructurado a fondo el TRR-II, (3) la Comisión Bergier ha emitido su *Informe final* y este se ha empleado para desacreditar las conclusiones del Comité Volcker. En este epílogo se analizarán todos estos sucesos[1]. Con objeto de facilitar la comprensión de lo que se va a exponer, en primer lugar presento un cuadro con las principales diferencias entre las cuentas bancarias por las que se presentaron reclamaciones al TRR-I y las cuentas bancarias de las que se ocupa el TRR-II.

TRR-I	TRR-II
1. Solo cuentas inactivas 2. Se publicaron los nombres de todos los titulares de cuentas 3. Cuentas de víctimas del Holocausto y de personas que no eran víctimas del Holocausto.	1. Cuentas inactivas y cuentas cerradas 2. Se publicaron los nombres de algunos titulares de cuentas 3. Exclusivamente cuentas de víctimas del Holocausto

(El término cuentas inactivas designa las cuentas en las que el banco mantuvo los fondos en nombre y representación del titular de la cuenta.)

1. Conclusión del proceso del TRR-I

El TRR-I concluyó su labor de tramitar las demandas interpuestas desde cualquier país del mundo en relación con las cuentas inactivas de la banca suiza en septiembre de 2001. El 11 de octubre de 2001, el presidente del TRR-I, el profesor Hans Michael Riemer, emitió un comunicado de prensa en el que resumía las principales conclusiones del tribunal[2]. Después de emitir este comunicado de prensa, Riemer fue fulminantemente destituido por Michael Bradfield, encargado de supervisar el funcionamiento del Tribunal. (Previamente, Bradfield había actuado como asesor general del Comité Volcker y fue quien dirigió *de facto* la auditoría.) Se dice que Bradfield montó en cólera porque el comunicado de prensa señalaba que, de acuerdo con las demandas interpuestas ante el TRR-I, los bancos suizos debían únicamente 10 millones de dólares a víctimas del Holocausto[3]. Bradfield sostiene que se prescindió de Riemer porque no señaló «adecuadamente» que el TRR-I no era más que la primera etapa de un proceso de dos fases[4]. La lectura del comunicado de prensa

desmiente inequívocamente la afirmación de Bradfield. El profesor Riemer elaboró asimismo un minucioso informe final sobre la labor del TRR-I[5], que recibió los elogios unánimes de los árbitros del TRR-I. Bradfield lo guardó bajo llave, tachándolo de «irrelevante», y al propio tiempo desvió hacia Paul Volcker y el rabino Israel Singer la responsabilidad de impedir su publicación. (Ellos son los patronos de los Fundación Independiente para la Resolución de Reclamaciones que supervisó la labor del TRR-I). El juez Korman asegura enfáticamente que no llegó a leer el informe final del TRR-I, mientras que Bradfield sostiene que Korman sí lo leyó[6]. A finales de julio de 2002, la Asociación de Banqueros Suizos (ABS) decidió colgar en su página web el informe de Riemer.

Los datos estadísticos fundamentales y los cómputos definitivos del informe del TRR-I son los siguientes[7]:

Datos estadísticos y cómputos definitivos del TRR-I

- 5.500 nombres de titulares de cuentas inactivas publicados (incluidas víctimas del Holocausto y personas que no eran víctimas del Holocausto)
- 10.000 reclamaciones presentadas sobre 2.300 de estas cuentas
- 6.000 reclamaciones rechazadas (sesenta por ciento del total) tras una criba inicial y otras 1.000 reclamaciones (diez por ciento del total) rechazadas más adelante
- 3.000 reclamaciones (treinta por ciento del total) aceptadas sobre 1.000 cuentas, de las que 200 eran cuentas de víctimas del Holocausto
- el monto total con el que se indemnizó a los 3.000 reclamantes admitidos en relación con 1.000 cuentas = 40 millones de dólares
- el monto total con el que se indemnizó a los 200 titulares de cuentas que eran víctimas del Holocausto = 10 millones de dólares

Consideremos ahora los datos de los que disponía del TRR-II y las proyecciones del TRR-II basadas en las conclusiones del TRR-I:

Datos de los que disponía el TRR-II

- 36.000 cuentas cuyos titulares tenían una relación probable o posible con víctimas del Holocausto (21.000 nombres de titulares de cuentas publicados y 15.000 nombres no publicados)
- 32.000 reclamaciones presentadas sobre las 36.000 susodichas cuentas de las que se publicó o no se publicó en nombre del titular
- 12.000 reclamaciones presentadas por personas cuyos nombres se corresponden con los de titulares de cuentas que eran probables o posibles víctimas del

Holocausto (publicados o no publicados)[8].

Estas 12.000 reclamaciones que se corresponden con cuentas de titulares probables o posibles víctimas del Holocausto son más o menos equivalentes a las 10.000 reclamaciones iniciales; es decir, en ambos casos, las reclamaciones se refieren a cuentas de titularidad específica.

Proyecciones del TRR-II basadas en las conclusiones del TRR-I

- 8.400 reclamaciones (setenta por ciento de las 12.000 presentadas por personas cuyos nombres se corresponden con el del titular de una cuenta) acabarán por ser rechazadas
- 3.600 reclamaciones (treinta por ciento de las 12.000 presentadas por personas cuyos nombres se corresponden con el del titular de una cuenta) acabarán por ser aceptadas
- el monto total con que se indemnizará a los 3.600 reclamantes aceptados ascenderá a 50 millones de dólares[9].

A juzgar por los datos a disposición del TRR-II y por las proyecciones basadas en los datos estadísticos y los cómputos definitivos del TRR-I, el beneficio que obtuvieron los bancos suizos a expensas de las víctimas del Holocausto y sus herederos ascendió a 60 millones de dólares (10 millones según las conclusiones del TRR-I + 50 millones según las del TRR-II). Ahora bien, esta cifra es desproporcionadamente inferior a los 1.250 millones de dólares que pagaron los bancos suizos en la liquidación final, y no digamos ya a los 7.000-20.000 millones reclamados durante la campaña contra los bancos suizos.

Es posible que incluso la proyección de 60 millones supere las ganancias reales de los bancos suizos. El TRR-I se ocupó únicamente de cuentas inactivas, en tanto que el TRR-II tramitó demandas relativas tanto a cuentas inactivas como a cuentas cerradas relacionadas con el Holocausto, y fundamentalmente a estas últimas[10]. No obstante, el Comité Volcker concluyó que no había «pruebas de […] esfuerzos concertados para desviar los fondos de las víctimas de la persecución nazi hacia objetivos inadecuados»[11]. Así pues, aunque la proyección de 50 millones de dólares del TRR-II se basa en reclamaciones relativas a cuentas inactivas y también, y fundamentalmente, a cuentas cerradas, no hay pruebas de que la banca suiza se beneficiara significativamente de las cuentas cerradas. Quedan por resolver, y tal vez nunca se resuelvan, una serie de cuestiones relativas a cuántos titulares de cuentas judíos de la Europa ocupada por los nazis cerraron sus cuentas debido a las amenazas nazis, al valor de estas cuentas cerradas bajo coerción y a la culpabilidad de los bancos suizos por no haber tomado las precauciones correctas al tramitar las órdenes

de cancelación. El Comité Volcker únicamente descubrió que los «bancos transfirieron unas 400 cuentas a las autoridades nazis (en algunos casos aun sabiendo o debiendo haber sabido que la transferencia la ordenaban los titulares bajo coacción)»[12]. En cualquier caso, esto es muy distinto de la alegación original según la cual, llevados por la codicia (y el antisemitismo), los bancos suizos se enriquecieron a expensas de las víctimas del Holocausto y sus herederos.

2. Creación y posterior reestructuración a fondo del TRR-II[13]

Tal como se dispuso en el acuerdo de resolución de la demanda múltiple, el TRR-I volvió a reunirse en noviembre de 2001, después de haber sido sometido a algunas modificaciones, y con el nombre de TRR-II inició enérgicamente la labor de tramitar demandas en enero de 2002[14]. Los asesores especiales del TRR-II Paul Volcker y Michael Bradfield propusieron las normas de procedimiento y el juez Korman las aprobó. Se adoptaron de nuevo los criterios laxos con respecto a las pruebas aportadas que había aplicado el TRR-I, pero el procedimiento se racionalizó con objeto de agilizar la tramitación de las reclamaciones a la vez que se incorporaban nuevas normas relativas a las cuentas cerradas para garantizar que un máximo de presunciones favoreciera al demandante[15]. Aunque, en términos estrictos, el TRR-I era un tribunal arbitral (demandantes *versus* bancos) y el TRR-II no lo era (puesto que una vez que en enero de 1999 se acordó que la banca suiza pagara una suma no reembolsable de 1.250 millones de dólares, los bancos ya no entraban en juego), el cometido básico de ambos era el mismo: «Adoptar resoluciones relativas a los derechos de los demandantes con respecto a las cuentas de los bancos suizos» (*Normas*, p. 1). El Artículo11 de las *Normas* señalaba la continuidad básica entre ambos tribunales al indicar que «el presidente y los árbitros» del TRR-I «también podrán actuar, respectivamente, como presidente del tribunal y jueces sénior» del TRR-II. En abril de 2002, dos letrados suizos dimitieron del TRR-II y poco después se conminó a dimitir a seis compañeros extranjeros, tres de ellos judíos (concediéndoles veinticuatro horas para que desalojaran sus despachos). Un distinguido miembro estadounidense del TRR dijo refiriéndose a estas seis personas que eran «buenos abogados trabajadores que obedecen las órdenes y cumplen con su cometido […]. Lo máximo que puede decirse contra estos sujetos es que tuvieron suficiente sentido común y valor para plantear preguntas comprometidas sobre la aparente debilidad del programa dirigido (de hecho, gestionado al milímetro) por Bradfield». Otro antiguo miembro del TRR dijo que la destitución había sido un «acto vergonzoso». Llegado el mes de junio, una tercera parte de los miembros del TRR-II, incluido el finlandés Veijo Heiskanen, que era el secretario general, habían dejado de pertenecer al mismo. Según informaciones dignas de crédito aparecidas en las reputadas revistas suizas *Weltwoche* y *NZZ am Sonntag*, el principal motivo de

disensión fue la insistente presión de Bradfield para que el tribunal aumentase el número de reclamaciones aceptadas violando las normas de procedimiento y distorsionando los hechos. Además, los dieciséis jueces sénior o bien dimitieron, o bien fueron destituidos. Quince de estos jueces ya habían sido totalmente marginados por el TRR-II y muchos de ellos veían con malos ojos que se utilizaran sus nombres y su reputación para encubrir un proceso cada vez más equívoco en el que ya no participaban y sobre el que ya no tenían influencia[16].

De las 32.000 reclamaciones presentadas al TRR-II, 20.000 no se correspondían con ningún nombre de la lista de titulares de cuentas que eran posibles o probables víctimas del Holocausto. Antes del drástico cambio de miembros del TRR-II, este había tramitado las primeras 2.800 demandas de las 12.000 que restaban. Aun utilizando unos criterios laxos sobre las pruebas aportadas y un máximo de presunciones a favor de los demandantes, solo pudieron aceptar 400 demandas en base a la evidencia de la que disponían, es decir, el quince por ciento del total de 2.800. Si la tendencia se hubiera sostenido, al final solo habrían sido aceptadas 1.8000 de las 32.000 demandas que debía tramitar el TRR-II[17]. Dado que las 3.000 demandas aceptadas por el TRR-I resultaron en una indemnización de 40 millones de dólares, las 1.800 aceptadas por el TRR-II probablemente habrían generado una indemnización de 20 millones de dólares. Según estos cálculos, los beneficios totales de los bancos suizos derivados de las cuentas de víctimas del Holocausto habrían ascendido a 30 millones de dólares al cambio actual (10 millones de dólares del TRR-I + 20 millones de dólares del TRR-II). Antiguos miembros del TRR que están bien informados sugieren que el monto final probablemente habría sido un poco más elevado[18]. Aun así, incluso suponiendo que la cifra hubiese llegado a duplicar esta proyección, no se habría desviado mucho de los 30 millones de dólares que los bancos suizos propusieron en un principio como base de la negociación para compensar a las víctimas del Holocausto que tenían cuentas con ellos. La campaña de difamación que posteriormente se lanzó contra los banqueros suizos los obligó a someterse a una auditoría de 500 millones de dólares y a suscribir un acuerdo de liquidación que ascendía a 1.250 millones de dólares. *Si se hubiera permitido que el TRR-II finalizara su labor, probablemente sus conclusiones habrían puesto en evidencia a quienes acosaron a los bancos suizos.*

* * *

Los principales responsables del proceso del TRR-II —el asesor especial Michael Bradfield[19], el juez Edward Korman y el asesor principal del acuerdo Burt Neuborne— justifican el drástico cambio de equipo con dos motivos básicos:

(1) *Era necesario acelerar el proceso de resolución.* Sin embargo, los antiguos

miembros del TRR coinciden en señalar el que ritmo lento al que funcionó el TRR-I se debió básicamente a que Bradfield tardó mucho en proporcionarles una norma de procedimiento para establecer el valor actual de las demandas aceptadas, con lo que se produjo un retraso de casi un año, y, en general, el proceso se ralentizó a causa de las «engorrosas» normas que ideó para tramitar las demandas[20]. En cualquier caso, no está claro cómo despedir a los miembros con experiencia y nombrar a nuevos árbitros de dudosa autoridad para dirigir a un tribunal desmoralizado podía contribuir a acelerar el proceso[21]. Korman y Bradfield aseguran que el TRR-I tardó cinco largos años en concluir su misión, cuando en realidad solo pasaron tres años y medio desde que se recibió la primera reclamación en marzo de 1998 hasta que se resolvió la última en septiembre de 2001[22]. En sus primeros siete meses de actuación, el TRR-II tramitó más o menos la cuarta parte de las reclamaciones creíbles sobre cuentas de víctimas del Holocausto. A este ritmo, el TRR-II habría necesitado menos de dos años para concluir su labor. Ahora bien, tras la reestructuración del TRR-II, se informó de que el nuevo equipo tardaría al menos otros dos años en terminar la tarea[23]. El objetivo declarado del juez Korman de mejorar el funcionamiento del TRR-I tampoco concuerda con su supuesta indiferencia ante al valioso informe del profesor Riemer que analizaba la experiencia del TRR-I. (Korman dijo que solo estaba dispuesto a leerlo si se lo enviaban directamente.) Asimismo, hace al caso señalar que, ya sea por ignorancia o por falta de sinceridad, Bradfield, Korman y Neuborne no son siempre una fuente de información precisa ni siquiera con respecto a datos básicos sobre las labores de tramitación del TRR. Bradfield ha aseverado en diversas ocasiones que los demandantes del TRR-II sextuplicaban en número a los del TRR-I, cuando en realidad solo los triplicaban (30.000 versus 10.000). El juez Korman ha afirmado que el procedimiento para calcular las adjudicaciones monetarias empleado por el TRR-II es idéntico al del TRR-I, cuando en realidad a principios de junio se introdujo en él un cambio crucial. Neuborne aseguró en febrero de 2002 que el número de cuentas del TRR-II que tenían una relación «probable o posible» con el Holocausto ascendía a 46.000, cuando no eran más que 36.000[24].

(2) *Los miembros del TRR-II no comprendían cuál era su función*. El juez Korman sostiene que los jueces sénior «nunca fueron parte del proceso del TRR-II, nunca se consideró que lo fueran y sus dimisiones se encuadraban en un esfuerzo para generar publicidad negativa»[25]. Sin embargo, las *Normas* del TRR-II bosquejadas por Bradfield y aprobadas por Korman requerían explícitamente que los árbitros del TRR-I actuaran como jueces sénior y, en noviembre de 2001, Volcker y Bradfield invitaron a los dieciséis jueces sénior del TRR-II a asistir a una «convocatoria de jueces» en Zúrich con la expectativa de que desempeñaran un papel fundamental en el TRR-II. Burt Neuborne sostiene que a los jueces sénior «les costaba mucho cambiar de mentalidad, modificar la idea de quiénes eran y en qué

consistía su misión, aceptar que ya no eran jueces sino investigadores […]. Actuaban como si fueran jueces». No obstante, nunca se sugirió que los jueces sénior actuarían como «investigadores» (los encargados de realizar cualquier investigación sobre hechos concretos eran los abogados del equipo) y, excepción hecha del norteamericano Roberts B. Owen, los jueces sénior no pudieron experimentar «dificultades» de adaptación, y mucho menos actuar como jueces, dado que a ninguno de ellos se le solicitó que hiciera nada durante el proceso del TRR-II. Las complejas distinciones de Neuborne no hacen al caso, sea cual sea la intención con que las hiciera, pues ¿no compartían el TRR-I y el TRR-II la misma misión básica de verificar qué reclamaciones sobre las cuentas suizas eran válidas y cuáles no? Con objeto de justificar el desmantelamiento de los criterios de prueba del TRR-II (i.e., empleando un «nivel de probabilidades» aún menor), Neuborne establece un contraste entre el TRR-I, que desempeñaba una función «resolutoria» entre los demandantes y los bancos, y el TRR-II, que solo se ocupa de las víctimas del Holocausto que constituyen una «familia»[26]. Pero ¿no era precisamente el objetivo del proceso del TRR determinar quién pertenecía y quién no pertenecía a esa «familia»? De hecho, toda reclamación aceptada indebidamente supone que se resta dinero al fondo residual para el plan de cobertura médica de las víctimas del Holocausto[27], o en palabras de Bradfield, «en la medida en que se entrega a personas que no tienen derecho a ello, se está cometiendo una injusticia con los miembros de la categoría en cuestión». Haciéndose eco de Neuborne, Bradfield afirmaba que «los miembros del tribunal que se han ido habían heredado del TRR-1 una serie de enfoques y actitudes que era necesario cambiar», y ponía de relieve que el TRR-II reestructurado se fundamentaría en lo que él llamaba una «nueva cultura»[28]. El significado exacto de esta expresión lo explicó el juez Korman en una charla que impartió a los miembros del recién reconstituido TRR-II con objeto de infundirles ánimos. Korman afirmó que, desde la creación del TRR-I, «las personas implicadas eran proclives a rechazar las reclamaciones»[29]. Merece la pena someter a un examen detallado esta insólita afirmación. La secretaría del TRR-I constaba de 125 personas: abogados, personal paralegal, contables y otros empleados procedentes de veinticinco países. Los patronos Paul Volcker y el rabino Israel Singer (del Congreso Judío Mundial) dieron su aprobación a diecisiete eminentes árbitros sénior de siete países distintos, incluidos cuatro de Israel y cuatro de Estados Unidos, en tanto que Bradfield dirigía la administración. Las normas de procedimiento del TRR-I estipulaban explícitamente el método de denunciar la falta de independencia e integridad de los árbitros, mientras que los propios árbitros establecieron procedimientos especiales para evitar la posibilidad de ser tendenciosos. El tribunal recibió una sola denuncia formal sobre la imparcialidad de un árbitro y los demandantes tan solo recurrieron un mínimo porcentaje de decisiones. El informe

final de Riemer está repleto de ejemplos que ponen de manifiesto el trato irreprochable que el tribunal dio a los demandantes (cfr. pp. 31, 51-53). Debe recordarse asimismo que el propio Korman aprobó que el TRR-II se constituyese como una prolongación del TRR-I dada la positiva experiencia de este último y que, según todas las fuentes, el TRR-II se adhirió escrupulosamente al generoso criterio de «plausibilidad» de las pruebas empleado por el TRR-I. A pesar de todo esto, quien escuche ahora a Korman creerá que los miembros del tribunal se embarcaron en una gran conspiración para «rechazar demandas». Superando a Korman, Neuborne alega que detrás del rechazo de las demandas del TRR-I están emboscados los banqueros suizos, empeñados en un «juego de relaciones públicas. No quieren que al final se diga que entregaron 800 millones de dólares a titulares de cuentas bancarias; quieren decir que solo encontraron a unos cuantos [demandantes legítimos]», y fueron «chantajeados»[30]. Sin embargo, según el informe final de Riemer sobre el TRR-I, «una vez superados los malentendidos iniciales, la participación de los bancos fue en general cooperativa y la comunicación con ellos, constructiva»; por su parte, Bradfield afirma categóricamente que los bancos suizos no han desempeñado —y según el propio Neuborne, han *decidido* no desempeñar— ningún papel en el TRR-II.

El verdadero juego de relaciones públicas tal vez sea el que están jugando Bradfield, Korman y Neuborne. Por lo visto, temiendo que lo último que se diga sea que se chantajeó a los banqueros suizos, se han hecho con el control absoluto del nuevo TRR-II. Korman elogia a Neuborne por ser «un magnífico erudito y abogado», en tanto que Neuborne ensalza a Korman diciendo que es «uno de los jueces norteamericanos mejores y más justos. Es un hombre realmente maravilloso, extraordinario»[31]. Tanta estima recíproca resulta conmovedora, pero ¿dónde han quedado los límites y los controles? Las normas de procedimiento del TRR-II se han reformado para eliminar a todos los jueces independientes del proceso de instrucción de las demandas y el nuevo equipo está principalmente compuesto por jóvenes letrados norteamericanos elegidos a dedo por Bradfield. Korman justifica esto último alegando que «todos los líos de Europa los ha resuelto Estados Unidos gracias a sus jóvenes»[32].

La última palabra con respecto a las normas de procedimiento es de Korman y todas las decisiones sobre las demandas están sujetas a su aprobación final. Nada impide que, con objeto de evitar acusaciones de chantaje, el juez Korman revise las normas y acepte reclamaciones hasta que se alcance el número deseado de reclamaciones aceptadas y la adjudicación de dinero por reclamación aceptada deseada. De hecho, esta fue precisamente la primera prioridad que se estableció. En una carta de febrero de 2002 dirigida al juez Korman, Neuborne decía refiriéndose al TRR-II que «al ritmo actual, el dinero distribuido se aproximará a los 800 millones de dólares asignados a la categoría de activos depositados, o incluso los excederá». Si

Neuborne así lo creía, es extraño que a finales de abril de 2002 instara al juez Korman a relajar aún más unos criterios de prueba ya de por sí laxos. El celo de Neuborne resultó innecesario en este caso, siendo así que las normas del TRR-II establecidas para favorecer a los reclamantes ya habían suavizado los susodichos criterios[33]. No obstante, a principios de junio, Bradfield recomendó y Korman aprobó una revisión que sí sería crucial: las cuentas con un balance modesto serían indemnizadas con cantidades sustancialmente mayores que hasta entonces. (Este incremento es independiente de la generosísima compensación por las tasas e intereses bancarios que se entregaba rutinariamente a todos los demandantes cuyas reclamaciones se aceptaron.) Bradfield justificó esta modificación alegando que las cuentas de víctimas del Holocausto con un saldo escaso seguramente habían sido sometidas a «manipulaciones por el banco»[34]. Cuando propuso por primera vez el cambio de normativa con esta justificación, en septiembre de 2001, los miembros del tribunal, pese a sus deseos de aceptarlo, desmontaron su hipótesis porque carecía de «una base racional o fáctica (numerosos cuentacorrentistas reducen los activos de sus cuentas a niveles bajos)»[35]. De hecho, como ya se ha señalado, el Comité Volcker no encontró pruebas de que los bancos suizos hubieran sustraído sistemáticamente dinero de las cuentas de víctimas del Holocausto. Con el TRR-I, la adjudicación a cada cuenta de una víctima del Holocausto validada era por término medio de 50.000 dólares. Hoy día asciende a 115.000 dólares[36]. Además, ni una sola de las 32.000 reclamaciones presentadas al TRR-II ha sido rechazada oficialmente hasta la fecha. En una carta dirigida a los miembros del TRR-II en julio de 2002, Bradfield anunciaba que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías (dirigida por Israel Singer) iba a colaborar en la instrucción de las reclamaciones[37]. Entre sus «importantes» responsabilidades estaría la de volver a examinar las 20.000 demandas presentadas por personas cuyos nombres no se correspondían con titulares de cuentas que fueran víctimas del Holocausto, y que incluso Neuborne daba por hecho que serían rechazadas «casi con plena seguridad» a no ser que apareciera alguna información nueva. Neuborne afirma que se recabó la ayuda de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales debido al «magnífico trabajo» que había realizado hasta el momento para identificar y compensar a 105.000 judíos que habían trabajado en régimen de esclavitud, quedando aún pendientes otros 40.000 o 45.000 cuyas reclamaciones probablemente serían aprobadas pronto[38]. De hecho, la Conferencia ha obrado un auténtico milagro. Según la autoridad sobre el holocausto nazi de mayor reconocimiento mundial, Raul Hilberg, el número total de antiguos trabajadores esclavizados judíos que aún seguían con vida en mayo de 1945 estaba «muy por debajo de los 100.000»[39]. Incluso el Congreso Judío Mundial reconoce que de los supervivientes del Holocausto que había en mayo de 1945, solo siguen vivos hoy día un veinte por ciento como máximo[40]; o lo que es lo mismo, de los judíos que

trabajaron en régimen de esclavitud, solo viven actualmente 20.000 como máximo. Si la Conferencia sobre Solicitudes Materiales es capaz de encontrar a 150.000 antiguos trabajadores esclavizados judíos, ¿quién pone en duda que logrará que se acepten las 20.000 reclamaciones que están «casi con plena seguridad» abocadas al rechazo? («La Conferencia sobre Solicitudes Materiales presentó bajo sello al tribunal» los nombres de estos presuntos 150.000 judíos que trabajaron en régimen de esclavitud, lo cual significa que nadie sabrá jamás quiénes son o si de hecho han existido[41].

Según Neuborne, el juez Korman «se limitará a dar un repaso rápido a las demandas, que se le presentarán por lotes». Lo extraño sería que llegara siquiera a hacer eso. De momento, Korman ha puesto su sello de aprobación en todas las recomendaciones para la aceptación de demandas hechas por Bradfield, por muy peregrina que fuera la argumentación para justificarla[42]. Contra toda evidencia en cada de uno de los casos, una demanda se aceptó basándose en la alegación de que la banca suiza había negado el acceso a su cuenta a una víctima del Holocausto; la aprobación de otra demanda sostenía que el titular original de la cuenta aún no había cobrado sus ganancias; y otra demanda fue aprobada porque se argumentaba que los bancos suizos se habían apropiado del dinero de la cuenta[43].

3. Publicación del *Informe final* de la Comisión Bergier y cómo se utilizó para desacreditar las conclusiones del Comité Volcker

Una comisión internacional creada por decreto del gobierno suizo en 1996 y presidida por el historiador suizo Jean-François Bergier emitió a comienzos de 2002 su *Informe final, Suiza, el Nacionalsocialismo y la Segunda Guerra Mundial*[44]. Este documento de 600 páginas resume y sitúa en un contexto histórico más amplio una serie de investigaciones especializadas que llenan veinticinco volúmenes. Polémico por su tono y su intención, el *Informe final* de la Comisión Bergier otorga a la elite suiza política y económica un grado elevadísimo de responsabilidad ética y legal; hay que decir, no obstante, que al margen de cuáles fueran sus objetivos, los estudiosos suizos obtienen sustanciosas recompensas institucionales por promocionar a la banca suiza y requieren escaso valor moral para hacerlo. (El valor moral requerido por los estudiosos estadounidenses integrantes de la comisión es aún menor y las recompensas institucionales, todavía mayores.) Como tantas obras polémicas, el *Informe final* utiliza una retórica inflamada —se dice que la actuación de Suiza durante la guerra «supera todo lo imaginable» (p. 493)—, y está repleto de exageraciones, omisiones y distorsiones. El informe condena con mucha razón a las elites suizas por negar la entrada a «varios miles» de judíos que huían de la maquinaria mortífera de los nazis, pero se extralimita al concluir que la política de refugiados suiza desempeñó un papel «instrumental» en la Solución Final (p. 168). Pone de relieve el hecho de que los bancos suizos compraron oro robado por los nazis

a la víctimas del Holocausto —«el vínculo material más claro entre las actividades bancarias suizas y el genocidio nazi» (pp. 249-250)—, pero omite mencionar el hallazgo fundamental del estudio especializado sobre las transacciones de oro que realizó la Comisión Bergier, a saber, que los bancos suizos no adquirieron *a sabiendas* «oro de las víctimas»[45]. El informe lamenta con razón el hecho de que después de la guerra Suiza sirviera de tanto en tanto de escondite o lugar de escala a nazis huidos, pero también mantiene que esta política iba «en contra de las estrategias de posguerra de los aliados victoriosos» (p. 387) y, al mismo tiempo, pasa por alto el reclutamiento deliberado y masivo que hizo Estados Unidos de segmentos de las elites nazis (incluidos altos cargos de las SS) cuando lo consideraba útil para sus propios proyectos[46]. Señala con acierto que en la Suiza de preguerra dominaba el antisemitismo, pero a continuación sostiene que como esta hostilidad era «básicamente verbal» y «no violenta», resultaba «mucho más peligrosa porque no provocaba ningún sentimiento de culpa a la población» (pp. 496-497). ¿Habría sido realmente mejor que los suizos asesinaran a los judíos? Por último, en la conclusión del informe se enumeran múltiples razones que dan cuenta del renovado interés en la actuación de Suiza durante la guerra y en su forma de actuar en relación con las compensaciones por el Holocausto después de la guerra, pero no se menciona ni una vez la campaña a gran escala de las organizaciones judías estadounidenses y de la Administración Clinton en contra de Suiza (pp. 493-498)[47]. Verdaderamente, esto es como *Hamlet*sin el príncipe de Dinamarca.

Con respecto a las acusaciones contra los bancos suizos, el Comité Volcker llegó a la conclusión de que no había «pruebas de que se hubiera incurrido sistemáticamente en discriminación, obstrucción del acceso a las cuentas, malversación o violación de lo dispuesto en la legislación suiza para la conservación de documentos», ni tampoco «evidencia de una destrucción sistemática de registros con vistas a ocultar el comportamiento pasado»[48]. Ahora, Korman y Neuborne sostienen que el *Informe final* de la Comisión Bergier desmiente las conclusiones fundamentales del Comité Volcker. Korman dice que «la única historia pertinente […] se encuentra en el informe Bergier […], la historia de cómo los bancos pusieron trabas a los supervivientes», en tanto que Neuborne afirma que el *Informe final*demuestra «el engaño sistemático practicado por los bancos y el recurso consciente a la destrucción de documentos para ocultar sus malas prácticas»[49]. En un giro novelesco, Bradfield argumenta que «el Informe Bergier demuestra con claridad que los bancos suizos practicaron activamente una política polifacética de plantar resistencia a las reclamaciones de las víctimas de los nazis» y, al mismo tiempo, que el Comité Volcker llegó a «conclusiones similares»[50]. Antes de entrar a considerar estas argumentaciones, conviene señalar dos anomalías:

(1) Antes de la publicación del *Informe final*, Neuborne y Korman sostenían que

la auditoría de Volcker confirmaba las acusaciones presentadas contra los bancos suizos. Korman dijo al Tribunal que «la relevancia del informe Volcker es que proporcionó legitimidad legal y moral a las demandas interpuestas» por los abogados[51]. Y Neuborne hizo una afirmación similar: «La auditoría del Comité Volcker validó las alegaciones fundamentales que sustentaban el litigio de la banca suiza»[52]. Echando al olvido el informe Volcker, Neuborne y Korman enarbolan ahora el *Informe final* para justificar el ataque contra los bancos suizos.

(2) La investigación del Comité Volcker fue, en palabras de Korman, «la auditoría más amplia de la historia», y costó 500 millones de dólares[53]. Las dos fuerzas principales que hubo detrás de la auditoría fueron Paul Volcker y Michael Bradfield. Si, como afirma Korman, el *Informe final* de la Comisión Bergier invalida las conclusiones fundamentales del Comité Volcker, eso supone que la investigación de Volcker y Bradfield debió de ser una chapuza monumental. Uno se pregunta por qué Korman continúa manteniendo a Volcker y a Bradfield como asesores especiales del TRR-II.

Una prueba fundamental citada a partir del *Informe final* de la Comisión Bergier es una reunión de mayo de 1954 en la que, en palabras de Neuborne, «la banca suiza adoptó unas prácticas comunes diseñadas para frustrar los esfuerzos de localizar los fondos que habían sido inadecuadamente transferidos a los nazis»[54]. El pasaje del *Informe final* que Neuborne destaca se ha extraído de un estudio especializado de la Comisión Bergier sobre las cuentas inactivas suizas (volumen 15), que fue realizado por Barbara Bonhage, Hanspeter Lussy y Marc Perrenoud[55]. El *Informe final* carga las tintas aquí como lo hace en general: mientras el volumen de Bonhage y otros hace referencia de pasada a una reunión de «los representantes legales de algunos grandes bancos» (p. 288), el *Informe final* concede una importancia máxima a esta reunión de «los representantes legales de *los* grandes bancos» (p. 446, el énfasis es mío). Y lo que es peor, Neuborne entra a saco en el pasaje del *Informe final*, pues este no se refiere a «fondos que habían sido inadecuadamente transferidos a los nazis» sino a «activos de las víctimas no reclamados». El estudio especializado de la Comisión Bergier realizado por Bonhage y otros confirma explícitamente las conclusiones principales del Comité Volcker (p. 33). En efecto, pese a sus hipérboles, el *Informe final* Bergier nunca desmiente el estudio Volcker, más bien al contrario. Aunque en el informe se vierten con frecuencia juicios críticos sobre investigaciones previas relativas a asuntos que hacen al caso (pp. 31, 246), en ningún momento se alude siquiera a que se tengan reservas con respecto a las conclusiones del informe Volcker. Por el contrario, en el *Informe final* se dice que sus valoraciones de carácter más «general» se basan enteramente en la auditoría Volcker (p. 34), y que, «en conjunto», sus propias conclusiones «son respaldadas por los hallazgos del Comité Volcker» (p. 456). El *Informe final* niega específicamente que los bancos suizos «trataran de cubrir

sus huellas sistemáticamente y de común acuerdo» destruyendo sus registros como en una «teoría de la conspiración disparatada» (40)[56]. Al indicar que su estudio confirmaba las conclusiones del Informe Volcker, Barbara Bonhage observó que era «una pena que se explotara el Informe Bergier» y que los resultados del Comité Volcker y de la Comisión Bergier «se complementan entre sí; no se deben contraponer»[57].

* * *

Desde el principio, Raul Hilberg denunció en reiteradas ocasiones que se estaba «chantajeando» a los bancos suizos. Pero Neuborne, a todas luces muy afectado por esta acusación de chantaje, recurrió al juez Korman para que la desmintiera y él cumplió obedientemente sus deseos[58]. Cuando la instrucción de demandas contra la banca suiza amenazaba con confirmar la acusación de Hilberg (de la que ahora se hacen eco incluso los medios de comunicación más importantes)[59], se quitó de en medio el informe final del TRR-I, se despidió al equipo del TRR-II y se malinterpretaron las conclusiones del *Informe final* de la Comisión Bergier. ¿Se dedicarán ahora Bradfield, Korman y Neuborne a despilfarrar en demandas no válidas el dinero suizo destinado a las víctimas del Holocausto solo para proteger su reputación? Todo parece indicar que se están cubriendo todos los frentes. Cuando Christopher Meilli, vigilante de seguridad de un banco suizo, declaró que los bancos suizos estaban destruyendo documentos claves, en Estados Unidos (su país de adopción) se le puso por las nubes, como si fuera un mártir y un héroe. Poco después, resentido con sus nuevos benefactores, Meilli ha denunciado una y otra vez la corrupción de quienes acosan a los bancos suizos[60]. En la página 7 de una carta de febrero de 2002 que Burt Neuborne escribió al juez Korman sobre los honorarios de los abogados, de pronto recomendaba la entrega de *un millón de dólares* a Meilli, como «desembolso especial para los abogados», con objeto de compensarle «por las pérdidas que ha sufrido en su esfuerzo por decir la verdad», y Korman aprobó dicho desembolso en marzo de 2002[61]. Según las estipulaciones del acuerdo que Neuborne negoció con la industria alemana, cada superviviente de Auschwitz recibió 7.500 dólares.

Apéndice a la segunda edición en rústica

Injusticia perfecta
Respuesta a *Imperfect Justice: Looted Assets, Slave Labor, and the Unfinished Business of World War II*, de Stuart E. Eizenstat[1]

> Creo que el legado más duradero del esfuerzo que dirigí fue sencillamente que la verdad haya salido a la luz… (p. 346).

I

La presidencia de Clinton coincidió con un curioso capítulo de los anales de la diplomacia estadounidense: la campaña en pro de la compensación por el Holocausto. Actuando de común acuerdo con toda una variedad de poderosas organizaciones e individuos judeo-estadounidenses, la Administración Clinton extrajo miles de millones de dólares a los países europeos, un dinero que presuntamente había sido robado a las víctimas del Holocausto durante la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra. Stuart Eizenstat desempeñó un papel clave en esta iniciativa de Clinton. Eizenstat desempeñó diversos cargos importantes de la Administración Clinton y, al parecer, dedicó la mayor parte del tiempo que los ocupó a la compensación del Holocausto. (Anteriormente, en su calidad de asesor principal de Política Interior de la Casa Blanca en tiempos del presidente Carter, recomendó y medió en la creación del Museo del Holocausto de Estados Unidos; el objetivo era aplacar la furia de los judíos desatada por el reconocimientos de los «derechos legítimos» de los palestinos por parte de Carter y por la venta de armas a Arabia Saudí)[2]. En *Imperfect Justice*, Eizenstat, gracias a su información privilegiada, ofrece una visión bien fundada de las negociaciones con los gobiernos y la industria privada europea y de las presiones a que se les sometió. Este análisis de Eizenstat, que contiene revelaciones cruciales y también omisiones cruciales, confirma que la campaña en pro de la compensación por el Holocausto en realidad constituyó una «doble extorsión» a los países europeos y a las víctimas del Holocausto; y su legado más duradero ha sido contaminar la memoria

del holocausto nazi aún con más mentiras e hipocresía.

Con escasas pretensiones de imparcialidad y practicando claramente el arte de congraciarse con los poderosos, Eizenstat retrata a los protagonistas principales de la extorsión del Holocausto en término elegíacos. Edgar Bronfman, el multimillonario heredero de la fortuna de la industria de las bebidas alcohólicas Seagram y presidente del Congreso Judío Mundial (CJM) «era una presencia deslumbrante: alto, guapo y gallardo» (p. 52). En su testimonio ante el Congreso, este vendedor de licores resultó ser un diplomático megalómano que aseguraba representar a todo el mundo judío, tanto a los vivos como a los muertos[3]. El rabino Israel Singer, secuaz de Bronfman y director ejecutivo de CJM, era «encantador, aunque también díscolo […] brillante, de verbo rápido, un orador de talento, magnético» (p. 53). Otros recuerdan a este vulgar cínico, con su inseparable kipá de lana negra inclinada sobre la cabeza, en términos menos halagüeños. «Nos hablaba de una manera increíble, menudo tono y menudos modales», exclamaron los banqueros suizos, rompiendo sus reservas habituales (p. 134). Incluso uno de los principales abogados de las demandas colectivas llegó a la conclusión de que para Singer «la verdad era un suceso aleatorio» (p. 226). Abraham Foxman, director nacional de la Liga Anti-Difamación, que está especializado en difamar a los demás cuando no se encuentra enredado en algún nuevo escándalo[4], gozaba de la «admiración general» según Eizenstat (p. 125); al notoriamente corrupto exsenador de Nueva York, Alfonse D'Amato, lo elogia por su «impresionante energía, su entusiasmo y un instinto político que le sale directamente de las entrañas»; y Lawrence Eagleburger, que se embolsa 360.000 dólares al año (por una media aproximada de un día de trabajo a la semana) en calidad de presidente de la Comisión Internacional de Seguros de la Era del Holocausto, tiene en opinión de Eizenstat un gran «sentido del deber» (pp. 62, 267). Por otra parte, Eizenstat vitupera al presidente de Bielorrusia, Aleksandr Lukashenko, por ser un dictador de «puño de hierro» (p. 37). En realidad, el mayor pecado cometido por Lukashenko a ojos de Eizenstat y los de su especie es que «no es dado a aceptar órdenes» de Washington; ni tampoco de la industria del Holocausto, que ha tratado en vano de chantajear a Bielorrusia para obtener una indemnización por el Holocausto[5].

Repleto de medias verdades e hipérboles, el libro de Eizenstat lleva las señales características de las publicaciones de la industria del Holocausto. Habla del «asesinato de 1.600 judíos en 1941 en el pueblo [polaco] de Jedwabne» (p. 42), pese que la cifra total (ya de por sí espantosa) fue casi con certeza de unos centenares[6] y declara retóricamente que «como el propio Holocausto, la eficacia, la brutalidad y la escala del pillaje nazi de obras de arte no tiene parangón en la historia» (p. 187)[7]. Informa asimismo de las reclamaciones de supervivientes del Holocausto sobre activos robados o cuentas suizas, dándolas por buenas aunque no se hubieran verificado; así, por ejemplo, nos habla de un líder judío eslovaco que alegó que «su

madre tenía tantas ganas de olvidar la devastadora experiencia de la guerra que tiró el recibo de sus efectos personales» (p. 36), o de testimonios no demostrados de testigos fundamentales en el litigio contra los bancos suizos, como Greta Beer (pp. 4, 46-48; en la p. 183, Eizenstat reconoce que «nunca se sabrá la verdad» con respecto a la historia francamente ridícula que contó Beer). Por último, Eizenstat repite lugares comunes de la industria del Holocausto, como que «es curioso que se invoquen las leyes sobre el secreto bancario [suizas] para actuar contra las familias que quieren recuperar sus cuentas, siendo así que estas leyes se promulgaron en 1934 con objeto de proporcionar un refugio seguro contra los nazis» (p. 48), cuando en realidad el objetivo fundamental de la ley de 1934 «no era […] proteger los activos de los clientes judíos de la confiscación por el régimen nazi»[8].

Para explicar el interés público por la compensación por el Holocausto que se despertó súbitamente a mediados de la década de 1990, Eizenstat en un principio sostiene que «los supervivientes del Holocausto […] empezaron a contar historias largo tiempo ocultas y a intentar que se les hiciera justicia en alguna medida por lo que se les había arrebatado» (p. 4). «*Empezaron* a contar…» da que pensar; ¿dónde se habría metido Eizenstat durante el boom de los años de la industria del Holocausto del último cuarto de siglo? No obstante, más adelante reconoce que «Edgar Bronfman, el multimillonario que preside el Congreso Judío Mundial, estaba bien relacionado políticamente y era un firme partidario del Presidente y de la Primera Dama. Les instó a […] tomarse un interés personal en que por fin se hiciera justicia a los supervivientes del Holocausto» (p. 5); y que Bronfman era «uno de los mayores donantes de la campaña presidencial de Bill Clinton» y «Edgar Bronfman sometió a una fuerte presión política a la Administración Clinton» para que «restituyera las propiedades judías confiscadas» (pp. 57, 25). En efecto, Bronfman se encontraba entre los cinco donantes individuales principales (si no era el número uno) del Comité Nacional Democrático para el ciclo electoral de 1996, y, por otra parte, «se pensaba que el "dinero judío" había servido para cubrir aproximadamente la mitad de la financiación del Comité Nacional Democrático» y «también aproximadamente la mitad de la financiación de la campaña presidencial democrática —y algo más en el caso de un candidato tan popular entre los judíos como Bill Clinton»[9]. La campaña en pro de la compensación por el Holocausto estaba tan estrechamente vinculada a los poderosos intereses de los judíos norteamericanos que uno de los principales congresos sobre el oro robado por los nazis se convocó a propósito en Londres, «para que no diera la impresión de que todo el esfuerzo de restitución no era más que una idea norteamericana impulsada por la comunidad judía norteamericana» (p. 112).

Ahora bien, Eizenstat pone un gran énfasis en negar que la Administración Clinton actuara movida solo por motivos mercenarios. Aunque «la *realpolitik*, el propio interés político y económico, es el impulso básico que mueve la política

exterior europea», comenta Eizenstat, «las cosas son distintas en Estados Unidos. Incluso los europeos más sofisticados no consiguen comprender que la política exterior estadounidense es una mezcla única y compleja de moralidad e interés propio» (p. 5; cfr. p. 272). ¿Quién puede dudar de los impulsos éticos de Clinton? Una de las cosas que hizo Clinton durante sus últimas horas de mandato presidencial fue indultar a Marc Rich, un comerciante multimillonario que se fugó a Suiza en 1983 teniendo pendiente un juicio en el que se presentaban contra él cincuenta y un cargos por evasión de impuestos, asociación ilícita y violación de las sanciones comerciales impuestas a Irán. Desde su refugio suizo, Rich levantó un emporio empresarial y se convirtió en un gran benefactor de las organizaciones judías e israelíes, a la vez que cultivaba —con gran coherencia— una relación lucrativa con la mafia rusa. Los beneficiarios de la generosidad de Rich, como Abraham Foxman, presidente de la Liga Anti-Difamación (que promovió la idea del indulto presidencial), el rabino Irving Greenberg, presidente del Museo del Holocausto de Estados Unidos, o Ehud Barak, Shimon Peres y posiblemente Elie Wiesel, mediaron ante Clinton en favor de Rich. Claro está que solo los europeos poco sofisticados dudarían de que el impulso que llevó al presidente a conceder un indulto «prácticamente sin precedentes en la historia norteamericana» (Clinton) fuese la clemencia[10].

II

El plato fuerte del relato de Eizenstat es el litigio contra los bancos suizos, inicio y modelo de la campaña de chantajes. La industria del Holocausto aducía que, después de la guerra, los bancos suizos habían negado acceso a sus cuentas a las víctimas del Holocausto y a sus herederos[11]. Eizenstat informa de que en la primera reunión celebrada entre los principales protagonistas en septiembre de 1995, Edgar Bronfman declaró que «no le interesaba un acuerdo de un pago único, sino que se estableciera un proceso serio para determinar qué había realmente en las cuentas y pagárselo a sus propietarios legítimos», y los banqueros suizos aceptaron en principio dicha propuesta (p. 59); de que en diciembre de 1995, la Organización Judía Mundial para la Restitución (OJMR, una escisión del CJM) y la Asociación de Banqueros Suizos (ABS) «trazaron el bosquejo básico de un acuerdo» según el cual «los bancos abrirían sus archivos para que se revisaran las cuentas inactivas y la parte judía del acuerdo los inspeccionaría confidencialmente» (p. 63); de que antes de que el senador D’Amato compareciera ante el senado en abril de 1996 para hablar de los bancos suizos, la ABS «envió por fax a Singer la propuesta de que se hiciera una auditoría independiente» y «escribió a D’Amato ofreciéndole una auditoría independiente» (p. 66); y de que el representante de la ABS en las comparecencias ante el Senado «hizo

todo lo posible para indicar que los bancos suizos tratarían de buscar más cuentas inactivas y anunció que los bancos estaban dispuestos a someterse a una auditoría independiente» (p. 68)[12]. En mayo de 1996, se formalizó una auditoría independiente en un «Memorando de acuerdo» entre la ABS y los representantes judíos y, pese a las crecientes presiones de la industria del Holocausto para abortarla, los banqueros suizos apoyaron firmemente la auditoría «para restablecer nuestro honor y la confianza en los bancos al demostrar la falsedad de las alegaciones» (p. 153; cfr. p. 119). Sin embargo, Eizenstat recurre insistentemente a la distorsión de la cronología y la dinámica de estas negociaciones para demostrar la renuencia de los suizos. Afirma que si los bancos suizos se hubieran mostrado en un principio «abiertos […] a una auditoría independiente, todo el asunto habría concluido rápidamente» (p. 59), cuando la realidad es que los bancos dieron el visto bueno a la auditoría en la primera reunión con Bronfman; que la comparecencia de D’Amato «impulsó […] la idea de auditar las cuentas de la época de la guerra» (p. 69), cuando lo cierto es que los bancos suizos ya habían acordado las condiciones de la auditoría antes de la comparecencia; que el apoyo a la auditoría manifestado por los bancos suizos en la comparecencia ante el Senado no «fue más que un reflejo de la línea de actuación de los bancos» (p. 68), como si hubieran si los bancos y no la industria del Holocausto los que hubieran reclamado la auditoría; y que los bancos suizos temían una auditoría «debido a sus tácticas obstruccionistas de posguerra y al tratamiento que habían dado a las cuentas inactivas» (p. 65), cuando en realidad respaldaron con toda firmeza que se terminase la auditoría pese a la oposición de la industria del Holocausto.

* * *

«A finales del verano de 1996», nos dice Eizenstat, «la controversia de la banca suiza ya se había aplacado. El Comité Volcker se había puesto en marcha y pronto comenzaría una auditoría independiente de las cuentas bancarias suizas, lo cual era el objetivo del CJM y del gobierno de Estados Unidos» (p. 74). La pregunta obvia es: ¿Por qué no terminó todo ahí? Eizenstat da una respuesta simple: «Los abogados secuestraron la disputa con la banca suiza» (p. 75). Una explicación a la que, ciertamente, es difícil dar crédito. A finales de 1996, varios equipos de abogados habían interpuesto demandas colectivas contra los bancos suizos en las que reclamaban miles de millones de dólares alegando que, además de haberse beneficiado de las cuentas inactivas de los judíos, los bancos habían obtenido beneficios económicos del trabajo judío en régimen de esclavitud y habían robado activos judíos. Después de señalar que «los abogados no estaban interesados en descubrir la verdad histórica» sino que «la mayoría iban detrás del dinero» (p. 77),

Eizenstat pone de relieve reiteradamente la inconsistencia de las alegaciones: «Una exageración legal» (p. 116), «sin evidencia documental» (p. 118), «para reforzar las precarias bases en que se apoyaban el grueso de sus alegaciones jurídicas, [Weiss, uno de los abogados de las demandas colectivas] comenzó a promover presiones externas contra los suizos» (pp. 122-123), «de hecho, carecían de evidencia en la que fundamentar las demandas» (p. 141), «Hausfeld [otro de los abogados de las demandas colectivas] reconoció que no podía establecer una conexión que resultara válida en un juicio» (p. 143), «advertí a los abogados que […] tenía que haber una vinculación plausible para justificar los grandes desembolsos por parte de los bancos; no podía parecer que se doblegaban a las presiones sin más» (p. 144), «Hausfeld era consciente de la debilidad de su argumentación jurídica y no quería exponerse a las indagaciones de los suizos» (p. 168) y así sucesivamente[13]. Por otra parte, la ABS «criticó las demandas porque carecían de todo valor jurídico y argumentó que la auditoría Volcker bastaba para hacer justicia» (p. 117) y, por lo visto, a juzgar por la exposición de los hechos del propio Eizenstat, no le faltaba razón. Eizenstat nos cuenta, en efecto, que Edward Korman, el juez federal a cargo de los litigios, «tenía serias reservas con respecto a las alegaciones que los abogados de las demandas colectivas habían presentado en relación con los activos robados y los beneficios del trabajo en régimen de esclavitud» (p. 121; cfr. p. 168). Por último, Paul Volcker, presidente del comité que realizó la auditoría de los bancos suizos, «consideraba que se había actuado frívola y provocativamente al entablar pleito no solo sobre las cuentas inactivas, sino también sobre el pillaje y los beneficios del trabajo en régimen de esclavitud» y que «para localizar las cuentas inactivas no era necesario entablar pleitos» (p. 116). En una queja formal presentada al juez Korman, Volcker aducía que las demandas estaban «obstaculizando nuestro trabajo, potencialmente hasta el punto de quitarle toda efectividad» (p. 121). Los abogados justificaban las demandas, además de por las nuevas alegaciones presentadas, porque, a su entender, «la auditoría Volcker era una estrategia implantada por los bancos suizos». Sin embargo, tal como indica Eizenstat, «era como si no supieran que fueron Bronfman y Singer quienes impusieron la auditoría a los bancos» (p. 117)[14]. Cuando los abogados de las demandas colectivas «criticaron el proceso Volcker» ante el tribunal, el juez Korman replicó: «¿Colaboraría Israel Singer con el comité de Volcker si este fuera un embustero?» (p. 167) (Singer era miembro suplente del Comité Volcker.) Tampoco se podía argumentar que la auditoría Volcker había retrasado la actuación de la justicia dado que «los resultados de la labor del comité tenían que tomarse en cuenta en el acuerdo final al que se llegara» (p. 127), ya que determinarían qué reclamantes tenían realmente derecho a recibir dinero por las cuentas inactivas de Suiza[15].

Si las nuevas alegaciones carecían de valor jurídico; si los bancos suizos se habían prestado a someter a una auditoría internacional las cuentas inactivas (única

alegación plausible); si los resultados de la auditoría eran vitales para alcanzar cualquier acuerdo; y si los «abogados de las demandas colectivas […] dinamitaban la auditoría Volcker» (p. 115), ¿por qué el juez Korman no se limitó a despedirlos? «Sabiamente, Korman no dio curso a las mociones suizas para que se desestimaran las demandas durante más de un año», nos dice Eizenstat, «con objeto de permitir que se terminara la auditoría Volcker y, asimismo, para darme la oportunidad de llevar a buen puerto mis negociaciones» (p. 165; cfr. p. 122). Esta argumentación es a todas luces absurda. Por un lado, las demandas «dinamitaban» la auditoría; y, por otro, las negociaciones no habrían sido necesarias si las demandas se hubieran desestimado. De hecho, el propio Eizenstat se resistió a solicitar que se desestimaran las demandas, despertando así las iras de Volcker, que le había rogado que lo hiciera: «Volcker me vino a ver y me acusó de reforzar el poder de los abogados al no tomar postura contra ellos en nombre del gobierno de Estados Unidos» (p. 122). Eizenstat sostiene en su defensa que su papel de árbitro le impedía tomar partido. Pero ¿justificaba esta presunta neutralidad que en la práctica diera su apoyo a unas demandas espurias? En otro lugar, Eizenstat alega impotencia: «Aunque comprendía que los pleitos serían un auténtico incordio para los suizos, no veía la manera de evitarlo» (p. 89). Sin embargo, más adelante, cuando una demanda respaldada por la jueza federal Shirley Kram y a la que se oponía el gobierno estadounidense puso en peligro el acuerdo de compensación alemán, sí que entraron en juego milagrosamente suficientes presiones gubernamentales (se ordenó a la jueza que desestimara la demanda); y también se aplicaron milagrosamente suficientes presiones gubernamentales cuando, posteriormente, una demanda contra IBM presentada por Michael Hausfeld en contra de la opinión del gobierno estadounidense puso en peligro el acuerdo alemán (Hausfeld retiró la demanda; las presiones que se ejercieron sobre él quizá también derivaron del hecho de que en este caso estaba demandando a una empresa *norteamericana*)[16]. De hecho, Eizenstat reconoce que «las demandas fueron poco más que una plataforma para buscar una solución política al conflicto» (p. 171) y «los abogados de las demandas colectivas y Singer nunca serán capaces de cuantificar las pérdidas para las que solicitan una compensación, y comprender esto sirvió para darnos cuenta una vez más de la singular dimensión política de nuestra negociación» (p. 144). Dicho de otro modo, las demandas se emplearon como un recurso más de la campaña de extorsión de la industria del Holocausto. Y Eizenstat consideraba oportuno que el juez Korman hubiera retrasado el momento de dictar sentencia con objeto de presionar a los bancos suizos a alcanzar un acuerdo que no pasara por los tribunales. En palabras de Burt Neuborne, principal abogado de la industria del Holocausto, el juez Korman «manejó el asunto maravillosamente» (p. 122; cfr. p. 165)[17]. (Cabe imaginar la reacción de espanto de los banqueros suizos ante la declaración de Eizenstat de que ellos respetaban al juez Korman porque representaba

a una «judicatura independiente» (pp. 165-166).

En privado, los abogados de la industria del Holocausto confesaban que las demandas servían de tapadera a la extorsión: «[Weiss] era muy directo con su estrategia, no entraba en matices. Quería ejercer una presión política y económica externa» (p. 118), «Por si necesitaba un recordatorio de que estábamos metidos en una negociación política y no jurídica, Weiss me lo proporcionó cáusticamente: ‘Mira, la cuestión va a ser con cuánta fuerza les apretamos los huevos o con cuánta fuerza nos los aprietan ellos a nosotros» (p. 143; cfr. p. 83)[18]. El lema de la industria del Holocausto durante la campaña suiza era: «Se trata de la verdad y la justicia, no de dinero», cuando lo cierto era que «los abogados de los demandantes […] querían que les asegurasen un pago único y no deseaban esperar a que Volcker concluyera su auditoría» (p. 155). Por su parte, el CJM, que en público ridiculizaba a los abogados de las demandas colectivas y proclamaba su deseo de que una auditoría sirviera para que se hiciese justicia, «insistió» —aun antes de la comparecencia de D'Amato— en que «el gobierno suizo impusiera una liquidación a los bancos» (p. 67); pretendió desde el principio que las negociaciones de Eizenstat llevaran a una liquidación final de una cantidad establecida en lugar de esperar a los resultados de la auditoría (p. 153); se opuso con vehemencia a la carta que Volcker envió al juez Korman porque «reforzaría con el prestigio del comité [Volcker] las mociones suizas para que se desestimaran las demandas» (p. 121); y «desconfiaba de los abogados pero apoyaba cualquier cosa que sirviera para sacarles más dinero a los bancos suizos» (p. 122).

* * *

Además de a los tribunales, la industria del Holocausto movilizó de arriba abajo al poder ejecutivo estadounidense en favor de su extorsión. El presidente Clinton escribió una carta a Bronfman en la que comentaba que la compensación por el Holocausto era «más un asunto moral que una cuestión de justicia» e instaba a «que se devolvieran los activos judíos depositados en bancos suizos» (p. 68). Eizenstat enumera múltiples maniobras diplomáticas y señala que la mediación de Clinton supuso «un caso sin precedentes de implicación de un alto cargo gubernamental en unos pleitos estrictamente privados» (p. 115); comenta asimismo que «yo puse en juego una de nuestras armas más potentes: convencí a Madeleine Albright que visitara Suiza, algo que no había hecho ningún Secretario de Estado desde 1961» (p. 126). En el marco de otra iniciativa innovadora ordenada por Clinton, Eizenstat reclutó a once agencias federales para que realizaran un informe sobre el oro del pillaje nazi que habían comprado los bancos suizos: «Este proyecto demostró la impresionante cantidad de recursos que el sector ejecutivo estadounidense puede movilizar cuando recibe el respaldo presidencial […]. Al final, hicimos públicos

cerca de un millón de documentos, fue la mayor desclasificación de documentos hecha de golpe en la historia de Estados Unidos» (pp. 99-100). (J. D. Bindenagel, otro alto cargo estadounidense, pasó «todo un año» (p. 193) preparando un congreso en Washington sobre las obras de arte robadas por los nazis.) En su introducción al informe sobre el oro del pillaje nazi, Eizenstat hizo la sensacionalista afirmación de que «los vínculos comerciales [de los suizos] con Alemania […] contribuyeron a prolongar uno de los conflictos más sangrientos de la historia». Y, en sus memorias, se mantiene firme y dice que «las observaciones personales que hice en la introducción son precisas y soportarán el escrutinio de la historia» (p. 108; cfr. pp. 340-341); y ello pese a que en el *Informe final* Bergier, muy autocrítico con Suiza, se llega a la conclusión de que «la teoría que mantiene que […] Suiza influyó en un grado relevante en el curso de la guerra sería insostenible»[19].

Aunque el *Informe* Eizenstat (como pasó a ser conocido) «no produjo ninguna nueva revelación sensacional»[20], su introducción y su pretensión de haber sacado a la luz datos escandalosos sirvieron para un propósito práctico: «Cuando los hechos quedaron claros, la OJMR me presionó para instar a los suizos a que hicieran un desembolso mayor» (p. 101). Las comparecencias ante el Senado desempeñaron una función similar: «Tanto D'Amato como el CJM querían que las comparecencias fueran tan sensacionalistas y provocativas como fuese posible» (p. 63). En efecto, Eizenstat reconoce sin el menor sonrojo que, mientras los asistentes de D'Amato diseminaban «materiales sensacionalistas» —«algunos rigurosos y otros no», presentando los rigurosos como si fueran grandes revelaciones aunque ya estuvieran más que vistos—, él (Eizenstat) «trató de colaborar promoviendo la desclasificación de documentos» (pp. 63-67). «Como casi todos los documentos ya se conocían, el CJM y D'Amato tenían que presentar la información desde un ángulo distinto», explicó hace poco un destacado periodista de la industria del Holocausto. «La única manera posible era describir cómo Suiza había colaborado con la Alemania nazi, desplazar a Suiza de su estatus de país neutral al estatus de aliada de Alemania durante la guerra. Que sea cierto o no es una cuestión marginal»[21]. El mayor logro de Eizenstat fue precisamente ese: «desplazar» el estatus de Suiza, «sea cierto o no».

Al final, la amenaza de sanciones económicas por parte de EEUU resultó ser la palanca decisiva de la extorsión. Orquestada por Alan Hevesi, «el interventor general, o principal autoridad financiera de la Ciudad de Nueva York, que controlaba miles de millones de dólares en fondos de pensiones y acuerdos comerciales con la ciudad y abrigaba la ilusión de llegar a ser alcalde algún día» (pp. 122-123), la campaña para castigar económicamente a Suiza se extendió a los gobiernos estatales y municipales de todo el país. Por su parte, el CJM también ejerció una «presión enorme» sobre el gobernador del banco del Estado de Nueva York para impedir que operase en EEUU un banco suizo que acababa de realizar una fusión porque «trataba de contaminar su

propio sistema de regulación» (p. 145). Eizenstat denunciaba en público el recurso a sanciones económicas, pero también deja muy claro que su oposición era más formal que real: «No podía cerrar los ojos ante la cruda realidad: ellos habían conseguido captar la atención de los bancos suizos de una forma que yo nunca habría logrado por mis propios medios» (p. 157; cfr. p. 160). Por último, estableciendo una portentosa analogía, Eizenstat compara el hecho de que la industria del Holocausto movilizara de arriba abajo al poder estatal en una campaña de extorsión ramificada con «los tiempos del boicot de autobuses de Montgomery» (p. 355)[22].

* * *

Los bancos suizos al fin se rindieron en agosto de 1998 y, en un acuerdo presidido por el juez Korman, se avinieron a pagar 1.250 millones de dólares. Según Burt Neuborne, el hecho de que los suizos «decidieran pagar 1.250 millones de dólares en lugar de enfrentarse» a un juicio demostraba la «validez» de la argumentación de los abogados[23]. No obstante, como Eizenstat reconoce en diversas ocasiones, el acuerdo supuso un triunfo de la extorsión y no de la justicia: «Excepción hecha de las auditorías Volcker, realizadas al margen de los pleitos, la esencia probatoria del proceso jurídico que habría podido legitimar el imponente acuerdo no existía en absoluto. No hubo ni rastro de los descubrimientos procesales al uso. Las presiones externas y la intervención del gobierno de Estados Unidos compensaron los graves defectos de las alegaciones jurídicas» (p. 177); «los costes de meterse en unos pleitos que [los bancos suizos] podrían haber ganado en los tribunales se volvieron demasiado elevados de cara a la opinión pública y al enorme y lucrativo mercado estadounidense, donde ya operaban y confiaban en expandirse» (p. 340; cfr. p. 165). Ahora bien, Eizenstat también especula con la posibilidad de que los bancos suizos se avinieran al acuerdo de los 1.250 millones de dólares por miedo a que «Volcker fuera tan exhaustivo que el total superase esa cifra y optaran por controlar sus pérdidas» (pp. 170-171; cfr. p. 166). Sin embargo, la evidencia que él mismo presenta descarta esa posibilidad. Los bancos suizos «calcularon que todas las cuentas de la auditoría Volcker sumarían unos 200 millones de dólares aun después de realizar los ajustes necesarios por el paso del tiempo» (p. 147) y, del mismo modo, el juez Korman «dedujo de sus contactos con Volcker que la auditoría descubriría 200 millones de dólares en cuentas inactivas» (p. 170). (Posteriores hallazgos del Tribunal de Resolución de Reclamaciones demostraron que lo más probable era que esta cifra sobreestimara enormemente la deuda de los suizos)[24]. Conviene detenerse en la cifra de 200 millones de dólares por otro motivo. En el primer epílogo a *La industria del Holocausto*, al analizar el plan de distribución del dinero suizo, afirmé que la asignación de 800 millones de dólares de los 1.250 destinados a las reclamaciones

sobre cuentas inactivas válidas parecía «una gran sobreestimación»; y que el verdadero motivo que tenía la industria del Holocausto para hacer esta asignación era embolsarse la diferencia. (Si se hubieran asignado 200 millones de dólares a los titulares de cuentas inactivas, los 1.050 restantes habrían ido directamente a manos de los supervivientes del Holocausto)[25]. La exposición de Eizenstat confirma que, antes de que se hubiera trazado el plan de distribución, ya se sabía que la cifra de 800 millones de dólares no se basaba en la realidad y, además, nos indica quién pudo sacarse de la manga esta cifra tan inflada; contra toda evidencia, Singer sostenía «que las auditorías Volcker darían un resultado de entre 600 y 750 millones de dólares» (p. 148). Al inflar esta cifra, Singer cumplía un doble propósito: primero, extorsionar a los bancos suizos; y, después, extorsionar a los supervivientes del Holocausto.

Para justificar el acuerdo de los 1.250 millones de dólares pese a que la estimación de la deuda suiza por las cuentas inactivas fuera de 200 millones y las demás demandas contra los suizos no tuvieran «ni rastro» de pruebas, Eizenstat esgrime orgullosamente el «concepto novedoso de “justicia aproximada”» (p. 181), que «tal vez sea aplicable a futuras violaciones en masa de los derechos humanos» (p. 353): «El concepto de justicia aproximada era toda una novedad, una nueva teoría para dar cabida a lo que consistía en una negociación política más que en un principio legal. En cualquier pleito tradicional, las partes damnificadas establecen un nexo claro, una relación directa, ante las partes de las que quieren obtener una compensación. Hacer esto era posible con las cuentas bancarias que estaba auditando Volcker. Pero no se podía hacer con los activos robados ni con los beneficios del trabajo en régimen de esclavitud, hechos a expensas de personas que, aun cuando siguieran vivas o tuvieran herederos vivos, no podían vincular sus pérdidas con los tres bancos suizos de la demanda colectiva» (pp. 137-138; cfr. pp. 130, 353). En realidad, ya existía un nombre para denominar a la utilización de pretextos infundados y medios extralegales para extraer dinero: se llama extorsión.

Eizenstat reserva sus «mayores iras» para el Consejo Federal Suizo. Él «pretendía que el gobierno suizo se implicara en las negociaciones y entregara dinero para el bote del acuerdo» y «compartiera la carga financiera», pero los suizos se negaron: «El gobierno suizo estaba dispuesto a que el gobierno estadounidense se pringara tratando de resolver los litigios,… siempre que a ellos no les acarrease costes» (pp. 126, 138, 163). Qué ingratitud. Los estadounidenses estaban dispuestos a «pringarse» extorsionando a los bancos suizos, pero el gobierno suizo no iba a permitir que, de paso, le extorsionaran a él. De hecho, Eizenstat nos comunica que todavía hoy «el gobierno suizo no ha asimilado plenamente la dura lección de lo que ha pasado en su país». Por ejemplo, «en la primavera de 2002, el gobierno suizo congeló los contratos públicos militares y de otra índole con Israel en señal de protesta contra la política seguida por el gobierno israelí con los palestinos» (p. 185). Verdaderamente, estos

suizos son incorregibles[26].

Después del acuerdo económico, nos dice Eizenstat, los suizos se disgustaron inexplicablemente con el Comité Volcker (pp. 178-179). ¿De verdad es tan sorprendente? Los bancos suizos habían gastado centenares de millones de dólares en «la auditoría más exhaustiva y cara de la historia» (p. 179) para que, luego, sin esperar a sus resultados, 1.250 millones de dólares cambiaran de manos a causa de «presiones externas y de la intervención del gobierno estadounidense». (El coste de la auditoría «se disparó» incluso después del acuerdo.) Pese al desencanto de los suizos, la auditoría siguió adelante sin contratiempos y, en diciembre de 1999, el Comité Volcker publicó los resultados de su investigación[27]. Eizenstat despacha con un solo párrafo largo (p. 180) las conclusiones del Comité; lo cual no es de sorprender, considerando que su principal hallazgo fue que «con respecto a las víctimas de la persecución nazi, no había pruebas de que se hubiera incurrido sistemáticamente en discriminación, obstrucción del acceso a las cuentas, malversación o violación de lo dispuesto en la legislación suiza para la conservación de documentos»[28]. Por el contrario, Eizenstat se apoya en los «indignantes descubrimientos» del posterior *Informe final* de la Comisión Bergier, que, según él, «desmontaron el mito, suscrito por el Comité Volcker, de que no hubo una conspiración para privar de su dinero a los titulares de cuentas de la era del Holocausto» (pp.180-181). Sin embargo, el *Informe final* Bergier declara explícitamente que sus valoraciones más «generales» se basan enteramente en la auditoría Volcker y, «en conjunto», todas sus conclusiones «son respaldadas por los hallazgos del Comité Volcker»[29]. Eizenstat pasa por alto prudentemente los recientes resultados del Tribunal de Resolución de Reclamaciones, que demuestran inapelablemente la falsedad de la alegación fundamental de la industria del Holocausto, a saber, que los bancos suizos robaron «miles de millones de dólares» pertenecientes las víctimas del Holocausto, a la vez que confirman sin lugar a dudas la afirmación inicial de Raul Hilberg de que la industria del Holocausto se había sacado de la manga «unas cifras espectaculares» y luego «chantajeó» a los bancos suizos para que se sometieran[30]. Puesto que solo se ha entregado a las víctimas del Holocausto y a sus herederos una mínima fracción de los 1.250 millones de dólares del acuerdo, la batalla entre los chantajistas ha comenzado, como era de prever, para ver quién se lleva el botín del Holocausto; y las víctimas de los chantajistas están atrapadas en ese fuego cruzado. Alegando que Israel es a quien corresponde en justicia recibirlo y que «no me fío del Congreso Judío Mundial», el ministro de Justicia israelí está exigiendo que «el acuerdo con los bancos suizos […] vuelva a negociarse»[31].

* * *

Resulta instructivo yuxtaponer la suerte que han corrido los bancos suizos con la de los bancos franceses. En abril de 2002, una comisión francesa que investigaba «la expoliación de los judíos en Francia» durante el holocausto nazi «identificó, aproximadamente a 64.000 titulares de 80.000 cuentas bancarias que presuntamente eran víctimas del Holocausto, pero no publicó sus nombres por respeto a la intimidad de las personas» (p. 318); es una cifra significativamente más elevada que las 36.000 cuentas bancarias «posible o probablemente relacionadas con víctimas del Holocausto» de la causa suiza[32]. Posteriormente, los bancos franceses se avinieron a compensar a quienes reclamaran sobre las cuentas del Holocausto y cuyas reclamaciones fueran validadas (se esperaba que fueran pocos) y a entregar 100 millones de dólares a una fundación del Holocausto radicada en Francia en concepto de indemnización por las cuentas del Holocausto sin herederos (pp. 322, 331, 336-337). En agudo contraste, los bancos suizos fueron obligados a ingresar 1.250 millones de dólares en las arcas de la industria del Holocausto antes de que se concluyera la auditoría (y no digamos ya el proceso de validación de las demandas). Y no solo eso, la industria del Holocausto denunció implacablemente a los bancos suizos, que invocaban las leyes para salvaguardar la intimidad de las personas, por no publicar los nombres de todos los titulares de cuentas del Holocausto. «La Asociación de Bancos Suizos quería que solo se publicaran 5.000 nombres de titulares», se queja Eizenstat, muy en su línea. «Los suizos regatearon hasta el último momento» (pp. 179-180). (Al final, publicaron los nombres de los titulares de las 21.000 cuentas que tenían mayores probabilidades de estar relacionadas con víctimas del Holocausto.) Sin embargo, los bancos franceses se ampararon en las leyes de «protección de la intimidad» (p. 321) y se negaron a publicar los nombres de los titulares de las cuentas del Holocausto. Y, en este caso, Eizenstat no dio rienda suelta a su indignación (p. 321).

Cae por su propio peso preguntar: ¿Qué explica la relativa benignidad con que la industria del Holocausto trató a los bancos franceses? La respuesta puede resumirse en dos palabras: el poder. Al igual que los judíos en la Alemania de Weimar, los suizos eran prósperos económicamente pero débiles en el terreno político. Así pues, ¿quién apoyaría a los «orondos banqueros suizos» en contra de «las víctimas del Holocausto necesitadas» salvo los nazis acérrimos? Ahora bien, en el caso francés, Eizenstat tenía que tomar en cuenta «nuestras relaciones con un buen aliado político y económico europeo, que, no obstante, es susceptible» (p. 323). Además, la poderosa comunidad judía francesa dejó muy «claro» que «ellos mismos podían gestionar la situación, sin que interfiriesen los judíos norteamericanos» (pp. 323-324) y respaldaron al gobierno francés «incondicionalmente […] y se tomaron como una ofensa la intervención estadounidense en […] los asuntos propios de Francia» (p. 327; cfr. p. 320). (Las organizaciones judías francesas llegaron incluso a «acordar que

las listas [de titulares de cuentas del Holocausto] no debían publicarse» [p. 328]). El miedo a una reacción francesa unida neutralizó las armas principales de la industria del Holocausto. «El panorama al que me enfrentaba en las negociaciones francesas era muy distinto del que había experimentado con los suizos», recuerda Eizenstat. «Sin presiones del Congreso, ni de Israel Singer, ni de Alan Hevesi» (p. 323). Cuando los abogados de las demandas colectivas osaron hollar la soberanía francesa, Eizenstat se desligó de ellos —no como en el caso suizo— para no herir «la sensibilidad francesa» (p. 335). «Sin presiones externas que les ayudaran» (324), los pleitos se vinieron abajo. Los bancos franceses se quitaron de encima a la industria del Holocausto sin soltar prácticamente ni un franco.

El caso francés pone de relieve la incongruencia del argumento de Eizenstat según el cual «los abogados secuestraron las disputa con la banca suiza». Los pleitos de la demanda colectiva no tenían ninguna fuerza sin el respaldo del gobierno estadounidense. Los abogados no se engañaban a este respecto. Las negociaciones con los franceses se prolongaron hasta los últimos tiempos de la Administración Clinton y Hausfeld «quiso resolver el caso francés con rapidez y creatividad», dice Eizenstat. «Comprendía el peligro que entrañaba dejar inconclusas las negociaciones una vez que Clinton abandonara la presidencia […] Sin el gobierno como catalizador, los abogados y sus clientes se enfrentarían a un proceso judicial largo e incierto» (p. 324).

* * *

Al final, se demostró que el historial de Israel con respecto a la compensación por los activos de la era del Holocausto no era mejor que el de Suiza. Sin embargo, este descubrimiento no provocó, como en el caso suizo, profundas reflexiones sobre los defectos del carácter nacional judío[33], ni tampoco una campaña concertada para obtener un acuerdo monetario. Muy al contrario, Eizenstat lo considera una mera curiosidad: «Pero, sin lugar a dudas, las revelaciones más inesperadas vinieron de Israel. En enero de 2000, el Banco Leumi, el mayor de Israel, desveló que tenía unas 13.000 cuentas inactivas» (p. 347) —cifra que equivale aproximadamente al número de cuentas encontradas en los bancos suizos por la auditoría Volcker[34]. Asimismo, «se estima que aún quedan por devolver a sus herederos legítimos terrenos y propiedades de Israel, con un valor de centenares de millones de dólares, que fueron comprados por judíos asesinados en el Holocausto»[35]. De hecho, todas las acusaciones lanzadas contra Suiza son también aplicables a Israel. «Al igual que los bancos suizos, los israelíes habían insistido durante muchos años en que no tenían depósitos de víctimas del Holocausto en cuentas inactivas». Ahora acaban de empezar a cooperar con auditores independientes y aún deben «lidiar con el proceso

de tratar de localizar a los herederos». Y, para colmo, no solo no se ha realizado «un esfuerzo sistemático por parte del Estado para ayudar a los supervivientes y a sus herederos a reclamar sus propiedades, y mucho menos para localizar a los herederos», sino que se han traspasado ilegalmente propiedades de víctimas del Holocausto mientras a los posibles herederos se les ha negado el acceso a los archivos de datos con los que podrían fundamentar sus reclamaciones y se les ha pedido que presenten certificados de defunción y escrituras de propiedad de personas que fueron asesinadas en campos de concentración. Un anciano superviviente del Holocausto se quejaba así al *Jerusalem Report:* «Han colocado obstáculos insuperables en mi camino. En toda Europa se han pagado indemnizaciones a los parientes por terrenos que pertenecían a víctimas del Holocausto. Es espantoso que Israel se niegue a saldar sus cuentas». Resulta revelador que «pocos» miembros de la Knesset, «incluso quienes tienen antecesores supervivientes del Holocausto, hayan demostrado interés alguno en las compensaciones por el Holocausto que afectan directamente a Israel». Por ejemplo, Avraham Hirschson, «que demostró gran dinamismo en el acoso a los bancos suizos, nunca se preocupó de presentarse en las reuniones» del comité de la Knesset dedicado a «localizar y devolver los activos del Holocausto»[36].

III

En su prefacio al libro de Eizenstat, el director ejecutivo de la industria del Holocausto Elie Wiesel se pregunta por qué, hasta entonces, se había «desatendido por completo la dimensión económica» (p. x) del Holocausto y, por su parte, Eizenstat, refiriéndose directamente a Alemania, reflexiona sobre «por qué se tardaron más de cincuenta años en impartir una justicia imperfecta a las víctimas civiles de la barbarie nazi» (p. 3; cfr. p. 114) En pocas palabras, la respuesta es que *no* se desatendió. Eizenstat mantiene en su conclusión que, gracias a la iniciativa diplomática de Clinton, «por primera vez en los anales de los conflictos bélicos, se reclamó y se consiguió una compensación sistemática para las víctimas civiles individuales por los perjuicios sufridos» (p. 343). Sin embargo, anteriormente, él mismo nos informaba de que, desde la década de 1950, Alemania había entregado «más de 60.000 millones de dólares» a «500.000 supervivientes del Holocausto de todo el mundo» (p. 15) y de que esta «entrega de ayudas a gran escala carece de precedentes en los anales de la guerra» (p. 210)[37]. Aparte de los desembolsos sin precedentes realizados por el gobierno alemán en la posguerra, Eizenstat nos dice que, a finales de la década de 1950, «muchas» empresas alemanas —incluidas Krupp, I. G. Farben, Daimler-Benz, Siemens y Volkswagen— entregaron por su cuenta a la

Conferencia sobre Solicitudes Materiales (CSM)[38] indemnizaciones para las víctimas del Holocausto. El CJM renunció explícitamente a futuras reclamaciones, y prometió defender —e incluso indemnizar— a las empresas alemanas contra cualquier otra reclamación de víctimas del Holocausto a cambio de las decenas de millones de dólares que habían entregado en compensación por el Holocausto. No obstante, el desembolso de la industria alemana no impidió que «los abogados de las demandas colectivas presentaran reclamaciones de miles de millones de dólares, ni tampoco evitó que la Conferencia sobre Reclamaciones Materiales olvidara su compromiso previo y tratara de sacarles más dinero» (pp. 209-211). Además, la industria del Holocausto denigraba públicamente a «los alemanes» por no compensar a las víctimas del Holocausto, pero, a la vez, «la Conferencia sobre Solicitudes Materiales había estado cultivando cuidadosamente sus relaciones con el gobierno alemán durante casi medio siglo de pagos a gran escala para la restitución» y «Singer comentó una vez en tono jocoso» que en el gobierno alemán tenían «un amigo que ponía huevos de oro» (p. 241). Durante las negociaciones, Eizenstat declaró que tener en cuenta las compensaciones alemanas pasadas era «totalmente inaceptable para las víctimas y para el gobierno estadounidense» (p. 233), si bien no explicó por qué. La industria del Holocausto se jactaba de que su campaña contra las empresas alemanas estaba diseñada para beneficiar no solo a los judíos, sino también a los trabajadores explotados de Europa del Este que no eran judíos[39]. Ahora bien, Eizenstat dice que «en Alemania, el debate público sobre la compensación a estos trabajadores [de Europa del Este] venía desarrollándose desde principios de los años ochenta y el minoritario Partido Verde la tuvo en su programa casi todo el tiempo»; que a comienzos de los años noventa, el gobierno alemán había entregado a los gobiernos de Europa del Este una compensación (modesta, eso sí) para estas víctimas del nazismo; y que ya antes de que la industria del Holocausto lanzara su ataque contra las empresas alemanas, la coalición «Rojiverde» de los socialdemócratas y los verdes se había comprometido a «impartir justicia» a los trabajadores explotados de Europa del Este en el pacto que suscribieron para gobernar en coalición en 1998 (pp. 206-208)[40].

El ataque a la industria alemana duplicó la eficiente táctica de extorsión de la campaña suiza. «Mientras mi equipo del Departamento de Estado y yo trabajábamos en las negociaciones con la banca suiza», rememora Eizenstat, «muchos de esos mismos abogados estadounidenses de las demandas colectivas […] le echaron el ojo a un nuevo objetivo irresistiblemente vulnerable: las empresas alemanas» (p. 208). La poderosa amenaza de «sanciones y boicots económicos» (p. 246) fue un complemento fundamental del montaje teatral que se hizo en los tribunales. Entretanto, en cada momento crítico de las negociaciones, Eizenstat recababa el apoyo de Clinton para renovar la presión sobre los alemanes. Nos dice que «la

prontitud de entrega» de una carta cuando se solicitó por primera vez «fue el reflejo del interés personal del presidente» (p. 243); que «obtener una carta del presidente dirigida a un jefe de gobierno extranjero es por lo general difícil, se trate del tema de que se trate», y que «conseguir una segunda carta lo es aún más […], pero cuando yo solicité otra, el Jefe del Estado Mayor […] y el Consejo Nacional de Seguridad la obtuvieron enseguida» (p. 248); que «una vez más iba a necesitar mi artillería más pesada, al presidente de Estados Unidos. Supe que Clinton, Schroeder y el primer ministro Tony Blair del Reino Unido se iban a reunir […] Clinton le dijo a Schroeder que ambas partes se habían aproximado pero aún les quedaba algún camino por recorrer […] Schroeder esgrimió la escasez presupuestaria. Impertérrito, Clinton volvió a la carga y señaló que sería un gran éxito que ambas partes superaran el pasado» (pp. 252-253); que «en efecto, estábamos negociando en Alemania simultáneamente a mi nivel y entre los jefes de gobierno» cuando, una vez más, Clinton volvió a «plantearle la cuestión a Schroeder» (p. 271). Finalmente, el gobierno estadounidense adquirió unos compromisos legales «sin precedentes en la historia estadounidense», a decir de Eizenstat, con objeto de sellar el acuerdo alemán.

El acuerdo alemán, que se cerró en la cifra de 5.000 millones de dólares, cubría a la mano de obra en régimen de esclavitud o de trabajos forzados tanto si eran judíos como si no lo eran. (Aunque unos y otros fueron reclutados por los nazis, quienes estaban sometidos a trabajos forzados recibían un sueldo nominal y por lo general trabajaban en condiciones menos duras que los trabajadores esclavizados a los que se conducía en masa a los campos de concentración.) En un principio, Eizenstat afirma que al final de la Segunda Guerra Mundial había «200.000 supervivientes de los campos de concentración» (p. 9) y que «algo más de la mitad de los trabajadores esclavizados eran judíos y el resto, polacos y rusos en su mayoría» (p. 206). Con esto, la cifra total de trabajadores esclavizados judíos que seguían vivos en mayo de 1945 se situaría en unos 100.000 —lo cual concuerda con las estimaciones de estudiosos serios como Raul Hilberg y Henry Friedlander—. Sin embargo, más adelante Eizenstat pasa a citar como un dato fundado la afirmación de la industria del Holocausto de que, cincuenta años después de que acabara la Segunda Guerra Mundial, a «mediados de los años noventa, aún seguían vivos aproximadamente 250.000 antiguos trabajadores esclavizados» (p. 208; cfr. p. 240), de los que presuntamente 140.000 eran judíos[41]. El motivo que había detrás de la sobreestimación de la industria del Holocausto está muy claro: cuantos más supervivientes del Holocausto hubiera, mayor tajada sacarían del ya cerrado acuerdo alemán. Eizenstat rememora cómo amonestó a los representantes de Europa del Este por presentar «números inflados» de supervivientes y que «Singer se enfureció» porque esos números estuvieran «hinchados» (pp. 239-240). Ahora bien, no dice ni una palabra sobre el «abultado» número de trabajadores esclavizados judíos de

Singer; por el contrario, sostiene que «la Conferencia sobre Solicitudes Materiales tenía buenos registros de los supervivientes judíos», y, sin duda, esos registros explican cómo la cifra de 100.000 antiguos trabajadores esclavizados judíos que estaban vivos en 1945 ascendió a 140.000 antiguos trabajadores esclavizados judíos todavía vivos cincuenta años más tarde.

De hecho, la propia Conferencia sobre Solicitudes Materiales ha reconocido que la cifra de 140.000 era fraudulenta. Yehuda Bauer, antiguo director de Yad Vashem (el principal instituto de investigación sobre el Holocausto de Israel), hoy día actúa de asesor de educación sobre el Holocausto de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales. En un estudio reciente, Bauer «calcula que, al final de la Segunda Guerra Mundial, unos 200.000 judíos salieron de los campos de concentración y de los campos de trabajo en régimen de esclavitud nazis y sobrevivieron a las marchas de la muerte». Si bien la cifra de Bauer duplica las estimaciones que suelen realizar los expertos, aun así es imposible reconciliarla con la aseveración que la industria del Holocausto hizo durante las negociaciones, a saber, que 700.000 trabajadores esclavizados judíos sobrevivieron a la guerra y 140.000 seguían en este mundo cincuenta años después[42]. Incluso las organizaciones de supervivientes del Holocausto denuncian que la industria del Holocausto infló el número de supervivientes durante las negociaciones y, posteriormente, una vez que tenía en sus manos los fondos de indemnización destinados a los supervivientes del Holocausto, lo rebajó: «¿Por qué se exageró tantísimo el número actual de supervivientes de la Shoah durante las negociaciones y por qué estaban tan temerosos los negociadores de que la prensa y sus adversarios alemanes y suizos pusieran en entredicho las estadísticas de supervivientes que ellos iban pregonando?»[43]. Esta sobreestimación excede a las de los años de la República de Weimar ahora que J. D. Bindenagel, enviado especial para Asuntos del Holocausto del Departamento de Estado, proclama que «en los años de posguerra, muchos millones de víctimas del Holocausto quedaron atrapadas tras el Telón de Acero»[44].

La industria del Holocausto ha urdido otras estratagemas para apropiarse fraudulentamente de una parte mayor de la liquidación del acuerdo alemán. Con respecto a estos asuntos, merece la pena citar extensamente a Eizenstat. Singer y Gideon Taylor, de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales

> argumentaban que 8.000 judíos que habían trabajado en régimen de esclavitud y vivían en otras zonas del mundo no estaban representados en nuestras conversaciones y que deseaban que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales controlara el dinero en su nombre. Querían, asimismo, que se les entregase suficiente dinero para pagar 5.000 marcos alemanes a cada uno de los 28.000 judíos que habían sido sometidos a trabajados forzados pertenecientes a esta categoría. Esto suponía que la tercera parte del fondo apartado para este grupo —al que denominábamos «El resto del mundo»— iría a parar a sus manos. Gentz y Lamsdorff [los representantes alemanes] estaban consternados. Yo también, y le dije bruscamente a Singer que su postura amenazaba con hundir las conversaciones y crearía la reacción negativa antisemita que precisamente estaba tratando de evitar. Singer repuso airadamente que no podía hacer más

> concesiones. Después de conseguir que los alemanes dieran su consentimiento con evidente renuencia, acordé que se añadiría una acotación a la legislación alemana para entregar a estos trabajadores judíos una cantidad adicional de 260 millones de marcos alemanes, o 130 millones de dólares. En realidad, esto suponía que las personas que habían sido sometidas a trabajos forzados y no eran judías, fundamentalmente de Europa del Este y Estados Unidos, recibirían menos dinero. Me rendí de mala gana a esta exigencia porque me daba la impresión de que, en caso contrario, Singer era capaz de abortar el trato en ese mismo momento. Llegados a ese punto, era demasiado arriesgado retarle a que demostrara lo que decía. Pero sigo avergonzado por esa concesión (pp. 265-266).

«Concluí las negociaciones con la firme convicción», dice Eizenstat, «de que la Alemania de posguerra tenía derecho a ser plenamente aceptada como una nación “normal”, con un conjunto de valores democráticos bien establecidos» (p. 278). Dicho de otro modo, Alemania aprobó el examen por someterse al chantaje de Estados Unidos. Sin embargo, en vísperas del ataque norteamericano contra Irak, volvieron a ponerse en cuestión la normalidad y el compromiso democrático del gobierno alemán cuando se negó a someterse al chantaje estadounidense y cedió al sentimiento popular antibelicista. Por otra parte, los alemanes que creían que pagar el dinero de la extorsión y cubrir públicamente de elogios a la industria del Holocausto por su rectitud moral serviría para cerrar definitivamente el capítulo de la compensación del Holocausto iban a sufrir un duro desengaño. La industria del Holocausto puso ávidamente sus ojos en 350 millones de dólares del acuerdo que se habían apartado para una fundación alemana dedicada a promover la tolerancia («Fondo para el Futuro»). Partiendo de la base de que «corresponde a la comunidad judía poner en entredicho las partes del convenio con las que nos estamos de acuerdo», Singer opinaba que «no creo que debamos jugar siguiendo las reglas de los alemanes», y ello pese a que la enorme mayoría de las «reglas» del acuerdo no las habían impuesto los alemanes sino la industria del Holocausto. No es de extrañar que, en las propias palabras de Singer, incluso otros judíos lo «describieran como un gánster»[45]. En efecto, después de avergonzar incluso a Eizenstat por sacar de la nada a tantas víctimas del Holocausto, este desaprensivo charlatán del Holocausto regresó a Alemania, cuando no habían pasado ni dos años desde que se culminó el acuerdo, para firmar una solicitud de «varias docenas de millones» más («migajas») para trabajadores forzados judíos «cuyas existencia acababa de conocerse». «Esta es la última visita que hago en relación con este asunto», prometió Singer; «no volverán a verme la cara»[46]. No habrá esa suerte, a menos que por fin lo metan donde debería estar, entre rejas.

* * *

Igual que el gobierno alemán, el austriaco promulgó nuevas leyes justo después de la guerra para compensar a las víctimas del Holocausto y, a comienzos de los años

noventa, asignó sustanciosos fondos complementarios a las víctimas del Holocausto y a la educación del Holocausto (pp. 281-283; 302)[47]. Aunque tanto el gobierno estadounidense como la Conferencia sobre Solicitudes Materiales «renunciaron a presentar más reclamaciones» contra Austria, Eizenstat reconoce que «mi equipo y yo estábamos haciendo justo lo contrario» (p. 302). Entretanto, «el mismo reparto de personajes, los "sospechosos habituales" con los que traté sobre Suiza y Alemania» (p. 283) entablaron pleitos contra Austria exigiendo indemnizaciones por el Holocausto; Hausfeld reclamaba 800 millones de dólares por las propiedades robadas, si bien «reconocía que no era más que una cifra arbitraria» (p. 305). Singer amenazó con impartir de nuevo a Austria el «tratamiento Waldheim» a no ser que desembolsara el dinero (p. 294) y, por su parte, Eizenstat «logró que Albright, la secretaria de Estado, visitara en Viena al canciller Schuessel» para «dar una vuelta de tuerca más a la presión política» (p. 296) y volvió a ponerla en juego más adelante para que hiciera otra «advertencia» (p. 305). La novedad de estas negociaciones es que se desarrollaron justo cuando se condenó a Austria al ostracismo porque el derechista Partido de la Libertad de Joerg Haider acababa de integrarse en el gobierno de coalición. Estados Unidos restringió sus contactos con Austria y declaró que la nueva coalición «podría ser un paso atrás hacia un pasado muy oscuro» y que «no se harán negocios como hasta ahora». Israel retiró a su embajador y anunció en un tono semejante que «Israel no puede permanecer en silencio ante el ascenso de partidos de extrema derecha […] en aquellos países que desempeñaron un papel […] en el Holocausto» y que «a la luz de lo que está sucediendo en Austria, el pueblo judío […] jamás permitirá que el mundo realice los negocios habituales»[48].

A no ser, claro está, que se trate de negocios relacionados con la Shoah. Eizenstat nos dice que la «secretaria Albright me permitió mantener negociaciones sin trabas con el Gobierno de Schuessel, incluidos los ministros del Partido de la Libertad, si lo estimaba necesario para obtener el éxito» (p. 285) y que «Singer y Gideon Taylor me rogaron que les proporcionara algún tipo de tapadera política para encubrir su participación» (p. 289), y él se la facilitó obedientemente, con lo que pudieron participar sin restricciones en las negociaciones (p. 298). Eizenstat excusa la negociación con el gobierno austriaco, incluido Haider, alegando que «llevaba suficiente tiempo metido en política como para saber que el ansia de poder en los altos niveles suele generar relaciones difíciles de digerir» (p. 291). Sin desmentir la pericia de Eizenstat para lograr acuerdos turbios gracias a las ansias de poder, uno se pregunta por qué se contaba con que el resto del mundo hiciera el vacío a Austria o pagara las consecuencias por no hacerlo[49]. El 13 de marzo de 2000, Singer anunció que un documento recién desclasificado demostraría que Austria debía ni más ni menos que 10.000 millones de dólares en compensaciones por el Holocausto y, justo dos días después (el 15 de marzo), habló en «la primera manifestación pública

convocada en Israel contra el haiderismo»[50]. ¿Fue mera coincidencia o es que la industria del Holocausto estaba manipulando la campaña para aislar a Austria a modo de baza para lograr indemnizaciones por el Holocausto? En realidad, ambas partes jugaban al mismo juego. Cuando subió al poder y se enfrentó a la censura internacional, la coalición austriaca de extrema derecha declaró de inmediato su intención de pagar indemnizaciones por el Holocausto y, a la vez, el gobierno estadounidense declaró que estaba «particularmente preocupado por la actitud de Austria con respecto a la restitución»[51]. Restablecer la *bona fides* diplomática de Austria era el *quid pro quo* del soborno a la industria del Holocausto (p. 297).

Después de las elecciones presidenciales de noviembre de 2000, Estados Unidos reanudó sus relaciones normales con Austria y Austria se ofreció a incrementar el monto total de la compensación por el Holocausto en concepto de propiedades robadas (p. 305). Extendiendo la mano para que cayera aún más dinero, Eizenstat «suavizó la situación con una elogiosa declaración pública del presidente Clinton y, al propio tiempo, lanzó la advertencia de que los representantes de las víctimas me habían dicho que, si fracasaran las negociaciones, tratarían de aislar a Austria […]. Singer era capaz de crear sobre Austria un nubarrón tal que bastaría para que los inversores estadounidenses se asustaran y se retirasen» (pp. 308-309). Eizenstat fue arrancando a Austria una concesión tras otra hasta que por fin se ultimó el acuerdo y, según rememora, «fue como ir sacando muelas hasta que no quedó ni una […] Al Canciller le costó muchos sudores llegar al acuerdo» (p. 310). Anteriormente, después de suscribir un convenio independiente con Austria sobre los trabajadores esclavizados judíos, Eizenstat había cubierto de elogios al gobierno austriaco por haber «demostrado su liderazgo no solo en Austria, sino también ante el resto de Europa y del mundo al dar una lección sobre cómo se reconcilia uno con su pasado y cómo se pueden curar incluso las heridas abiertas hace muchas décadas». El mismo gobierno que suponía «un paso atrás hacia un pasado muy oscuro», se había metamorfoseado milagrosamente —una vez pagado el dinero de la extorsión— en el heraldo de un futuro maravilloso. Y, en efecto, las negociaciones con Austria pusieron de manifiesto «una lección importante del Holocausto»: tomar postura contra el antisemitismo puede producir sustanciosos dividendos[52].

IV

Eizenstat hace el conmovedor comentario de que los abogados Melvyn Weiss y Michael Hausfeld trabajaron *pro bono* en la causa suiza porque «ninguno de los dos quería que las cantidades que correspondían a los numerosos supervivientes empobrecido, quizá ya de por sí exiguas, se redujeran aún más por culpa de sus

honorarios», y que Burt Neuborne —con «una apariencia triste y la cara pálida»— concebía «su trabajo como un tributo conmemorativo a la hija que había perdido» (cursabas estudios rabínicos y murió prematuramente de un infarto de miocardio) (pp. 83, 85-86). Eizenstat guarda, sin embargo, un mutismo absoluto en lo referente a la nobleza de corazón que demostraron en la causa alemana. El total de los honorarios de los abogados que actuaron en el acuerdo alemán ascendió a 60 millones de dólares. Weiss y Hausfeld se llevaron la palma con 7,3 y 5,8 millones de dólares respectivamente, mientras por lo menos otros diez letrados cobraron por sus servicios un millón de dólares. Es comprensible que Weiss, pongamos por caso, no pudiera actuar *pro bono* en otro litigio por la compensación del Holocuasto, puesto que sus ingresos anuales ascendían a un promedio de doce millones de dólares. Neuborne hace la reflexión de que su minuta de cinco millones de dólares «no fue particularmente elevada» —sobre todo si se comparaba con la asignación de 7.500 dólares que se hizo para cada superviviente de Auschwitz en el acuerdo alemán—. En la retaguardia por haber recibido tan solo la insignificancia de 4,3 millones de dólares, Robert Swift se puso filosófico hablando de su minuta «mínima se mire como se mire»: «No se puede medir en dólares y centavos todo lo que se hace en la vida». Buscando consuelo en otra parte, un emprendedor abogado vendió la historia de su cliente a Mike Ovitz, de Hollywood, antiguo presidente de la compañía Disney. Cuando se anunciaron por primera vez las minutas de los abogados, Eizenstat se alzó en su defensa, diciendo que eran «increíblemente modestas». Los supervivientes del Holocuasto no pensaban lo mismo. «Si se hubiera podido ahorrar tan solo la mitad de los honorarios de los abogados, es decir, unos 30 millones de dólares», decía en su editorial una organización de supervivientes, «podrían haberse empleado para crear uno o varios centros de salud para los supervivientes enfermos. ¡Qué vergüenza de minutas desorbitadas!»[53].

Ahora bien, sería un error centrarse exclusivamente en las fechorías de los abogados de las demandas colectivas. En eso ha consistido la estrategia fundamental de la industria del Holocausto para desviar la atención de sí misma cuando iban aflorando verdades desagradables. (Aparte de emplear como chivos expiatorios a los abogados, la industria del Holocausto estaba en desacuerdo con ellos sobre «la cuestión fundamental de quién sería al fin y a la postre quien controlaría el grueso» [132] del dinero de la compensación.) Lo cierto es que, en conjunto, los abogados de las demandas colectivas se han embolsado solo un pequeño porcentaje de los diversos acuerdos del Holocausto. Los verdaderos ladrones son los charlatanes del Holocausto como Bronfman y Singer que controlan los consejos directivos «interconectados» del CJM, la OJMR y la Conferencia sobre Solicitudes Materiales (p. 57). Pese a que la industria del Holocausto pone bajo los focos a las presuntamente estafadas «víctimas del Holocausto necesitadas» y a sus herederos, Eizenstat subraya que «la prioridad

del CJM era controlar los activos "sin herederos"» (p. 119; cfr. p. 61); es decir, el dinero de las indemnizaciones sobre el que las víctimas del Holocausto no podían arriesgarse a interponer directamente una reclamación. Según Eizenstat, la industria del Holocausto, «en representación de los intereses» de los supervivientes del Holocausto «del mundo entero» (p. 41), ha reservado estos fondos sin herederos para «los supervivientes del Holocausto ancianos» (p. 119), «para ayudar a las víctimas del Holocausto en general» (p. 262), «para recompensar […] a los envejecidos» supervivientes del Holocausto «antes de que fallezcan» (p. 304) y a otros objetivos por el estilo. Sin embargo, en la primera edición de este libro documenté la historia del sistemático uso incorrecto del dinero de las indemnizaciones que ha hecho la industria del Holocausto. Y aunque Eizenstat niega enfáticamente que exista una «"industria del Holocausto" compuesta por abogados y organizaciones judías que se lucran a expensas de las víctimas» (pp. 339; cfr. p. 345), en ningún momento desmiente las acusaciones. (Como tampoco lo ha hecho, en realidad, nadie más[54].) De hecho, nunca se enfrenta a una pregunta obvia que pide a voces una respuesta: si Alemania ha entregado «más de 60.000 millones de dólares» a «500.000 supervivientes del Holocausto del mundo entero» desde la década de 1950, ¿por qué tantos supervivientes del Holocausto se quejan de haber recibido una indemnización modesta o ninguna en absoluto? Eizenstat señala que el dinero de las indemnizaciones entregado por Alemania a Europa del Este «a menudo fue a parar a los bolsillos de burócratas del Estado corruptos» (pp. 232; cfr. p. 263), pero pasa por alto a la ligera el historial comparable de la industria del Holocausto.

Los acontecimientos recientes encajan en este sórdido patrón. En noviembre de 2001, el CJM anunció que había recaudado 11.000 millones de dólares en concepto de compensación por el Holocausto y esperaba que esta cifra llegase en su momento a alcanzar aproximadamente los 14.000 millones de dólares. (No está claro si en estas cifras se incluyen las decenas de millares de propiedades por valor de miles de millones de dólares por las que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales sigue peleándose en Alemania.) Ahora mismo, la industria del Holocausto está «debatiendo no si los habrá, sino cómo» usará los «remanentes» de «probablemente miles de millones» que quedarán una vez que las víctimas del Holocausto necesitadas «salgan de escena». Después de declarar que no corresponde solo a los supervivientes del Holocausto decidir «cómo se utilizará un dinero que no necesitarán cuando hayan fallecido», Singer propone dedicar esos «probables miles de millones» a «reconstruir el alma y el espíritu judíos»[55]. Dejando aparte la indecorosa premura de Singer por dividir la herencia y el hecho de que reconozca la necesidad de «reconstruir el alma y el espíritu judíos», en especial después del maltrato que han sufrido en los últimos años a manos de personas como Singer, resulta difícil entender cómo la industria del Holocausto ya sabe que habrá un remanente «probablemente [de] miles de millones»

si, como sostiene al propio tiempo, casi un millón de supervivientes del Holocausto indigentes siguen con vida y en 2035 «probablemente seguirán vivos […] decenas de miles»[56]. La industria del Holocausto pronostica que habrá remanentes de miles de millones y, simultáneamente, declara que ni siquiera puede permitirse sufragar la atención médica a las víctimas del Holocausto ancianas.

Un escritor del Holocausto se pregunta: «¿Por qué estamos hablando de exceso de riqueza cuando no hay dinero para pagar las necesidades básicas de los supervivientes?». Con una desfachatez pasmosa, ahora la industria del Holocausto exige que «el gobierno alemán, con la participación de la industria alemana», vuelva a pagar la factura porque la pobre Conferencia sobre Solicitudes Materiales no se lo puede permitir. Por otra parte, veinte mil víctimas del Holocausto, que habían denunciado la malversación de fondos cometida por la industria del Holocausto con el dinero de sus indemnizaciones, constituyeron una organización en junio de 2001, la Fundación de Supervivientes del Holocausto-EEUU, «para garantizar que los miles de millones de dólares recaudados para los supervivientes se entreguen a los supervivientes». El secretario de la fundación, Leo Rechter, manifestó que los supervivientes del Holocausto, así como «los gobiernos extranjeros», habían sido «embaucados durante décadas con la idea» de que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales «se preocupaba por NUESTROS intereses». El director de la fundación, David Schaecter, deploraba que muchos supervivientes del Holocausto ancianos vivan en «condiciones angustiosas» mientras «la Conferencia sobre Solicitudes Materiales ha asignado a los supervivientes del Holocausto solo una minúscula fracción de los miles de millones que ha recibido». «No es justo» que los supervivientes del Holocausto carezcan de atención médica, dijo Joe Sachs, presidente de la fundación, «cuando se gastan millones en construir residencias en lugares remotos como Siberia y cientos de millones en proyectos de propósitos equívocos en todo el mundo». Entre estas actividades equívocas se incluyen: «20,7 millones de dólares para una filial de la Agencia Judía», «3 millones de dólares para la Organización Sionista Mundial», «1,4 millones de dólares para el “Teatro Yiddish”» de Tel Aviv, «un millón de dólares para el “Monumento conmemorativo de Mordechai Anielewicz” de Israel», «cientos de miles de dólares para un estudio sobre la historia de los institutos rabínicos de preguerra», y «más de medio millón de dólares para una “Fundación conmemorativa de la cultura judía” de Nueva York, cantidad que dobla a la reciente asignación para todos los supervivientes necesitados de Florida». En una reprimenda contra la industria del Holocausto por «inmiscuirse para tratar de conseguir dinero para sus obras de beneficencia preferidas en lugar de dar el dinero a las personas en cuyo nombre lo consiguieron», Rechter preguntaba retóricamente si los negociadores de la industria del Holocausto habían informado a sus adversarios alemanes de que una «porción sustanciosa» de los fondos de

indemnización no se gastaría en los supervivientes si no en sus «proyectos favoritos». El miembro de la Knesset Michael Kleiner dijo en el parlamento israelí mientras se producían luchas intestinas entre los judíos por el botín del Holocausto: «Los representantes de las organizaciones judías, que aparentemente llevaron a cabo una meritoria campaña para crear los fondos de indemnización, no lo hicieron porque estuvieran profundamente preocupados por los supervivientes del Holocausto o sus herederos. El objetivo real no era devolver las propiedades judías a sus dueños legítimos. Los representantes de las organizaciones hicieron todo lo posible para asegurarse de que el dinero conseguido y las propiedades de judíos fueran a parar a sus propias arcas en lugar de a sus dueños legítimos. De este modo, los representantes de las entidades judías confiaban en insuflar nueva vida a sus organizaciones y a las vidas de lujo a las que se habían acostumbrado». Mientras los supervivientes del Holocausto ancianos languidecen sin cobertura médica, el sueldo anual y los beneficios adicionales de Gideon Taylor, vicepresidente ejecutivo de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales, ascienden a 275.000 dólares. No solo eso, Taylor informó al juez Korman de que los «gastos administrativos» de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales —ni más ni menos que *treinta millones de dólares*— «quizá exigieran una reducción» de los 7.500 dólares asignados a los antiguos trabajadores esclavizados judíos en el acuerdo alemán. «A veces da la impresión de que el Holocausto se ha convertido en una herramienta en manos de las grandes organizaciones judías», señalaba el prestigioso periódico israelí *Haaretz*, «para obtener fondos para los proyectos favoritos de los líderes de las organizaciones»[57].

Para dar cuenta de la «intensidad y, en ocasiones, la beligerancia» de «los Bronfman, los Singer» durante la campaña en pro de la compensación por el Holocausto, Eizenstat explica que tenían una «doble motivación»: «Era a la vez una retribución por lo que habían hecho sus predecesores corporativos a los judíos europeos y una expiación del sentimiento colectivo de culpa de la propia comunidad judía estadounidense por haberse esforzado tan poco en evitarlo seis décadas antes» (p. 354). Y, en efecto, «los Bronfman, los Singer» tenían tal afán de expiación que guardaron los frutos de la retribución para su enaltecimiento personal.

* * *

Eizenstat ensalza la campaña en pro de la compensación por el Holocausto porque, aparte de lograr pingües indemnizaciones, «había contribuido a marginar aún más a los historiadores revisionistas que negaban que el Holocausto hubiera tenido lugar» (p. 114). Sin embargo, no está claro cómo puede contribuir a marginar a los negacionistas el hecho de inflar las cifras de supervivientes del Holocausto, que implica reducir las cifras de los muertos en el Holocausto, o que los líderes judíos se

comporten como caricaturas recién salidas de las páginas de *Der Stürmer* o de *Los protocolos de los sabios de Sión*. La industria del Holocausto ha designado como principal beneficiario de los fondos de indemnización a la «educación del Holocausto» —que, según Eizenstat, constituye el «mayor legado de nuestros esfuerzos»[58]—. El propósito de esta educación del Holocausto es, evidentemente, «enseñar las lecciones del Holocausto». Pero ¿qué lecciones quiere la industria del Holocausto que aprendamos? Una lección importante es «no compares» el Holocausto con otros crímenes, a no ser que la comparación resulte políticamente conveniente. En este sentido, una revista de la industria del Holocausto comparó el atentado del 11 de septiembre contra el World Trade Center con «la terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial y el sufrimiento de la Shoah», mientras que *Atlantic Monthly* se preguntaba quién ocupaba una posición más elevada en la «jerarquía del mal», si Bin Laden o Hitler, y *The New York Times Magazine* opinaba que el fundamentalismo islámico era «un enemigo más temible que el nazismo». Poco más de un año después, las grandes organizaciones judías norteamericanas (así como Israel) apoyaron en masa la agresión criminal de la Administración Bush contra Irak y Elie Wiesel declaró que «el mundo afrontaba una crisis similar a la de 1938» y «la elección era sencilla». Por su parte, Simon Wiesenthal, el «cazador de nazis» especialista en promocionarse a sí mismo, proclamó que «no se puede bailar el agua indefinidamente a los dictadores. Adolf Hitler subió al poder en 1933 y el mundo tardó seis años en actuar». Quienes adoptaron una postura crítica con la guerra eran blanco de todo tipo de acusaciones, desde que «contemporizaban» a la manera de Chamberlain, hasta que demostraban «un antisemitismo de una clase que se creía desaparecida de Occidente hacía mucho». E incluso destacados poetas norteamericanos que se opusieron a la guerra iraquí y a la ocupación israelí fueron reconvenidos por jugar «al filo de un antisemitismo estilo años treinta»[59]. Lo raro es que no se haya acusado de negar el Holocausto a quienes se oponen a la guerra, al menos de momento. Y como el pueblo alemán se negó valientemente a dejarse intimidar y a apoyar la guerra criminal de Washington, la rama alemana del la industria del Holocausto, que comparaba explícitamente a Saddam Hussein con Hitler, aprovechó la ocasión del día conmemorativo del Holocausto para lamentar la oposición alemana a la guerra iraquí y, más adelante, instó a que se apoyaran las «guerras necesarias»[60].

Otra lección importante del Holocausto es recordar el genocidio nazi… y olvidar todos los demás. Por eso, el ministro de Exteriores israelí Shimon Peres desdeñó el exterminio sistemático de armenios cometido por los turcos diciendo que eran meras «alegaciones» y calificó de «intrascendentes» los informes armenios sobre los asesinatos en masa[61]. Y otra lección más del Holocausto es que hay que mantenerse vigilante para descubrir crímenes contra la humanidad… salvo los cometidos por tu

propio gobierno. Así pues, mientras el poderío incontrolado de Estados Unidos siembra el caos en buena parte del mundo, el Consejo Conmemorativo del Holocausto «instó a Estados Unidos a centrarse en "la amenaza de genocidio" en Sudán»[62]. Por último, el Ejército israelí está aprendiendo una lección del Holocausto de lo más instructiva. Un alto mando israelí exhortó a sus hombres a que «analizaran e interiorizaran las lecciones de […] cómo el Ejército alemán luchó en el gueto de Varsovia»[63] para que se inspirasen a la hora de reprimir la resistencia palestina ante una ocupación de treinta y cinco años de duración.

Un resultado de la campaña de chantaje que es de lamentar, reconoce Eizenstat, es que «aumentó los sentimientos antisemitas» (p. 340). Lo raro habría sido lo contrario. Así como la falsificación de la historia que nos vende la industria del Holocausto fomenta la negación del Holocausto, su manera de explotar el sufrimiento judío con el objetivo de extorsionar promueve sin remedio el antisemitismo. Ahora bien, conviene analizar las pruebas del «resurgimiento de acciones antisemitas en Europa» presentadas por Eizenstat. Cita, por ejemplo, «la amenaza de boicot a las universidades israelíes» y que se «trate a Israel como a un Estado paria» en protesta por la brutal ocupación; e informa de que «la avalancha de acciones antisemitas en Europa ha coincidido con la respuesta del […] primer ministro Ariel Sharon al terrorismo palestino»; aunque, al parecer, no ha coincidido con el terrorismo del propio Sharon (pp. 348-349). Tratando de un asunto relacionado, Eizenstat advierte que no deben compararse de ninguna manera las compensaciones por el Holocausto y las «solicitudes de restitución de las viviendas que perdieron muchos palestinos» durante la guerra de 1948, puesto que es una «imprecisión histórica» decir que los palestinos «fueron expulsados injustamente de sus casas» (p. 351). Por último, declara su «esperanza» de que en el acuerdo con el que se salde el conflicto israelí-palestino «se incluya un fondo internacional, en lugar de la restitución de propiedades como tal» (p. 351). Dios no quiera que Israel tenga que pagar indemnizaciones, y mucho menos devolver propiedades robadas.

V

Eizenstat se enorgullece en especial del singular liderazgo moral de Estados Unidos durante la campaña en pro de la compensación por el Holocausto: «Estados Unidos fue el único país que se preocupó lo suficiente como para tomarse interés» (p. 4); «el mundo […] tuvo que comprender que Estados Unidos se tomó muy en serio la cuestión de los activos del Holocausto» (p. 92); «para quienes dudaban de la capacidad del gobierno norteamericano para hacer bien las cosas, este fue un ejemplo deslumbrante de éxito gubernamental» (p. 344); «de todas las naciones del mundo, solo Estados Unidos se preocupó como es debido» (p. 355). Eizenstat rememora

asimismo que, al compilar la formulación de cargos contra Suiza por haber comerciado con oro saqueado por los nazis, optó por la «osada línea de actuación» (p. 108) de «exponer los hechos y las conclusiones, por duros que fueran» (p. 108), y que Clinton, al dar su inigualable aprobación, alabó el informe diciendo que era «un punto de referencia moral» (p. 110)[64]. Por último, Eizenstat expresa la virtuosa esperanza de que «al ayudar a las naciones a afrontar sus responsabilidades con respecto al pasado», puedan «desarrollar tolerancia y seguridad en sí mismas en el futuro» (p. 344). Gandhi señaló en una ocasión que «solo cuando se miran los defectos propios con una lenta convexa y se hace precisamente lo contrario con los defectos de los demás, se logra una valoración relativa justa de ambos»[65]. Dicho de otro modo, la única medida de moralidad que tiene valor son las exigencias que te haces a ti mismo y no a los demás. Una forma sencilla de poner a prueba las valoraciones morales de Eizenstat es analizar cómo Estados Unidos ha afrontado «sus responsabilidades con respecto al pasado». Y el hecho es que Estados Unidos no se ha mirado a sí mismo a través de una lente convexa y ni siquiera a través de una lente cóncava, más bien se ha vendado los ojos.

Todas las acusaciones lanzadas por la industria del Holocausto contra los países europeos son aplicables a Estados Unidos. Aunque Eizenstat no lo menciona en ningún momento, el Comité Volcker descubrió que en la preguerra y durante la Segunda Guerra Mundial, además de Suiza, Estados Unidos fue otro refugio seguro fundamental para los activos de los judíos de Europa que se podían transferir[66]. Lo que sí reconoce Eizenstat es que Estados Unidos solo pagó «500.000 míseros dólares» (p. 112; cfr. 15-16) por los activos del Holocausto no reclamados, aunque a continuación añade que «casi nunca se había sentido tan orgulloso de su país» como cuando Estados Unidos contribuyó con otros 25 millones de dólares a las compensaciones por el Holocausto mientras él ocupaba su cargo (p. 114). Sin embargo, 25 millones de dólares parece una cantidad bastante exigua si se compara con lo que se exigió a los suizos (sin tener en cuenta los costes astronómicos de la auditoría internacional, algo a lo que no tuvo que someterse Estados Unidos). Eizenstat alude de pasada a la Comisión sobre Activos del Holocausto de EEUU, presidida por Edgar Bronfman (p. 200); y, en efecto, cuanto menos se diga acerca de su informe final mejor, pues no fue exactamente «osado» y estaba plagado de bochornosas excusas en sus recomendaciones y conclusiones[67]. No obstante, este informe contenía algunas revelaciones cruciales sobre las que, como era de prever, Eizenstat guarda silencio; por ejemplo, resulta que comerciar con oro saqueado por los nazis —la acusación que con tanto estrépito lanzó contra los bancos suizos y por la que no para de denigrar a los suizos en su libro (pp. 49-50, 104-114)— era la política *oficial* de Estados Unidos hasta que la declaración de guerra de Alemania lo evitó[68]. Eizenstat admite en múltiples ocasiones que «basándonos en un cómputo

per cápita, los suizos recibieron a muchos más refugiados en circunstancias más difíciles que Estados Unidos» (pp. 103; cfr. 9-10, 184); pero esto lleva necesariamente a plantear una pregunta que él elude: ¿por qué la industria del Holocausto solicitó a los suizos que pagaran una indemnización por los refugiados judíos a los que habían negado la entrada pero no exigió lo mismo a Estados Unidos?[69]. Por último, conviene citar extensamente la exposición que hace Eizenstat de la actuación estadounidense en lo relativo a las indemnizaciones por el trabajo en régimen de esclavitud. Eizenstat recuerda que, con objeto de incrementar la liquidación alemana, propuso crear

> un fondo «especular» entre las docenas de compañías norteamericanas cuyas grandes filiales alemanas habían empleado a trabajadores esclavizados. Según una lista de 1943 del Departamento del Tesoro, algunas de las más conocidas eran Ford, General Motors, Gillette, IBM y Kodak, entre otras muchas. Me puse a la labor con prontitud el 3 de diciembre, al reunirme con John Rintanaki, vicepresidente y jefe de personal del grupo Ford. Era una persona enérgica y optimista, que fue directamente al grano. Con una franqueza extraordinaria, me dijo sin que yo le preguntara nada que Henry Ford, el fundador de la compañía, era un notorio antisemita que había recibido el reconocimiento público de Hitler por la labor desarrollada en Alemania. No trató de negar que los nazis habían empleado a trabajadores forzados y esclavizados en las fábricas de Ford y prometió ayudarme a conseguir la colaboración de grandes empresas estadounidenses con el objetivo de recaudar 500 millones de dólares. Dijo que la creación de una organización benéfica que permitiera que las contribuciones de las grandes empresas sirvieran para deducir impuestos le facilitaría la tarea. Craig Johnstone, jefe del departamento internacional de la Cámara de Comercio de Estados Unidos y antiguo compañero suyo del Departamento de Estado, allanó el camino al convencer a la Cámara de Comercio de que aprobara un fondo humanitario al que las empresas partícipes pudieran recurrir en todo tipo de ocasiones, desde catástrofes provocadas por huracanes hasta ayuda por el Holocausto, con lo que las empresas podrían aportar dinero sin dar la impresión de que estaban reconociendo su culpabilidad en tiempos de guerra. Lo presentamos conjuntamente a bombo y platillo en una conferencia de prensa celebrada en la sede de la cámara en Washington D.C. Pero el dinero no llegó nunca. Pese a nuevas reuniones con Rintanaki, que hizo un auténtico esfuerzo por convencer a otras empresas de que participaran, aquello no rindió ningún fruto. En diciembre de 2001, dos años después de mi primera reunión con Rintanaki y cuando hacía ya tiempo que había concluido el mandato de Clinton, uno de los ayudantes de Rintanaki me dijo que la Ford Motor Company contribuiría con dos millones de dólares. Ninguna otra empresa norteamericana aportó un centavo al fondo de la cámara, dejando que fueran sus filiales alemanas las que dieran dinero a la Fundación alemana (pp. 254-255).

En la conclusión de su obra, Eizenstat señala que «el mensaje más perdurable que lanzamos fue que, sean cuales sean los tratados o antecedentes legales, no existe un estatuto de limitaciones de la responsabilidad corporativa que sea efectivo» (p. 354); a no ser, claro está, que se trate de una corporación norteamericana[70].

* * *

«La Biblia dice que los pecados del padre no deben recaer en el hijo», reflexiona Eizenstat. «Pero ¿cuánto deben las generaciones presentes a las víctimas del pasado considerando que una parte de su prosperidad se basa en que su país las haya esclavizado y les haya robado?» (p. 279) Por lo visto, la respuesta es muchísimo en el

caso del holocausto nazi; mientras que en lo relativo a la esclavitud en América del Norte y al apartheid sudafricano, al parecer, la respuesta es poca cosa. Aunque la industrialización estadounidense se basó fundamentalmente en la mano de obra africana esclavizada, Eizenstat sostiene que la única «lección» monetaria pertinente que puede extraerse de la campaña en pro de la compensación por el Holocausto para los actuales «pleitos por la esclavitud en Norteamérica» es que «las empresas demandadas podrían» proporcionar «becas para minorías o programas de formación y contratación» (p. 353). Eizenstat menciona las «demandas colectivas contra el apartheid» presentadas contra compañías que se beneficiaron durante varios decenios de la explotación esclavista (p. 351), pero inexplicablemente olvida aludir a que, dando ejemplo de coherencia moral, él mismo está «ahora actuando como abogado defensor» de las compañías implicadas[71]. Eizenstat conjetura que «en la medida en que la restitución de propiedades se convierta en un proceso establecido, contribuirá a que las democracias de los países de Europa del Este se consoliden más» (p. 45). Rectificar los actos de apropiación indebida sin duda fortalece el tejido moral de una sociedad. Ahora bien, a Eizenstat nunca se le ocurrió aplicar esta idea a Estados Unidos. Pensemos en una demanda colectiva interpuesta por los indígenas norteamericanos contra la Administración Clinton en la que reclamaban miles de millones de dólares y que tenía un notable parecido con el litigo contra los bancos suizos; con la salvedad de que, en este caso, las acusaciones eran ciertas. Pues bien, el blanco principal de este pleito era el Departamento del Tesoro precisamente cuando Eizenstat desempeñaba el cargo de subsecretario de esta institución.

VI

En junio de 1996, el Fondo para los Derechos de los Indígenas Norteamericanos presentó la mayor demanda colectiva de la historia estadounidense en nombre de Elouise Pepion Cobell, de la tribu pies negros de Montana, y entre 300.000 y 500.000 indígenas norteamericanos más. Algún tiempo después, el juez Royce C. Lamberth dijo: «La categoría de los demandantes incluye a algunas de las personas más pobres de esta nación […]. Están en juego el bienestar y la subsistencia de los seres humanos»[72]. La renta per cápita de estos empobrecidos descendientes del «holocausto norteamericano»[73] no llega a alcanzar los 10.000 dólares anuales, la tasa de desempleo se sitúa cerca del setenta por ciento y más del noventa por ciento de los ancianos carecen de atención médica a largo plazo. La Administración Clinton «tendría que haberse avergonzado», reprochó Cobell a un funcionario del Departamento de Justicia. «La gente se muere en todas las comunidades indias. No tienen acceso a su propio dinero»[74].

La cuestión que se había llevado a los tribunales era el dinero de los indígenas norteamericanos que administraba en régimen de fideicomiso el gobierno estadounidense. El origen de estas cuentas fiduciarias del Dinero Individual de los Indios (DII) se remontaba a finales del siglo XIX, cuando de acuerdo con las estipulaciones de la Ley General de Distribución de Tierras (1887), se dividieron 56 millones de hectáreas de tierras comunales tribales en parcelas individuales. «Como reconoce el gobierno», afirmó el juez Lamberth, «el objetivo del fideicomiso del DII fue arrebatar sus tierras nativas a los antepasados de los demandantes y privar a la nación de su identidad tribal»[75]. Se consideraron como un «excedente» 36 millones de hectáreas y enseguida se abrieron a la colonización no indígena, mientras que otros 16 millones de hectáreas «*nunca* se han llegado a justificar»[76]. Los ingresos generados por el arrendamiento de estas tierras —ahora reducidas a 4 millones de hectáreas— para pastos, minería, prospecciones y derechos de tala tenían supuestamente que depositarse en los fondos fiduciarios del DII. La demanda colectiva instaba al gobierno estadounidense a realizar por fin una auditoría de estos fondos, «en cumplimiento de su deber de rendir cuentas con precisión»[77]. Un informe del Congreso de 1992 decía que la condición en que estaban los fondos del DII era una «vergüenza nacional» y que «daba la impresión de que habían sido manejados con un horcón» y se podían comparar a «un banco que no sabe cuánto dinero tiene»[78]. Durante el litigio, el Secretario del Interior Bruce Babbit reconoció que «a lo largo de varios decenios ha habido docenas de informes gubernamentales, comparecencias ante el congreso y dictámenes que han criticado la gestión que ha hecho el Departamento del Interior de sus responsabilidades fiduciarias», y, sin embargo, «pocas o ninguna de estas propuestas han llegado a ponerse en práctica»[79]. «Sería difícil encontrar un programa federal peor administrado a lo largo de la historia», concluía el juez Lamberth. «Estados Unidos […] no puede decir cuánto dinero hay o debería haber en el fondo […] Es un caso prototípico de irresponsabilidad fiscal y gubernamental»[80]. Y en otra parte: «La administración del fideicomiso del Dinero Individual de los Indios ha servido como patrón oro de la mala administración del Gobierno Federal durante más de un siglo […] El Gobierno Federal emite periódicamente a los beneficiarios pagos —de su *propio* dinero— con cantidades erróneas»[81].

En 1994, el Congreso promulgó la Ley de Administración de Fondos Fiduciarios, que constituyó la base legal de la demanda Cobell. Estipulaba que el Departamento del Interior y el Departamento del Tesoro debían proporcionar —en palabras del juez Lamberth— «una contabilidad precisa de todo el dinero en el fideicomiso del DII […], siendo indiferente cuándo se hubiera depositado el capital»[82]. Con el tiempo, el juicio se bifurcó en dos fases: «fijar el sistema» o reformar la administración y prácticas contables del fideicomiso del DII; y «corregir las cuentas» o realizar una

exhaustiva auditoría histórica de los fondos fiduciarios del DII en la que «el gobierno aportara sus pruebas […] y, después, los demandantes plantearan excepciones a las pruebas». Tras sucesivos autos recriminatorios contra los acusados (de los que luego ha habido más), se creó la fase 1,5 para asegurarse de que el gobierno cumpliera con su parte.

Durante el proceso judicial, el tribunal recriminó en repetidas ocasiones al Departamento del Interior y al Departamento del Tesoro por haber incurrido en graves faltas al manipular documentación que era crucial para la auditoría. En un juicio celebrado en febrero de 1999, el juez Lamberth declaró culpables de desacato civil a los demandados por «no haber aportado» un conjunto «sustancial» de «documentos requeridos por orden judicial» y, en el caso específico del Departamento del Tesoro, donde Eizenstat desempeñaba el cargo de subsecretario, por «destruir» documentos «que había prometido conservar». Señalando que, por lo visto, «en los tiempos modernos, ningún Secretario de Departamento en ejercicio ha sido acusado de desacato al tribunal» y que «no disfruto acusando de desacato a estos miembros del gobierno», Lamberth acusó a los demandados de «actos que como poco deben calificarse de contumaces», de «encubrimiento bajo cuerda», de haber hecho una «campaña obstruccionista» y de incurrir en «una escandalosa pauta de imposturas», en «numerosas tergiversaciones ilícitas», convirtiendo aquello en «poco menos que una parodia», en «una temeraria desatención a las órdenes de este tribunal», en «conductas culposas que van más allá de “la desatención temeraria”», en «negligencia intencionada […] peligrosamente similar a la desacato *criminal* al tribunal» y un largo etcétera. El juez concluye que «nunca había visto una conducta culposa tan atroz por parte del Gobierno Federal». Eizenstat elogia a su jefe, Robert Rubin, por ser «uno de los Secretarios del Tesoro más competentes desde Alexander Hamilton» (p. 227), pero pasa por alto que —por «destruir» documentos en un proceso judicial de indemnización— Rubin «ha sufrido la deshonra de recibir esta citación por desacato» (Lamberth)[83]. En un informe de diciembre de 1999, el asesor especial nombrado por el tribunal reveló que el Departamento del Tesoro había destruido de nuevo documentos «potencialmente comprometedores o potencialmente pertinentes para el litigio Cobell […] en el preciso momento en que el Secretario del Tesoro fue acusado de desacato por incumplir sus obligaciones de aportar información», y que, asimismo, el Departamento del Tesoro no había «revelado esa destrucción […] pese a haber tenido incontables oportunidades de hacerlo». «Este sistema», concluía el asesor especial, «está claramente fuera de control»[84].

En su dictamen de diciembre de 1999 sobre la fase 1 del juicio, el juez Lamberth declaró que el Departamento del Interior había incurrido en «cuatro infracciones legales» por mala administración de los documentos y procedimientos «necesarios para presentar una contabilidad precisa». En particular, «Interior no ha redactado un

plan para recabar […] la información necesaria que falta y que ha sido requerida para presentar una contabilidad precisa. De hecho, ni siquiera parece tener la intención de hacerlo»; «el problema de la falta de datos es sin duda el mayor obstáculo individual al que se enfrentará Interior para presentar una contabilidad precisa»; «es evidente que cuanto más tiempo tarde Interior en recuperar la información que falta, menos datos estarán disponibles y menos datos podrán ser localizados». Asimismo, Lamberth declaró que la destrucción sistemática de documentos por parte del Departamento del Tesoro («documentos del Tesoro pertenecientes a los fondos fiduciarios [del DII], incluidos cheques cancelados, fueron a parar a la trituradora de papeles») fue «una violación del derecho de los demandantes a conservar los documentos necesarios para permitir que Estados Unidos presentara la contabilidad»; y que el Tesoro todavía carecía de un plan claro para la conservación de la documentación pertinente[85]. Respaldando la opinión de Lamberth, el Tribunal de Apelación de Estados Unidos dictaminó posteriormente que «la destrucción [por parte del Departamento del Tesoro] de documentos pertinentes relacionados con los fondos fiduciarios del DII que podrían haber sido necesarios para realizar una contabilidad completa es una prueba clara de que el Departamento» ha incumplido su «deber fiduciario»; y que «dada la historia de destrucción de documentos y falta de información necesaria para realizar una contabilidad histórica, la falta de adopción de medidas por parte del gobierno podría poner fuera del alcance de los demandantes algo que se aproxime a una contabilidad adecuada»[86].

En el juicio por desacato de septiembre de 2002, el juez Lamberth dictaminó que, al haber interpretado de una manera totalmente errónea el estado actual del fideicomiso del DII, los acusados habían cometido diversos «fraudes» contra el tribunal: «Ha quedado sobradamente claro que las seis semanas de la fase 1 del juicio no fueron más que un espectáculo circense montado por los acusados de Interior […] Los acusados permitieron deliberadamente que este Tribunal dictara sentencia basándose en un expediente repleto de errores de hecho»; «en mis quince años en la judicatura nunca había visto que un litigante se embarcara en una confabulación de tales dimensiones para trastocar la verdad e influir en el proceso judicial. Encontrarme ahora a un litigante así es un profundo desengaño, y aún más porque ese litigante es un Departamento del Gobierno de Estados Unidos. El Departamento del Interior es un verdadero oprobio para el Gobierno Federal en general y para la rama ejecutiva en particular»; «el carácter ofensivo del comportamiento del Departamento en este aspecto se exacerba por el hecho de que participaron activamente letrados de la Oficina del Procurador»; «resulta prácticamente incomprensible que un organismo federal se implique en una maquinación generalizada con objeto de engañar al Tribunal e impedir que los demandantes conozcan la verdad sobre la administración de sus cuentas del fondo fiduciario»[87].

* * *

La manera en que el gobierno estadounidense ha gestionado la propia auditoría ha resultado igualmente escandalosa. Como las estimaciones de sus costes oscilaban entre los 200 y los 400 millones de dólares, ya a principios de los años noventa, tanto el Congreso («no tiene mucho sentido gastar tanto») como el Departamento del Interior («una tarea difícil, que quizá cueste más de 200 millones de dólares») pusieron en cuestión que fuera económicamente conveniente auditar las cuentas. En 1996, Interior solicitó una suma modesta para la auditoría, pero el Gobierno Federal recortó incluso esa cantidad[88]. En el juicio por desacato de septiembre de 2002, el juez Lamberth concluyó que, a pesar de que el tribunal había cursado una orden a tal efecto, Interior no había «dado ni siquiera los pasos preliminares» para realizar la auditoría aunque había contado con más de un año y medio para hacerlo. A comienzos de 2002 (cuando se cerró la instrucción del proceso, Interior «todavía no tenía más que […] un plan para desarrollar un plan» para llevar a cabo la auditoría. «El Tribunal está tan consternado como disgustado», señaló el juez Lamberth, «por la intransigencia del Departamento»[89]. El tribunal descubrió asimismo que Interior había «cometido un fraude contra el Tribunal» en relación con el diseño de la auditoría. Las dos opciones básicas eran emplear un método de «transacción por transacción» o «un muestreo estadístico». Interior fingió que consultaba las preferencias de los indígenas norteamericanos («numerosos beneficiarios del DII viajaron a sus expensas para aportar comentarios en numerosas reuniones celebradas por todo el país») y sabía perfectamente que «una mayoría aplastante era partidaria» de una auditoría exhaustiva, pero había decidido de antemano realizar un muestreo estadístico muy restringido. La justificación principal eran los cotes. El «equipo del Departamento, el Congreso y terceras partes ajenas» concordaban en que «un contabilidad completa de todas y cada una de las cuentas realizada transacción por transacción costaría cientos de millones de dólares» y «el Congreso ha sido claro con respeUMC_.xcto a […] que no es probable que financie un proceso de esas características». En efecto, rememorando que «las pruebas presentadas y las exposiciones de los hechos de este juicio por desacato […] demuestran hasta qué punto pueden ser falaces y solapados los acusados», el juez Lamberth consideraba que requerir formalmente su opinión a los indígenas norteamericanos era «en realidad parte de una intriga» urdida por el Departamento del Interior. Al fingir que actuaba de buena fe, pretendía anular mediante una apelación «el fallo de este Tribunal en la fase I del juicio, retrasar el inicio del proyecto de contabilidad histórica y evitar más apoyo intrusivo por parte de este Tribunal». A continuación, el juez Lamberth ponía en cuestión que el Departamento del Interior de Clinton hubiera establecido un compromiso serio de realizar *en absoluto* una auditoría: «Visto lo recalcitrante que

siempre se ha mostrado este organismo con respecto a ese empeño, suponer que lo hará es cuando menos dudoso»[90].

Al revisar todo el expediente judicial, el juez Lamberth observó ácidamente que el Departamento del Interior «ha llevado este litigo de mismo modo que el fideicomiso del DII: de una manera ignominiosa»; que había incurrido en un «comportamiento indigno» y en «actos deshonrosos»; que «el argumento de los acusados de que el Tribunal debería considerar sus muestras de “buena voluntad” sería risible si no fuera tan lamentable y cínico»; y que «la renuencia demostrada por el Departamento del Interior para cumplir las órdenes de este Tribunal solo es superada por la incompetencia demostrada por este organismo en la administración del fideicomiso del DII»; y un largo etcétera. El juez Lamberth concluía así: «Puede que desempeñe este cargo vitaliciamente, pero al ritmo al que avanza el Departamento del Interior, es posible que no sea suficiente tiempo»[91]. En enero de 2003, los demandantes indígenas norteamericanos presentaron al juez Lamberth una «documentación detallada […] basada en registros históricos privados donde se afirmaba que el gobierno les había estafado ni más ni menos que 137.200 millones de dólares a lo largo de los últimos 115 años»[92].

Pero ¿quién puede dudar de que los norteamericanos estén perfectamente capacitados para emitir juicios morales sobre los «pérfidos suizos»?[93].



NORMAN G. FINKELSTEIN. Experto en ciencia política y autor estadounidense, especializado en asuntos relacionados con el judaísmo, Israel y el sionismo, y con el conflicto palestino israelí en particular. Graduado por la Binghamton University, se doctoró (Ph.D) en ciencia política por la Universidad de Princeton. Ha escalado todas las posiciones académicas en el Brooklyn College, Rutgers University, Hunter College, New York University, y más recientemente, DePaul University, en la que fue profesor asistente desde 2001 a 2007.

Notas

[1] Michael Berenbaum, *After Tragedy and Triumph*, Cambridge, 1990, p. 45.<<

[1] Ernst Piper (ed.), *Gibt es wirklich eine Holocaust-Industrie?*, Múnich: 2001; Petra Steinberger (ed.), *Die Finkelstein-Debatte*, Múnich: 2001; Rolf Surmann (ed.), *Das Finkelstein-Alibi*, Colonia, 2001.<<

[2] Véase Christopher Hitchens, «Dead Souls», *The Nation*, 18-25 de septiembre de 2000.<<

[3] De acuerdo con una búsqueda Lexis Nexis correspondiente a 1999, más de la cuarta parte de las crónicas de Roger Cohen, corresponsal del *Times* en Alemania, versaban sobre el Holocausto. Raul Hilberg observó irónicamente: «Al escuchar *Deutsche Welle* [un programa de radio alemán], recibo una impresión de Alemania totalmente diferente de la que obtengo al leer el *New York Times*». (*Berliner Zeitung*, 4 de septiembre de 2000). Es de señalar que, mientras se desarrollaba el exterminio nazi, el *Times* apenas si le prestó atención (véase Deborah Lipstadt, *Beyond Belief*, Nueva York, 1993).<<

[4] Incluso el autor de *Mein Kampf* salió mejor librado en el suplemento literario del *Times*. La crítica que en su momento se publicó de esta obra denunciaba el antisemitismo de Hitler, pero, a la vez, concedía un gran valor a «este hombre extraordinario» por «haber unificado a los alemanes, haber destruido el comunismo, haber adiestrado a la juventud, haber creado un Estado espartano animado por el patriotismo, haber puesto freno al gobierno parlamentario, muy poco adecuado al carácter alemán, y haber protegido el derecho a la propiedad privada». (James W. Gerard, «Hitler As He Explains Himself», *The New York Times Book Review*, 15 de octubre de 1933).<<

[5] Omer Bartov, «Did Punch Cards Fuel the Holocaust?», *Newsday*, 25 de marzo de 2001.<<

[6] «Holocaust Reparations: Gabriel Schoenfeld and Critics», enero de 2001.<<

[7] *Chutzpá:* descaro, desvergüenza. *[N. de la T.]*<<

[8] Véanse las entrevistas a Hilberg incluidas en www.normanfinkelstein.com en el apartado «The Holocaust Industry».<<

[9] *Mensch:* persona honrada, íntegra. *[N. de la T.]*<<

[1] Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Nueva York, 2000, introd. por Robert Reich, p. 148<<

[1] En este texto, la expresión *holocausto nazi* se emplea para designar el hecho histórico real y *Holocausto*, para referirse a su representación ideológica.<<

[2] Con respecto al vergonzoso historial de Wiesel en el terreno de la apología de Israel, véase Norman G. Finkelstein y Ruth Bettina Birn, *A Nation on Trial: The Goldhagen Thesis and Historical Truth*, Nueva York, 1998, p. 91 n. 83 y p. 96 n. 90. Los antecedentes de Wiesel no son mejores en otros campos. En sus nuevas memorias, *And the Sea Is Never Full*, Nueva York, 1999, Wiesel ofrece esta increíble explicación de su silencio en relación con el sufrimiento palestino: «Pese a haber recibido considerables presiones, me he negado a adoptar postura pública en el conflicto árabe-israelí» (125). En su bien detallado estudio de la literatura del Holocausto, el crítico literario Irving Howe despacha la extensa obra de Wiesel en un solo párrafo, y le concede este moderado elogio: «El primer libro de Elie Wiesel, *Night*, [está] escrito con sencillez y sin caprichos retóricos». «No ha escrito nada que merezca la pena leerse desde *Night* —opina asimismo el crítico literario Alfred Kazin —. Ahora Elie es todo teatralidad. Me dijo personalmente que era un “conferenciante angustiado”». (Irving Howe, «Writing and the Holocaust», *New Republic*, 27 de octubre de 1986; Alfred Kazin, *A Lifetime Burning in Every Moment*, Nueva York, 1996, p. 179.)<<

[3] Nueva York: 1999. Norman Finkelstein, «Uses of the Holocaust», *London Review of Books*, 6 de enero de 2000.<<

[4] Novick, *The Holocaust*, pp. 3-6.<<

[5] Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1961 [ed. cast.: *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005]. Viktor Frankl, *Man's Search for Meaning*, Nueva York, 1959 [ed. cast.: *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 22004]. Ella Lingens-Reiner, *Prisoners of Fear*, Londres, 1948. <<

[1] Gore Vidal, «The Empire Lovers Strike Back», *Nation*, 22 de marzo de 1986.<<

[2] Rochelle G. Saidel, *Never Too Late to Remember*, Nueva York, 1996, p. 32.<<

[3] Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, edición revisada y ampliada, Nueva York, 1965, p. 282 [ed. cast.: *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Lumen, 2001; hay, asimismo, edición castellana de los dos estudios citados: de Gerald Reitlinger, *La solución final*, Barcelona, Grijalbo, 1973; y de Raul Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, Akal, 2005]. En Alemania la situación no era muy distinta. Por ejemplo, la merecidamente admirada biografía de Hitler escrita por Joachim Fest, publicada en Alemania en 1973, consagraba solo cuatro de sus 750 páginas al genocidio de los judíos y un único párrafo a Auschwitz y los demás campos de exterminio. (Joachim C. Fest, *Hitler*, Nueva York, 1975, pp. 679-682 [ed. cast.: *Hitler*, 2 vols., Barcelona, Noguer, 1974].)<<

[4] Raul Hilberg, *The Politics of Memory*, Chicago, 1996, pp. 66, 105-137. Al igual que los estudios académicos, las películas sobre el holocausto nazi fueron escasas pero de gran calidad. No deja de ser sorprendente que, en *Judgment at Nuremberg* (1961), Stanley Kramer se refiriese explícitamente a la decisión del magistrado del Tribunal Supremo Oliver Wendell Holmes de dar luz verde a la esterilización de los «mentalmente incapacitados» en 1927, lo que sería un precedente de los programas de eugenesia nazis; a las alabanzas que Winston Churchill prodigaba a Hitler ya en 1938; a los industriales estadounidenses sin escrúpulos que proveyeron de armas a Hitler; y a la oportunista absolución de los industriales alemanes por el tribunal militar estadounidense una vez finalizada la guerra.<<

[5] Nathan Glazer, *American Judaism*, Chicago, 1957, p. 114. Stephen J. Whitfield, «The Holocaust and the American Jewish Intellectual», *Judaism*, otoño de 1979.<<

[6] El contraste entre estos dos tipos de supervivientes se comenta con gran sensibilidad en Primo Levi, *The Reawakening*, con un nuevo epílogo, Nueva York, 1986, p. 207 [ed. cast.: *La tregua*, Barcelona, El Aleph, 2010].<<

[7] En este texto, el término *elites judías* designa a los individuos preeminentes en la vida organizativa y cultural de la comunidad judía establecida.<<

[8] Shlomo Shafir, *Ambiguous Relations: The American Jewish Community and Germany Since 1945*, Detroit, 1999, pp. 88, 98, 100-101, 111, 113, 114, 177, 192, 215, 231, 251.<<

[9] *Ibid*., pp. 98, 106, 123-137, 205, 215-216, 249. Robert Warshaw, «The “Idealism” of Julius and Ethel Rosenberg», *Commentary*, noviembre de 1953. ¿Fue una mera coincidencia que, en esa misma época, las grandes organizaciones judías vilipendiaran a Hannah Arendt por sus comentarios sobre el colaboracionismo practicado durante la era nazi por las elites judías en expansión? Rememorando el pérfido papel desempeñado por el cuerpo policial del Consejo Judío, Yitzhak Zuckerman, uno de los líderes del levantamiento del gueto de Varsovia, observaba: «No había ningún policía “decente” porque los hombres decentes se quitaron el uniforme y se convirtieron en judíos de a pie» (*A Surplus of Memory*, Oxford, 1993, p. 244).<<

[10] Novick, *The Holocaust*, pp. 98-100. Además de la guerra fría, hubo otros factores que contribuyeron en menor medida a que el pueblo judío estadounidense restara importancia al holocausto nazi en la posguerra; por ejemplo, el miedo al antisemitismo y el espíritu optimista y asimilacionista que reinaba en Estados Unidos en la década de 1950. Novick examina estas cuestiones en los capítulos 4-7 de *The Holocaust*.<<

[11] Al parecer, el único que niega esta relación causal es Elie Wiesel, quien se considera el principal artífice de la preeminencia adquirida por el Holocausto en Estados Unidos (Saidel, *Never Too Late*, pp. 33-34).<<

[12] Menahem Kaufman, *An Ambiguous Partnership*, Jerusalén, 1991, pp. 218, 276-277.<<

[13] Arthur Hertzberg, *Jewish Polemics*, Nueva York, 1992, p. 33; aunque estos artículos tengan un engañoso tono de disculpa, cf. Isaac Alteras, «Eisenhower, American Jewry, and Israel», *American Jewish Archives* (noviembre de 1985), y Michael Reiner, «The Reaction of US Jewish Organizations to the Sinai Campaign and Its Aftermath», *Forum*, invierno de 1980-1981.<<

[14] Nathan Glazer, *American Judaism*, Chicago, 1957, p. 114. Glazer proseguía así: «Israel apenas ha significado nada para el judaísmo estadounidense […]. La idea de que Israel […] pudiera tener un efecto importante sobre el judaísmo de Estados Unidos […] ha resultado ilusoria» (p. 115).<<

[15] Shafir, *Ambiguous Relations*, p. 222.<<

[16] Véase, por ejemplo, Alexander Bloom, *Prodigal Sons*, Nueva York, 1986.<<

[17] Lucy Dawidowicz y Milton Himmelfarb (eds.), *Conference on Jewish Identity Here and Now*, American Jewish Committee, 1967.<<

[18] Después de emigrar de Alemania en 1933, Arendt se hizo militante del movimiento sionista francés; durante la Segunda Guerra Mundial y hasta la fundación del Estado de Israel, Arendt escribió extensamente sobre el sionismo. Chomsky, hijo de un destacado hebraísta estadounidense, se educó en un hogar sionista y, poco después de la declaración de independencia de Israel, pasó algún tiempo en un *kibbutz*. Las campañas de descrédito a que fueron sometidos Arendt, a comienzos de los años sesenta, y Chomsky, en los años setenta, fueron lanzadas por la LAD. (Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt*, New Haven, 1982, pp. 105-108, 138-139, 143-144, 182-184, 223-233, 348 [ed. cast.: *Hannah Arendt*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1993]; Robert F. Barsky, *Noam Chomsky*, Cambridge, 1997, pp. 9-93; David Barsamian (ed.), *Chronicles of Dissent*, Monroe, ME, 1992, p. 38.) <<

[19] Véase un bosquejo de mi argumentación en Hannah Arendt, «Zionism Reconsidered» (1944), Ron Feldman (ed.), *The Jew as Pariah*, Nueva York, 1978, p. 159.<<

[20] *Making it*, Nueva York, 1967, p. 336.<<

[21] *Breaking Ranks*, Nueva York, 1979, p. 335.<<

[22] Robert I. Friedman, «The Anti-Defamation League Is Spying on You», *Village Voice*, 11 de mayo de 1993. Abdeen Jabara, «The Anti-Defamation League: Civil Rights and Wrongs», *CovertAction*, verano de 1993. Matt Isaacs, «Spy vs Spite», *SF Weekly* (2-8 de febrero de 2000).<<

[23] Elie Wiesel, *Against Silence*, obra seleccionada y editada por Irving Abrahamson, Nueva York, 1984, v. I, p. 283.<<

[24] Novick, *The Holocaust*, p. 147. Lucy S. Dawidowicz, *The Jewish Presence*, Nueva York, 1977, p. 26.<<

[25] «Eruption in the Middle East», *Dissent*, invierno de 1957.<<

[26] «Israel: Thinking the Unthinkable», *New York*, 24 de diciembre de 1973.<<

[27] Norman G. Finkelstein, *Image and Reality of the Israel-Palestine Conflict*, Nueva York, 1995, caps. 5-6 [ed. cast.: *Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí*, Madrid, Akal, 2003].<<

[28] Noam Chomsky, *The Fateful Triangle*, Boston, 1983, p. 4.<<

[29] La trayectoria de Elie Wiesel sirve para ilustrar el nexo entre el Holocausto y la guerra de los Seis Días. Pese a haber publicado previamente sus memorias de Auschwitz, Wiesel no alcanzó el reconocimiento público hasta que escribió un par de volúmenes celebrando la victoria israelí. (Wiesel, *And the Sea*, p. 16.)<<

[30] Kaufman, *Ambiguous Partnership*, pp. 287, 306-307. Steven L. Spiegel, *The Other Arab-Israeli Conflict*, Chicago, 1985, pp. 17, 32.<<

[31] Benny Morris, *1948 And After*, Oxford, 1990, pp. 14-15. Uri Bialer, *Between East and West*, Cambridge, 1990, pp. 180-181.<<

[32] Novick, *The Holocaust*, p. 148.<<

[33] Véase, por ejemplo, Amnon Kapeliouk, *Israel: la fin des mythes*, París, 1975.<<

[34] Novick, *The Holocaust*, p. 152.<<

[35] *Commentary*, «Letter from Israel», febrero de 1957. Durante todo el desarrollo de la crisis de Suez, *Commentary* repitió una y otra vez la advertencia de que la «misma supervivencia» de Israel corría peligro.<<

[36] Abba Eban, *Personal Witness*, Nueva York, 1992, p. 272.<<

[37] Peter Grose, *Israel in the Mind of America*, Nueva York, 1983, p. 304.<<

[38] A.F.K. Organski, *The $36 Billion Bargain*, Nueva York, 1990, pp. 163, 48.<<

[39] Finkelstein, *Image and Reality*, cap. 6.<<

[40] Novick, *The Holocaust*, pp. 149-150. Novick cita aquí al célebre estudioso judío Jacob Neusner.<<

[41] *Ibid*., pp. 153, 155.<<

[42] *Ibid.*, pp. 69-77.<<

[43] Tom Segev, *The Seventh Million*, Nueva York, 1993, parte VI.<<

[44] Como también era artificial la preocupación por los supervivientes del holocausto nazi: antes de junio de 1967, eran una molestia y se les silenciaba; después de junio de 1967, pasaron a ser un valor en alza y se les santificó.<<

[45] *Response*, diciembre de 1988. Destacados mercachifles del Holocausto y defensores de Israel, como el director nacional de la LAD, Abraham Foxman, el expresidente del CJA Morris Abram y el presidente de la Conferencia de Presidentes de las Grandes Organizaciones Judías Estadounidenses, Kenneth Bialkin, por no mencionar a Henry Kissinger, se alzaron unánimemente en defensa de Reagan durante la visita a Bitburg, mientras, esa misma semana, el CJA recibía como invitado de honor en su asamblea anual al leal ministro de Asuntos Exteriores del Canciller de la República Federal Alemana, Helmut Kohl. Con un espíritu similar, Michael Berenbaum, del Museo Conmemorativo del Holocausto de Washington, atribuiría más adelante la visita de Reagan a Bitburg y las declaraciones que allí hizo al «ingenuo optimismo estadounidense». (Shafir, *Ambiguous Relations*, pp. 302-304; Berenbaum, *After Tragedy*, p. 14.)<<

[46] Seymour Martin Lipset y Earl Raab, *Jews and the New American Scene*, Cambridge, 1995, p. 159.<<

[47] Novick, *The Holocaust*, p. 166.<<

[48] Lipset y Raab, *Jews…*, pp. 26-27.<<

[49] Charles Silberman, *A Certain People*, Nueva York, 1985, pp. 78, 80, 81.<<

[50] Novick, *The Holocaust*, pp. 170-172.<<

[51] Arnold Forster y Benjamin R. Epstein, *The New Anti-Semitism*, Nueva York, 1974, p. 107.<<

[52] Jean-Paul Sartre, *Anti-Semite and Jew*, Nueva York, 1965, p. 28.<<

[53] Saidel, *Never Too Late*, p. 222. Seth Mnookin, «Will NYPD Look to Los Angeles For Latest "Sensitivity" Training?», *Forward*, 7 de enero de 2000. El artículo comenta que la LAD y el Centro Simon Wiesenthal se disputan la franquicia del programa para enseñar «tolerancia».<<

[54] Noam Chomsky, *Pirates and Emperors*, Nueva York, 1986, pp. 29-30 (Rubinstein).<<

[55] Véase un estudio de los datos obtenidos en las encuestas recientes, que confirman esta tendencia, en Murray Friedman, «Are American Jews Moving to the Right?», *Commentary*, abril de 2000. Valgan como ejemplo las elecciones municipales de 1997 en la ciudad de Nueva York, en las que se enfrentaron Ruth Messinger, representante del movimiento demócrata principal, y Rudolph Giuliani, un republicano defensor de la ley y el orden; el 75 por ciento del voto judío fue a parar a Giuliani. Cabe señalar que, al votar a Giuliani, los judíos renunciaron a sus tradicionales lealtades tanto de partido como étnicas (Messinger es judío).<<

[56] Al parecer, este giro también se debió en alguna medida a que los judíos centroeuropeos cosmopolitas que antes ocuparan posiciones de liderazgo fueron desplazados por judíos arribistas y chovinistas, de familias originarias de Europa del Este, como, por ejemplo, el alcalde de la ciudad de Nueva York, Edward Koch, y el director ejecutivo del *New York Times*, A. M. Rosenthal. En este sentido, es interesante señalar que los historiadores judíos que se han desviado del dogmatismo del Holocausto son, por lo general, centroeuropeos; por ejemplo, Hannah Arendt, Henry Friedlander, Raul Hilberg y Arno Mayer.<<

[57] Véase, por ejemplo, Jack Salzman y Cornel West (eds.), *Struggles in the Promised Land*, Nueva York, 1997, esp. caps. 6, 8, 9, 14, 15. Kaufman en la p. 111; Greenberg en la p. 166. También es cierto que una minoría visible de judíos disentía de este giro a la derecha.<<

[58] Nathan Perlmutter y Ruth Ann Perlmutter, *The Real Anti-Semitism in America*, Nueva York, 1982.<<

[59] Novick, *The Holocaust*, p. 173 (Podhoretz).<<

[1] Boas Evron, «Holocaust: The Uses of Disaster», *Radical America*, julio-agosto de 1983, p. 15.<<

[2] Véase en Finkelstein y Birn, *Nation*, primera parte, sección 3, una diferenciación entre la literatura sobre el Holocausto y los estudios serios sobre el holocausto nazi. <<

[3] Jacob Neusner (ed.), *Judaism in Cold War America, 1945-1990*, vol. II: *In the Aftermath of the Holocaust*, Nueva York, 1993, p. VIII.<<

[4] David Stannard, «Uniqueness as Denial», en Alan Rosenbaum (ed.), *Is the Holocaust Unique?*, Boulder, 1996, p. 193.<<

[5] Jean-Michel Chaumont, *La concurrence des victimes*, París, 1997, pp. 148-149. La disección que hace Chaumont del debate sobre la «singularidad del Holocausto» es un auténtico *tour de force*. Sin embargo, su tesis fundamental no persuade, al menos en lo que atañe al ámbito estadounidense. Según Chaumont, el fenómeno del Holocausto tuvo su origen en una búsqueda de reconocimiento público para los sufrimientos pasados que los judíos supervivientes emprendieron con retraso. Mas lo cierto es que los supervivientes apenas tuvieron nada que ver con el impulso inicial que colocó el Holocausto en el primer plano de la actualidad.<<

[6] Steven T. Katz, *The Holocaust in Historical Context*, Oxford, 1994, pp. 28, 58, 60.
<<

[7] Chaumont, *La concurrence*, p. 137.<<

[8] Novick, *The Holocaust*, pp. 200-201, 211-212. Wiesel, *Against Silence*, vol. I, pp. 158, 211, 239, 272, vol. II, pp. 62, 81, 111, 278, 293, 347, 371, vol. III, pp. 153, 243. Elie Wiesel, *All Rivers Run to the Sea*, Nueva York, 1995, p. 89. La tarifa de Wiesel nos ha sido comunicada por Ruth Wheat, de la Agencia de Conferencias Bnai Brith. «Las palabras —según Wiesel— son una aproximación horizontal, en tanto que el silencio nos ofrece una aproximación vertical. Te sumerges en él». ¿Se lanzará Wiesel en paracaídas sobre sus conferencias?<<

[9] Wiesel, *Against Silence*, vol. III, p. 146.<<

[10] Wiesel, *And the Sea*, p. 95. Comparemos estas dos noticias:

- Ken Livingstone, antiguo miembro del Partido Laborista que se presenta como independiente a las elecciones para la alcaldía de Londres, ha encolerizado a los judíos británicos al decir que el capitalismo global ha provocado tantas víctimas como la Segunda Guerra Mundial. «El sistema financiero internacional mata cada año a más personas de las que perecieron en la Segunda Guerra Mundial, pero al menos Hitler estaba loco, ¿no es así?». […] John Butterfill, parlamentario conservador, dijo que estas declaraciones de Livingstone eran «un insulto para todas las personas que fueron asesinadas y perseguidas por Adolf Hitler». Además, Butterfill afirmó que las acusaciones lanzadas por Livingstone contra el sistema financiero global encerraban claras alusiones antisemitas («Livingstone's Words Anger Jews», *International Herald Tribune*, 13 de abril de 2000).

– El presidente cubano, Fidel Castro […], acusó al sistema capitalista de provocar año tras año tantas muertes como la Segunda Guerra Mundial al volver la espalda a las necesidades de los pobres. «Las imágenes que vemos de madres y niños de regiones enteras de África sometidas al azote de las sequías y otras catástrofes nos recuerdan los campos de concentración de la Alemania nazi». Refiriéndose a los tribunales que juzgaron los crímenes de guerra después de la Segunda Guerra Mundial, el dirigente cubano dijo: «No tenemos un Nuremberg que pueda juzgar el orden económico que se nos ha impuesto, en el que cada tres años mueren de hambre y de enfermedades que podrían prevenirse más hombres, mujeres y niños de los que murieron en la Segunda Guerra Mundial». […] En Nueva York, Abraham Foxman, director nacional de la Liga Anti-Difamación, dijo: […] «La pobreza es grave, dolorosa y puede ser mortal, pero no es lo mismo que el Holocausto ni que los campos de concentración». (John Rice, «Castro Viciously Attacks Capitalism», *Associated Press*, 13 de abril de 2000.)<<

[11] Wiesel, *Against Silence*, vol. III, pp. 156, 160, 163, 177.<<

[12] Chaumont, *La concurrence*, p. 156. Chaumont señala asimismo con acierto que la defensa de la inconcebible maldad del Holocausto es irreconciliable con la afirmación concomitante de que sus perpetradores eran absolutamente normales (p. 310).<<

[13] Katz, *The Holocaust*, pp. 19, 22. «Tratar de argumentar que la defensa de la singularidad del Holocausto *no* es una comparación ofensiva equivale a adentrarse en el terreno de las ambigüedades —observa Novick—. ¿Quién cree que defender la singularidad *no equivale* a defender la superioridad?» (cursiva en el original). Lamentablemente, el propio Novick incurre en comparaciones ofensivas. Sostiene que, aunque sea un asunto moralmente elusivo en el contexto estadounidense, «la repetida afirmación de que todo lo que los Estados Unidos puedan haberles hecho a los negros, a los nativos norteamericanos, a los vietnamitas y a otros palidece en comparación con el Holocausto es una afirmación verídica». (*The Holocaust*, pp. 197, 15).<<

[14] Jacob Neusner, «A “Holocaust” Primer», p. 178. Edward Alexander, «Stealing the Holocaust», pp. 15-16, en Neusner, *Aftermath*.<<

[15] Peter Baldwin (ed.), *Reworking the Past*, Boston, 1990, p. 21.<<

[16] Nathan Glazer, *American Judaism*, 2.ª ed., Chicago, 1972, p. 171.<<

[17] Seymour M. Hersh, *The Samson Option*, Nueva York, 1991, p. 22. Avner Cohen, *Israel and the Bomb*, Nueva York, 1998, pp. 10, 122, 342.<<

[18] Ismar Schorsch, «The Holocaust and Jewish Survival», *Midstream*, enero de 1981, p. 39. Chaumont demuestra convincentemente que la defensa de la singularidad del Holocausto se originó a partir del dogma religioso de la condición de pueblo elegido de Israel, y que solo adquiere un sentido coherente en este contexto. *La concurrence*, pp. 102-107, 121.<<

[19] Wiesel, *Against Silence*, vol. I, p. 153. Wiesel, *And the Sea*, p. 133.<<

[20] Novick, *The Holocaust*, pp. 59, 158-159.<<

[21] Wiesel, *And the Sea*, p. 68.<<

[22] Daniel Jonah Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Nueva York, 1996 [ed. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus, 1998]. Véase una crítica en Finkelstein y Birn, *Nation*.<<

[23] Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1951, p. 7 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974].<<

[24] Cynthia Ozick, «All the World Wants the Jews Dead», *Esquire*, noviembre de 1974.<<

[25] Boas Evron, *Jewish State or Israeli Nation*, Bloomington, 1995, pp. 226-227.<<

[26] Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, pp. 34-35, 39, 42. Wiesel, *And the Sea*, p. 48.<<

[27] John Murray Cuddihy, «The Elephant and the Angels: The Incivil Irritatingness of Jewish Theodicy», Robert N. Bellah y Frederick E. Greenspahn (eds.), *Uncivil Religion*, Nueva York, 1987, p. 24. Además de este artículo, véase, del mismo autor, «The Holocaust: The Latent Issue in the Uniqueness Debate», P. F. Gallagher (ed.), *Christians, Jews, and Other Worlds*, Highland Lakes, NJ, 1987.<<

[28] Schorsch, *The Holocaust*, p. 39. Dicho sea de paso, la suposición de que los judíos constituyen una minoría «de talento» también es, a mi parecer, «una desagradable versión profana de la condición de pueblo elegido».<<

[29] Un examen en profundidad de este tema rebasa el ámbito del presente ensayo, mas consideremos tan solo la primera proposición. La guerra de Hitler contra los judíos, que tal vez sí fue irracional (asunto ya de por sí complejo), no constituye de ninguna manera un hecho histórico excepcional. Recordemos, por ejemplo, la tesis fundamental del tratado de Joseph Schumpeter sobre el imperialismo: «Las inclinaciones arracionales e irracionales, puramente instintivas, hacia la guerra y la conquista desempeñan un papel muy importante en la historia de la humanidad […]. Innumerables guerras —tal vez la mayoría de las guerras— se han librado sin […] intereses razonados o razonables». (Joseph Schumpeter, «The Sociology of Imperialism», Paul Sweezy (ed.), *Imperialism and Social Classes*, Nueva York, 1951, p. 83.)<<

[30] Eludiendo explícitamente el marco de referencia del Holocausto, un estudio reciente del antisemitismo realizado por Albert S. Lindemann parte de la premisa de que «sea cual fuere la fuerza del mito, no es cierto que toda la hostilidad hacia los judíos, tomados individual o colectivamente, se haya basado en visiones fantásticas o quiméricas de ellos, o en proyecciones sin relación alguna con una realidad palpable. Siendo seres humanos, los judíos han sido tan capaces como cualquier otro grupo de provocar hostilidad en el mundo cotidiano y profano». (*Esau's Tears*, Cambridge, 1997, p. XVII.)<<

[31] Wiesel, *Against Silence*, vol. I, pp. 255, 384.<<

[32] Chaumont señala con acierto que este dogma del Holocausto es muy eficaz para conferir mayor aceptabilidad a otros crímenes. La insistencia en la radical inocencia de los judíos —por ejemplo, la ausencia de cualquier motivo racional para su persecución, y no digamos ya para su aniquilación— hace que «se presuponga un estatus “normal” para otras persecuciones y asesinatos que se den en otras circunstancias, y se crea así una división *de facto* entre los crímenes incondicionalmente intolerables y los crímenes con los que uno debe —y, por tanto, puede— convivir». (*La concurrence*, 176.)<<

[33] Perlmutter, *Anti-Semitism*, pp. 36, 40.<<

[34] Novick, *The Holocaust*, p. 351 n. 19.<<

[35] Nueva York, 1965 [ed. cast.: *El pájaro pintado*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990]. Me he basado en los datos que aporta James Park Sloan en *Jerzy Kosinski*, Nueva York, 1996.<<

[36] Elie Wiesel, «Everybody's Victim», *New York Times Book Review*, 31 de octubre de 1965. Wiesel, *All Rivers*, p. 335 [ed. cast.: *Todos los torrentes van al mar*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1996]. La cita de Ozick está tomada de Sloan, pp. 304-305. La admiración demostrada por Wiesel hacia Kosinski no es de sorprender. Kosinski aspiraba a analizar el «nuevo lenguaje» del Holocausto, y Wiesel a «forjar un nuevo lenguaje» del Holocausto. Según Kosinski, «lo que queda entre dos episodios es tanto un comentario sobre ellos como algo comentado por ellos». Según Wiesel, «el espacio entre dos palabras cualesquiera es mayor que la distancia que separa el cielo y la tierra». Tanta profundidad queda bien explicada en un proverbio polaco: «Del vacío a la vacuidad». Además, tanto Wiesel como Kosinski salpican profusamente sus divagaciones con citas de Albert Camus, clara señal delatora de que se es un charlatán. Wiesel rememora que Camus le dijo en cierta ocasión: «Te envidio por Auschwitz»; y luego añade: «Camus no se podía perdonar no haber conocido ese acontecimiento magnífico, ese misterio de los misterios» (Wiesel, *All Rivers*, p. 321; Wiesel, *Against Silence*, vol. II, p. 133).<<

[37] Geoffrey Stokes y Eliot Fremont-Smith, «Jerzy Kosinski's Tainted Words», *Village Voice*, 22 de junio de 1982. John Corry, «A Case History: 17 Years of Ideological Attack on a Cultural Target», *New York Times*, 7 de noviembre de 1982. En favor de Kosinski hay que decir que experimentó lo que podría denominarse una conversión de última hora. En los años que mediaron entre el descubrimiento de su superchería y su suicidio, Kosinski criticó amargamente que se excluyera de la industria del Holocausto a las víctimas no judías. «Muchos judíos norteamericanos tienden a percibirlo como la Shoá, como un desastre exclusivamente judío […]. Pero al menos la mitad de los romaníes del mundo (injustamente llamados "gitanos"), aproximadamente 2,5 millones de católicos polacos, millones de ciudadanos soviéticos y de diversas nacionalidades fueron asimismo víctimas de este genocidio […]». Además, Kosinski rindió homenaje a la «bravura de los polacos» que le prestaron «refugio» «durante el Holocausto», pese a lo que denomina su «aspecto» semítico. (Jerzy Kosinski, *Passing By*, Nueva York, 1992, pp. 165-166, 178-179). Cuando, en una conferencia sobre el Holocausto, le preguntaron airadamente qué habían hecho los polacos por salvar a los judíos, Kosinski replicó: «¿Qué hicieron los judíos por salvar a los polacos?».<<

[38] Nueva York, 1996. Véase más información sobre el fraude de Wilkomirski especialmente en Elena Lappin, «The Man With Two Heads», *Granta*, núm. 66, y en Philip Gourevitch, «Stealing the Holocaust», *New Yorker*, 14 de junio de 1999.<<

[39] Otra importante influencia «literaria» de Wilkomirski es Wiesel. Comparemos estos pasajes:

Wilkomirski.— «Vi sus ojos abiertos de par en par y de pronto lo comprendí: esos ojos lo sabían todo, habían visto tanto como los míos, y sabían infinitamente más que cualquier persona del país. Yo conocía esa clase de ojos, los había visto un millar de veces, en el campo de concentración y después. Eran los ojos de Mila. Los niños solíamos decírnoslo todo entre nosotros con esos ojos. Ella también sabía hacerlo; me miró directamente a los ojos y me traspasó hasta el corazón».

Wiesel.— «Sus ojos…, debo hablaros de sus ojos. He de comenzar por ahí, pues sus ojos preceden a todo lo demás y lo abarcan todo. Lo demás puede esperar. Simplemente confirmará lo que ya sabéis. Pero esos ojos suyos; esos ojos en los que llamea una verdad irreductible, que arde sin llegar a consumirse. Guardando un silencio abochornado ante ellos, no puedes por menos de inclinar la cabeza y acatar su veredicto. Ahora tu único deseo es ver el mundo como ellos lo ven. Eres un hombre adulto, un hombre con sabiduría y experiencia, pero de pronto te sientes desvalido y terriblemente empobrecido. Esos ojos te recuerdan tu infancia, tu condición de huérfano, te hacen perder toda fe en el poder del lenguaje. Esos ojos niegan el valor de las palabras; eliminan la necesidad de hablar». (*The Jews of Silence*, Nueva York, 1966, p. 3.)

A lo largo de página y media más, Wiesel continúa hablando líricamente de «los ojos». Su destreza literaria es equiparable a su maestría en la dialéctica. En cierto momento, Wiesel reconoce: «A diferencia de muchos liberales, creo en la culpabilidad colectiva». Y en otro lugar confiesa: «Quiero subrayar que no creo en la culpabilidad colectiva». (Wiesel, *Against Silence*, vol. II, p. 134; Wiesel, *And the Sea*, pp. 152, 235.)<<

[40] Bernd Naumann, *Auschwitz*, Nueva York, 1966, p. 91. Véase Finkelstein y Birn, *Nation*, pp. 67-68, donde se presenta una amplia documentación.<<

[41] Lappin, cit., p. 49. Hilberg siempre planteaba las preguntas correctas. De ahí que la comunidad del Holocausto lo relegara por completo; véase Hilberg, *The Politics of Memory, passim*.<<

[42] «Publisher Drops Holocaust Book», *New York Times*, 3 de noviembre de 1999. Allan Hall y Laura Williams, «Holocaust Hoaxer?», *New York Post*, 4 de noviembre de 1999.<<

[43] Novick, *The Holocaust*, p. 158. Segev, *Seventh Million*, p. 425. Wiesel, *And the Sea*, p. 198.<<

[44] Bernard Lewis, *Semites and Anti-Semites*, Nueva York, 1986, cap. 6; Bernard Lewis, *The Middle East*, Nueva York, 1995, pp. 348-350 [ed. cast.: *El Oriente Próximo*, Barcelona, Crítica, 1996]. Berenbaum, *After Tragedy*, p. 84.<<

[45] *New York Times*, 27 de marzo, 2 de abril, 3 de abril de 1996. *Time*, 23 de diciembre de 1996.<<

[46] Yehuda Bauer, «Reflections Concerning Holocaust History», Louis Greenspan y Graeme Nicholson (eds.), *Fackenheim*, Toronto, 1993, pp. 164, 169. Yehuda Bauer, «On Perpetrators of the Holocaust and the Public Discourse», *Jewish Quarterly Review*, núm. 87 (1997), pp. 348-350. Norman G. Finkelstein y Yehuda Bauer, «Goldhagen's *Hitler's Willing Executioners:* An Exchange of Views», *Jewish Quarterly Review*, núms. 1-2 (1998), p. 126.<<

[47] Para documentarse sobre esto y los siguientes párrafos, véanse Charles Glass, «Hitler’s (un)willing executioners», *New Statesman*, 23 de enero de 1998, Laura Shapiro, «A Battle Over the Holocaust», *Newsweek*, 23 de marzo de 1998, y Tibor Krausz, «The Goldhagen Wars», *Jerusalem Report*, 3 de agosto de 1998. Con respecto a este asunto y a otros relacionados, cfr. http://www.normanfinkelstein.com (con enlace a la web de Goldhagen).<<

[48] Daniel Jonah Goldhagen, «Daniel Jonah Goldhagen Comments on Birn», *German Politics and Society*, verano de 1998, pp. 88, 91, n2. Daniel Jonah Goldhagen, «The New Discourse of Avoidance» n. 25, disponible en http://web.archive.org/web/20021205051620/http://www.goldhagen.com/nda2.html. <<

[49] Hoffmann fue el director de tesis de Goldhagen, tesis que luego se convertiría en *Hitler's Willing Executioners*. Lo que no le impidió saltarse olímpicamente el protocolo académico para escribir una encomiástica reseña del libro de Goldhagen para *Foreign Affairs*, ni tampoco declarar, en una reseña posterior para la misma revista, que *A Nation on Trial* era una obra «execrable». (*Foreign Affairs*, mayo/junio de 1996 y julio/agosto de 1998). Maier envió una prolija comunicación a la web H-German (www2.h-net.msu.edu). En definitiva, los únicos «aspectos de la presente situación» que Maier juzgaba «realmente desagradables y reprensibles» eran las críticas contra Goldhagen. Así pues, comprendía «que hubiera premeditación» en el litigio entablado por Goldhagen contra Birn y deploraba que mis argumentos fueran «especulaciones caprichosas e incendiarias». (23 de noviembre de 1997.)<<

[50] Nueva York, 1994. Lipstadt es catedrática de Estudios sobre el Holocausto en la Emory University y recientemente ha pasado a ocupar un cargo en el Consejo Conmemorativo del Holocausto de EEUU.<<

[51] La redacción de la pregunta de la encuesta del CJA, en la que se utiliza una doble negación, prácticamente inducía a la confusión: «¿Le parece posible o le parece imposible que el exterminio nazi de los judíos no ocurriera?». El veintidós por ciento de los encuestados respondieron: «Me parece posible». En otras encuestas realizadas con posterioridad, en las que la pregunta se planteó con claridad, el porcentaje de encuestados que negó la existencia del Holocausto fue casi de cero. En un estudio recientemente realizado por el CJA en once países se llegó a la conclusión de que, pese a que desde la extrema derecha siempre se sostenga lo contrario, «son pocas las personas que niegan el Holocausto». (Jennifer Golub y Renae Cohen, *What Do Americans Know About The Holocaust?*, The American Jewish Committee, 1993; «Holocaust Deniers Unconvincing-Surveys», *Jerusalem Post* [4 de febrero de 2000].) Sin embargo, al testificar ante el Senado con respecto al «antisemitismo en Europa», David Harris, del CJA, puso de relieve la importancia que la negación del Holocausto tiene para la derecha europea, y no mencionó ni una sola vez que el propio CJA había descubierto que esa opinión apenas si tiene resonancia entre el común de las gentes. (Comparecencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Senado de los Estados Unidos, 5 de abril de 2000.)<<

[52] Véase «France Fines Historian Over Armenian Denial», *Boston Globe*, 22 de junio de 1995, y «Bernard Lewis and the Armenians», *Counterpunch*, 16-31 de diciembre de 1997.<<

[53] Israel Charny, «The Conference Crisis. The Turks, Armenians and the Jews», *The Book of the International Conference on the Holocaust and Genocide. Book One: The Conference Program and Crisis*, Tel Aviv, 1982. Israel Amrani: «A Little Help for Friends», *Haaretz* (20 de abril de 1990) (Bauer). Según la excéntrica versión de Wiesel, su negativa a participar en la conferencia se debió a que no quería «ofender a nuestros invitados armenios». Es de suponer que sus intentos de boicotear la conferencia y de convencer a otros para que no asistieran también estuvieron motivados por el deseo de ser cortés con los armenios. (Wiesel, *And the Sea*, p. 92.) <<

[54] Edward T. Linenthal, *Preserving Memory*, Nueva York, 1995, pp. 228 ss., 263, 312-313.<<

[55] Lipstadt, *Denying*, pp. 6, 12, 22, 89-90.<<

[56] Wiesel, *All Rivers*, pp. 333, 336.<<

[57] Lipstadt, *Denying*, capítulo 11.<<

[58] «A New Serbia», *New Republic*, 17 de mayo de 1999.<<

[59] Véanse, por ejemplo, Meron Benvenisti, «Seeking Tragedy», *Haaretz* (16 de abril de 1999), Zeev Chafets, «What Undergraduate Clinton Has Forgotten», *Jerusalem Report* (10 de mayo de 1999), y Gideon Levi, «Kosovo: It is Here», *Haaretz* (4 de abril de 1999). (Benvenisti limita la comparación con los serbios a las acciones israelíes posteriores a mayo de 1948.)<<

[60] Arno Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, Nueva York, 1988. Christopher Hitchens, «Hitler's Ghost», *Vanity Fair*, junio de 1996 (Hilberg). Véase una valoración ecuánime de Irving en Gordon A. Craig, «The Devil in the Details», *New York Review of Books*, 19 de septiembre de 1996. Después de calificar con acierto las observaciones de Irving sobre el holocausto nazi de «obtusas y fácilmente desestimables», Craig, no obstante, continúa diciendo: «Sabe más del nacionalsocialismo que la mayoría de los profesionales de su área, y los estudiosos de los años 1933-1945 deben más de lo que están dispuestos a admitir a su energía como investigador y a la amplitud y el vigor de sus publicaciones […]. Su libro *Hitler's War* […] continúa siendo el mejor estudio sobre la Segunda Guerra Mundial desde el punto de vista alemán y, como tal, es indispensable para todos los estudiosos del conflicto […]. Así pues, las personas como David Irving desempeñan una función indispensable en la empresa histórica y no nos atrevemos a desdeñar sus opiniones». <<

[61] Con respecto a los intentos fallidos de erigir un museo nacional afroamericano en el Washington Mall, realizados entre 1984 y 1994, véase Fath Davis Ruffins, «Culture Wars Won and Lost, Part II: The National African-American Museum Project», *Radical History Review* (invierno de 1998). El senador de Carolina del Norte Jesse Helms fue quien acabó por dar el golpe de gracia a esta iniciativa del Congreso. El presupuesto anual del museo del Holocausto de Washington es de cincuenta millones de dólares, treinta de los cuales salen de las arcas federales.<<

[62] Sobre la historia del museo, véanse Linenthal, *Preserving Memory*, Saidel, *Never Too Late*, esp. caps. 7, 15, y Tim Cole, *Selling the Holocaust*, Nueva York, 1999, cap. 6.<<

[63] Michael Berenbaum, *The World Must Know,* Nueva York, 1993, pp. 2, 214. Omer Bartov, *Murder In Our Midst,* Oxford, 1996, p. 180.<<

[64] Se encontrará más información en Kati Marton, *A Death in Jerusalem*, Nueva York, 1994, cap. 9. En sus memorias, Wiesel alude al «legendario pasado “terrorista”» de la persona que cometió materialmente el asesinato de Bernadotte, Yehoshua Cohen. Adviértanse las comillas de *terrorista*. Wiesel, *And the Sea*, p. 58. El museo del Holocausto de Nueva York, no menos empantanado en tejemanejes políticos (tanto Ed Koch, el alcalde, como Mario Cuomo, el gobernador, trataron de atraerse con él los votos y el dinero judíos), fue asimismo desde el principio un juguete en manos de los constructores y financieros judíos de la zona. En cierto momento, las empresas constructoras presionaron para que se minimizara el peso de la palabra *Holocausto* en el nombre del museo por miedo a que devaluara los valores inmobiliarios de una urbanización de lujo vecina. Los bromistas comentaban que la urbanización debería llamarse «Torres de Treblinka» y las calles adyacentes «Avenida de Auschwitz» y «Bulevar de Birkenau». El museo solicitó fondos a J. Peter Grace pese a que se sabía que estaba relacionado con un criminal de guerra nazi convicto, y organizó una fiesta en The Hot Rod —«La Comisión Conmemorativa del Holocausto de Nueva York le invita a pasar la noche bailando el *rock and roll*»—. (Saidel, *Never Too Late*, pp. 8, 121, 132, 145, 158, 161, 191, 240.)<<

[65] En palabras de Novick, esta es la controversia de los «seis millones» *versus* los «once millones». Al parecer, la fuente de la cifra de los cinco millones de muertos civiles no judíos fue el célebre «cazador de nazis» Simon Wiesenthal. Novick señala que dicha cifra «es inconsistente desde el punto de vista histórico», y añade que «cinco millones es una cifra o bien muy baja (si corresponde a todos los civiles no judíos muertos por el Tercer Reich) o bien muy elevada (si corresponde a los grupos no judíos que, como estos, fueron designados como blanco de los asesinatos)». Ahora bien, Novick se apresura a precisar que, «ciertamente, lo importante no son las cifras en sí, sino saber qué queremos decir, a qué nos referimos, cuando hablamos del "Holocausto"». Curiosamente, tras realizar esta advertencia, Novick se muestra partidario de conmemorar exclusivamente a los muertos judíos, ya que la cifra de seis millones «describe algo específico y determinado», en tanto que la cifra de once millones es «inaceptablemente inconsistente». (Novick, *The Holocaust*, pp. 214-226.) <<

[66] Wiesel, *Against Silence*, vol. III, pp. 162, 166.<<

[67] Con respecto a los discapacitados como primeras víctimas del genocidio nazi, véase esp. Henry Friedländer, *The Origins of Nazi Genocide*, Chapel Hill, 1995. Según Leon Wieseltier, los no judíos que perecieron en Auschwitz «tuvieron una muerte inventada para los judíos […]. Fueron víctimas de una "solución" diseñada para otros» (Leon Wieseltier, «At Auschwitz Decency Dies Again», *New York Times*, 3 de septiembre de 1989). No obstante, tal como lo demuestran numerosos estudios serios, la muerte inventada para los alemanes discapacitados fue la que luego se infligió a los judíos; además del estudio de Friedländer, véase, por ejemplo, Michael Burleigh, *Death and Deliverance*, Cambridge, 1994.<<

[68] Véanse en Guenter Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Oxford, 2000, pp. 221-222, diversas estimaciones del número de gitanos asesinados.<<

[69] Friedländer, *Origins:* «Además de a los judíos, los nazis asesinaron a los gitanos europeos. Definidos como un grupo racial de “piel oscura”, los hombres, mujeres y niños gitanos no pudieron eludir su destino de víctimas del genocidio nazi […]. El régimen nazi exterminó sistemáticamente solo a tres grupos de seres humanos: los discapacitados, los judíos y los gitanos» (XII-XIII). (Además de ser un historiador de primera categoría, Friedlander estuvo preso en Auschwitz). Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985 (tres volúmenes), vol. III, pp. 999-1000. Con su habitual veracidad, Wiesel asegura en sus memorias que se sintió muy defraudado porque el Consejo Conmemorativo del Holocausto, que él presidía, no incluyera a un representante gitano…, como si no hubiera estado en su mano designarlo. (Wiesel, *And the Sea*, p. 211.)<<

[70] Linenthal, *Preserving Memory*, pp. 241-246, 315.<<

[71] Pese a que el Museo del Holocausto de Nueva York tenía una «orientación particularista judía» (Saidel) aún más pronunciada —a las víctimas no judías del nazismo se les advirtió de antemano de que era «solo para judíos»—, Yehuda Bauer montó en cólera cuando la Comisión aludió a la posibilidad de que el Holocausto abarcase a más víctimas que las judías. «Si la situación no se modifica inmediata y radicalmente —amenazaba Bauer en una carta a los miembros de la Comisión—, aprovecharé la menor oportunidad para […] atacar esta ultrajante intriga desde toda plataforma pública a mi disposición». (Saidel, *Never Too Late*, pp. 125-126, 129, 212, 221, 224-225.)<<

[72] Para ampliar información, véase Finkelstein, *Image and Reality*, cap. 2.<<

[73] «ZOA Critizices Holocaust Museum's Hiring of Professor Who Compared Israel to Nazis», *Israel Wire*, 5 de junio de 1998. Neal M. Sher, «Sweep the Holocaust Museum Clean», *Jewish World Review*, 22 de junio de 1998. «Scoundrel Time», *PS - The Intelligent Guide to Jewish Affairs*, 21 de agosto de 1998. Daniel Kurtzman, «Holocaust Museum Taps One of Its Own for Top Spot», *Jewish Telegraphic Agency*, 5 de marzo de 1999. Ira Stoll, «Holocaust Museum Acknowledges a Mistake», *Forward*, 13 de agosto de 1999.<<

[74] Noam Chomsky, *World Orders Old and New*, Nueva York, 1996, pp. 293-294 (Shavit).<<

[1] Henry Friedlander, «Darkness and Dawn in 1945: The Nazis, the Allies, and the Survivors», *US Holocaust Memorial Museum, 1945 - the Year of Liberation*, Washington, 1995, pp. 11-35.<<

[2] Véase, por ejemplo, Segev, *Seventh Million*, p. 248.<<

[3] Lappin, *Man With Two Heads*, p. 48. D. D. Guttenplan, «The Holocaust on Trial», *Atlantic Monthly*, febrero de 2000, p. 62 (compárese, no obstante, con el texto de más arriba donde Lipstadt establece una equiparación entre poner en duda el testimonio de un superviviente y negar el Holocausto).<<

[4] Wiesel, *All Rivers*, pp. 121-130, 139, 163-164, 201-202, 336. *Jewish Week*, 17 de septiembre de 1999, *New York Times*, 5 de marzo de 1997.<<

[5] Leonard Dinnerstein, *America and the Survivors of the Holocaust*, Nueva York, 1982, p. 24.<<

[6] Daniel Ganzfried, «Binjamin Wilkomirski und die verwandelte Polin», *Weltwoche,* 4 de noviembre de 1999.<<

[7] Marilyn B. Young, *The Vietnam Wars*, Nueva York, 1991, pp. 301-302. «Cohen: US Not Sorry for Vietnam War», *Associated Press*, 11 de marzo de 2000.<<

[8] Se encontrará más información esp. en Nana Sagi, *German Reparations*, Nueva York, 1986, y en Ronald W. Zweig, *German Reparations and the Jewish World*, Boulder, 1987. Ambos libros son versiones oficiales encargadas por la Conferencia sobre Solicitudes Materiales.<<

[9] En respuesta a una pregunta recientemente planteada por el parlamentario alemán Martin Hohmann (Unión Demócrata-Cristiana), el gobierno alemán reconoció (en unos términos extremadamente enrevesados, eso sí) que solo alrededor del quince por ciento del dinero entregado a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales había llegado a beneficiar a las víctimas judías de la persecución nazi (comunicación personal, 23 de febrero de 2000).<<

[10] En su historia oficial, Ronald Zweig reconoce explícitamente que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales violó los términos del acuerdo: «El influjo de los fondos de la Conferencia permitió que el Comité [Conjunto de Distribución] continuara llevando a cabo en Europa programas que de otro modo tendría que haber dado por concluidos, así como que emprendiera otros que en circunstancias distintas no podría haber tomado en consideración por falta de fondos. Pero el cambio más significativo del presupuesto del CCD resultante de las indemnizaciones fueron las asignaciones a los países musulmanes, donde las actividades del Comité aumentaron por término medio en un 68 por ciento durante los tres primeros años en que la Conferencia repartió sus fondos. A pesar de las restricciones formales al empleo de los fondos establecidas en el acuerdo con Alemania, el dinero se empleó allá donde las necesidades eran mayores. Moses Leavitt [que ocupaba un cargo importante en la Conferencia sobre Solicitudes Materiales] […] señaló: “Nuestro presupuesto se basó en las necesidades prioritarias tanto de dentro como de fuera de Israel, incluidos los países musulmanes […]. Consideramos que los fondos de la Conferencia eran una parte más de los fondos generales puestos a nuestra disposición para satisfacer el área de necesidades judías de la que éramos responsables, el área de necesidades prioritarias”». (*German Reparations*, p. 74.)<<

[11] Véanse, por ejemplo, Lorraine Adams, «The Reckoning», *Washington Post Magazine*, 20 de abril de 1997, Netty C. Gross, «The Old Boys Club», y «After Years of Stonewalling, the Claims Conference Changes Policy», *Jerusalem Report*, 15 de mayo de 1997, 16 de agosto de 1997, Rebecca Spence, «Holocaust Insurance Team Racking Up Millions in Expenses as Survivors Wait», *Forward*, 30 de julio de 1999, y Verena Dobnik, «Oscar Hammerstein's Cousin Sues German Bank Over Holocaust Assets», *AP Online*, 20 de noviembre de 1998 (Hertzberg).<<

[12] Greg B. Smith, «Federal Judge OKs Holocaust Accord», *Daily News*, 7 de enero de 2000. Janny Scott, «Jews Tell of Holocaust Deposits», *New York Times*, 17 de octubre de 1996. Saul Kagan leyó un borrador sobre este asunto ante la Conferencia sobre Solicitudes Materiales. La versión final incorpora todas las correcciones de datos que efectuó.<<

[13] Elli Wohlgelernter, «Lawyers and the Holocaust», *Jerusalem Post*, 6 de julio de 1999.<<

[14] Para documentarse sobre este asunto, véanse Tom Bower, *Nazi Gold*, Nueva York, 1998, Itamar Levin, *The Last Deposit*, Westport (Conn.), 1999, Gregg J. Rickman, *Swiss Banks and Jewish Souls*, New Brunswick (NJ), 1999, Isabel Vincent, *Hitler's Silent Partners*, Nueva York, 1997, Jean Ziegler, *The Swiss, the Gold and the Dead*, Nueva York, 1997. Aunque impregnados de una clara tendenciosidad en contra de los suizos, estos libros contienen mucha información útil.<<

[15] Levin, *Last Deposit*, caps. 6-7. Con respecto al reportaje israelí erróneo (Levin fue su autor, aunque no lo declare), véase Hans J. Halbheer, «To Our American Friends», *American Swiss Foundation Occasional Papers* (s.f.).<<

[16] En EEUU había en funcionamiento trece sucursales de seis bancos suizos. Los bancos suizos prestaron 38.000 millones de dólares a las empresas estadounidenses en 1994 y, además, gestionaban para sus clientes centenares de miles de millones de dólares de inversiones colocadas en fondos y bancos estadounidenses.<<

[17] En 1992, el CJM generó una filial, la Organización Judía Mundial para la Restitución (OJMR), que se atribuyó jurisdicción legal sobre los activos de los supervivientes del Holocausto, vivos y muertos. Dirigida por Bronfman, la OJMR es formalmente una asociación de diversas organizaciones judías, basada en el modelo de la Conferencia sobre Reclamaciones Materiales Judías.<<

[18] Audiencias ante la Comisión de Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos, Senado de los Estados Unidos, 23 de abril de 1996. La defensa que hace Bronfman de los «intereses judíos» es muy selectiva. Bronfman es uno de los principales socios del magnate de los medios de comunicación alemán Leo Kirch, notorio derechista que hace no muchos años despidió al director de un periódico alemán por haber respaldado la decisión del Tribunal Supremo de prohibir que se exhibieran cruces cristianas en los colegios públicos. (www.seagram.com/company-info/history/main.html; Oliver Gehrs, «Einfluss aus der Dose», *Tagesspiegel*, 12 de septiembre de 1995.)<<

[19] Rickman, *Swiss Banks*, pp. 50-51. Bower, *Nazi Gold*, pp. 299-300.<<

[20] Bower, *Nazi Gold*, p. 295 («portavoz»), pp. 306-307; cfr. p. 319. Alan Morris Schom, «The Unwanted Guests, Swiss Forced Labor Camps, 1940-1944», informe preparado para el Centro Simon Wiesenthal, enero de 1998. (Schom asevera que los campos suizos de refugiados eran «en realidad campos de trabajo en régimen de esclavitud».) Levin, *Last Deposit*, pp. 158, 188. Se encontrará un enfoque objetivo de los campos de refugiados judíos de Suiza en Ken Newman (ed.), *Swiss Wartime Work Camps: A Collection of Eyewitness Testimonies, 1940-1945*, Zúrich, 1999, e International Commission of Experts, Switzerland-Second World War, *Switzerland and Refugees in the Nazi Era*, Berna, 1999, cap. 4.4.4. Saidel, *Never Too Late*, pp. 222-223 («Dachau», «sensacionalista»). Yossi Klein Halevi, «Who Owns the Memory?», *Jerusalmen Report* (25 de febrero de 1993). Wiesenthal presta su nombre al centro a cambio de 90.000 dólares al año.<<

[21] Bower, *Nazi Gold*, pp. XI, XV, 8, 9, 42, 44, 56, 84, 100, 150, 219, 304. Rickman, *Swiss Banks*, p. 219.<<

[22] Thomas Sancton, «A Painful History», *Time*, 24 de febrero de 1997. Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, 25 de junio de 1997. Bower, *Nazi Gold*, pp. 301-302. Rickman, *Swiss Banks*, p. 48. Levin también guarda silencio con respecto a que Salmanovitz fuera judío (cfr. pp. 5, 129, 135).<<

[23] Levin, *Last Deposit*, p. 60. Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, 11 de diciembre de 1996 (donde se cita el testimonio que Wiesel prestó ante la Comisión de Banca del Senado el 16 de octubre de 1996). Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1961, cap. 5.<<

[24] Audiencias ante la Comisión de Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos, Senado de EEUU, 6 de mayo de 1997.<<

[25] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 11 de diciembre de 1996. Smith se quejó a la prensa de que D'Amato estaba vendiendo como si fueran nuevos descubrimientos los documentos que él mismo había sacado a la luz mucho tiempo atrás. A modo de extraña defensa, Rickman, que a través del Museo del Holocausto de EEUU había movilizado a un enorme contingente de investigadores para las audiencias del Congreso, alegó: «Cierto es que sabía de la existencia del libro de Smith, pero tuve la precaución de no leerlo para que no se me pudiera acusar de emplear "sus" documentos» (p. 113). Vincent, *Silent Partners*, p. 240.<<

[26] Bower, *Nazi Gold*, p. 307. Audiencia ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 25 de junio de 1997.<<

[27] Rickman, *Swiss Banks*, p. 77. Véase una versión definitiva de este asunto en Peter Hug y Marc Perrenoud, *Assets in Switzerland of Victims of Nazism and the Compensation Agreements with East Bloc Countries*, Berna, 1997. Con respecto al debate previamente mantenido en EEUU, véase Seymour J. Rubin y Abba P. Schwartz, «Refugees and Reparations», *Law and Contemporary Problems*, Facultad de Derecho de la Universidad de Duke, 1951, p. 283.<<

[28] Levin, *Last Deposit*, pp. 93, 186. Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 11 de diciembre de 1996. Rickman, *Swiss Banks*, p. 218. Bower, *Nazi Gold*, pp. 318, 323. Una semana después de que se constituyera el Fondo Especial, el presidente de Suiza, «aterrado por la hostilidad que seguía prevaleciendo en Estados Unidos» (Bower), anunció la creación de una Fundación de Solidaridad con un capital de 5.000 millones de dólares que se dedicaría «a reducir la pobreza, la desesperación y la violencia» en el mundo entero. Mas la aprobación de la fundación requería que se celebrase un referéndum nacional y la oposición interna no tardó en hacerse visible. El futuro de la fundación continúa siendo incierto.<<

[29] Bower, *Nazi Gold*, p. 315. Vincent, *Silent Partners*, p. 211. Rickman, *Swiss Banks*, p. 184 (Volcker).<<

[30] Levin, *Last Deposit*, pp. 187-188, 125.<<

[31] Levin, *Last Deposit*, p. 218. Rickman, *Swiss Banks*, pp. 214, 223, 221.<<

[32] Rickman, *Swiss Banks*, p. 231.<<

[33] *Ibid*. Rickman tituló adecuadamente el capítulo dedicado a estos asuntos «Boicots e imposiciones».<<

[34] El texto completo del «Convenio de conciliación» se encontrará en Independent Committee of Eminent Persons, *Report on Dormant Accounts of Victims of Nazi Persecution in Swiss Banks*, Berna, 1999, Apéndice O. Además del Fondo Especial de 200 millones de dólares y de los 1.250 millones de dólares del convenio de conciliación motivado por las demandas múltiples, la industria del Holocausto consiguió arrancar otros 70 millones de dólares a los Estados Unidos y a sus aliados durante una conferencia internacional sobre el oro suizo celebrada en Londres en 1997.<<

[35] En relación con la política que siguió EEUU durante estos años con respecto a los refugiados judíos, véanse David S. Wyman, *Paper Walls*, Nueva York, 1985, y *The Abandonment of the Jews*, Nueva York, 1984. En relación con la política suiza, véase Independent Commission of Experts, Switzerland - Second World War, *Switzerland and Refugees in the Nazi Era*, Berna, 1999. Las cuotas restrictivas estadounidenses y suizas se debieron a una mezcla de factores similar: recesión económica, xenofobia, antisemitismo y, más adelante, seguridad. Recordando la «hipocresía de los discursos de otras naciones, y en especial de Estados Unidos, que no tenía ningún interés en liberalizar sus leyes de inmigración», la Comisión Independiente, sin dejar de criticar duramente a Suiza, informaba asimismo de que su política con respecto a los refugiados fue «como la de los gobiernos de la mayoría del resto de los Estados» (pp. 42, 263). No he encontrado la menor mención a este punto en la amplia cobertura informativa que se dio a las conclusiones críticas de la Comisión.<<

[36] Audiencias ante la Comisión de Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos, Senado de los Estados Unidos, 15 de mayo de 1997 (Eizenstat y D'Amato). Audiencias ante la Comisión de Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos, Senado de los Estados Unidos, 23 de abril de 1996 (Bronfman, citando a Clinton y la carta de los congresistas). Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 11 de diciembre de 1996 (Leach). Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 25 de junio de 1997 (Leach). Rickman, *Swiss Banks*, p. 204 (Albright).<<

[37] Durante las múltiples audiencias parlamentarias sobre las indemnizaciones por el Holocausto solo hubo una nota discordante, y la dio la congresista de California Maxine Waters. Waters declaró que apoyaba «al mil por cien» que se hiciera «justicia a todas las víctimas del Holocausto», pero, a la vez, se preguntaba: «¿Cómo puedo coger este patrón y aplicarlo a la esclavización de mis antepasados aquí mismo, en Estados Unidos? Es muy extraño estar aquí sentada […] sin reflexionar sobre lo que podría estar haciendo […] para que se reconociera el trabajo en régimen de esclavitud en los Estados Unidos […]. La idea de indemnizar a la comunidad afroamericana ha sido básicamente condenada por radical, y muchos de quienes […] han batallado con gran ahínco para presentar este problema ante el Congreso han sido puestos literalmente en ridículo». En concreto, Waters propuso que los organismos gubernamentales encargados de lograr indemnizaciones por el Holocausto se dedicaran asimismo a lograr indemnizaciones por «el trabajo en régimen de esclavitud en Estados Unidos». «La señora congresista ha planteado un tema extraordinariamente profundo —replicó James Leach, de la Comisión de Banca de la Cámara—, y la Presidencia lo tomará en consideración […]. El tema que usted plantea es muy profundo tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista de los derechos humanos». No cabe duda de que el tema se habrá depositado en las profundidades de un agujero en la memoria de la Comisión. (Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 9 de febrero de 2000.) Randall Robinson, que lidera actualmente una campaña para indemnizar a los afroamericanos por la esclavitud, observó que el «silencio» del gobierno estadounidense sobre este expolio se mantuvo incluso «mientras el subsecretario de Estado, Stuart Eizenstat, se afanaba en lograr que dieciséis empresas alemanas indemnizaran a los judíos que trabajaron en régimen de esclavitud durante la época nazi». (Randall Robinson, «Compensate the Forgotten Victims of America's Slavery Holocaust», *Los Angeles Times*, 11 de febrero de 2000; cfr. Randall Robinson, *The Debt*, Nueva York, 2000, p. 245.)<<

[38] Philip Lentz, «Reparation Woes», *Crain's*, 15-21 de noviembre de 1999. Michael Shapiro, «Lawyers in Swiss Bank Settlement Submit Bill, Outraging Jewish Groups», *Jewish Telegraphic Agency*, 23 de noviembre de 1999. Rebecca Spence, «Hearings on Legal Fees in Swiss Bank Case», *Forward*, 26 de noviembre de 1999. James Bone, «Holocaust Survivors Protest Over Legal Fee», *The Times*, Londres, 1 de diciembre de 1999. Devlin Barrett, «Holocaust Assets», *New York Post*, 2 de diciembre de 1999. Stewart Ain, «Religious Strife Erupts In Swiss Money Fight», *Jewish Week*, 14 de enero de 2000 («maniobran»). Adam Dickter, «Discord in the Court», *Jewish Week*, 21 de enero de 2000. Swiss Fund for Needy Victims of the Holocaust/Shoa, «Overview on Finances, Payments and Pending Applications», 30 de noviembre de 1999. Los supervivientes del Holocausto israelíes nunca llegaron a recibir el dinero del Fondo Especial que se les había asignado; véase Yair Sheleg, «Surviving Israeli Bureaucracy», *Haaretz*, 6 de febrero de 2000.<<

[39] Burt Neuborne, «Totaling the Sum of Swiss Guilt», *New York Times*, 24 de junio de 1998. Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 11 de diciembre de 1996. «Holocaust-Konferenz in Stockholm», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 26 de enero de 2000 (Bronfman).<<

[40] Independent Commission of Experts, Switzerland - Second World War, *Switzerland and Gold Transactions in the Second World War, Interim Report*, Berna, 1998.<<

[41] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 11 de diciembre de 1996. Citado a testificar en calidad de especialista, el historiador de la Universidad de Carolina del Norte Gerhard L. Weinberg declaró mojigatamente que «la postura del gobierno suizo en aquellos momentos y en los años de posguerra inmediatamente posteriores siempre fue que el saqueo era legal» y que «la prioridad número uno» de los bancos suizos era «hacer la mayor cantidad de dinero posible […] al margen de la legalidad, de la moralidad, de la decencia o de cualquier otra limitación». (Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 25 de junio de 1997.)<<

[42] Raymond W. Baker, «The Biggest Loophole in the Free-Market System», *Washington Quarterly*, otoño de 1999. Sin la sanción de las leyes estadounidenses, buena parte del dinero «blanqueado» procedente del tráfico de drogas —entre 500.000 millones y un billón de dólares al año— está «depositada a salvo en los bancos estadounidenses». *(Ibid.)*<<

[43] Ziegler, *The Swiss*, p. XII; cfr. pp. 19, 265.<<

[44] *Switzerland and Gold Transactions in the Second World War*, pp. IV, 48.<<

[45] Independent Committee of Eminent Persons, *Report on Dormant Accounts of Victims of Nazi Persecution in Swiss Banks*, Berna, 1999. (A partir de ahora, *Informe*.)<<

[46] Los «costes externos» de la auditoría se situaron en los 200 millones de dólares. (*Informe*, página 4, párrafo 17.) Los costes para los bancos suizos sumaron 300 millones de dólares más. (Comisión Federal Suiza de Banca, nota de prensa, 6 de diciembre de 1999.)<<

[47] *Informe*, Anexo 5, p. 81, párrafo 1 (cfr. Parte I, pp. 13-15, párrafos 41-49).<<

[48] *Informe:* Parte I, p. 6, párrafo 22 («no se han encontrado pruebas»); Parte I, p. 6, párrafo 23 (legislación bancaria y porcentajes); Anexo 4, p. 58, párrafo 5 («verdaderamente extraordinario»), y Anexo 5, p. 81, párrafo 3 («verdaderamente admirable») (cfr. Parte I, p. 15, párrafo 47, Parte I, p. 17, párrafo 58, Anexo 7, p. 107, párrafos 3, 9).<<

[49] «The Deceptions of Swiss Banks», *New York Times*, 7 de diciembre de 1999.<<

[50] *Informe*, Anexo 5, p. 81, párrafo 2. *Informe*, Anexo 5, pp. 87-88, párrafo 27: «Hay toda una serie de explicaciones de las notables subestimaciones de los estudios previos, pero las causas principales pueden atribuirse en parte a que los bancos suizos emplean una definición muy estricta de cuenta «inactiva»; a la exclusión de determinados tipos de cuentas de sus búsquedas o a una investigación inadecuada; a que no investigasen las cuentas por debajo de ciertos balances mínimos; y a que no considerasen que los cuentacorrentistas habían sido víctimas de la violencia o la persecución nazis a no ser que así se lo comunicasen sus familiares».<<

[51] *Informe*, p. 10, párrafo 30 («posible o probable»); p. 20, párrafos 73-75 (probabilidad significativa para 25.000 cuentas). *Informe*, Anexo 4, pp. 65-67, párrafos 20-26, y p. 72, párrafos 40-43 (valor actual). Siguiendo la recomendación del *Informe*, la Comisión Federal Suiza de Banca se avino en marzo de 2000 a publicar el nombre de los titulares de 25.000 cuentas. («Swiss Federal Banking Commission Follows Volcker Recommendations», nota de prensa, 30 de marzo de 2000.)<<

[52] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 9 de febrero de 2000 (citas del testimonio preparado por Volcker). Compárese con la advertencia realizada por la Comisión Federal Suiza de Banca en el sentido de que «todas las indicaciones sobre el posible valor actual de las cuentas identificadas se basan fundamentalmente en suposiciones y proyecciones», y de que «solo en el caso de unas 1.200 cuentas […] se han encontrado pruebas concretas, confirmadas por fuentes bancarias actuales, de que los titulares de las cuentas fueran realmente víctimas del Holocausto». (Nota de prensa, 6 de diciembre de 1999.)<<

[53] *Informe*, p. 2, párrafo 8 (cfr. p. 23, párrafo 92). *Informe*, Apéndice S, p. A-134; para un desglose más preciso, cfr. pp. A-135 ss.<<

[54] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 25 de junio de 1997 (citas del testimonio preparado por Rubin). (Para documentarse a este respecto, véase Seymour J. Rubin y Abba P. Schwartz, «Refugees and Reparations», *Law and Contemporary Problems* [Duke University School of Law, 1951], pp. 286-289.)<<

[55] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 25 de junio de 1997.<<

[56] La población suiza era de cuatro millones de habitantes en el «Periodo Pertinente» de 1933-1945, en tanto que la población estadounidense superaba los 130 millones de habitantes. El Comité Volcker revisó todas las cuentas que, durante estos años, se abrieron, se cerraron o permanecieron sin movimientos en Suiza.<<

[57] Levin, *Last Deposit*, p. 23. Bower, *Nazi Gold*, p. 256. Bower considera que esta exigencia suiza era mera «retórica a la que no cabía responder». Es evidente que no cabía responder a esa exigencia, pero ¿por qué considerarla retórica?<<

[58] Rickman, *Swiss Banks*, pp. 194-195.<<

[59] Bower, *Nazi Gold*, pp. 350-351. Akiva Eldar, «UK: Israel Didn't Hand Over Compensation to Survivors», *Haaretz*, 21 de febrero de 2000. Judy Dempsey, «Jews Find It Hard to Reclaim Wartime Property in Israel», *Financial Times*, 1 de abril de 2000. Jack Katzenell, «Israel Has WWII Assets», *Associated Press*, 13 de abril de 2000. Joel Greenberg, «Hunt for Holocaust Victims' Property Turns in New Direction: Toward Israel», *New York Times*, 15 de abril de 2000. Akiva Eldar, «People and Politics», *Haaretz*, 27 de abril de 2000.<<

[60] Para informarse sobre la Comisión, véase http://www.pcha.gov (la cita de Bronfman procede de una nota de prensa de la Comisión de 21 de noviembre de 1999).<<

[61] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 9 de febrero de 2000.<<

[62] Levin, *Last Deposit*, pp. 223, 204. «Swiss Defensive About WWII Role», *Associated Press*, 15 de marzo de 2000. *Time*, 24 de febrero de 1997 (Bronfman).<<

[63] Levin, *Last Deposit*, p. 224.<<

[64] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 14 de septiembre de 1999.<<

[65] Neologismo a partir de las palabras *Holocaust* —Holocausto— y *cash* —dinero efectivo, pago al contado. *[N. de la T.]*<<

[66] Yair Sheleg, «Not Even Minimum Wage», *Haaretz*, 6 de octubre de 1999. William Drozdiak, «Germans Up Offer to Nazis' Slave Laborers», *Washington Post*, 18 de noviembre de 1999. Burt Herman, «Nazi Labor Talks End Without Pact», *Forward*, 20 de noviembre de 1999. «Bayer's Biggest Headache», *New York Times*, 5 de octubre de 1999. Jan Cienski, «Wartime Slave-Labour Survivors' Ads Hit Back», *National Post*, 7 de octubre de 1999. Edmund L. Andrews, «Germans To Set Up $5.1 Billion Fund For Nazis' Slaves», *New York Times*, 15 de diciembre de 1999. Edmund L. Andrews, «Germany Accepts $5.1 billion Accord to End Claims of Nazi Slave Workers», *New York Times*, 18 de diciembre de 1999. Allan Hall, «Slave Labour List Names 255 German Companies», *The Times*, Londres, 9 de diciembre de 1999. Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 9 de febrero de 2000 (cita tomada del testimonio preparado por Eizenstat).<<

[67] Sagi, *German Reparations*, p. 161. Probablemente, una cuarta parte de los judíos esclavizados recibieron este tipo de pensión, incluido mi difunto padre (que había estado preso en Auschwitz). De hecho, la cifra de judíos esclavizados todavía en vida que maneja la Conferencia sobre Solicitudes Materiales en las negociaciones actuales incluye a quienes ya están recibiendo pensiones e indemnizaciones de Alemania. (Parlamento alemán, 92.a sesión, 15 de marzo de 2000.)<<

[68] Zweig, *German Reparations and the Jewish World*, p. 98; cfr. p. 25.<<

[69] *Judenrat:* consejo de judíos nombrado por los nazis en cada comunidad o gueto judío. *[N. de la T.]*<<

[70] Conference on Jewish Material Claims Against Germany, «Position Paper - Slave Labor. Proposed Remembrance and Responsibility Fund», 15 de junio de 1999. Netty C. Gross, «$5.1-Billion Slave Labor Deal Could Yield Little Cash For Jewish Claimants», *Jerusalem Report*, 31 de enero de 2000. Zvi Lavi, «Kleiner (Herut): Germany Claims Conference Has Become Judenrat, Carrying on Nazi Ways», *Globes*, 24 de febrero de 2000. Yair Sheleg, «MK Kleiner: The Claims Conference Does Not Transfer Indemnifications to Shoah Survivors», *Haaretz*, 24 de febrero de 2000.<<

[71] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 9 de febrero de 2000. Yair Sheleg, «Staking a Claim to Jewish Claims», *Haaretz*, 31 de marzo de 2000.<<

[72] Henry Friedländer, «Darkness and Dawn in 1945: The Nazis, the Allies, and the Survivors», *US Holocaust Memorial Museum, 1945 - The Year of Liberation*, Washington, 1995, pp. 11-35. Dinnerstein, *America and the Survivors of the Holocaust*, p. 28. El historiador israelí Shlomo Shafir informa de que «las estimaciones del número de judíos supervivientes al final de la guerra en Europa oscilan entre los 50.000 y los 70.000» (*Ambiguous Relations*, p. 348 n. 1). La cifra global de trabajadores esclavizados supervivientes, judíos y no judíos, que da Friedländer es una cifra estándar; véase Benjamin Ferencz, *Less Than Slaves*, Cambridge, 1979 —«en los campos de concentración liberados por los ejércitos aliados se encontró aproximadamente a medio millón de personas más o menos vivas» (p. XVII; cfr. p. 240 n. 5).<<

[73] Stuart Eizenstat, subsecretario de Estado de Economía, Negocios y Asuntos Agrarios, jefe de la Representación Estadounidense en las Negociaciones con Alemania sobre los Trabajadores en Régimen de Esclavitud. Sesión Informativa del Departamento de Estado, 12 de mayo de 1999.<<

[74] Véanse los «comentarios» de Eizenstat en la Asamblea Anual de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías contra Alemania y Austria, Nueva York, 14 de julio de 1999.<<

[75] Toby Axelrod, «$5.2 Billion Slave-Labor Deal Only the Start», *Jewish Bulletin*, 12 de diciembre de 1999 (citando a la *Jewish Telegraphic Agency*).<<

[76] Hilberg, *The Destruction*, 1985, vol. III, Apéndice B.<<

[77] En una entrevista concedida a *Die Berliner Zeitung*, puse en duda, citando a Friedländer, la cifra de 135.000 facilitada por la Conferencia sobre Solicitudes Materiales. Ésta refutó mis afirmaciones, aseverando lacónicamente que la cifra de 135.000 estaba «basada en las fuentes mejores y de mayor fiabilidad y esa, por tanto, correcta». Sin embargo, no se identificaba ni a una sola de las mencionadas fuentes. («Die Ausbeutung jüdischen Leidens», *Berliner Zeitung*, 29-30 de enero de 2000; «Gegendarstellung der Jewish Claims Conference», *Berliner Zeitung*, 1 de febrero de 2000.) En una entrevista publicada por *Der Tagesspiegel*, la Conferencia sobre Solicitudes Materiales replicó mis críticas y sostuvo que unos 700.000 judíos esclavizados sobrevivieron a la guerra, entre 350.000 y 400.000 en el territorio del Reich y otros 300.000 en campos de concentración de otros lugares. Cuando se la presionó para que citara los estudios que le servían de fuente, la Conferencia sobre Solicitudes Materiales se negó airadamente a hacerlo. Basta decir que estas cifras no presentan ninguna semejanza con ningún estudio serio sobre el tema. (Eva Schweitzer, «Entschaedigung für Zwangsarbeiter», *Tagesspiegel*, 6 de marzo de 2000.)<<

[78] «Nunca antes en la historia —ha señalado Hilberg— se había asesinado a la gente con el sistema de la cadena de montaje». (*Destruction*, vol. III, p. 863.) El tratamiento clásico de este asunto es el que le da Zygmunt Bauman en *Modernity and the Holocaust* [ed. cast.: *Modernidad y holocausto*, Madrid, Ediciones Sequitur, 1997]. <<

[79] Guttenplan, «Holocaust on Trial». (Hilberg) Conference on Jewish Material Claims Against Germany, «Position Paper - Slave Labor», 15 de junio de 1999.<<

[80] «We Condemn Syria's Denial of the Holocaust», *New York Times*, 9 de febrero de 2000. Para documentar el «aumento del antisemitismo» en Europa, David Harris, del CJA, aportaba como prueba un estudio en el que un porcentaje relativamente alto de encuestados se había mostrado de acuerdo con la afirmación: «Los judíos están explotando en provecho propio el recuerdo del exterminio nazi de los judíos». Harris aducía además «el tratamiento extremadamente negativo que algunos periódicos alemanes dieron a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías […] durante las recientes negociaciones sobre las compensaciones por los trabajos forzados y el trabajo en régimen de esclavitud. Numerosos artículos describían la Conferencia sobre Solicitudes Materiales y a los abogados, mayoritariamente judíos, como avaros e interesados, y en los periódicos de mayor tirada se desató un curioso debate sobre la cuestión de si hay tantos supervivientes judíos como los que menciona la Conferencia de Solicitudes Materiales». (Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Senado de los Estados Unidos, 5 de abril de 2000.) Debo decir que a mí me resulto prácticamente imposible comentar este asunto en Alemania. Aunque el tabú que rodea a esta cuestión fue finalmente violado por el rotativo liberal alemán *Die Berliner Zeitung*, el valor de que dieron muestra su director, Martin Sueskind, y el corresponsal en EEUU, Stefan Elfenbein, encontró escaso eco en los medios de comunicación alemanes, principalmente a causa de las amenazas legales y el boicot moral de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales y también debido a lo reacios que son la mayoría de los alemanes a criticar abiertamente a los judíos.<<

[81] Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 11 de diciembre de 1996. J. D. Bindenagel (ed.), *Proceedings, Washington Conference on Holocaust-Era Assets: 30 November-3 December 1998*, US Government Printing Office, Washington, DC, pp. 687, 770-701, 706.<<

[82] Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Cámara de Representantes, 6 de agosto de 1998. Bindenagel, *Washington Conference on Holocaust-Era Assets*, 433. Joan Gralia, «Poland Tries to Get Holocaust Lawsuit Dismissed», *Reuters*, 23 de diciembre de 1999. Eric J. Greenberg, «Polish Restitution Plan Slammed», *Jewish Week*, 14 de enero de 2000. «Poland Limits WWII Compensation Plan», *Newsday*, 6 de enero de 2000.<<

[83] *Theo Garb y otros contra la República de Polonia* (Tribunal de Distrito de EEUU, Distrito Este de Nueva York, 18 de junio de 1999). (La demanda fue presentada por Edward E. Klein y Mel Urbach, este último un veterano de los acuerdos con los suizos y los alemanes. Muchos más abogados se sumaron a la «ampliación de la demanda» presentada el 2 de marzo de 2000, pero en ésta se omitían algunos de los cargos más pintorescos en contra de los gobiernos polacos de posguerra.) «Dear Leads NYC Council in Call to Polish Government to Make Restitution to Victims of Holocaust Era Property Seizure», *News From Council Member Noach Dear*, 29 de noviembre de 1999. (La cita textual está tomada de la resolución núm. 1072, adoptada el 23 de noviembre de 1999.) «[Anthony D.] Weiner Urges Polish Government To Repatriate Holocaust Claims»», Cámara de Representantes de EEUU (nota de prensa, 14 de octubre de 1999). (Las citas textuales proceden de la nota de prensa y de la carta original, fechada el 13 de octubre de 1999.)<<

[84] Audiencias ante la Comisión de Banca, Vivienda y Asuntos Urbanos, Senado de EEUU, 23 de abril de 1996.<<

[85] Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Cámara de Representantes, 6 de agosto de 1998.<<

[86] Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Cámara de Representantes, 6 de agosto de 1998. Isabel Vincent, «Who Will Reap the Nazi-Era Reparations?», *National Post*, 20 de febrero de 1999.<<

[87] Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Cámara de Representantes, 6 de agosto de 1998. Actualmente vicepresidente honorario del Comité Judío Americano, Eizenstat fue el primer presidente del Instituto para las Relaciones de los Judíos Estadounidenses con Israel del CJA.<<

[88] Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Cámara de Representantes, 6 de agosto de 1998. Marilyn Henry, «Whose Claim Is It Anyway?», *Jerusalem Post*, 4 de julio de 1997. Bindenagel, *Washington Conference on Holocaust-Era Assets*, p. 705. Editorial, «Jewish Property Belongs to Jews», *Haaretz*, 26 de octubre de 1999.<<

[89] Sergio Karas, «Unsettled Accounts», *Globe and Mail*, 1 de septiembre de 1998. Stuart Eizenstat, «Remarks», Congreso Anual de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías contra Alemania y Austria, Nueva York, 14 de julio de 1999. Tom Sawicki, «6.000 Witnesses», *Jerusalem Report*, 5 de mayo de 1994.<<

[90] Bindenagel, *Washington Conference on Holocaust-Era Assets*, p. 146. Michael Arnold, «Israeli Teens Frolic With Strippers After Auschwitz Visit», *Forward*, 26 de noviembre de 1999. La congresista de Manhattan Carolyn Maloney informó orgullosamente a la Comisión de Banca del Congreso del proyecto de la Ley de Educación sobre el Holocausto que había presentado y con el que se proporcionarían «ayudas a las organizaciones del Holocausto a través del Departamento de Educación con objeto de formar al profesorado y proveer de materiales a los colegios y comunidades para mejorar la educación sobre el Holocausto». Considerando que Maloney representa a una ciudad con un sistema público de enseñanza media notoriamente deficiente en cuanto al profesorado y a los libros de texto, bien podría haber establecido unas prioridades distintas para los escasos fondos del Departamento de Educación. (Audiencias ante la Comisión de Banca y Servicios Financieros, Cámara de Representantes, 9 de febrero de 2000.)<<

[91] Zweig, *German Reparations and the Jewish World*, p. 118. Goldmann fue uno de los fundadores del Congreso Judío Mundial y el primer presidente de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales.<<

[92] Marilyn Henry, «International Holocaust Education Conference Begins», *Jerusalem Post*, 26 de enero de 2000. Marilyn Henry: «PM: We Have No Moral Obligation to Refugees», *Jerusalem Post*, 27 de enero de 2000. Marilyn Henry, «Holocaust “Must Be Seared in Collective Memory’», *Jerusalem Post*, 30 de enero de 2000.<<

[93] Claims Conference, *Guide to Compensation and Restitution of Holocaust Survivors*, Nueva York, s.f. Vincent, *Hitler's Silent Partners*, p. 302 («expropiación»); cfr. pp. 308-309. Ralf Eibl, «Die Jewish Claims Conference ringt um ihren Leumund. Nachkommen jüdischer Sklaven…», *Die Welt*, 8 de marzo de 2000 (pleitos). La industria para la restitución por el Holocausto es un tema tabú en los Estados Unidos. Así, por ejemplo, la web H-Holocaust *(www2.h-net.msu.edu)* prohibió las contribuciones críticas aun cuando estuvieran fundadas en pruebas documentadas (correspondencia personal con el miembro del consejo directivo Richard S. Levy, 19-21 de noviembre de 1999).<<

[94] Ilan Pappe, *The Making of the Arab-Israeli Conflict, 1974-51*, Londres: 1992, p. 268.<<

[95] Clinton Bailey, «Holocaust Funds to Palestinians May Meet Some Cost of Compensation», *International Herald Tribune;* publicado de nuevo en *Jordan Times*, 20 de junio de 1999.<<

[96] Elli Wohlgelernter, «WJC: Austria Holding $10b. In Holocaust Victims' Assets», *Jerusalem Post*, 14 de marzo de 2000. En su posterior testimonio ante el Congreso, Singer puso de relieve la alegación contra Austria, pero, como era de esperar, guardó un discreto silencio con respecto a las acusaciones contra los Estados Unidos. (Audiencias ante la Comisión de Relaciones Internacionales, Senado de los Estados Unidos, 6 de abril de 2000).<<

[1] Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost*, Boston, 1998 [ed. cast.: *El fantasma del rey Leopoldo*, Barcelona, Península, 2002].<<

[2] Wiesel, *Against Silence*, vol. III, p. 190; cf. vol. I, p. 186, vol. II, p. 82, vol. III, 242, y Wiesel, *And the Sea*, 18.<<

[3] Novick, *The Holocaust*, pp. 230-231.<<

[4] *New York Times*, 25 de mayo de 1999.<<

[5] Novick, *The Holocaust*, p. 15.<<

[6] John Toland, *Adolf Hitler*, Nueva York, 1976, p. 702. Joachim Fest, *Hitler*, Nueva York, 1975, pp. 214, 650. Véase también Finkelstein, *Image and Reality*, cap. 4.<<

[7] Véase, por ejemplo, Stefan Kühl, *The Nazi Connection*, Oxford, 1994.<<

[8] Véase, por ejemplo, Leon F. Litwack, *Trouble in Mind*, Nueva York, 1998, esp. caps. 5-6. La tradición occidental más respetada también está profundamente relacionada con el nazismo. Para justificar el exterminio de los discapacitados —precursor de la solución final—, los médicos nazis acudieron al concepto de «la vida indigna de la vida» *(lebensunwertes Leben)*. En *Gorgias*, Platón escribió: «No me parece que la vida merezca la pena vivirse cuando el cuerpo de una persona está en una condición deplorable». En *La República*, Platón daba el visto bueno al asesinato de los niños malformados. En este mismo orden de cosas, la oposición que Hitler manifiesta en *Mein Kampf* al control de la natalidad, alegando que impide la selección natural, tenía un precedente en los razonamientos expuestos por Rousseau en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, Hannah Arendt hacía esta reflexión: «La corriente subterránea de la historia occidental al fin ha aflorado y ha usurpado la dignidad de nuestra tradición» (*Los orígenes del totalitarismo*, p. IX).<<

[9] Véase, por ejemplo, Edward Herman y Noam Chomsky, *The Political Economy of Human Rights*, v. I: «The Washington Connection and Third World Fascism, Boston, 1979, pp. 129-204.<<

[10] *Response*, marzo de 1983 y enero de 1986.<<

[11] Noam Chomsky, *Turning the Tide*, Boston, 1985, p. 36 (cita de Wiesel tomada de una entrevista en la prensa hebrea). Berenbaum, *World Must Know*, p. 3.<<

[12] *Financial Times*, 8 de septiembre de 1999.<<

[13] Novick, *The Holocaust*, p. 255.<<

[14] Véase, por ejemplo, Geoff Simons, *The Scourging of Iraq*, Nueva York, 1998.<<

[15] Novick, *The Holocaust*, pp. 244, 14.<<

[16] Con respecto a este tema, véase esp. Chaumont, *La concurrence*, pp. 316-318.<<

[17] Véase, por ejemplo, Carl N. Degler, *In Search of Human Nature*, Oxford, 1991, pp. 202 ss.<<

[18] John Stuart Mill, *On the Subjection of Women*, Cambridge, 1991, p. 148.<<

[19] No es menos repugnante utilizar como término de comparación el holocausto nazi, tal como propone Michael Berenbaum, solo con el objeto de «demostrar su alegada singularidad», *After Tragedy*, p. 29.<<

[20] Zuckerman, *A Surplus of Memory*, p. 210.<<

[21] Me refiero tanto a la *Historikerstreit* como al intercambio epistolar entre Saul Friedländer y Martin Broszat que fue publicado. En ambos casos, el debate se centró en si los crímenes nazis tenían una naturaleza absoluta o relativa; se abordaron cuestiones como, por ejemplo, la validez de las comparaciones con el Gulag. Véanse Peter Baldwin (ed.), *Reworking the Past*, Richard J. Evans, *In Hitler's Shadow*, Nueva York, 1989, James Knowlton y Truett Cates, *Forever in the Shadow of Hitler?*, Atlantic Highlands, NJ, 1993, y Aharon Weiss (ed.), Yad Vashem Studies XIX, Jerusalén, 1988.<<

[1] Con respecto a este párrafo y el siguiente, véanse Joan Gralla, «Holocaust Foundation Set for Restitution Funds», *Reuters*, 22 de agosto de 2000; Michael J. Jordan, «Spending Restitution Money Pits Survivors Against Groups», *Jewish Telegraphic Agency*, 29 de agosto de 2000; NAHOS (Publicación de la Asociación Nacional de los Niños Judíos Supervivientes del Holocausto), 1 de septiembre de 2000, 6 de octubre de 2000 y 6 de noviembre de 2000; Marilyn Henry, «Proposed "Foundation for Jewish People" Has No Cash», *Jerusalem Post*, 8 de septiembre de 2000; Joan Gralla, «Battle Brews Over Holocaust Compensation», *Reuters*, 11 de septiembre de 2000; Shlomo Shamir, «Government to Set Up New Fund for Holocaust Payments», *Haaretz*, 12 de septiembre de 2000; Yair Sheleg, «Burg Honored at Controversial NY Dinner», *Haaretz*, 12 de septiembre de 2000; E. J. Kessler, «Hillary the Holocaust Heroine?», *New York Post*, 12 de septiembre de 2000; Melissa Radler, «Survivors Get Most of Cash in Shoah Fund», *Forward*, 17 de septiembre de 2000; «The WJC Defends Event Panned by *Commentary*», *Jewish Post*, 20 de septiembre de 2000.<<

[2] «Remarks by The President During Bronfman Gala», Oficina de la Secretaría de Prensa, la Casa Blanca. Distribuidos por la Oficina de Programas Internacionales de Información, Departamento de Estado de EEUU (http://usinfo.state.gov).<<

[3] El plan fue formulado por Judah Gribetz, expresidente del Consejo de Relaciones de la Comunidad Judía de Nueva York y actual miembro del consejo del Museo del Legado Judío de Nueva York, un monumento viviente a la memoria del Holocausto. Fue nombrado «asesor especial» por el juez Edward Korman, del Tribunal del Distrito Este de Nueva York, que presidió los litigios motivados por las demandas colectivas presentadas contra la banca suiza. El plan se encuentra en http://www.Swissbankclaims.com, y aquí nos referimos a él denominándolo *Plan Gribetz*. El 22 de noviembre de 2000, el juez Korman emitió un «memorándum y mandato» por el que se adoptaba «íntegramente el Plan Propuesto». (*In re Holocaust Victim Assets Litigation* [Tribunal de Distrito de EEUU del Distrito Este de Nueva York: 22 de noviembre de 2000], p. 7.)<<

[4] Alan Feuer, «Bitter Fight Is Reignited On Splitting Of Reparations», *New York Times*, 21 de noviembre de 2000. «Declaración de Burt Neuborne», apéndice del *Plan Gribetz*. El «memorándum y mandato» del juez Korman (véase nota 3), destacaba el papel crucial desempeñado por Neuborne a la hora de desviar toda crítica contra el plan (pp. 4, 6). Antes de que el plan se publicara, envié a Neuborne mi análisis del mismo y le solicité que me diera su opinión al respecto. Su respuesta fue: «Voy a ceder a Judah Gribetz el placer de desmontar el intento que usted hace de denigrar su notable labor tachándola de "extorsión" de las víctimas del holocausto». Recordando a Neuborne que había desempeñado un papel crucial en la promoción del plan y la refutación de las críticas que suscitaba, yo le repliqué a mi vez: «Si desmontar mi análisis promete deparar un placer tan grande, ¿por qué no lo hace usted mismo?». A pesar de mis reiteradas solicitudes, Gribetz no llegó a contestarme.<<

[5] Radler, «Survivors Get Most of Cash in Shoah Fund».<<

[6] Resulta significativo que Raul Hilberg, máxima autoridad mundial en el holocausto nazi, haya acusado explícitamente al Congreso Judío Mundial de chantajear a los suizos: «Por primera vez en la historia, los judíos recurrieron a un arma que solo puede denominarse chantaje». En una declaración en apoyo de la moción de que se aprobara el acuerdo con los bancos suizos, Burt Neuborne, a todas luces preocupado por la acusación de chantaje («determinadas personas pueden sentir la tentación de describir erróneamente como un chantaje los pagos legítimos derivados del acuerdo»), solicitó al juez Korman que la refutara, y Korman así lo hizo. («Holocaust Expert Says Swiss Banks Are Paying Too Much», *Deutsche Presse-Agentur*, 28 de enero de 1999; *Declaration of Burt Neuborne*, *Esq.*, 5 de noviembre de 1999, párr. 8; Edward R. Korman, *In re Holocaust Victim Assets Litigation* [Tribunal de Distrito de EEUU del Distrito Este de Nueva York: 26 de julio de 2000], pp. 23-24.)<<

[7] *In re Holocaust Victim Assets Litigation*, p. 19 (Korman).<<

[8] Burt Neuborne, «Memorandum of Law Submitted by Plaintiffs in Response to Expert Submissions Filed By Legal Academics Retained by Defendants» (Tribunal de Distrito de EEUU del Distrito Este de Nueva York: 16 de junio de 1997), p. 68 (compárese con pp. 62-64). A partir de aquí: *Memorándum Neuborne*.<<

[9] Con respecto a la imposibilidad de recuperar el dinero entregado, véase *Gribetz Plan*, p. 12 n. 18: «Debe señalarse que ninguna fracción de los 1.250 millones de dólares revertirán a los bancos demandados ni a ninguna otra entidad suiza».<<

[10] *Gribetz Plan*, p. 11 («vital importancia»), pp. 13-14, 93, 101-104.<<

[11] *Memorándum Neuborne*, pp. 3, 6-7, 11-12, 28-31, 34-35, 43, 47-48. El memorándum reconoce que los bancos suizos solo tendrían responsabilidad legal si se hubiesen beneficiado «a sabiendas» de las ganancias fraudulentas: «Si se presupone una falta de conocimiento por parte de los bancos acusados, las acciones de los acusados no darán lugar a la reclamación de una restitución equitativa por los beneficios indebidos» (p. 34).<<

[12] *Plan Gribetz*, pp. 23, 29, 113-14, 118 n. 345, 128-129 n. 371, 145-148, Anexo G («Categoría de activos incautados»), G-3, G-43, G-57, Anexo H («Categoría I - trabajadores en régimen de esclavitud»), H-52, H-57-58.<<

[13] *Plan Gribetz*, Anexo J («Categoría de refugiados»), J-26 n85. También en una nota a pie de página, descubrimos que, según Seymour J. Rubin, autoridad reconocida en estos asuntos, «proporcionalmente a su población, Suiza admitió a muchos más refugiados que cualquier otro país. Lo cual contrasta con la actuación de Estados Unidos, que, además de negar la entrada a los desesperados refugiados del St. Louis, evitó por sistema cumplir con las restrictivas cuotas de inmigración establecidas» (J-5). En una carta dirigida a la revista *Nation*, Burt Neuborne comentaba que los refugiados a quienes se había negado la entrada en Suiza durante la Segunda Guerra Mundial iban a ser indemnizados y se lamentaba así: «Ojalá se pudiera imponer una sanción similar a los Estados Unidos por su negativa a aceptar a los desesperados refugiados huidos de la persecución nazi» (5 de octubre de 2000). Aparte de la hipocresía y la cobardía, ¿qué impedimentos paralizaron al principal asesor de la industria del Holocausto si es que quería promover esta reclamación?<<

[14] *Plan Gribetz*, p. 89. Es una cita de la orden judicial de Korman por la que se aprobaba definitivamente el acuerdo de liquidación.<<

[15] *Plan Gribetz*, Anexo C («Características demográficas de los grupos “víctima u objetivo”»), C-13.<<

[16] *Plan Gribetz*, pp. 135-136.<<

[17] *Plan Gribetz*, Anexo C, C-12, Anexo F («Redes de Seguridad Social»), F-15.<<

[18] Ukeles Associates Inc., Estudio #3 (revisado), *Projection of the Population of Victims of Nazi Persecution, 2000-2040*, 31 de mayo de 2000.<<

[19] *Gribetz Plan*, p. 9, Anexo C, C-8, Anexo E («Compensaciones por el Holocausto»), E-89 y E-90 n. 282. La cifra de 250.000 supervivientes se usó para distribuir el dinero del «Fondo especial para las víctimas del Holocausto necesitadas», creado por los suizos en febrero de 1997.<<

[20] *Plan Gribetz*, Anexo C, C-7, Tabla 3. El plan reconoce en un nota a pie de página que «en la antigua Unión Soviética, hay relativamente pocos supervivientes de los campos de concentración, los guetos y los campos de trabajo» (Anexo E, E-56 n. 150).<<

[21] *Plan Gribetz*, 122-123, 125, Anexo E, E-138, Anexo F, F-4 n. 13.<<

[22] *Plan Gribetz*, E, E-56.<<

[23] Steve Paulsson, «Re: Survivor Article», http://H-Holocaust@N-Net.MSU.EDU (28 de septiembre de 2000).<<

[24] *Plan Gribetz*, p. 135. Conviene señalar que la cifra de supervivientes del Holocausto definidos de acuerdo con el criterio originario también es sometida a una radical revisión al alza en el Plan Gribetz. El plan afirma que unos 170.000 judíos que trabajaron en régimen de esclavitud reciben actualmente una pensión del gobierno alemán. [*Plan Gribetz*, Anexo H («Categoría de trabajadores en régimen de esclavitud»), H-5-6.] Se calcula que solo uno de cada cuatro judíos esclavizados recibe una pensión del gobierno alemán. Con esto, la cifra total de judíos esclavizados aún con vida se sitúa cerca de los 700.000, en tanto que la existente al final de la guerra sería de 2.800.000. Los estudiosos de estas cuestiones manejan habitualmente la cifra de 100.000 judíos esclavizados vivos al final de la guerra, de los que quizá sigan todavía con vida algunas decenas de millares.<<

[25] *Plan Gribetz*, pp. 7, 25-27, 83-84, 118-119, 138-139, 149, 154, y «Resumen de los Principales Programas de Compensación por el Holocausto». Además de esgrimir el motivo ya mencionado, el plan justifica tautológicamente esta distribución «por la situación demográfica actual, ya que el porcentaje de víctimas judías es con gran diferencia el mayor de las "víctimas u objetivos de la persecución nazi" tal como se definen de conformidad con el Acuerdo de Liquidación» (p. 119). Pero que el porcentaje de judíos sea «con gran diferencia el mayor» solo se debe a la manera en que se definió la categoría de «víctimas u objetivos…». Con respecto a las objeciones puestas al plan por los gitanos, véase *Romani Comments and Objections to the Special Master's Proposed Plan of Allocation and Distribution*. (Ramsey Clark y otros, *In re Holocaust Victim Assets Litigation* [Tribunal de Distrito de EEUU del Distrito Este de Nueva York: noviembre de 2000].)<<

[26] *Plan Gribetz*, p. 15. La misma afirmación se repite palabra por palabra en pp. 98-99.<<

[27] El Comité Volcker recomendó que se publicasen los nombres de los titulares de algunas de las 25.000 cuentas con mayores probabilidades de estar relacionadas con las víctimas de la persecución nazi. El «valor actual estimado» de 10.000 de estas cuentas sobre las que se dispone de alguna información se sitúa entre los 150 y los 230 millones de dólares. De la proyección de estas estimaciones resultan entre 375 y 575 millones de dólares correspondientes a las 25.000 cuentas. A juzgar por la experiencia procesal previa del Tribunal de Resolución de Reclamaciones, solo se presentarán reclamaciones válidas en relación con la mitad de las 25.000 cuentas y con la mitad del capital depositado en ellas, es decir, con un total de entre 188 y 288 millones de dólares. Por otro lado, de las 25.000 cuentas incluidas en la lista, aquellas cuya titularidad corresponde a nombres de las víctimas del Holocausto son mayoritariamente cuentas *cerradas* y no inactivas. El Comité Volcker llegó a la conclusión de que no había «pruebas de […] intentos concertados de desviar los fondos de las víctimas de la persecución nazi hacia propósitos indebidos». En consecuencia, es de suponer que casi todas las cuentas cerradas de la lista de 25.000 fueron canceladas por los titulares, sus herederos legítimos u otras personas legalmente apoderadas para hacerlo, y que el TRR solo dará por válidas una pequeña proporción de las reclamaciones presentadas en relación con las cuentas cerradas. Por lo tanto, es probable que el valor total de las reclamaciones validadas sea muy inferior a la estimación de 188-288 millones basada en que todas las cuentas de la lista eran cuentas inactivas y en que la mitad de las reclamaciones serían legítimas. (*Plan Gribetz*, pp. 94 n. 298, 96-97, 105-106 n. 326; Comité Independiente de Personas Eminentes, *Report on Dormant Accounts of Victims of Nazi Persecution in Swiss Banks* [Berna: 1999], p. 13, párr. 41[a].)<<

[28] *Plan Gribetz*, pp. 12, 19-20. En la página 12 del plan se afirma que «el remanente del Fondo de Liquidación se distribuirá entre otras […] categorías del acuerdo», es decir, «activos incautados», «refugiados» y «trabajadores en régimen de esclavitud». Como se verá más adelante, las partidas asignadas a los «activos incautados» no se entregarán directamente a los supervivientes del Holocausto, sino a las organizaciones judías dedicadas a tareas relacionadas con el Holocausto. En las páginas 19 y 20 del plan se dice que «será posible asimismo asignar una porción del Fondo de Liquidación restante a algunos de los proyectos culturales, conmemorativos o educativos propuestos que se han presentado al asesor especial».<<

[29] El plan especifica que la distribución del remanente de los 800 millones de dólares no podrá comenzar hasta que se hayan procesado todas las reclamaciones sobre las 25.000 cuentas. El TRR tardó tres años en procesar 10.000 reclamaciones de una lista diferente de 5.600 cuentas domiciliadas en Suiza. Según los cálculos expuestos en el plan, es probable que se presenten más de 80.000 reclamaciones sobre las 25.000 cuentas de la nueva lista. Además, el plan dispone que todas las reclamaciones habrán de verificarse teniendo en consideración no solo la lista publicada de 25.000 cuentas, sino también varios millones más de cuentas suizas sin relación aparente con las víctimas del Holocausto. Así pues, aun cuando el TRR modernice su funcionamiento, el proceso se prolongará durante varios años. (*Plan Gribetz*, pp. 91, 94 n. 299, 105-106 n. 126.) El plan se ocupa de las víctimas del Holocausto que tienen la titularidad de cuentas inactivas, pero las disposiciones relativas a los herederos son muy limitadas e imprecisas. (pp. 18-19, y Anexo D [«Los herederos»].)<<

[30] *Plan Gribetz*, pp. 16-17.<<

[31] *Plan Gribetz*, pp. 25-26, 120-121, 119-138.<<

[32] *Plan Gribetz*, pp. 18, 27, 116, Anexo C, C-10, Cuadro 3 del Anexo C, 1. (Los «Cuestionarios Iniciales» se distribuyeron entre las «víctimas y objetivos de la persecución nazi» después de que el juez Korman aprobase el acuerdo con los suizos.) Comentando la inconsistencia de las reclamaciones que la industria del Holocausto había hecho a los bancos suizos, Raul Hilberg, que huyó de Austria con sus padres siendo niño, decía en una entrevista reciente: «En los años treinta los judíos eran pobres. Mi familia era de clase media, pero no teníamos una cuenta bancaria en Austria, y mucho menos en Suiza», *Berliner Zeitung*, 4 de septiembre de 2000.<<

[33] *Plan Gribetz*, pp. 29-31, 154-156.<<

[34] *Plan Gribetz*, pp. 35-39, 172-175.<<

[35] *Nation*, 18 de diciembre de 2000.<<

[36] *Nation*, 25 de diciembre de 2000.<<

[37] Además de capitanear la extorsión a los suizos, Neuborne desempeñó un papel estelar en las negociaciones sobre la mano de obra esclavizada por los alemanes. Por este último trabajo cobró cinco millones de dólares, unos honorarios «no particularmente elevados», según Neuborne, sobre todo si se comparan con los 7.500 dólares que se asignaron a un superviviente de Auschwitz en conformidad con el acuerdo de liquidación alemán. (Jane Fritsch, «$52 Million for Lawyers' Fees in Nazi-Era Slave Labor Suits», *New York Times* [15 de junio de 2001]; Daniel Wise, «$60 Million in Fees Awarded To Lawyers Who Negotiated $5 Billion Holocaust Fund», *New York Law Journal* [15 de junio de 2001]; Gerald Locklin, «Lawyers Get Millions, Victims Get Thousands From Holocaust Deal», *National Post* [18 de junio de 2001].)<<

[38] Véase más información en pp. 104-105. La comisión se constituyó en el momento en que más arreció la presión estadounidense sobre los bancos suizos y como respuesta a las críticas suizas que señalaban que EEUU tampoco estaba libre de culpa en la cuestión de las indemnizaciones por el Holocausto.<<

[39] Washington, DC. (De aquí en adelante: *E&R*.) Está dividido en dos partes: «Conclusiones y recomendaciones» e «Informe Especial». La numeración de las páginas de este último se indica con la abreviatura «IE».<<

[40] *E&R*, 5.<<

[41] Puede señalarse de pasada que el informe está repleto de las hipérboles típicas de las publicaciones de la industria del Holocausto. Así, se dice que el Holocausto fue «el mayor robo de masas de la historia» (E&R; IE-3). Estados Unidos se construyó sobre territorios arrebatados a la población indígena y el desarrollo industrial estadounidense fue impulsado durante varios siglos por el trabajo no remunerado de los afroamericanos en la industria del algodón. ¿Tuvo en cuenta la comisión estos robos al hacer sus estimaciones?<<

[42] *E&R*, 4, 5.<<

[43] Véase pp. 98-99.<<

[44] *E&R*, 11-12; IE-167-168. En el informe se señala asimismo: «Ninguna relajación apreciable de las normas o los procedimientos facilitó las reclamaciones de las víctimas […]. Los herederos se enfrentaron a más dificultades que los titulares de las cuentas. Muchas historias de casos demostraron que el reclamante inicial falleció durante el proceso de reclamación. En estos casos, […] las ulteriores investigaciones […] retrasaron la resolución de los casos».<<

[45] *E&R*, IE-170. Véase pp. 98-99.<<

[46] Véase p. 100.<<

[47] *E&R*, IE-4, IE-213-214.<<

[48] Véase p. 88.<<

[49] *E&R*, 12; IE-6, IE-170.<<

[50] Véanse pp. 87-88, 96-97.<<

[51] *E&R*, IE-51.<<

[52] Véanse pp. 88, 98-99.<<

[53] *E&R*, IE-214.<<

[54] Véase más información en pp. 82-108, *passim*.<<

[55] Véase p. 101.<<

[56] *E&R*, 7.<<

[57] *E&R*, 19; IE-212-13.<<

[58] La Comisión se limitó a realizar un «proyecto piloto en el que se cotejaron los nombres de una lista reducida de víctimas del Holocausto con los de una lista de propiedades que habían revertido al Estado de Nueva York […]. Con este procedimiento […] se obtuvieron dieciocho equivalencias entre los nombres de las víctimas y los titulares de cuentas bancarias inactivas domiciliadas en el Estado de Nueva York […]. El valor de estas cuentas oscila entre unos cuantos dólares y cinco mil dólares». (De acuerdo con la doctrina de la reversión al Estado, los bancos estadounidenses están obligados a transferir las cuentas inactivas abandonadas a sus respectivos gobiernos estatales.) Por otra parte, la Comisión llegó a un acuerdo con los principales bancos «en el que se definían las prácticas más adecuadas que se sugería emplear a los bancos a la hora de buscar los activos del Holocausto». En conformidad con este acuerdo, los bancos que se prestaron a participar debían realizar «sus propias investigaciones» de los registros pertinentes e informar a las autoridades estatales del descubrimiento de cualquier cuenta inactiva de la era del Holocausto. Es evidente que un abismo separa estas «prácticas más adecuadas» sugeridas por la Comisión de la exhaustiva auditoría externa impuesta a los bancos suizos. Es de destacar que el acuerdo establece que los bancos colaboradores no tienen la obligación de informar públicamente de «la identidad del titular» de «ninguna de las cuentas identificadas» (*E&R*, pp. 3, 15-17).<<

[59] *E&R*, IE-184 n. 249.<<

[60] *E&R*, IE-138. La OSRJ era responsable de recuperar los activos del Holocausto sin herederos después de la guerra. Hay que señalar que, según la Comisión, la OSRJ reclamó para sí propiedades que pertenecían a los supervivientes del Holocausto y a sus herederos:

Hubo personas que descubrieron que la OSRJ había reclamado sus propiedades y que solicitaron a la organización sucesora que se las restituyera; en 1955, la OSRJ había gestionado más de 4.800 solicitudes de este tipo. Después de un debate interno, la OSRJ decidió restituir las propiedades a los solicitantes pese a que se le hubiera concedido la titularidad de las mismas […]. Ahora bien, fijó unos gastos por servicios para cubrir los costes. La tarifa dependía de la relación entre el solicitante y el antiguo propietario y de la valoración de la propiedad. Cuando la OSRJ había llegado a recuperar una propiedad, se añadía un plus del diez por ciento a los costes (que la organización redujo a un cinco por ciento cuando el solicitante era indigente). Una solicitante criticó duramente a las autoridades estadounidenses por haber «adjudicado» sus propiedades a la OSRJ. Alegó que no había tenido noticia del plazo de reclamación hasta después de que finalizara, y que entonces descubrió que la castigarían porque el Ejército de Ocupación, por el que su marido y ella habían tenido que pagar mucho, estimaba justo adueñarse de sus propiedades y entregárselas a quién sabe quién. La frustración y la rabia expresadas en esta carta reflejan los sentimientos de otros solicitantes a quienes se les pasó el plazo; muchos presentaron «reclamaciones» y «protestas» a la OSRJ para que se les devolvieran inmediatamente sus propiedades. (*E&R*, IE-156.)

Medio siglo después, la Conferencia sobre Solicitudes Materiales (sucesora de la OSRJ) ha adoptado una estrategia idéntica para adueñarse de las propiedades de los legítimos herederos judíos de la antigua República Federal Alemana (véanse referencias citadas en p. 96 n. 11 y Netty Gross, «Time’s Running Out», *Jerusalem Report* [7 de mayo de 2001]).<<

[61] *E&R*, IE-171. La frase citada procede de una declaración hecha por Seymour Rubin en 1959 (véase más al respecto sobre Rubin en pp. 127-129). Según Rubin, la OSRJ terminó por contentarse con esta cifra porque los supervivientes del Holocausto estaban próximos a la muerte: «A estas personas se les está agotando el tiempo». Hemos visto que la industria del Holocausto continuaba repitiendo el estribillo «el tiempo se agota» mientras extorsionaba a Suiza. Cabría pensar que, medio siglo después, el tiempo ya debería haberse agotado. Hay datos indicativos de que el valor total de los activos de la era del Holocausto no reclamados era mucho más elevado en *E&R*: IE-6, IE-166-167, IE-172, IE-214-215.<<

[62] *E&R*, 7.<<

[63] *E&R*, 21-26.<<

[64] *E&R*, IE-117 ss<<

[1] Una parte de este estudio se basa en entrevistas realizadas a los responsables del proceso judicial, varios de los cuales solicitaron que se les mantuviera en el anonimato. Jytte Kjaergaard del periódico danés *B.T.* entrevistó a Michael Bradfield y a Burt Neuborne; el autor de este libro entrevistó al juez Edward R. Korman; y David Ridgen, de la Canadian Broadcasting Corporation, entrevistó a Raul Hilberg. Los sucesivos borradores del estudio fueron entregados a Raul Hilberg, a Bradfield, a Neuborne y a Korman con el ruego de que señalaran los errores de hecho que pudieran encontrar con vistas a corregirlos. Ninguno de los tres ha señalado ninguno. Todos los números de registro de sumario se refieren a la Causa Número 96-CV-4849, Juzgado de Distrito de Estados Unidos, Distrito Oriental de Nueva York.<<

[2] «El Tribunal de Resolución de Reclamaciones ha concluido su misión inicial». (Comunicado de prensa, Zúrich, 11 de octubre de 2001.)<<

[3] Esta cifra recibió escasa atención en los medios de comunicación extranjeros. La única excepción notable fue un artículo de Adam Sage y Robert Boyes publicado en el *Times* de Londres, «Swiss Holocaust cash revealed to be myth» (13 de octubre de 2001).<<

[4] Entrevista realizada a Michael Bradfield el 22 de julio de 2002. Siempre que no se indique lo contrario, todas las citas y paráfrasis de Bradfield proceden de esta entrevista. Véase también el intercambio de cartas entre Paul Volcker y el profesor Riemer, fechadas el 29 de octubre de 2001 y el 7 de noviembre de 2001 (números de registro de sumario 1087 y 1092).<<

[5] *Final Report on the Work of the Claims Resolution Tribunal for Dormant Accounts in Switzerland* (5 de octubre de 2001).<<

[6] Entrevista realizada al juez Korman el 5 de julio de 2002. Siempre que no se indique lo contrario, todas las citas y paráfrasis de Korman proceden de esta entrevista. (El informe final del TRR-I no se incluyó en el registro de sumarios).<<

[7] Las cifras de esta presentación están redondeadas, según su magnitud, a diez, cien o mil.<<

[8] Véase carta de Burt Neuborne al juez Korman, fechada el 26 de febrero de 2002, y declaración adjunta (números de registro de sumario 1171 y 1172).<<

[9] Proyección basada en los 40 millones de dólares de indemnización correspondientes a las 3.000 reclamaciones aceptadas por el TRR-I (unos 10 millones de dólares corresponderían a 600 reclamaciones aceptadas adicionales).<<

[10] La decisión de ampliar la auditoría a la banca suiza para incluir las cuentas cerradas la adoptó Volcker, «tenazmente impulsado» por Bradfield. Véase John Authers y Richard Wolffe, *The Victim's Fortune*, Nueva York, 2002, p. 356.<<

[11] Independent Committee of Eminent Persons, *Report on Dormant Accounts of Victims of Nazi Persecution in Swiss Banks*, Berna, 1999, p. 13, párr. 41 (a).<<

[12] *Ibid*., p. 82, párr. 4; cfr. pp. 86-87, párr. 22-25. Un juez sénior que formó parte del TRR comentó con respecto a esta espinosa cuestión: «Recuerdo cuando menos un caso concreto del CRT-II en el que las autoridades nazis había comunicado al titular de una cuenta que su familia y él solo podrían marcharse de Alemania si previamente ordenaba la transferencia de los activos de su cuenta suiza a un banco bajo control nazi. Es evidente que, en este caso, el titular de la cuenta deseaba sin lugar a dudas que se realizara la transferencia y nadie ha insinuado que, en tales circunstancias, el banco fuera "culpable" por hacer lo que quería el titular de la cuenta. Recuerdo que en este caso se permitió, con la aprobación de Nueva York, que los herederos del titular recuperasen su dinero a través del Fondo de Liquidación»; lo cual no impidió que se admitiera la demanda contra los bancos suizos (correspondencia privada).<<

[13] La fuente fundamental de este apartado es una carta de 11 de junio de 2002 de Roberts B. Owen, de nueve páginas a un espacio, que originalmente iba dirigida a sus colegas del TRR-II y que proporciona una minuciosa revisión y valoración de los sucesos que aquí se exponen. Owen, de nacionalidad norteamericana, fue el único juez sénior que participó en el TRR-II. A petición de Paul Volcker (a quien se le mostró en primer lugar una copia de la carta), Owen no distribuyó la carta entre sus colegas y, en lugar de ello, la envió a Volcker, a Bradfield, a Singer y al juez Korman, y el autor de este libro consiguió una copia a través de este último. (Este documento no se incluyó en el registro de sumarios.) (De ahora en adelante: *Carta de Owen*.)<<

[14] En febrero de 2000 ya se había asignado un presupuesto al TRR-II y la tramitación de reclamaciones se inició realmente en mayo de 2001, pero esta primera fase que concluyó a fin de año no sirvió de nada (los antiguos miembros del TRR-II atribuyen a Bradfield el fracaso de esta primera etapa de trabajo).<<

[15] Véase en relación con las nuevas normas relativas a las cuentas cerradas Artículo 34 de «Rules Governing the Claims Resolution Process». (De ahora en adelante: *Normas*.)<<

[16] Véanse los artículos de Hanspeter Born, «Awarding the millions, eyes closed», en *Weltwoche* (23 de mayo de 2002) y «The Claims Resolution Tribunal without a Judge», en *Weltwoche* (6 de junio de 2002), así como «Hitler had Switzerland in his pocket», en *NZZ am Sonntag* (9 de junio de 2002), «$800 Million Dollars, Rough Justice», y «If Too Little is Known, Then Speculate», en *NZZ am Sonntag* (16 de junio de 2002). La veracidad de estos artículos fue confirmada en numerosas entrevistas y una amplia correspondencia con las partes implicadas. Véase en *Carta de Owen* más información al respecto de «buenos abogados trabajadores…» y «un acto vergonzoso».<<

[17] Con respecto a la tasa de aceptación del quince por ciento, véase *Carta de Owen* y «$800 Million Dollars, Rough Justice», en *NZZ am Sonntag* (9 de junio de 2002). Es interesante señalar que las predicciones de Bradfield relativas al TRR-II resultaron estar enormemente infladas. Por ejemplo, en un memorando de de 26 de diciembre de 2000 enviado al juez Korman («Draft Proposed Budget, enero de 2001-junio de 2003, for CRT»), Bradfield preveía que se presentarían 100.000 reclamaciones, de las que (aparentemente) 85.000 pasarían la primera criba y 12.750 (quince por ciento de 85.000) serían aceptadas (número de registro de sumario 1064).<<

[18] Por ejemplo, el programa informático que se utilizó al principio para comparar los nombres de los reclamantes con los de los titulares de las cuentas subestimó el número de nombres que se correspondían debido a determinados problemas con la introducción de datos.<<

[19] Paul Volcker también es oficialmente asesor especial del TRR-II, pero al parecer no ha participado en él activamente.<<

[20] Véase más información en *Carta de Owen*. Owen señala que Bradfield había establecido un «mecanismo de arbitraje engorroso y excesivamente complicado» para el TRR-I, y que, pese a los ruegos de los miembros más destacados del TRR-II, no solo no introdujo en el TRR-II reformas que eran a todas luces necesarias, sino que «empezó a añadir nuevos requisitos engorrosos».<<

[21] Con respecto a la dudosa autoridad de los nuevos juristas, entre los que había «un joven letrado neoyorquino con solo tres años de práctica y sin experiencia en demandas múltiples» y «un joven abogado sueco que aún no se había colegiado», véase *Carta de Owen*.<<

[22] «Notas tomadas de una llamada del juez Korman al TRR de 6 de junio de 2002». Con respecto a los tres años y medio, véase *Carta de Owen*.<<

[23] Yair Sheleg, «A long and winding road to compensation», en *Haaretz* (8 de julio de 2002), citando a Rabbi Singer.<<

[24] Carta de Neuborne dirigida al juez Korman, fechada el 26 de febrero de 2002, y declaración adjunta (números de registro de sumario 1171 y 1172). Es difícil encontrar una declaración pública de alguno de estos tres personajes que no sea falsa u ofensivamente engañosa. Tomemos el caso de Neuborne, quien ha mantenido reiteradamente que proporciona *pro bono* sus servicios para que se indemnice a las víctimas del Holocausto. Esto fue cierto con respecto a la causa suiza (que simultaneó con su empleo a tiempo completo como profesor de la Universidad de Nueva York), pero no lo es en absoluto en el caso del litigio alemán, del que obtuvo un beneficio de 5 millones de dólares. Véase *The Victim's Fortune*, pp. 250, 374, así como la carta de 12 de septiembre de 2002 que Sam Dubbin, un abogado contratado por víctimas del Holocausto descontentas, envió a Burt Neuborne: «Usted le dice a mi cliente […] que "trabajó sin pasar una minuta" [en el caso suizo]. Pero se guardó de decir […] que usted y otros abogados que "rechazaron cobrar por esta causa", recaudaron 20 millones de "dinero de los supervivientes" por el papel desempeñado en el acuerdo alemán, y ello sin revelar públicamente cuáles eran sus servicios (incluida la cuestión de si reclamaron que les remuneraran a la vez el trabajo que habían realizado en la causa suiza), registros de tiempo, honorarios o explicación del trabajo que aseguran haber aportado. Su declaración da a mi cliente la falsa impresión de que está usted representando a los supervivientes desprendidamente y a expensas de un gran sacrificio personal» (número de registro de sumario 1379). En realidad, en un «Memorando» dirigido al juez Korman se señalaba enfáticamente: «Como el Tribunal sabe muy bien, el grupo de asesores reunido posteriormente por el profesor Neuborne con la intención de secuestrar el litigio [de la banca suiza] con la treta de que trabajarían *pro bono* […] Al hacerse con el control del litigio de la banca suiza, esperaban controlar otros litigios relacionados con el Holocausto en los que podrían cobrar honorarios» (número de registro de sumario 1197). Y así lo hicieron. Neuborne es además propenso a destacar que el acuerdo con los bancos suizos «no solo beneficia a los judíos, sino también a otras víctimas u objetivos de la persecución nazi». Véase carta a *The Nation*, fechada el 5 de octubre de 2000. Lo cierto es que las «otras víctimas» apenas recibieron una suma ridícula, y no solo eso, Neuborne batalló incansablemente para minimizar los desembolsos que se hicieran a persona no judías. Véase pp. 137-138 de este volumen y *The Victim's Fortune*, p. 354.<<

[25] «Notas tomadas de una llamada del juez Korman al TRR de 6 de junio de 2002».
<<

[26] Entrevista realizada a Burt Neuborne el 25 de julio de 2002. Siempre que no se indique lo contrario, todas las citas y paráfrasis de Neuborne proceden de esta entrevista.<<

[27] Neuborne ha recomendado que el dinero sobrante de los 800 millones de dólares asignados a indemnizar a los titulares de cuentas víctimas del Holocausto se dedique a crear un plan de cobertura médica. Véase *NAHOS: The Newsletter of the National Association of Jewish Child Holocaust Survivors* (16 de octubre de 2001).<<

[28] Born, «Awarding the millions, eyes closed».<<

[29] «Notas tomadas de una llamada del juez Korman al TRR de 6 de junio de 2002». <<

[30] John Authers y William Hall, «Judge angers Swiss on Holocaust cash», en *Financial Times* (12 de junio de 2002).<<

[31] «Final Approval Order» (26 de julio de 2000), en *In re Holocaust Victim Assets Litigation* 96 CIV. 4849 (ERK) (MDG). El juez Korman no pierde ocasión de alabar en público la «magnificencia» de Neuborne. Véase, por ejemplo, su «Memorando» fechado el 29 de julio de 2002 (número de registro de sumario 1308). A propósito de esto, recordemos que durante el litigio de la banca suiza, estos dos miembros de la sociedad de la mutua admiración actuaron respectivamente como juez presidente y asesor principal de los demandantes.<<

[32] «Notas tomadas de una llamada del juez Korman al TRR de 6 de junio de 2002».
<<

[33] Véase carta de Burt Neuborne dirigida al juez Korman con fecha de 26 de febrero de 2002, así como la declaración adjunta, y también la carta de Neuborne al juez Korman de 11 de abril de 2002 (números de registro de sumario1171, 1172 y 1205). Al respecto de que las normas del TRR-II ya habían incorporado la recomendación de Neuborne, véase la carta de Roger M. Witten al juez Korman de 16 de mayo de 2002. (Esta carta extremadamente esclarecedora escrita por Witten, un abogado de los banqueros suizos, no fue incluida en el sumario.) Las presunciones en favor de los demandantes que proponía Neuborne ya habían sido incorporadas en el artículo 34 de las *Normas*.<<

[34] «Memorando» de Michael Bradfield dirigido al juez Korman, «Comparison of CRT-I and CRT-II Rules», fechado el 16 de julio de 2002 (sin número de registro de sumario). El nuevo método de cálculo se incorporó al artículo 35 de las *Normas*.<<

[35] *Carta de Owen.*<<

[36] Véase informe oficial de Bradfield presentado al tribunal el 28 de noviembre de 2002 (número de registro de sumario 1487). «El total de todas las adjudicaciones hechas hasta la fecha asciende a 50.352.616,14 dólares».<<

[37] Carta a «Los miembros del Tribunal de Resolución de Reclamaciones» fechada el 12 de julio de 2002 (no incluida en el sumario). Véase el capítulo 3 de este volumen para informarse del sórdido historial de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales Judías.<<

[38] En su «Informe y recomendaciones» de 22 de agosto de 2002, la Conferencia sobre Solicitudes Materiales mantiene que ha pagado a 115.199 trabajadores judíos esclavizados (número de registro de sumario 1353).<<

[39] Entrevista realizada a Raul Hilberg el 22 de abril de 2002. Las estimaciones de reputados estudiosos como Henry Friedlander no difieren de la de Hilberg (véase p. 75 de este volumen).<<

[40] *The Victims's Fortune*, p. 368.<<

[41] La expresión «presentada bajo sello…» es estándar en todas las peticiones de dinero del fondo de liquidación suizo que la Conferencia sobre Solicitudes Materiales presenta al Tribunal para compensar a los trabajadores esclavizados judíos. Véase, por ejemplo, «Report and Recommendations of the Conference on Jewish Material Claims Against Germany, Inc. for the Fifth Group of Slave Labor Class I Claims», en *In Re Holocaust Victims Assets Litigations (Swiss Banks)*, de 11 de marzo de 2002 (número de registro de sumario 1180). La Conferencia sobre Solicitudes Materiales ha calculado que el número definitivo de trabajadores esclavizados judíos que lleguen a identificarse oscilará entre 170.000 y 180.000. Véase la carta de Greg Schneider al juez Korman, fechada el 18 de enero de 2002 (número de registro de sumario 1140). Esta última cifra incluye a efectos prácticos a los 30.000 judíos sometidos en su día a trabajos forzados que fueron clasificados como trabajadores esclavizados judíos en el plan de distribución del dinero suizo.<<

[42] Korman ha puesto asimismo su sello de aprobación en todas las peticiones de dinero de Bradfield para cubrir los gastos administrativos del TRR —que últimamente ascienden por término medio a más de *un millón de dólares al mes*—, dinero que se deduce de los 1.250 millones de dólares del fondo de liquidación. Con respecto a estos gastos, véase la carta de Greg Schneider al juez Korman fechada el 17 de septiembre de 2002 (número de registro de sumario 1402). Se han lanzado graves acusaciones sobre este despilfarro administrativo, pero el autor de esta obra no puede valorarlas por su cuenta. Al parecer, solo ha habido una ocasión en que un abogado de los demandantes haya cuestionado explícitamente los costes administrativos. Preocupado por una petición suplementaria de casi un millón de dólares presentada por la Conferencia sobre Solicitudes Materiales, el abogado Robert Swift escribió al juez Korman el 2 de noviembre de 2001 en estos términos: «Creo que ya es hora de analizar los fundamentos de […] la solicitud y determinar si los gastos hechos en el pasado se distribuyeron apropiadamente y si los gastos futuros solicitados son prudentes» (número de registro de sumario 1096). La Conferencia sobre Solicitudes Materiales negó las acusaciones de Swift, y Korman respaldó a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales al otorgarle lo que pedía. Véase la carta de Jean M. Geoppinger al juez Korman de 20 de noviembre de 2001, y la «Orden» del juez Korman de 28 de noviembre de 2001 (números de registro de sumario 1099 y 1098). En una carta previa dirigida al juez Korman, que versaba sobre la asignación de dos millones de dólares a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales, Swift había recomendado que «se emplee a un contable […] para garantizar […] que el fondo de liquidación se está gastando razonablemente y que se está haciendo un trabajo productivo» (9 de marzo de 2001; no incluida en el sumario); la Conferencia sobre Solicitudes Materiales replicó prontamente: «No hay el menor fundamento para las acusaciones apenas veladas del señor Swift» (carta fechada el 4 de abril de 2001; número de registro de sumario 982).<<

[43] Véase http://www.crt-ii.org, apartado«Awards», in re Account of Hedwig Wetzlar (número de demanda 205408), in re Accounts of Ivo Herman (número de demanda 207328/HM) e in re Account of Illes Fillenz (número de demanda 206733/MBC). En su *Carta*, Owen rememoraba: «Una vez que Bradfield hubo identificado algunas prácticas en las que incurrieron algunos bancos suizos durante la Segunda Guerra Mundial, me pidió que incluyera en todas y cada una de las Adjudicaciones una descripción de esas prácticas y luego *diera por supuesto* que el banco concreto de ese caso en particular había sometido al cuentacorrentista en cuestión a esas prácticas, aun cuando no hubiera evidencia de que ese banco determinado hubiese actuado así, e incluso aunque ni siquiera fuera necesario para conceder una Adjudicación» (énfasis en el original). Owen se negó y Bradfield acabó por «echarse atrás». Con respecto a la reiterada afirmación de Bradfield de que «los titulares de las cuentas y sus herederos no habrían podido acceder a sus cuentas después de la guerra» (véase, por ejemplo, la carta que dirigió al juez Korman el 1 de octubre de 2002, número de registro de sumario 1416), un abogado del TRR de historial impecable comentó: «Esto no tiene ninguna base. Es cierto que a menudo (con excesiva frecuencia) los bancos pusieron impedimentos a los herederos (muchas veces, interpretando con excesiva rigidez las leyes de confidencialidad; pero esas eran las leyes). También es cierto que los bancos se negaron frecuentemente a ayudar a los propios titulares cuyas cuentas habían sido confiscadas por los nazis […], impidiendo de ese modo a los antiguos titulares de cuentas solicitar una compensación a Alemania. Pero no hay pruebas de que cuando una cuenta estaba todavía abierta después de la guerra y su titular había sobrevivido, los bancos se negaran a reconocer al propio titular» (comunicación privada). El Comité Volcker llegó a esta misma conclusión (como se detalla a continuación).<<

[44] *Final Report, Switzerland, National Socialism and the Second World War,* Zúrich, 2002.<<

[45] Independent Commission of Experts, Switzerland – Second World War, *Switzerland and Gold Transactions in the Second World War, Interim Report*, Berna, 1998, IV.<<

[46] Véase, por ejemplo, Tom Bower, *The Paperclip Conspiracy*, Londres, 1987, así como Christopher Simpson, *Blowback*, Londres, 1988, y *The Splendid Blond Beast*, Nueva York, 1993.<<

[47] Hay una alusión vaga y de pasada a las «recientes críticas internacionales» (p. 494).<<

[48] *Report on Dormant Accounts*, Anexo 5, p. 81; Parte I, p. 6.<<

[49] Carta de Neuborne al juez Korman, fechada el 11 de abril de 2002 (número de registro de sumario 1205).<<

[50] Carta de Bradfield al juez Korman, fechada el 10 de mayo de 2002 (número de registro de sumario 1224). Bradfield aduce que el *Informe final* de la Comisión Bergier justifica la revisión de las *Normas* del TRR-II. Sin embargo, si la Comisión Bergier llegó a «conclusiones similares» a las del Comité Volcker, ¿por qué Bradfield no dispuso que se efectuara esa revisión después de la publicación del Informe Volcker?<<

[51] «Final Approval Order» (26 de julio de 2000).<<

[52] Carta a *The Nation* (19 de febrero de 2002).<<

[53] «Final Approval Order» (26 de julio de 2000).<<

[54] Carta de Neuborne al juez Korman, fechada el 11 de abril de 2002 (número de registro de sumario 1205).<<

[55] *Nachrichtenlose Vermogen bei Schweizer Banken Depots, Konen und Safes von Opfen des nationalsozialistischen Regimes und Restitutionsprobleme in der Nachkriegszeit*. Veroffenlichunger der UEK Band 15, Zúrich, 2001.<<

[56] En múltiples documentos presentados al Tribunal, Bradfield ha seguido sosteniendo en relación con las cuentas cerradas que los bancos suizos tenían la «responsabilidad de mantener registros completos» y que «no mantuvieron registros adecuados sobre el dinero que se sacó de las cuentas». Véase, por ejemplo, su carta al juez Korman de 15 de agosto de 2002 (número de registro de sumario 1358). Sin embargo, la legislación suiza no obliga a los bancos a mantener registros de las cuentas cerradas durante más de diez años. Debe recordarse que en aquel entonces no existían los ordenadores y que conservar cualquier cosa requería dedicar un gran espacio a archivadores físicos. Los bancos habrían superado los requerimientos de la ley si hubieran conservado cualquier cosa referente a las cuentas cerradas.<<

[57] *Tages Anzeiger* (1 de junio de 2002). Con respecto al uso abusivo que Bradfield ha hecho del estudio de Bonhage y otros para justificar el cambio de normativa, véase su carta al juez Korman de 23 de mayo de 2002 (número de registro de sumario 1245).<<

[58] Véanse referencias en p. 132, n. 6 de este volumen, así como las entrevistas realizadas a Raul Hilberg colgadas en http://www.normanfinkelstein.com en el apartado«The Holocaust Industry». El autor de este libro llegó por su cuenta a la misma conclusión que Hilberg (véase cap. 3 de este volumen).<<

[59] Sheleg («A long and winding road…») comenta que el hecho de que en los bancos suizos se hayan encontrado escasas cuentas de víctimas del Holocausto «podría dar lugar a que se considere que los representantes judíos han librado una batalla internacional por una suma de dinero mucho más elevada que de la que en realidad corresponde pagar».<<

[60] *The Victim's Fortune*, pp. 32-36. Su decepción le fue comunicada al autor de este libro en la correspondencia personal que ha entablado con Meilli.<<

[61] Carta de Neuborne al juez Korman, fechada el 26 de febrero de 2002, y declaración adjunta, y «Orden» del juez Korman de 15 de marzo de 2002 (números de registro de sumario 1171, 1172 y 1186). Siguiendo la recomendación de Neuborne, Korman ordenó que se entregara de inmediato a Meili un pago inicial de 775.000 dólares.<<

[1] *Imperfect Justice: Looted Assets, Slave Labor, and the Unfinished Business of World War II*, Public Affairs, Nueva York, 2003. Todas las referencias entre paréntesis incluidas en el texto remiten a este libro de Eizenstat.<<

[2] Con respecto al Museo del Holocausto de Estados Unidos, véanse pp. 68-69 de este libro. (De ahora en adelante: *IH*).<<

[3] *IH*, p. 82.<<

[4] Véase *IH*, pp. 32, 63-65, «Anti-Defamation League (ADL) Letter to Georgetown University», en http://normanfinkelstein.com/ (en el apartado «The Real “Axis of Evil”»), y el escándalo de Marc Rich al que se hace referencia más adelante.<<

[5] Véase John Laughland, «The Prague racket», en *The Guardian* (22 de noviembre de 2002), e *IH*, pp. 115-116.<<

[6] Véase «The final findings of the investigation regarding the events in Jedwabne on July 10, 1941», (9 de julio de 2002), en htpp://www.ipn.gov.pl.<<

[7] Con el típico estilo de la industria del Holocausto, Michael J. Bazyler comienza su libro sobre las compensaciones por el Holocausto con la declaración, ni argumentada ni documentada, de que «el Holocausto fue el mayor asesinato y el mayor robo de la historia». En otro lugar afirma que «el programa nazi de confiscación de obras artísticas» durante el Holocausto fue «el mayor desplazamiento de obras de arte de la historia de la humanidad» y que Hitler «gastó más en arte que nadie en la historia del mundo» (citando a otro historiador de la industria del Holocausto). (Michael J. Bazyler, *Holocaust Justice*, Nueva York, 2003, cap. XI, p. 202). En su esclarecedor estudio, *The Language of the Third Reich* (Nueva York, 2002), Victor Klemperer rememora la chovinista manía nazi de usar «superlativos» y calificativos de ese estilo como «único» (pp. 110, 214, 251-224). Véase un análisis del chovinismo lingüístico «invertido» de la industria del Holocausto («mayor crimen», «crimen único») en *IH*, pp. 45-51.<<

[8] Independent Commission of Experts, *Final Report, Switzerland, National Socialism and the Second World War* (Zúrich, 2002), p. 261. (De ahora en adelante, *Informe final* Bergier.)<<

[9] La información sobre Bronfman se ha obtenido de Douglas Weber, del Center for Responsive Politics (http://www.opensecrets.org); véanse más detalles sobre la fortuna de Bronfman en http://www.motherjones.com/coinop_congress/97mojo_400/profiles5.html. J. J. Goldberg, *Jewish Power*, Reading, M. A., 1996, pp. 275-276 («dinero judío»). (Goldberg es el editor de *The Forward*, el principal periódico judío de ámbito nacional.)<<

[10] Niles Latham, «Marc Rich Was “A Mossad” Spy for Israel», en *New York Post* (5 de febrero de 2001) (emporio empresarial). Mather E. Berger, «Did Pollard Pay For Efforts to Pardon Rich?», en *Jewish Telegraphic Agency* (13 de febrero de 2001) (Wiesel). Melissa Radler, «Foxman: I ‘Probably Shouldn’t Have Asked for Rich pardon», en *Jerusalem Post* (22 de marzo de 2001). Alison Leigh Cowan, «Supporter of pardon For Fugitive Has Regrets», en *New York Times* (24 de marzo de 2001). P. K. Semler, «Marc Rich was “A Mossad” Spy por Israel», en *Washington Times* (21 de junio de 2002) («mafia rusa»). Andrew Silow-Carroll, «The Featherman File», en *Forward* (24 de agosto de 2001) («sin precedentes»).<<

[11] Véanse los antecedentes en *IH*, pp. 81-106.<<

[12] En esta exposición no se tendrán en cuenta las trivialidades que aparecieron en la prensa ni los aspectos sensacionalistas que tanto dieron que hablar, como el hecho de que supuestamente los banqueros suizos no reservaran un puesto a Bronfman en su primer encuentro de septiembre de 1995; véase una refutación de esta acusación en la carta de Georg F. Krayer, presidente de la Asociación de Banqueros Suizos, a Edgar Bronfman (13 de marzo de 1997; fuente privada.)<<

[13] Con su calenturienta imaginación, Bazyler afirma en *Holocaust Justice* que Hausfeld había descubierto «documentos históricos que se convirtieron en pruebas importantes que utilizaría más adelante contra los bancos suizos para impulsarlos a llegar a un acuerdo. Si los bancos suizos no se avenían, Hausfeld estaba preparado para introducir estos documentos como piezas fundamentales del juicio» (p. 9).<<

[14] Los abogados argüían asimismo que la auditoría quedaba comprometida por ser los suizos quienes la financiaban, cuando lo cierto es —como Eizenstat deja bien claro (p. 72)— que esta carga monetaria también les fue impuesta a los suizos (cfr. *IH*, pp. 133-134). Haciéndose eco de los abogados de la industria del Holocausto, Bazyler, en *Holocaust Justice*, repite reiterativamente la acusación falsa de que crear el Comité Volcker fue una «táctica que emplearon los suizos en el pleito que se entabló contra ellos» (pp. 132, 179).<<

[15] Véase también *IH*, p. 134.<<

[16] Con respecto al conflicto de Kram, véase Nacha Cattan, «Survivor, German Firms Join Hand To Blast Judge as Shoah Pact Stalls», en *Forward* (20 de abril de 2001), Jane Fritsch, «Judge Clears Obstacles To Pay Salves Of The Nazis», en *New York Times* (11 de mayo de 2001), «Germans Dispute Judge's Order on Pay To Victims of Nazis», en *New York Times* (16 de mayo de 2001), «Decision on Nazi Reparation Is Appealed», en *New York Times* (16 de mayo de 2001), Jane Fritsch, «One Step Closer To Reparations For Nazi Victims», en *New York Times* (18 de mayo de 2001), Nacha Cattan, «With Judge's Ruling, Shoah Pacts Clear "Last Hurdle"», en *Forward* (25 de mayo de 2001). Con respecto a la demanda de Hausfeld, véase Betsy Schiffman, «IBM Gets An Ugly History Lesson», en *Forbes* (12 de febrero de 2001), Michelle Kessler, «Book links IBM to Holocaust», en *USA Today* (12 de febrero de 2001), «Lawyer to drop IBM Holocaust case», en *Reuters* (30 de marzo de 2001), Robyn Weisman, «IBM Holocaust Lawsuit Dropped» (http://www.newsfactor.com/perl/story/8596.html). Además de demandar a IBM, que presuntamente había «proporcionado tecnología, productos y servicios para catalogar a las víctimas de los campos de concentración y de esta forma contribuyó sustancialmente a la opresión, el sufrimiento y el genocidio experimentados en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial y antes de ella», por lo visto, Hausfeld pretendía demandar «a otras 100 corporaciones norteamericanas —identificadas gracias a registros seleccionados del FBI y del Departamento del Tesoro de Estados Unidos— por haber comerciado con el régimen nazi», incluidas «algunas compañías industriales y químicas punteras y varios de los principales bancos estadounidenses» («Case Watch: Cohen, Milstein, Hausfeld & Toll, P.L.L.C. Files Class Action Lawsuit Against IBM» en http://www.cmht.com/casewatch/cases/cwibm.html; Robert L. Gleiser, «IBM sued, 100 U.S. firms are accused of Nazi links», en http://www.mugu.com/pipermail/upstream-list/2001-February/001393.html).

Además, un tribunal de apelación federal derogó una ley californiana que permitía a los trabajadores esclavizados de la Segunda Guerra Mundial, casi todos de empresas japonesas, interponer reclamaciones en razón de los sueldos no recibidos y de los perjuicios sufridos, y lo hizo después de que el Gobierno Federal presentara un informe en defensa de los demandados (Adam Liptak, «Court Dismisses Claims of Slave Laborers», en *New York Times* (22 de enero de 2003); con respecto al descarado doble rasero empleado por el gobierno de Estados Unidos al respaldar las acusaciones de la industria del Holocausto contra la industria alemana y, a la vez, oponerse a las acusaciones comparables vertidas por sus propios prisioneros de guerra contra la industria japonesa, véase Bazyler, *Holocaust Justice*, pp. 307-317.<<

[17] Con respecto al sórdido papel desempeñado por Neuborne en la extorsión del Holocausto, véase *IH*, pp. 131 ss, 142 y «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen. Casualmente, el propio Neuborne confiesa que, excepción hecha de las relativas a cuentas inactivas (que ya estaban siendo sometidas a la auditoría Volcker), las demandas contra los bancos suizos carecían de valor jurídico. Con respecto a la causa alemana, Neuborne culpa a los tribunales estadounidenses de haber desestimado las demandas antes de que se llegara a un acuerdo; aunque carecieran de valor jurídico, Neuborne parece sugerir que los tribunales deberían haber hecho lo mismo que en el litigio suizo, es decir, retrasar su decisión para presionar a los demandados (Burt Neuborne, «Preliminary Reflections on Aspects of Holocaust-Era Litigation in American Courts», en *Washinton University Law Quarterly* (otoño de 2002), p. 805 n. 23, p. 807 n. 31, p. 816 n. 73).<<

[18] Neuborne —que asegura que su mentor en ética en el litigio del Holocausto fue ni más ni menos que Aristóteles— aprovecha la menor ocasión para ensalzar «la extraordinaria combinación de talentos de Mel Weiss y Mike Hausfield» y se remite reiterativamente a su autoridad (Neuborne, «Preliminary Reflections», p. 292 n. 3, p. 805 n. 26, p. 829).<<

[19] Bergier *Final Report*, p. 518; con respecto a la tendencia del *Informe final* a criticar hiperbólicamente la política suiza, véase «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen.<<

[20] *Ibid*., 31.<<

[21] Elli Wohlgelernter, «Media were key in resolving Holocaust restitution issues, reporters tell Yad Vashem conference», en *Jerusalem Post* (1 de enero de 2003), donde se citan declaraciones sobre la causa de los bancos suizos hechas por Itamar Levin, asistente editorial de la revista de negocios israelí *Globes*, y autor de *The Last Deposit;* con respecto a Levin, véase *IH*, esp. pp. 81-82, 105.<<

[22] Según esta fantástica analogía de Burt Neuborne, la masiva movilización de estamentos públicos estadounidenses para conseguir dinero basándose en unas demandas infundadas recordaba a «cuando apoyé el boicot a las uvas para apoyar a los trabajadores agrícolas que luchaban por un contrato sindical» (Neuborne, «Preliminary Reflections», p. 828 n. 117).<<

[23] Carta a *The Nation* (18 de febrero de 2002).<<

[24] Véase «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen.<<

[25] *IH*, pp. 138-139.<<

[26] Todo indica que la industria del Holocausto ha estado practicando contra las compañías de seguros europeas una estrategia idéntica a la de la campaña de chantaje a los suizos. Entretanto, la Comisión Internacional de Seguros de la Era del Holocausto (CISEH) está envuelta en un escándalo por haber dedicado más de 30 millones de dólares a gastos administrativos —incluida la asistencia a múltiples congresos internacionales de menos de veinticuatro horas de duración con alojamiento en hoteles de cinco estrellas y vuelos de avión en primera clase incluidos — a la vez que distribuía tan solo tres millones de dólares entre los demandantes del Holocausto. Restándole importancia a las críticas, Elan Steinberg, director ejecutivo del CJM, dijo que la «factura la pagan las compañías de seguros y los bancos», es decir, «se les pasa a los *goyim*» [término peyorativo yiddish para referirse a quienes no son judíos *(N. de la T.)*]. (Yair Sheleg, «Profits of doom», en *Haaretz* [29 de junio de 2001], Henry Weinstein, «Spending by Holocaust Claims Panel Criticized», en *Los Angeles Times* [17 de mayo de 2001]. Aparte de ser grosera, esta afirmación es casi con seguridad falsa: según los términos del acuerdo alemán, los costes administrativos se deducen de la cantidad de 100 millones de dólares asignada a los asegurados. Es típico de la industria del Holocausto que ahora exija a los asegurados alemanes que paguen las facturas de sus vacaciones. Otro escándalo de la CISEH fue el que afectó a Neil Sher, jefe de personal de la sede de Washington de la CISEH, a quien «se investigó por haberse apropiado presuntamente de fondos de la comisión para hacer de ellos un uso personal antes de dimitir» (Nacha Cattan, «Restitution Exec Was Probed on Spending», en *Forward* [1 de noviembre de 2002]).<<

[27] Independent Committee of Eminent Persons, *Report on Dormant Accounts of Victims of Nazi Persecution in Swiss Banks* (Berna, 1999). El informe señala que, aunque «el colectivo de los bancos suizos adoptó una actitud más crítica con respecto a la investigación después del acuerdo de resolución del pleito de la demanda colectiva alcanzado en Nueva York en 1998 […] estos problemas se resolvieron a satisfacción del Comité y de prácticamente todos los bancos suizos sin que con ello se comprometiera la integridad de la investigación» (Anexo 3, p. 56, párr. 65-66).<<

[28] *Ibid*., Anexo 5, p. 81, párr. 1: véase con respecto a las conclusiones de Volcker, cfr. *IH*, pp. 98 ss.<<

[29] *Informe final* Bergier, pp. 34, 456; para los interesados en un análisis, cfr. «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen. Al igual que Eizenstat, Bazyler, *Holocaust Justice*, dedica a los hallazgos del Comité Volcker toda una frase sumergida en una nota final (p. 342 n. 80), y sin embargo necesita casi tres páginas enteras (pp. 46-49) para exponer lo que (según él) descubrió la Comisión Bergier.<<

[30] Con respecto a los resultados del Tribunal de Resolución de Reclamaciones, véase «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen; con relación a Hilberg, véase «Comment s'écrira d'esormais l'histoire del'Holocauste? Entretien avec l'auteur de "La destruction des juifs d'Europe"», en *Liberation* (París, 15 de septiembre de 2001) («cifras espectaculares») y «Holocaust Expert Says Swiss Banks Are Paying Too Much» en *Deutsche Presse-Agentur* (28 de enero de 1999) («chantaje»). En el universo matemático de Bazyler, que el Tribunal de Resolución de Reclamaciones asignara cinco millones de dólares a un demandante de una sola vez demuestra «directamente» que el acuerdo de 1.250 millones de dólares estaba justificado (*Holocaust Justice*, 43).<<

[31] Pierre Heumann, «Israel fordert neuen Bankenvergleich», en *Weltwoche* (10 de enero de 2002).<<

[32] Con respecto a la cifra de 36.000, véase «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen.<<

[33] Con respecto a la campaña de difamación contra los suizos, véase *IH*, pp. 84-85.
<<

[34] El Comité Volcker identificó unas 15.000 cuentas inactivas con una «relación probable o posible» con víctimas del Holocausto. Y también se identificaron otras 39.000 cuentas *canceladas* con una «relación probable o posible». Una vez revisada esta lista de 54.000 cuentas inactivas o canceladas en busca de errores, se concluyó que el total era de 36.000 (no se sabe cuántas de estas cuentas estaban inactivas y cuántas canceladas); cfr. *Informe* Volcker, p. 10, y «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen.<<

[35] Netty C. Gross, «Cheating Our Own», en *Jerusalem Report* (16 de diciembre de 2002); cfr. Netty C. Gross, «Up Front: Too Many Questions», en *Jerusalem Report* (13 de enero de 2003). (Todas las citas de este párrafo proceden de los artículos de Gross.) Un comité de la Knesset estimó el valor de las cuentas inactivas en «más de 20 millones de dólares» (no está claro si en este total se incluyen los intereses acumulados).<<

[36] Sobre Hirschson, véase *IH*, pp. 116-117.<<

[37] Véase más información en *IH*, pp. 76 ss. Eizenstat repite la alegación típica de la industria del Holocausto de que el gobierno alemán solo indemnizó a las víctimas del Holocausto por «la pérdida general de libertad y el deterioro de su salud […], pero excluyó explícitamente las retribuciones por el trabajo en régimen de esclavitud o forzado» (p. 207) —como si una pensión vitalicia a las víctimas del Holocausto que habían sufrido lesiones en los campos de concentración no tuviera ninguna relación con los trabajos forzados que habían hecho.<<

[38] Con respecto a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales, véase *IH*, p. 78.<<

[39] Véase, por ejemplo, la carta de Burt Neuborne a *The Nation* (5 de octubre de 2002).<<

[40] Véase también Norman Finkelstein, «Reply to my Critics in Germany: Conjuring Conspiracies or Breaking Taboos?» en http://www.normanfinkelstein.com, en el apartado «The Holocaust Industry» (publicado por primera vez en el número de *Suddeutsche Zeitung* de 9 de septiembre de 2000).<<

[41] En relación con las cifras de Friedlander y Hilberg, véase *IH*, pp. 109-110 y «Epílogo a la segunda edición en rústica» en este volumen. (Hilberg ha tenido la amabilidad de proporcionar al autor de estas líneas un desglose y una explicación de sus cálculos.) Con respecto al juego de cifras que se trae la industria del Holocausto con los supervivientes del Holocausto y al papel que Eizenstat desempeña en él, véase *IH*, pp. 110 ss, 134 ss, 142-145. A juzgar por el contexto, cabe pensar que Eizenstat haya querido decir que la cifra de 200.000 correspondía solo a los trabajadores esclavizados judíos que seguían vivos al final de la guerra, pero como se argumenta más adelante, esta cifra sigue siendo incompatible con que cincuenta años después siguieran vivos 140.000 antiguos trabajadores esclavizados judíos.<<

[42] Yehuda Bauer, *Rethinking the Holocaust* (New Haven, 2001), p. 246. Antes de la campaña en pro de la compensación por el Holocausto, Bauer calculó, en relación con los campos, que «el número de judíos supervivientes que permanecieron con vida […] era de 100.000» al final de la guerra (*Yad Vashem Studies*, vol. 8, [1970], pp. 127-128 n. 3). Lo más probable es que solo alrededor de un diez o un veinte por ciento de los trabajadores esclavizados judíos vivos al final de la guerra hayan continuado viviendo hasta hoy. Este porcentaje está respaldado por estimaciones recientes, según las cuales, durante la guerra, la Iglesia católica de Alemania «empleó a 10.000 personas en régimen de trabajos forzados y unas 1.000 siguen vivas» (*New York Times*, 8 de noviembre de 2000). Sobre esta cuestión y otras relacionadas, véase esp. Gunnar Heinsohn, *Juedische Sklavenarbeiter Hitlerdeustchalnds – Wie viele ueberlebten 1945 den Genozid und wie viele konnten im Jahr 2000 noch leben?,* Schriftenreihe des Raphael-Lemkin-Instituts, N.º 9 (Bremen, 2001); Heinsohn nos facilita la reveladora información de que los medios de comunicación alemanes evitaron difundir cualquier debate serio sobre el número de trabajadores esclavizados (p. 67). Probablemente, nunca llegará a conocerse la cifra exacta de antiguos trabajadores esclavizados judíos que siguen vivos, puesto que el gobierno alemán ha decidido no hacer más que una inspección aleatoria de las solicitudes de compensación presentadas a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales (véase la respuesta del Ministerio de Economía a la consulta de Martin Hohmann [CDU], 9 de octubre de 2001).<<

[43] NAHOS, The Newsletter of the National Association of Jewish Child Holocaust Survivors, vol. 7, N.º 18 (14 de agosto de 2001); cfr. NAHOS, vol. 7, N.º 15 (11 de mayo de 2001), que censura a la Conferencia sobre Solicitudes Materiales por manipular las cifras de supervivientes «en función de las exigencias políticas» —por ejemplo, cuando le interesaba acelerar las negociaciones, la industria del Holocausto ha lamentado desde mediados de los años noventa que «todos los días mueran supervivientes del Holocausto» y que un «diez por ciento» muere cada año y, por el contrario, como le interesa justificar que las demandas se multipliquen exponencialmente, año tras año presenta un número mayor de supervivientes del Holocausto vivos.<<

[44] «Nun bitte auch zahlen», en *Die Zeit* (12/2001).<<

[45] Nacha Cattan, «Shoah “People” Fund Attacked», en *Forward* (28 de diciembre de 2001) («reglas»). Yair Sheleg, «Only he knows what needs to be done», en *Haaretz* (9 de noviembre de 2001) («gángster»).<<

[46] Wolfgang Koydl, «“Berlin solte nicht scharchern”. Israel Singer sieht die Bundesregierung trotz Etat-Problemen zu Zahlungen an alle Zwangsarbeiter verpflichtet», en *Suddeutsche Zeitung* (3 de febrero de 2003) («docenas de millones», «existencia», «última visita», «cara») y «Singer sieht Deutschland in der Pflicht», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (13 de febrero de 2003) («migajas»).<<

[47] Criticando las leyes de compensación de posguerra, Eizenstat comenta: «Tal vez lo más indignante fueron los fallos de algunos tribunales austriacos que resolvieron las demandas sobre las propiedades después de la guerra. Reclamaron a los propietarios judíos originales que devolvieran a los ocupantes actuales el precio de venta forzosa que les habían exigido que aceptaran, ajustaron hacia arriba la inflación y así enriquecieron el doble a los partidarios de la arianización» (p. 302). ¿Por qué «el doble»? Sencillamente, se requirió a los propietarios judíos originales que, antes de reclamar las propiedades, devolvieran a los ocupantes actuales el pago (ajustado a la inflación) que habían recibido.<<

[48] Mathew Lee, «US vows to keep an eye on new government in Vienna», en *Agence France Press* (5 de febrero de 2000) («paso atrás»), David E. Sanger, «U.S. Is Facing Wider Issues In Its Actions Over Austria», en *New York Times* (6 de febrero de 2000) («jamás permitirá»), Joel Greenberg, «Israel Plans to Recall Envoy Over Right-Wingers in Austria», en *New York Times* (3 de febrero de 2000) («no se harán negocios»), «Austrian far-right enters government» en *BBC News* («no puede permanecer»). La Unión Europea aplicó severas sanciones diplomáticas a Austria, pero las levantó unos meses después.<<

[49] Véase, por ejemplo, la información crítica del CJM sobre la reunión del Papa con Haider en *Dialogues* (boletín informativo del Instituto del Congreso Judío Mundial radicado el Jerusalén) (Junio de 2001).<<

[50] Con respecto al documento de los 10.000 millones de dólares de Singer, véase *IH*, p. 120; en relación con la manifestación, véase «Say No to Haiderism» (comunicado de prensa), en *JAFI* (Agencia Judía para Israel).<<

[51] Donald G. McNeil, «Chancellor Proposes to Compensate Austria's Wartime Slaves», en *New York Times* (10 de febrero de 2000), Sue Masterman, «Not United: U.S., Israel Reject EU's Lifting of Sanctions Against Austria», en *ABCNews.com* (11 de septiembre de 2000) («particularmente preocupado»).<<

[52] Con respecto a los comentarios de Eizenstat, véase «Unofficial Transcript: Schaumayer, Eizenstat on Nazi Slave Labor Fund» (17 de mayo de 2000). Sin desperdiciar nunca la oportunidad de embolsarse un dólar, el CJM también hizo un llamamiento a los judíos para que «pusieran freno a la Austria de Joerg Haider y otros extremistas realizando una contribución de emergencia al Congreso Judío Mundial» (solicitud hecha por correo). Michael Steinhardt, destacado filántropo y financiero judío, declaró al *Jerusalem Post* que «el antisemitismo se vende bien» y que los judíos organizados lo «exageraban enormemente» con objeto de recaudar fondos (*Jerusalem Post Internet Staff*, 5 de enero de 2003).<<

[53] Jane Fritsch, «$52 Million for Lawyers' Fees in Nazi-Era Slave-Labor Suits», en *New York Times* (15 de junio de 2001) (Neuborne), Daniel Wise, «$60 Million in Fees Awarded to Lawyers Who Negotiated $5 Billion Holocaust Fund», en *New York Law Journal* (15 de junio de 2001), Larry Neumeister, «Millions in legal fees awarded in slave labor cases», en *Associated Press* (18 de junio de 2001) (Eizenstat, Swift), Jonathan Goddard, «Holocaust lawyers make millions as the survivors wait», en *London Jewish News* (22 de junio de 2001), Johathan Goddard, «Nazi Story Sold», en *London Jewish News* (6 de julio de 2001) (Hollywood). «The Survivors Belong At The Head Of The Table», en *NAHOS* (1 de noviembre de 2001), reedición de un artículo originalmente publicado en *Aufbau* (28 de marzo de 2001) (supervivientes). Con respecto a las ganancias anuales de Weiss, véase Bazyler, *Holocaust Justice*, p. 338 n. 25. En relación con que Hausfeld, Weiss y Neuborne trabajaran *pro bono* en la causa suiza como una «treta» para poder «hacerse con el control de otros litigios relacionados con el Holocausto en los que podrían cobrar honorarios», véase *IH*, pp. 161-162, n. 24.<<

[54] Con respecto a cómo la Conferencia sobre Solicitudes Materiales ha dilapidado el dinero de las indemnizaciones destinado por el gobierno alemán y la industria privada alemana a las víctimas del Holocausto, véase *IH*, pp. 77 ss, y esp. «Correspondence with Claims Conference and others» del superviviente de Auschwitz Gerhard Maschkowski en http://www.jewishcompensation.com. Mis conclusiones originales se apoyaban en gran medida en el estudio *German Reparations and the Jewish World*, realizado por el profesor Ronald Zweig por encargo de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales. Zweig me ha acusado en repetidas ocasiones de «dar un mal uso» a su investigación y «distorsionarla», pero no ha citado ni un solo ejemplo pese a que le han sobrado tiempo y espacio para defender su postura (cfr. reseña de Zweig de *La industria del Holocausto* en http://www.amazon.com, y p. 10 de su introducción a la segunda edición en rústica de *German Reparations and the Jewish World* [Londres, 2001], así como nuestro debate radiofónico «Democracy now» en http://www.webactive.com/pacifica/demnow/dn20000713.html).<<

[55] John Greenberg, «Jewish leaders say Holocaust reparations are nearly complete», en *Associated Press* (2 de noviembre de 2001) («11.000 millones»), Yair Sheleg, «Conflicting claims», en *Haaretz* (10 de diciembre de 2001) (propiedades alemanas), Cattan, «Shoah "People" Fund Attacked» («debatiendo»), Nacha Cattan, «Clash Looming Over Uses of Shoah Funds», en *Forward* (9 de noviembre de 2001) («escena»), Israel Singer, «Transparency, Truth, and Restitution», en *Sh'ma* (junio de 2001) («alma y espíritu».)<<

[56] Con respecto a estas cifras, véase *IH*, pp. 130, 135-136.<<

[57] Eva Fogelman, «Our Task: To Dignify the Lives of Survivors», en *Sh'ma* (junio de 2002) («necesidades básicas»), Menachem Rosensaft, «For Aging Survivors, a Prescription for Disaster», en *Forward* (31 de enero de 2003) («Gobierno alemán… industria alemana»). *PRNewswire* (4 de junio de 2001) («garantizar», Sachs, Schaecter), NAHOS, vol. 7, N.º 15 (11 de mayo de 2001) (Rechter), *NAHOS*, vol. 7, N.º 17 (16 de julio de 2001), *NAHOS*, vol. 8, N.º 2 (20 de diciembre de 2001), *NAHOS*, vol. 8, N.º 13 (6 de febrero de 2003) y David Schaecter, «Use Restituted Funds for Urgent Survivors' Needs», en *Sh'ma* (junio de 2002) (actividades equívocas). *NAHOS*, vol. 7, N.º 13 (9 de marzo de 2001) («porción sustanciosa»), Cattan, «Shoah "People" Fund Attacked» («obras de beneficencia favoritas»). Yair Sheleg, «Future Imperfect, tense», en *Haaretz* (1 de febrero de 2002) (Michael Kleiner). Eliahu Salpeter, «Time is running out for compensation», en *Haaretz* (13 de febrero de 2002) («herramienta»). El sueldo y los beneficios adicionales de Taylor, de la Conferencias sobre Solicitudes Materiales, se han obtenido de su Declaración de la Renta de 2001, facilitada por el Servicio de Recaudación de Impuestos; aunque la página web de la Conferencia sobre Solicitudes Materiales asegura que ofrece una transparencia «total» de los estados financieros, su Directora de Comunicaciones, Hillary Kessler-Godin, se negó a proporcionarme datos financieros. «Conference on Jewish Material Claims Against Germany, Inc»., *Memorandum to Hon. Edward R. Korman* (1 de agosto de 2002) («reducción»). Véanse también Amy Dockser Marcus, «As Survivors Age, Debate Breaks Out on Holocaust Funds», en *Wall Street Journal* (15 de enero de 2003) y Eric. J. Greenberg, «Shoah Money Debate Intensifies», en *Jewish Week* (21 de febrero de 2003). Rechter se preguntaba por qué las organizaciones que constituyen la industria del Holocausto estaban «luchando con tanta ferocidad» por una tajada de los fondos de compensación si supuestamente no servían ni siquiera para cubrir un programa de asistencia médica (*NAHOS*, vol. 8, n.º 3 [8 de febrero de 2002]). Denunciando el uso fraudulento que hace la industria del Holocausto del término «superviviente del Holocausto» para negar lo que les corresponde a los auténticos supervivientes, Rechter observó asimismo: «Proporcionar ayuda a los judíos necesitados es a todas luces una causa digna, pero debe recordarse que este dinero se solicitó en nombre de los supervivientes del Holocausto y debería dedicarse a su bienestar. Rusia no estuvo ocupada por los nazis. Es cierto que muchos de sus judíos huyeron hacia el este por miedo a los nazis y, por lo tanto, son "víctimas de guerra", pero no son supervivientes del Holocausto». El término se falsificó asimismo para inflar el número de supervivientes durante las negociaciones sobre las compensaciones (Sheleg, «Conflicting claims», e *IH*, p. 136). <<

[58] Véase *IH*, p. 117. Un derivado de la educación del Holocausto muy lucrativo para los docentes de la universidad es la «comisión histórica»; véase un ejemplo notorio en «Prof. Gerald Feldman – Another Holocaust huckster?» en http://www.normanfinkelstein.com (en el apartado «The Holocaust Industry»), así como Gerald Feldman, «Holocaust Assets and German Business History: Beginning or End?» en *German Studies Review* (febrero de 2002), quien se queja en exceso de que «no veo ningún motivo para que los historiadores no deban recibir un pago por sus servicios a la manera de otros profesionales» (p. 30).<<

[59] *Together: American Gathering of Jewish Holocaust Survivors* (noviembre de 2001), Ron Rosenbaum, «Degrees of Evil», en *Atlantic Monthly* (febrero de 2000), Andrew Sullivan, «Who Says It's Not about Religion?» en *The New York Times Magazine* (7 de octubre de 2001). Con respecto al apoyo que prestaron al ataque a Irak los judíos norteamericanos de la corriente mayoritaria, véase, por ejemplo, «ADL Commends President Bush's Message To International Community On Iraq Callint It "Clear and Forceful"» (Liga Anti-Difamación, comunicado de prensa [12 de septiembre de 2002]) y «AJC Lauds Bush on State of Union Message on Terrorism…» (Comité Judío Americano, comunicado de prensa [7 de febrero de 2003]); con respecto al entusiasta apoyo de Israel, véase Meron Benvenisti, «Hey ho, here comes the war», en *Haaretz* (13 de febrero de 2003), Uzi Benziman, «Corridors of Power/O What a lovely war», en *Haaretz* (14 de febrero de 2003), Gideon Levy, «A great silence over the land», en *Haaretz* (16 de septiembre de 2003), Aluf Benn, «Background/Enthusiastic IDF awaits war in Iraq», en *Haaretz* (16 de febrero de 2003) y Aluf Benn, «The celebrations have already begun», en *Haaretz* (20 de febrero de 2003); sobre Wiesel, véase «The Oprah Winfrey Show» (transcripción de «Where Are We Now?», retransmitido el 9 de octubre de 2002), «War is the only option», en *Observer* (22 de diciembre de 2002) y Randall Mikkelsen, «Nobel Laureate Wiesel backs Bush over Iraq», en *Reuters* (27 de febrero de 2003); sobre Wiesenthal, véase Simon Wiesenthal Center, «Famed Nazi Hunter Simon Wisenthal's Statement On Impending Iraq War», en http://www.wiesenthal.com; con respecto a la «contemporización», véase Brian Knowlton, «Top U.S. Official Urges U.N. to Maintain Pressure on Hussein» (citando a Condoleezza Rice), en *International Herald Tribune* (16 de febrero de 2003); en relación con el «antisemitismo», véase Eliot A. Cohen, «The Reluctant Warrior», en *Wall Street Journal* (6 de febrero de 2003) y J. Bottum, «The Poets vs. The First Lady», en *Weekly Standard* (17 de febrero de 2002), así como «ADL Says Organizers of Antiwar Protests in Washington and San Francisco Have History of Attacking Israel and Jews» (Liga Anti-Difamación, comunicado de prensa [15 de enero de 2003]), «Blackballing Lerner» (editorial) y Max Gross, «Leftist Rabbi Claims He's Too Pro-Israel for Anti-War Group», en *Forward* (14 de febrero de 2003) y David Brooks, «It's Back: The socialism of fools has returned in vogue not just in the Middle East and France, but in the American left and Washington», en *Weekly Standard* (21 de febrero de 2003).<<

[60] «Spiegel kritisiert Nein zum Irak-Krieg» en *Suddeutsche Zeitung* (26 de enero de 2003), Helmut Breuer y Gernot Facius, «“Es gibt notwendige Kriege.” Paul Spiegel, Zentralratsvorsitzender der Juden, sieht die Oeffenlichkeit in einem “Dornroeschenschlaf”», en *Die Welt* (13 de febrero de 2003) («guerras necesarias»). <<

[61] Robert Fisk, «Peres stands accused over denial of “meaningless” Armenian Holocaust», en *The Independent* (18 de abril de 2001). Resistiéndose a que se comparara de ninguna manera el exterminio perpetrado por los nazis y el cometido por los turcos, el embajador israelí de Georgia y Armenia argumentó que los judíos habían sufrido un «genocidio», en tanto que lo ocurrido a los armenios no era más que una «tragedia» («Armenia files complaint with Israel over comments on genocide», en *Associated Press* [16 de febrero de 2002]; véase una respuesta caústica en «Armenian, Greek, and Kurdish American Voice Concern to Nine Jewish American Groups», en *Armenian Weekly* [abril/mayo 2002] y véase también Thomas O’Dwyer, «Nothing Personal/Among the deniers», en *Haaretz* [9 de mayo de 2003]). <<

[62] «Bush Remembers Holocaust Victims, Pledges Defense of Israel», en *Reuters* (19 de abril de 2001).<<

[63] Amir Oren, «At the gates of Yassergrad», en *Haaretz* (25 de enero de 2002) y Uzi Benziman, «Immoral Imperative», en *Haaretz* (1 de febrero de 2002).<<

[64] Según Eizenstat, su esposa también demostró una gran rectitud moral durante la campaña por la compensación. Un frío día de invierno en que escuchaban en Auschwitz relatos sobre el sufrimiento de los prisioneros, «Fran dijo en voz alta que se sentía culpable por llevar un abrigo de piel» (p. 21). Verdaderamente, debía de estar muy conmovida.<<

[65] Mohandas K. Gandhi, *Autobiography*, Nueva York, 1983, p. 424.<<

[66] Véase *IH*, pp. 100 ss para más información. Recordando una conversación subida de tono que tuvo con Roger Witten, abogado de los bancos suizos, Eizenstat afirma: «Witten insistía en que “las familias judías acaudaladas habían enviado su dinero a Estados Unidos, Argentina y el Reino Unido” en lugar de a Suiza. Me pareció una afirmación pasmosa» (p. 141). Ahora bien, Eizenstat evita cuidadosamente aludir al hecho crucial de que Estados Unidos *también* fue uno de los principales refugios seguros. Quiero dejar constancia de que, cuando el autor de este libro le preguntó a Witten sobre esta presunta cita de sus palabras, él respondió: «Lo que quería dejar claro era que es un error conformarse con la hipótesis excesivamente generalizada de que las familias judías que lograron sacar su dinero de Alemania lo mandaron necesariamente a Suiza. Yo dije, más bien, que si tenían la posibilidad de hacerlo, a menudo enviaban sus fondos a refugios que en aquel entonces parecían más seguros que Suiza (que podía ser invadida por los nazis), sobre todo al Reino Unido, a Estados Unidos y a Argentina (que a la sazón tenía una economía muy fuerte). Dije asimismo que cuando algunas familias judías enviaban su dinero a Suiza en primer lugar, tenían la intención de que Suiza fuese una estación de paso para parte del dinero o todo él, es decir, que esperaban poder transferirlo de Suiza a algún lugar como Estados Unidos, el Reino Unido o Argentina. Creo que disponíamos de información sobre flujos de capital que tendía a respaldar estas afirmaciones, que sin lugar a dudas se ven respaldadas por información anecdótica. Lo que no dije en ningún momento, ni di pie con mis palabras para que se me interpretara así, fue que las familias judías no habían enviado fondos a Suiza para tenerlos a buen recaudo» (correspondencia privada, 6 de enero de 2003).<<

[67] Véase *IH*, pp. 143 ss.<<

[68] *IH*, pp. 147-148. Eizenstat también recuerda una y otra vez que los suizos compraron oro que los nazis habían robado a las víctimas del Holocausto (pp. 50, 91, 101-102, 111, 114), pero pasa por alto el hecho de que no hay pruebas que demuestren que los suizos compraron «oro de las víctimas» *a sabiendas* y que es muy probable que Estados Unidos sea culpable de haber hecho lo mismo (*IH*, p. 148). Además, da a entender el dato falso de que los suizos compraron «oro de las víctimas» por valor de 14,5 millones de dólares (p. 114), cuando se había valorado aproximadamente en 135.000 dólares (o un millón al cambio actual) (*IH*, p. 98). Cuando felicita a los suizos porque al fin se hayan reformado, Eizenstat nos dice que «han estado congelando cuentas secretas de dictadores como el dirigente nigeriano Sani Abacha» (p. 185); pero evita decir que Abacha también había ocultado sus riquezas mal adquiridas en bancos estadounidenses (*IH*, pp. 97-98).<<

[69] En una carta a *The Nation* (18 de febrero de 2002), Burt Neuborne trataba de defender este grotesco doble rasero alegando que «los suizos pidieron que se permitiera participar en el acuerdo a los refugiados, y nosotros nos avinimos». La verdad es que en las acusaciones iniciales de los abogados de las demandas colectivas ya se incluía al «gobierno suizo por haber prohibido la entrada a refugiados» (p. 76). En otro lugar, Neuborne reconoce que en el acuerdo suizo se incluyó a los refugiados judíos a los que se había negado la entrada debido a las «potenciales teorías sobre la responsabilidad esgrimidas contra diversas categorías de acusados suizos» (Neuborne, «Preliminary Reflections», p. 808 n. 34).<<

[70] Cuando los supervivientes húngaros del Holocausto demandaron al gobierno estadounidense con la exigencia de que se les devolvieran los bienes que les habían robados las tropas húngaras partidarias de los nazis y de los que después se había apoderado el personal militar estadounidense, Eizenstat (que para entonces ya no ocupaba un cargo público y ejercía la abogacía por libre) ridiculizó los «fundamentos legales» de la demanda diciendo que eran «sospechosos» y propuso que solamente se hiciera «un pago simbólico a la comunidad judía húngara» (Stuart Eizenstat, «Justice Remains Beyond Grasp of Too Many Holocaust Victims», en *Forward* [18 de octubre de 2002]). Incluso Bazyler reconoce, en la descripción fastidiosamente cargada de justificaciones que hace de la campaña por la compensación, que «la Comisión sobre Activos del Holocausto de EEUU, presidida por Bronfam, fue […] un fracaso. Después de haber gastado 2,7 millones de dólares, la comisión ni siquiera logró cumplir su objetivo básico: compilar una base de datos sobre los activos de la era del Holocausto que aún estaban en Estados Unidos. Es más, como sus competencias estaban limitadas a investigar las actividades del Gobierno Federal durante la guerra y no las de la industria norteamericana, la comisión no pudo plantear las preguntas sobre la complicidad de las corporaciones estadounidenses con los nazis que sí habían planteado en Europa otras comisiones históricas similares creadas por los gobiernos […]. Lamentablemente, parece que se ha aplicado un doble rasero. Hemos pedido a los gobiernos y corporaciones de Europa que afrontaran y documentaran con sinceridad sus transacciones económicas y otras actividades en tiempos de guerra pero en Estados Unidos no se ha hecho» (p. 305). Centrándonos tan solo en las indemnizaciones, comparemos sencillamente los 2,7 millones de dólares asignados por Estados Unidos a su comisión con los «casi 700 millones de dólares» (pp. 300-301) que tuvieron que pagar a los auditores los bancos suizos. En otro testimonio del doble rasero, Bazyler se explaya denunciando el destino de los activos judíos depositados en bancos suizos en la era del Holocausto, pero no hace ni una sola referencia directa al destino de los activos judíos depositados en bancos estadounidenses en la era del Holocausto.<<

[71] Véase Andreas Mink, «“Das Schlimmste steht uns noch bevor.” Der Ex-US-Staatssekretaer Stuart Eizenstat engagiert sich in der Auseinandersetzung um Menschenrechts-Klagen», en *Aufbau* (12 de diciembre de 2002).<<

[72] Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia, Elouise Pepion Cobell y otros, demandantes, *versus* Bruce Babbitt, Secretario del Interior, Lawrence Summers, Secretario del Tesoro, y Kevin Gover, Subsecretario del Interior, demandados (Demanda N.º 96-1285) (RCL), *Memorandum Opinion: Findigs of Fact and Conclusions of Law* (21 de diciembre de 1999), p. 6. (De aquí en adelante: *Dictamen no vinculante - diciembre de 1999*).<<

[73] Véase el bien documentado estudio de David Stannard, *American Holocaust* (Oxford, 1992).<<

[74] Jeffrey St. Clair, «Stolen Trust», en *CounterPunch* (5 de septiembre de 2002).<<

[75] *Dictamen no vinculante – diciembre de 1999*, p. 5.<<

[76] Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia, Elouise Pepion Cobell y otros, demandantes, *versus* Bruce Babbitt, Secretario del Interior y otros, demandados, *Plaintiffs' Plan for Determining Accurate Balances in the Individual Indian Trust* (6 de enero de 2003), pp. 2-3 (énfasis en el original). (De ahora en adelante: *Plan de los demandantes – enero de 2003*).<<

[77] *Dictamen no vinculante – diciembre de 1999*, p. 6.<<

[78] Committee on Government Operations (102d Congress, House Rept. pp. 102-499), *Misplaced Trust: The Bureau of Indian Affairs Mismanagement of the Indian Trust Fund* (1 de abril de 1992), pp. 12, 84-85. (De ahora en adelante: *Confianza defraudada*.)<<

[79] *Dictamen no vinculante – diciembre de 1999*, p. 125; para ampliar la información sobre el largo historial de delincuencia del gobierno estadounidense, cfr. *Confianza defraudada*, pp. 86 ss.<<

[80] *Dictamen no vinculante – diciembre de 1999*, pp. 4-5.<<

[81] Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia, Elouise Pepion Cobell y otros, demandantes, *versus* Gale A. Norton, Secretario del Interior y otros, demandados, (Demanda N.º 96-1285) (RCL), *Memorandum Opinion* (17 de septiembre de 2002), pp. 1-2 (énfasis en el original). (De ahora en adelante: *Dictamen no vinculante – septiembre de 2002*).<<

[82] Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia, Elouise Pepion Cobell y otros, demandantes, *versus* Bruce Babbitt, Secretario del Interior, Lawrence Summers, Secretario del Tesoro, y Kevin Gover, Subsecretario del Interior, demandados (Demanda N.º 96-1285) (RCL), *Order* (21 de diciembre de 1999).<<

[83] Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia, Elouise Pepion Cobell y otros, demandantes, *versus* Bruce Babbitt, Secretario del Interior, Robert Rubin, Secretario del Tesoro, y Kevin Gover, Subsecretario del Interior, demandados, (Demanda N.º 96-1285) (RCL), *Memorandum Opinion* (22 de febrero de 1999), p. 15 («parodia»), p. 17 («tiempos modernos», «disfruto»), p. 33 («no haber aportado», «sustancial»), pp. 50-53 («destruir»), p. 62 («contumaces»), p. 67 («encubrimiento», «campaña»), p. 70 («ilícitas»), pp. 71-72 («negligencia», «similar al desacato *criminal*» [énfasis en el original]), p. 77 («escandalosa», «atroz»), p. 79 («deshonra»). (De ahora en adelante: *Dictamen no vinculante – febrero de 1999*.)<<

[84] Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia, Elouise Pepion Cobell y otros, demandantes, *versus* Bruce Babbitt, Secretario del Interior, y otros (Demanda N.º 96-1285) (RCL), *Recommendation and Report of the Sepcial Master Regarding the Delayed Disclosure of the Uncurrent Chek Records Maintained by the Department of the Treasury* (3 de diciembre de 1999), p. 24 ss («destruido de nuevo»), p. 56 («incontables oportunidades»), pp. 117-118 («potencialmente», «fuera de control»).<<

[85] *Dictamen no vinculante – diciembre de 1999*, p. 33 («no ha redactado un plan»), p. 49 («trituradora de papeles»), pp. 90-91 («cuatro infracciones legales»), p. 97 («problema de la falta de datos»), p. 109 («cuanto más tiempo tarde Interior»), p. 117 («violación del derecho de los demandantes»); cfr. p. 112, p. 118.<<

[86] Tribunal de Apelación de Estados Unidos del Distrito del Circuito de Columbia. Argumentado el 5 de septiembre de 2000; decidido el 23 de febrero de 2001. N.º 00-5081. Elouise Pepion Cobell y otros, apelantes, *versus* Gale A. Norton, Secretario del Interior y otros, apelados. Fundido a efectos de archivo con el número 00-5084. Apelaciones del Tribunal de Distrito de Estados Unidos del Distrito de Columbia (N.º 96cv01285).<<

[87] *Dictamen no vinculante – septiembre de 2002*, p. 199 («sobradamente claro»), p. 202 («quince años»), p. 204 («carácter ofensivo»), p. 206 («prácticamente incomprensible»).<<

[88] *Confianza defraudada*, p. 38 («no tiene mucho sentido»), *Dictamen no vinculante – diciembre de 1999*, p. 21 («tarea difícil»).<<

[89] *Dictamen no vinculante – septiembre de 2002*, p. 65 («todavía no tenía más que»), pp. 180-182 («consternado»).<<

[90] *Dictamen no vinculante – septiembre de 2002*, p. 41 n. 30, pp. 48-50, pp. 54-55 («cientos de millones», «no es probable que financie»), pp. 190-194 («numerosas reuniones», «aplastante», «intriga», «fallo de este Tribunal», «dudoso»). Aunque muy crítico con el Departamento del Interior de Bush, el juez Lamberth reconoció que era «marginalmente más receptivo» (p. 212).<<

[91] *Dictamen no vinculante – septiembre de 2002*, p. 2 («una manera ignominiosa»), p. 212 («risible»), p. 216 («indigno»), p. 218 («actos deshonrosos»), p. 242 («renuencia»), p. 267 («cargo vitaliciamente»).<<

[92] Joel Brinkley, «American Indians Say Documents Show Goverment Has Cheated Them Out of Billions», en *New York Times* (7 de enero de 2003). Este fue uno de los seis artículos que el *Times* dedicó al litigio Cobell, en comparación con los 359 que dedicó al litigo contra los bancos suizos. Con respecto a la documentación presentada al juez, véase *Plan de los demandantes – enero de 2003*.<<

[93] Neuborne reconoce que el impulso que había detrás de la campaña en pro de la compensación por el Holocausto era «la idea de que los acusados extranjeros tienen la obligación moral de vivir de acuerdo con las reglas norteamericanas de justicia básica […] si desean participar del notable éxito de esta cultura económica, social y política» y que «cuando una gran empresa extranjera desea recoger los beneficios de nuestro sistema económico y social, no me avergüenza en absoluto insistir en que esa empresa extranjera se avenga a vivir de acuerdo con las normas legales que permitieron que floreciera este sistema social y económico». En efecto, ¿por qué iba a avergonzarse de que, cada vez que se ve comprometida su propia responsabilidad, Estados Unidos se olvide de estas «reglas de justicia básica»? ¿No es acaso la regla fundamental que permite florecer al sistema que ninguna de estas normas sea aplicable a él mismo? (Neuborne, «Preliminary Reflections», p. 831)<<